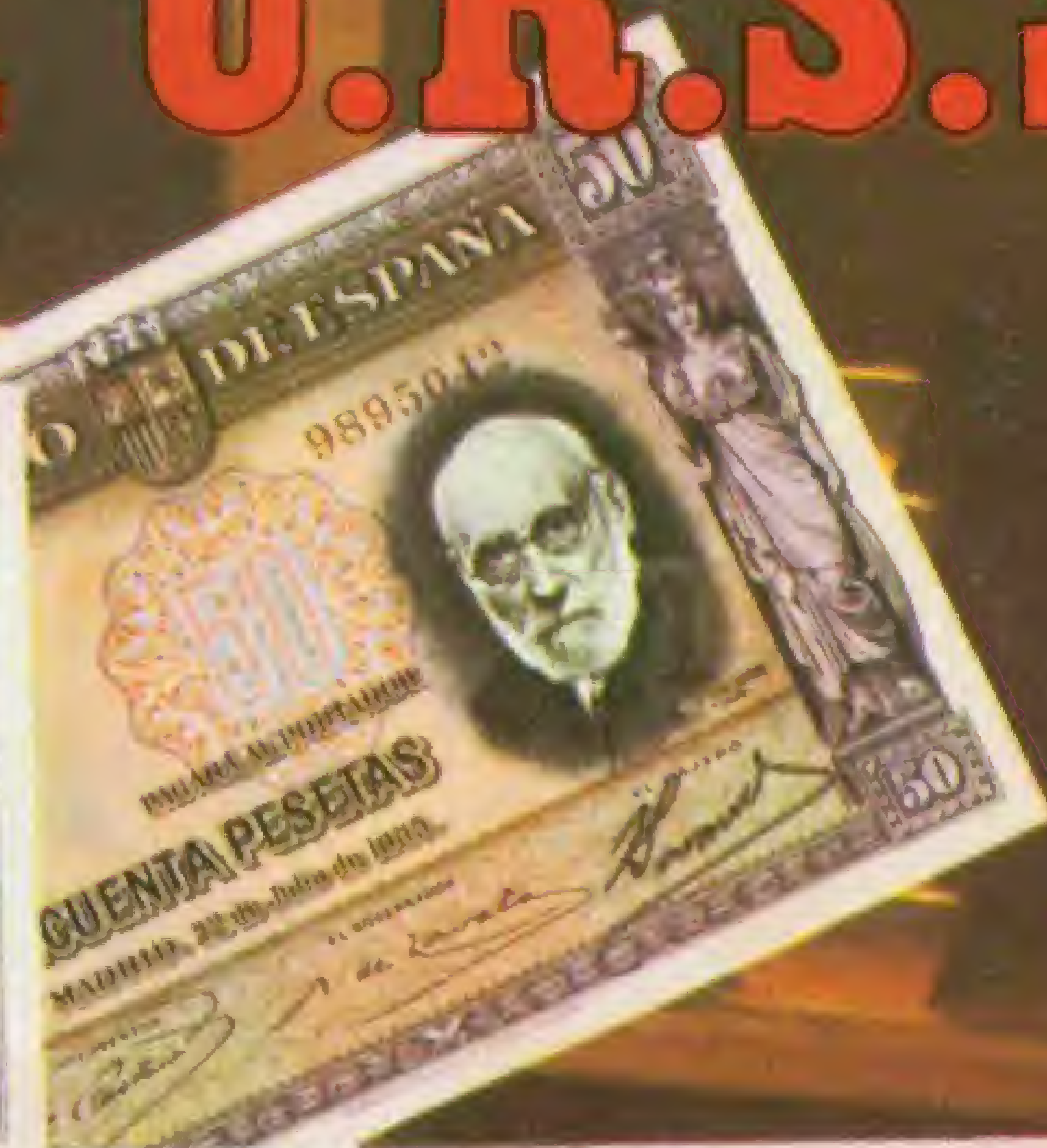
TIEMPO de HISTORIA

Angel Viñas:

EL ORO ESPAÑOL EN LA U.R.S.S.











AÑO V
NUM. 54
100 PESETAS

EN ESTE NUMERO DE **TIEMPO DE HISTORIA**

Adeline Rucquoi

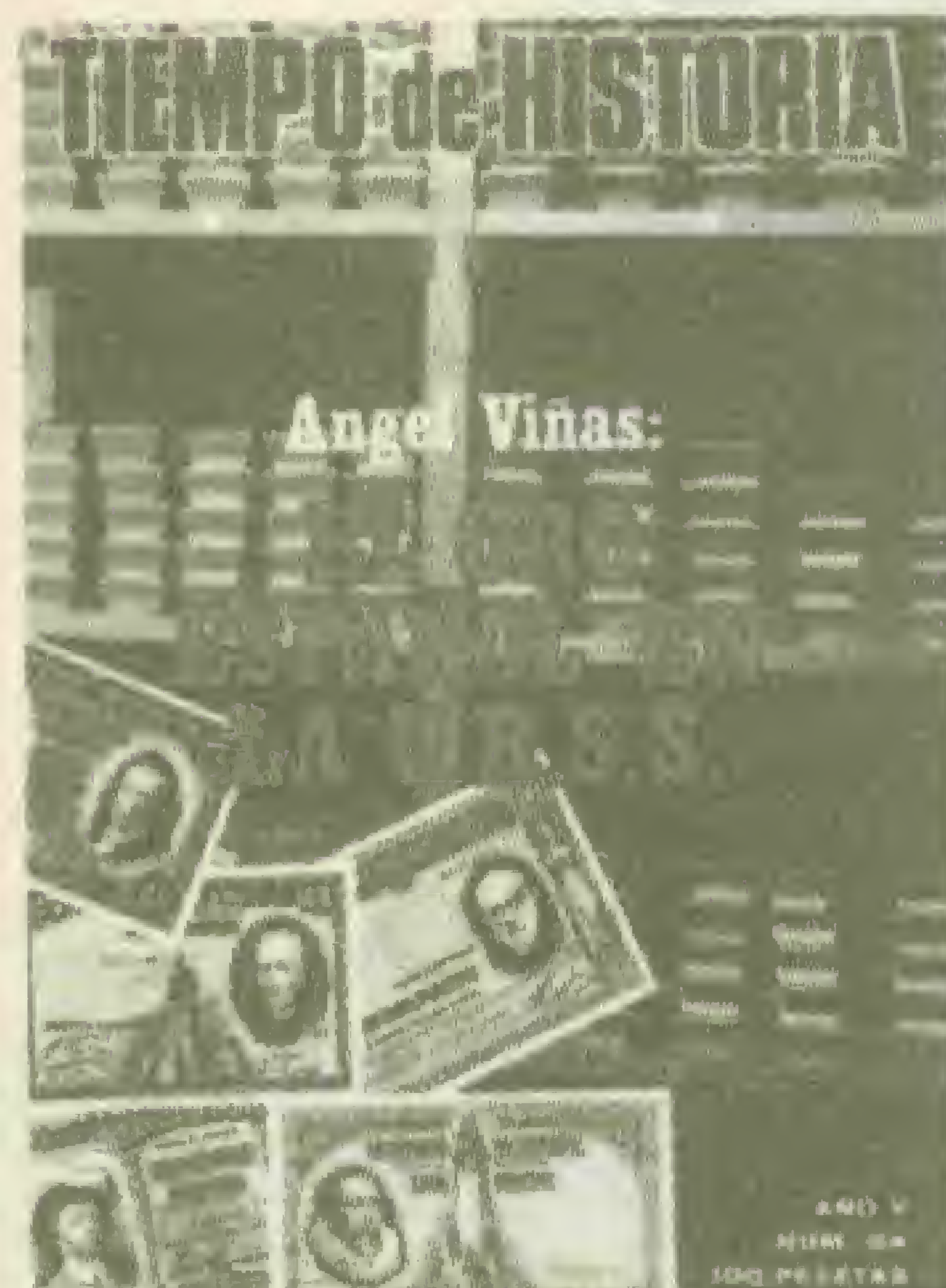
La ecología, ¿un problema medieval?



SUMARIO



AÑO V • NUM. 54 • MAYO 1979 • 100 PESETAS



PORTADA: La próxima aparición de una reedición, ampliada y con una parte documental inédita, del libro de Angel Viñas «El oro de Moscú», puede considerarse como una aportación decisiva al esclarecimiento de uno de los aspectos más debatidos de la historia de la II República española. La entrevista con Viñas resulta muy interesante al respecto.



EL HAMBRE ANDALUZA, CALDO DE CULTIVO PARA EL ARTE DE CUCHARES: Es un dramático y sugestivo recuento de lo que ha aportado a la Tauromaquia el condicionamiento social y económico de una de las más fértiles regiones de España, de la que han salido las más puras esencias del arte del toreo, pero también las más patéticas escenas de su historial de muerte y olvido. (La muerte de Antonio Romero, grabado en cobre de la época).

DIRECTOR: **EDUARDO HARO TECGLEN**. SECRETARIO DE EDITORIAL: **GUILLERMO MORENO DE GUERRA**. CONFECCION: **ANGEL TROMPETA**. EDITA: **PRENSA PERIODICA, S. A. REDACCION, ADMINISTRACION Y DISTRIBUCION:** Plaza del Conde del Valle de Suchil, 20. Teléfono 447 27 00. MADRID-15. Cables: Prensaper. **PUBLICIDAD:** REGIE PRENSA. Vicente Gaceo, 23. Teléfonos 733 40 44 y 733 21 69. MADRID-29 y Paseo de Gracia, 101. Teléfono 218 78 46. BARCELONA-11. **DISTRIBUCION:** Marco Ibérica. Distribución de Ediciones, S. A. Carretera de Irún, Km. 13,350. MADRID-34. **IMPRIME:** Editorial Gráficas Torroba. Polígono Industrial Cobo Calleja. Fuenlabrada (Madrid). Depósito Legal: M.36.133–1974. **SUSCRIPCIONES:** Ver página 130.



Ante la aparición de «El oro de Moscú»:

Entrevista con Angel Viñas

Ricardo Dessau

A fines de 1976, el gobierno español ordenaba el secuestro del libro «El oro español en la guerra civil», del profesor Angel Viñas, editado por el Instituto de Estudios Fiscales del Ministerio de Hacienda. Nunca se dio una explicación oficial que justificara dicha medida, doblemente absurda si se tiene en cuenta que la obra había sido publicada con el aval de un alto organismo del Estado. El libro, «técnico» en el sentido de que constituía una detallada exposición económica (con cerca de cincuenta cuadros estadísticos) sobre la financiación exterior de la guerra por el lado republicano, era el resultado de una investigación de tres años en los que el autor consultó documentos hasta ese momento inéditos. En él se dedicaba un extenso capítulo al destino del oro español en la Unión Soviética, y se trataba, aunque con menor detenimiento, la venta de oro y plata a Francia y los Estados Unidos.

Desde su accidentada publicación, el interés de Viñas (técnico comercial del Estado, catedrático de Estructura Económica y antiguo agregado comercial de España en Bonn) fue creciendo en relación al polémico tema de «el oro de Moscú», hasta desbordar su faz propiamente «especializada». Así, el punto de arranque originario se enriqueció de un enfoque histórico y político en el que las relaciones hispano-soviéticas pasarían a ocupar un primer plano, y se convertirían en el ariete interpretativo no sólo de la operación del oro, sino también de aspectos esenciales de la estrategia seguida por la República durante la guerra civil. El resultado de esta transformación es «El oro de Moscú», libro en el que, apelando siempre a testimonios documentales, se analiza fundamentalmente la intervención de la Unión Soviética, su asistencia financiera y militar y su influencia decisiva en el frente político interno de las fuerzas que lucharon contra el fascismo.

El autor ha publicado con anterioridad, entre otros trabajos, «El 18 de julio y la Alemania nazi» y sendos estudios monográficos sobre la no intervención francesa y el bombardeo de Guernica. Sobre su último libro, que aparecerá en el mes de junio, versa centralmente la entrevista que publicamos a continuación.

—Usted ha publicado varios estudios sobre aspectos parciales de la guerra civil. Al cabo del tiempo, ¿no se ha visto tentado de escribir una obra global sobre el tema?

—Todo aquel que se aboca a la tarea de escribir un libro, lo hace, sin duda, por una serie de razones objetivas, pero también, y en última instancia, por razones personales. En mi caso, estas razones personales no son otra cosa que un gusto acendrado por la investigación minuciosa, por descubrir ciertas cosas que aún no han sido descubiertas o que están veladas por la controversia. Esto, desde luego, me ha llevado a la realización de esos estudios monográficos a los que usted alude, los que se apoyan en ocho años dedicados casi integramente a la investigación del tema de la guerra civil. Durante ese lapso, a partir del análisis de documentos y de la consulta de gran parte de la bibliografía existente, me he ido formando una idea definida sobre el marco interpretativo de la guerra, que sería muy fácil volcar en una obra global. Sin embargo, lo más probable es que nunca llegue a escribir un trabajo semejante, porque seguramente surgirá otro tema monográfico, especializado, que me atraerá más. Quizá porque el desafío aquí es mayor, ya que, en última instancia, embarcarse en una monografía es hacerlo en una empresa mucho más dificultosa que la que

representa una obra global. Además, este gusto por la investigación de detalle se ve correspondido por la existencia de ciertos ámbitos de la guerra que todavía no han sido explorados. Yo, al menos, conozco tres o cuatro que he determinado con precisión.

—¿Cuáles serían esos ámbitos?

—Hay uno, por ejemplo, que es el de los intentos alemanes por establecer una cabeza de puente en la economía española durante la guerra civil. Sobre este punto se han escrito algunos libros, incluso se han hecho algunas investigaciones monográficas, pero en ninguno de estos trabajos se ha visto el problema en profundidad, aparte de que los trabajos mismos no están documentados suficientemente. Este, por lo pronto, sería un tema que me gustaría abordar. Pero hay otro tema: el de la financiación interna de la guerra civil. Aquí sabemos unas pocas cosas, por ejemplo que la guerra se financió con cargo a las emisiones de moneda del Banco de España, lo cual, claro, se sabe desde el mismo año 36. Pero nada se sabe, en cambio, de los mecanismos de esta financiación, ni, sobre todo, de sus repercusiones. Finalmente, un ámbito totalmente desconocido es el del comercio exterior durante la guerra. El tema lo he rozado apenas —aunque sólo en lo que atañe a la parte «nacional»— en un trabajo económico que aparecerá próximamente. Este punto, como los otros dos, requiere todavía una investigación exhaustiva, y para todos ellos he acumulado ya bastante documentación.

—Obviamente, estos ámbitos son estrictamente económicos. ¿Hay algún otro que no lo sea?

—Sí, uno relativamente poco conocido: la política exterior de Francia respecto a la República. Este es un tema que también está aguardando una monografía, la que seguramente será escrita cuando se abran los archivos franceses...

—Algunos autores sostienen que Inglaterra era la que verdaderamente estaba detrás de Francia en su política de no-intervención. Concretamente, este es el caso de Pierre Broué, que así lo señala en su libro «La revolución española». ¿Es sostenible esta interpretación?

—Antes que nada hay que puntualizar que los ingleses no habían previsto el estallido de la guerra civil. Esta los tomó por sorpresa y, en consecuencia, tuvieron que formular sobre la marcha una política a la que, de alguna manera, le faltaba programación o planificación. Sin embargo, hay un dato innegable: desde que estalló la guerra, la reacción en Inglaterra fue negativa con respecto a la República. Y esto por dos razones: primero, porque con ella se alteraba el statu quo en el Mediterráneo; segundo, porque en los círculos dominantes de la época se la presentó como una república «roja», desbordada por los elementos extremistas, anarquistas y comunistas, y «sovietizada» ya desde fecha muy temprana. Naturalmente, los ingleses no hicieron nada por ayudarla, aun cuando, a tenor de las afirmaciones del entonces ministro de Relaciones Exteriores, Anthony Eden, la idea de no-intervención no nació tanto en Inglaterra como en Francia. Lo cual no significa, desde luego, que Inglaterra no viera esta actitud francesa con simpatía.

«De todos modos, no quisiera caer en esa actitud, tan frecuente en los autores, españoles o no, que escriben sobre la guerra civil, que consiste en condenar en bloque la política inglesa hacia la República. Existe, al respecto, una brecha entre los estudiosos de la guerra civil y



El Banco de España, centro de un mito prolijamente elaborado por el franquismo, y que se mantuvo, incuestionado, durante casi cuarenta años. La obra de Viñas lo desmonta pieza por pieza.



Stalin salvó a la República en el otoño del 36 y, contra todas las dificultades de orden internacional, mantuvo su ayuda hasta el final. En ciertas áreas, la contribución soviética fue superior a la prestada por las potencias fascistas a Franco.

los expertos en la política de defensa y la política interior británicas. Estos últimos han venido a demostrar que, por aquellos años, Inglaterra se estaba rearmando, y que se hubiera rearmado mucho más rápidamente de no haber sido por los obstáculos financieros que oponía el Tesoro. De tal modo que la política británica de apaciguamiento, tan denostada, era también una cobertura ideada a los fines de que Inglaterra pudiera prepararse para un eventual conflicto con Alemania. Y en esa formulación estratégica, España, Austria, Checoslovaquia, eran países que, ciertamente, debían caer ante la expansión nazifascista, algo que Gran Bretaña no podía impedir en la medida en que no estaba preparada todavía para dicho conflicto.

—La entrega de Checoslovaquia, en Munich, ¿formó parte de esa táctica dilatoria, o, por el contrario, representó una medida con la cual se pensó que se contendría definitivamente el expansionismo nazi?

—Las dos cosas a la vez. No hay que olvidar que Chamberlain creía en la sinceridad de Hitler. Y tras la firma de ese terrible pacto en Munich, que consolidaría, además, el destino de la República, el mismo Chamberlain, de regreso en Inglaterra, pronunciaría aquella famosa frase de «hemos salvado la paz; las aspiraciones de Hitler están satisfechas». No obstante, hay que subrayar que Inglaterra seguía rearmándose. Pero, así y todo, cuando en marzo de 1939 Hitler vuelve a invadir Checoslovaquia y se anexiona el resto del país que no había incorporado previamente al Reich, la decepción en los círculos conservadores británicos, en el gobierno británico, es total. Y unos días después de esa intervención, Inglaterra da su garantía a Polonia. Claro, para la República ya era demasiado tarde. La República continuaba todavía la lucha, pero tras el golpe del coronel Casado en Madrid, no había ya nada que hacer.

«En síntesis, España fue sacrificada, y los círculos del gobierno británico adoptaron una actitud de extrema frialdad ante la República.



Alvarez del Vayo, una de las pocas figuras del gobierno republicano que tuvieron en sus manos documentación clave sobre las relaciones hispano-soviéticas de la época. Hoy, gran parte de esa documentación ha desaparecido.

¿Habría sido de otro modo si la República hubiese podido continuar manteniendo la guerra, si hubiera habido un gobierno más o menos representativo en la zona republicana, por la época de la garantía británica a Polonia? Todo esto pertenece al campo de las especulaciones, claro, pero, en cualquier caso, lo que está fuera de duda es que a la República le tocó el peor momento de aquella política de apaciguamiento, sencillamente porque la guerra civil estalló muy pronto, cuando todavía no se percibía la expansión nazi como una amenaza inmediata.

—Usted se ha referido a la imagen «extremista» asumida por la República frente a Inglaterra. ¿Significa esto que de no haber estallado la revolución dentro de la guerra, se hubiese logrado, quizás, una actitud más favorable de parte de las potencias occidentales?

—Posiblemente. Lo que se sabe es que el estallido de la revolución social empañó brutalmente la imagen de la República en el exterior. Sobre todo, en las potencias burguesas. No había alternativa: estalló la guerra y, como consecuencia, estalló la revolución. Pero el estallido de esa revolución, que traducía una serie de procesos históricos muy importantes en España, fue fatal para la República y para su política internacional. De ahí la trascendencia que atribuyo a la actitud de Stalin y del Partido Comunista Español en el sentido de refrenar la revolución, de hacer exclusivamente la guerra, de mejorar la imagen de la República ante los gobiernos francés y británico, para promover, si no una intervención directa en su favor, sí en cambio la adopción de una actitud mucho más favorable a ella. Esto, finalmente, no se logró. Pero, desde luego, Stalin vio el problema desde el primer momento: se comunicó con los dirigentes republicanos, y la famosa carta a Largo Caballero es un buen testimonio de ello. En cuanto a la carta en sí misma —su contenido fue posteriormente reiterado al doctor Negrín—, yo no creo, al revés de lo que se afirma corrientemente en la literatura, que haya significado una injerencia soviética en los asuntos internos de la República, ni tampoco que Largo Caballero se haya sentido afrentado por ella. Esto último, al menos, no está documentado. Pero volviendo al tema de la revolución, no se pudo evitar su estallido, ciertamente, y esto sellaría el destino de la República. Sin embargo, también una guerra se hace con estusiasmo. En la medida en que hubo revolución, hubo entusiasmo. Cuando la revolución fue contenida, el entusiasmo, en muchos sectores, declinó. Con todo, lo que debe quedar claro es que, en última instancia, no se podía ganar la guerra con el recurso a una revolución.

—¿Cómo juzga usted, en líneas generales, la intervención soviética en la guerra civil?

—Este es un tema muy complejo, ya que, de alguna manera, representa el aspecto central de la política republicana. No obstante, se pueden hacer algunas puntualizaciones. En primer lugar, Stalin no estaba interesado en establecer en España una república popular. Era lo suficientemente lúcido como para darse cuenta de la inviabilidad absoluta, en la configuración geopolítica de entonces, de semejante construcción. Pero, por otro lado, la República dependía de la ayuda soviética, en la medida en que no contaba con la ayuda de los Estados Unidos, ni la de Francia, ni Gran Bretaña. La propia retracción de las potencias democráticas occidentales impelía a la República a apoyarse cada vez más en la URSS. Como consecuencia de la ayuda soviética, se revalorizó mucho, dentro del campo republicano, el papel del PCE, de las formaciones comunistas y de las unidades militares dirigidas por jefes comunistas. Otras fuerzas políticas, en cambio, como los anarquistas y los socialistas, pasaron a un segundo plano aun cuando curiosamente en los gobiernos repu-

blicanos el Partido Comunista tuvo una significación bastante escasa. En realidad, sólo se hizo cargo de dos carteras, y éstas, a su vez, no eran de las más importantes.

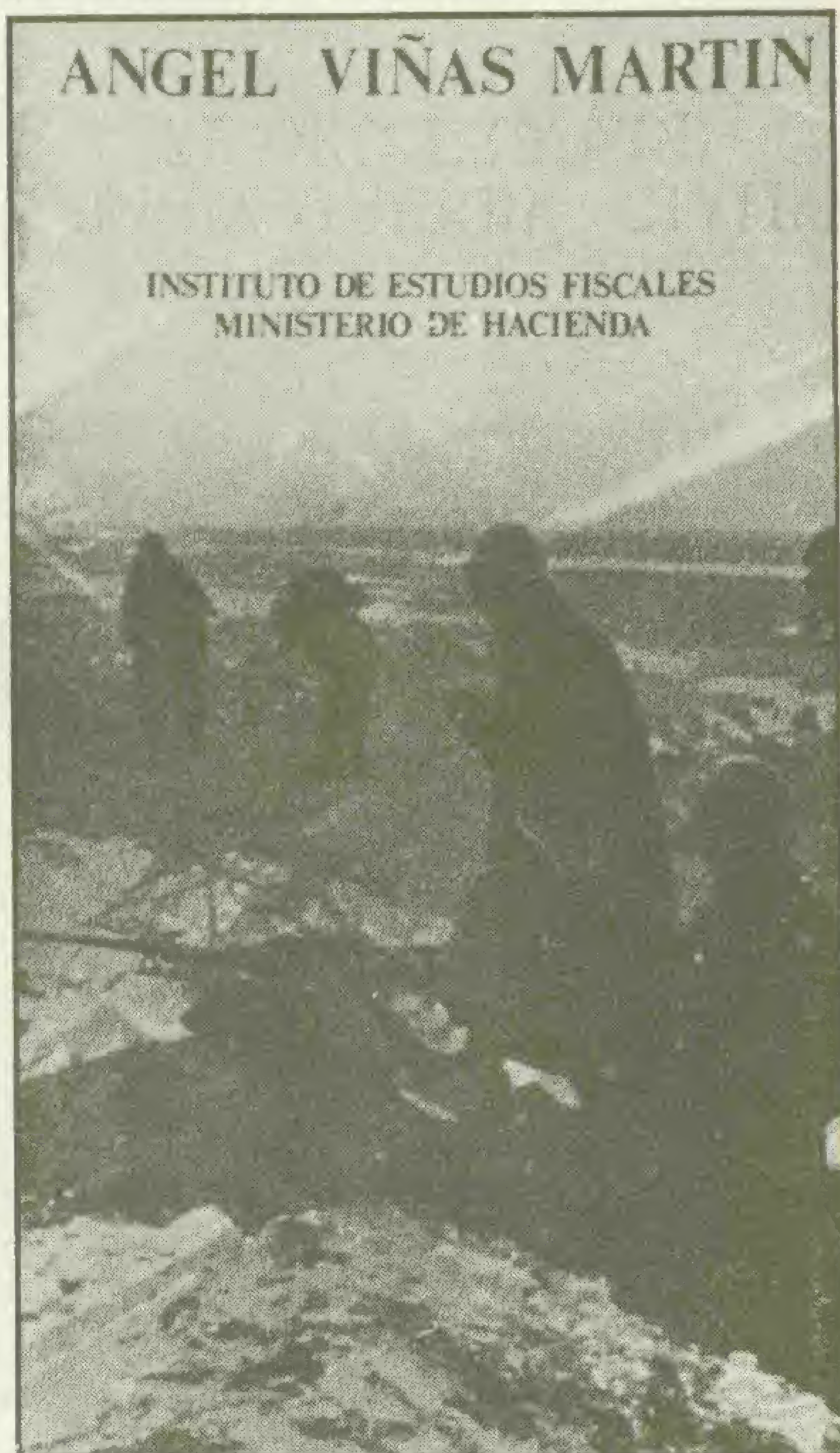
«En segundo lugar, se debe subrayar que a Stalin le sorprendió el estallido de la guerra civil y que, además, tardó en decidirse a intervenir en ella. Cuando finalmente intervino, lo hizo con cierta reluctancia. No exigió, en principio, nada a cambio (y todas esas famosas historias del oro las podemos olvidar). Aclarado este punto, es conveniente consignar que la intervención soviética salvó a la República en el otoño del 36. De no haber sido por ella, la República hubiera caído ante el acoso franquista. Y es evidente que Negrín —que, en mi opinión, es uno de los políticos más lúcidos y más extraordinarios del período de la guerra civil e incluso de toda la experiencia republicana— tuvo que apoyarse necesariamente en la URSS. En estas condiciones, la URSS era el único soporte de la República.

—Volviendo a la alternativa guerra-revolución, está claro que ésta tuvo su correlato en la lucha a muerte entre comunistas y trotsquistas. ¿No constituye éste el aspecto negativo de la intervención soviética en España?

—Creo que, respecto a este punto, se debe introducir una matización importante. En principio, no hay ninguna duda de que, al amparo de esa intervención, Stalin proyectaba sus propias necesidades de política interior en el exterior, y evidentemente esto lo podía hacer sin ningún problema en España. Sin embargo, estoy convencido de que dicha proyección responde a un tipo de necesidad, de argumentación y de interés absolutamente distinto del que alienta la intervención soviética al lado de la República en la guerra civil. De alguna manera, la lucha a muerte contra el trotsquismo que Stalin desencadena en los años 30, se traslada a los partidos comunistas del exterior y se traslada también a España. Y claro, se asesina a Nin. Pero esto, que es lamentable, creo que no opera en el mismo nivel en el que Stalin va formulando su política general con respecto a España, con respecto a la guerra civil y con respecto a la República. Se trata, en mi opinión, de dos líneas que no se superponen. Una cosa es la política exterior de Stalin durante aquellos años, una política muy fría, extremadamente lúcida, atenta esencialmente, eso sí, a los intereses de la URSS, aunque al mismo tiempo generosa (y esto no lo digo como admirador de Stalin, ni mucho menos), y otra cosa es su política interior, su confrontación con el trotsquismo, que es de una miopía extraordinaria. En el caso español, estas dos líneas coinciden muy claramente porque de alguna manera Stalin podía eliminar al POUM (y de hecho eliminó a los trotsquistas allí donde pudo), aunque creo que no se debe interpretar a través de esta óptica de política interior la política internacional de Stalin.

—¿Fue, en verdad, tan generosa la política exterior de Stalin en relación a la República?

—Respecto de este, como de tantos otros puntos, no es mucho lo que se sabe con certeza, ya que los rusos no han abierto sus archivos, y no han publicado nada más o menos serio, documentado, sobre el tema. Pero lo que sí se sabe es que, a pesar de las tensiones que en política exterior padecía la URSS, Stalin mantuvo su ayuda hasta el final, y que incluso la aumentó al final, cuando, en realidad, ya era demasiado tarde. Además, el Pacto de Munich, que en la literatura se ha señalado como la circunstancia decisiva que ponía el punto final a la República, no echó atrás a Stalin, a pesar de que



Portada de la obra sobre cuya base ha sido elaborado «El oro de Moscú». Aquel primer trabajo fue secuestrado a finales de 1976 por el gobierno Suárez, a pesar de estar avalado por una institución oficial. Nunca se dieron explicaciones oficiales sobre el origen de la medida.

éste por aquella época tenía un problema muy grave en Asia con Japón, cosa que hoy frecuentemente se olvida. En este sentido, hay que subrayar que para la URSS el frente asiático era muy importante. Por otra parte, algunos documentos publicados por los rusos muestran que la actitud de Stalin ante Munich fue menos capituladora que la asumida por los franceses y los británicos en las mismas circunstancias. De hecho, hubo una oferta de asistencia rusa a Checoslovaquia, en el caso naturalmente de que Francia cumpliera sus compromisos contractuales con la URSS. Pero como Daladier no entró en el juego, los rusos no intervinieron. En resumen, a pesar de la peligrosidad que el frente internacional ofrecía para la Unión Soviética, ésta tuvo una actitud mucho menos capituladora ante la Alemania nazi que la que se le suele atribuir.

«Otra cosa es que posteriormente, una vez constatada, tras Munich, la incapacidad de las potencias democráticas occidentales, Stalin procurara llegar a un acercamiento con la Alemania nazi. Hoy sabemos que los contactos con Alemania nunca se habían interrumpido. Pero en política internacional, siempre se trata de un juego sutil; jamás hay una política terminante. Para Stalin, la defensa de los intereses nacionales y específicos de la URSS era el objetivo fundamental, como lo es, por otra parte, para cualquier otro régimen en política internacional.



Viñas establece una separación nítida entre la política exterior de Stalin —«fría, extremadamente lúcida»— y la proyección de su confrontación interna con el trotsquismo en otros países. En España, víctima de esa proyección fue Andrés Nin, líder del POUM, enfrentado violentamente con el Partido Comunista.

«Sin embargo, como ya se ha dicho, dentro de esas limitaciones ayudó a la República hasta el final. En ese espíritu fue comunicando a los sucesivos gobiernos republicanos los propósitos que alentaba la política de su país, que por otra parte el embajador republicano en Moscú, el doctor Marcelino Pascua, un hombre brillante, captó perfectamente desde el principio. Es decir, que el gobierno republicano estaba bastante informado del tipo de ayuda que podía esperar de la URSS y de la forma en que esta ayuda se iba a materializar. Lo cual no excluye que hubiera fricciones, naturalmente, porque algunos sectores del gobierno entendían que la ayuda era insuficiente, y que el material de guerra también. Pero la verdad es que los cálculos hechos por expertos militares muestran —y en mi construcción sobre el tema del oro he podido también aportar algunos nuevos datos— que la contribución militar de la Unión Soviética a la República, en términos de material de guerra, fue muy importante, y en algunos puntos superior a la ayuda prestada por las potencias fascistas a Franco.

—Sin embargo, durante el año 1938 se registró una notable merma en la ayuda proveniente de la URSS...

—Es cierto. Pero esta disminución de la ayuda soviética se produjo por un complejo juego de razones. En primer lugar, por dificultades de pago: la República no pagaba. Se dirá: «Pero si los rusos tenían el oro...». Sin embargo, las cosas no eran tan sencillas: en realidad, el oro se convertía en divisas, y esas divisas se enviaban a Francia, donde la República disponía de ellas. Con esos dólares, o esas libras, la República atendía sus compromisos frente a los países occidentales, tratando al mismo tiempo de conseguir la ayuda soviética a crédito. Por su parte, los rusos estaban dispuestos a conceder esa ayuda a crédito hasta ciertos límites. En el fondo, lo que querían eran las divisas. Así, en el otoño del 37 y a principios del 38 se registra una verdadera pugna entre el embajador republicano en Moscú y las grandes instancias del régimen soviético, durante la negociación de un acuerdo de préstamo. Finalmente, hacia marzo, se logra este acuerdo, y la República recibe un préstamo de cincuenta millones de dólares, lo que en realidad no es mucho, aunque en aquella época no dejaba de ser significativo. Esos cincuenta millones se agotaron inmediatamente. Y volvie-

ron a surgir las dificultades de pago, con lo cual Pascua, que ya había sido trasladado a París, tuvo que volver a Moscú y negociar un nuevo acuerdo de crédito con Stalin. Estas dificultades financieras trabaron el flujo continuado de ayuda.

»En segundo lugar, se debe consignar que la situación internacional era bastante tensa en el verano del 38. Tras la experiencia del «Komsommol», los rusos trataban de evitar, en lo posible, el envío de material de guerra en barcos soviéticos. Lo hacían a través de barcos ingleses, americanos o españoles. Pero en aquellos momentos de tensión internacional, también esto se paralizó.

»Por último, es probable que, por esta época, Stalin quisiera ejercer presión sobre el gobierno republicano. Sin embargo, cuando la crisis internacional amainó, tras el acuerdo de Munich, la URSS reanudó los suministros en gran escala. Pero ya era demasiado tarde. Este material empezó a llegar a finales de 1938, y no cabe pensar otra cosa que, si Stalin hubiese abandonado verdaderamente a la República, estos envíos no se habrían realizado. Y suponer que Stalin pudiera extraer ya entonces, tras Munich, y perfilándose de alguna manera en el horizonte el acercamiento con Alemania, resultados muy positivos de su continuada asistencia a la República, no me parece que sea una línea de argumentación muy seria. Lo que sí está claro es que, tras el golpe de mano de Casado y la defenestración del gobierno de Negrín y del Partido Comunista, Stalin perdió absolutamente el escaso interés que aún pudiera tener por la República.

—Obviamente, usted toca todos estos temas en «El oro de Moscú». ¿Pero cuál es la estructura del libro, en la que se articulan?

—Así como la primera versión del libro, que fue secuestrado y luego desbloqueado, es un análisis puramente técnico, contable y aburrido de la operación, la segunda versión, una vez conocidos los resultados de aquélla y encontrada nueva documentación en archivos españoles y no españoles, sitúa la venta del oro a la URSS y a Francia dentro de un triple marco: 1.º) el de las finanzas de guerra de la República, o sea, cómo la República financió la guerra; 2.º) el de las relaciones intergubernamentales hispano-soviéticas; y 3.º) el de la comparación con la financiación de Franco a través de la ayuda alemana e italiana. En lo que se refiere a este tercer punto, las conclusiones son bastante novedosas, ya que la financiación de Franco es un tema poco tocado en la literatura. En mi libro, he cifrado con precisión el volumen de esta ayuda, que fue



Juan Negrín, a juicio de Viñas la personalidad más interesante de la época de la guerra civil, y también el gran estadista de la República. La historia no ha dicho todavía su última palabra sobre él.

superior a la recibida por la República en términos financieros. La República movilizó alrededor de 700 ó 800 millones de dólares, a través, esencialmente, del oro. En cambio, la valoración italiana y alemana de la ayuda superó esa cifra. Las conclusiones del libro están contenidas un poco en lo que he dicho antes, al analizar el carácter de la intervención soviética.

»Debe señalarse también que «El or › de Moscú» está encuadrado en el marco de la intervención soviética en la guerra civil, única y estrictamente en la medida en que lo permite la base documental original que he manejado. En primer lugar, porque creo que esto es ya una aportación de entrada, y luego porque dicha documentación permite poner en serio entredicho mucho de lo que, al respecto, figura en buena parte de la literatura. Para esta segunda edición he consultado numerosos archivos particulares, pero, en especial, el del que fue embajador en Moscú durante la República, el doctor Marcelino Pascua. A éste —hay que subrayarlo— nunca se le dio en la literatura el lugar que le corresponde; no destelló para nada en ella. Sin embargo, Pascua tenía material muy importante, que permite clarificar muchos aspectos relativos a la operación del oro.

»También he mantenido conversaciones con



Tras el golpe de mano de Casado, Stalin perdió todo interés en la República, abandonándola a su suerte. En la foto, brigadistas internacionales poco antes de rendirse a las fuerzas «nacionales», frente a la Ciudad Universitaria.

gente que, si bien no conocía estrictamente la operación del oro —que, de hecho, era conocida por muy pocas personas—, en cambio estaba al tanto del tenor de las relaciones intergubernamentales hispano-soviéticas. Pero importa mucho destacar que las conclusiones a las que llego no se basan tanto en entrevistas como en documentos, los que, por otra parte, pueden ser comparados y examinados por otros autores. Aquí, las entrevistas han tenido el valor de ponerme un marco de referencia, mucho más vívido de lo que se desprende de los propios documentos, en torno a Negrín, a Pascua y, en general, a la vida de la embajada española republicana en Moscú, en los años de la guerra.

—Entre los documentos del embajador español, ¿figura alguno que pueda ser considerado de especial interés histórico sobre Stalin o sobre la Rusia de la época?

—En el mundo occidental hay, en general, muy pocos trabajos que describan desde la perspectiva de un diplomático extranjero cómo se contemplaba a la Rusia de Stalin en los años anteriores a la guerra mundial. A mí sólo se me ocurre pensar en el libro del que fue embajador de los Estados Unidos por aquella época, que he utilizado en «El oro de Moscú», pero que hay que tomar con mucha precaución, y también en las «Memorias» del consejero de la embajada belga, publicadas hace poco más de un año, pero que, lamentablemente, no abarcan el período de las purgas stalinistas. Tomando como referencia este exiguo material de origen diplomático, Pascua no fue una excepción. Fuera de los borradores de informes o de las copias de informes existentes en su archivo, allí no se puede encontrar ninguna apreciación de orden general sobre la Rusia soviética, y menos sobre su líder máximo, Stalin. Aparecen, sí, en algunos documentos, ciertas impresiones sobre la política soviética del momento, o sobre algunos dirigentes, pero no son de trascendencia. El problema era que muchas de las comunicaciones del embajador tenían que hacerse utilizando medios anómalos; incluso hubo un momento —sobre todo al principio del montaje de la embajada—, en que las comunicaciones se hicieron a través de la valija diplomática soviética. Esto, necesariamente, debía originar una actitud de gran cautela. Además, Pascua sospechaba que los rusos tenían la clave de las comunicaciones, y no por nada, ya que la embajada republicana en Berlín —que se mantuvo hasta noviembre del 36— había sido objeto de espionaje por parte de los nazis, que habían descifrado el código de los mensajes

diplomáticos. Se podía pensar que los rusos harían lo mismo, y, ciertamente, no les hubiera resultado difícil, ya que, en opinión de los expertos soviéticos, las claves republicanas eran muy simples. Más tarde se estableció un servicio regular de valijas Moscú-Madrid a través de países como Checoslovaquia o Finlandia. Bajo este cúmulo de circunstancias, el embajador, naturalmente, no podía ser muy explícito.

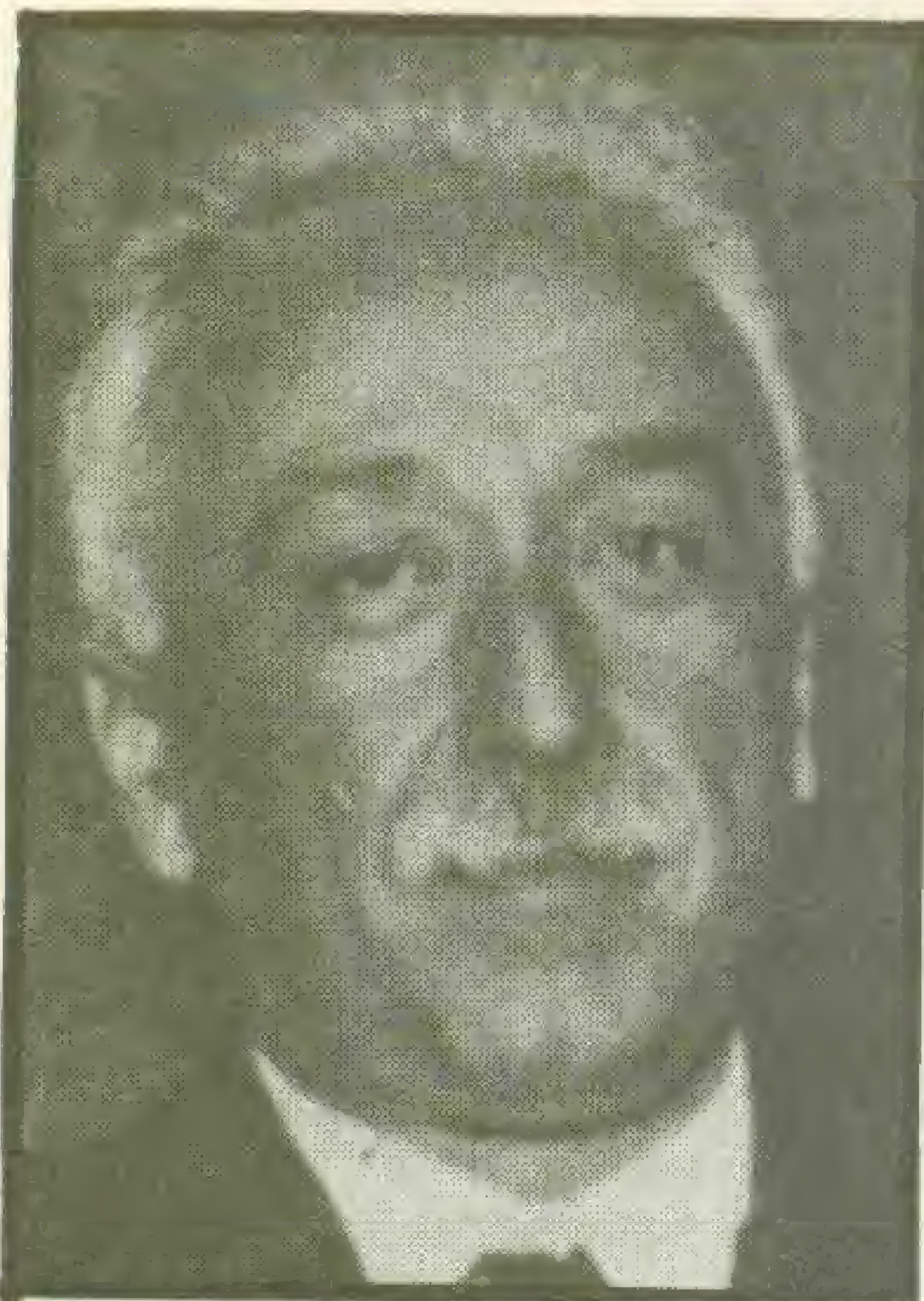
»Por lo demás, Pascua viajaba periódicamente a España, e informaba de palabra. En muchos casos, los propios informes escritos eran ampliados de palabra. ¿Habrá quedado constancia de esas palabras? No lo sabemos. En cuanto a la documentación de la embajada, fue quemada antes de ser entregada a la URSS. Concretamente, he hablado con el funcionario que quemó los papeles. Allí no quedó nada. Por lo que respecta a otra posible fuente de información —el Ministerio de Estado—, todos aquellos papeles que, supongo, estarían en manos del ministro de turno, Alvarez del Vayo o Giral, también han desaparecido. En suma, reconstruir la política bilateral de un régimen desaparecido, como es el caso de la República, con otro régimen, como el de la URSS, una dictadura férrea, plantea dificultades muy graves, que al historiador no se le presentan, sin embargo, en el caso de las relaciones de la República con Francia, Inglaterra o Estados Unidos. No se le presentan, al menos, en el mismo grado.

—Para terminar, y saliendo un poco del tema específico de su libro, ¿cuál es, a su juicio, la personalidad más interesante del período republicano?

—Como lo he señalado antes incidentalmente, esa personalidad, sin duda, fue la de Negrín. Sin embargo, creo que no se le ha hecho justicia, y que la historia no ha formulado aún su última palabra sobre él. Negrín, en mi opinión, no sólo fue el personaje más interesante, sino también el más complejo, y, desde luego, el gran estadista de la República. Claramente superior a Azaña, al revés de éste, y de tantas otras figuras relevantes de la época, no dejó memorias (o, al menos, si las dejó, no se han hecho públicas), por lo que la tarea de reubicarlo históricamente, a través de una maleza de datos y de opiniones contradictorias, se hace doblemente apasionante. ■ **(Declaraciones recogidas por Ricardo Dessau).**



La obra de Viñas es el resultado de años de exhaustiva investigación en documentos inéditos. «El oro de Moscú» recoge los resultados de esa investigación, a la que incorpora un marco interpretativo de las relaciones intergubernamentales hispano-soviéticas de la época. (Foto: Raúl Hernández).


Don Niceto Alcalá Zamora

Las elecciones de febrero de 1936

Rafael Tenorio García

UNO de los puntos clave del dictamen de la Comisión de Juristas, inducida por las autoridades franquistas, fue que las elecciones de febrero de 1936, especialmente las complementarias, habían sido viciadas y que, por lo tanto, el Gobierno que actuaba era ilegal. El documento elaborado por la Comisión perseguía dar legitimidad al alzamiento de julio y para ello se vio en la obligación de mentir (1).

Más acertado sería, hoy en día, decir que los resultados de las elecciones han sido manipulados a mansalva y que, en realidad, no se conocen exactamente cuáles fueron.

Las dos grandes formaciones —Frente Popular y Bloque de las Derechas— obtuvieron el mayor número de sufragios, hundiéndose el Centro y las minorías como Falange, aunque por distintas razones cada cual; los vascos ganaron votos en las provincias vascas, donde se presentaban únicamente, lo hicieron en Guipúzcoa y en Vizcaya provincia. De los grandes grupos, el Frente Popular obtuvo mayor número de votos y logró, gracias al sistema electoral de la II República, un exagerado número de diputados. Incluso la inocente cifra del cuerpo electoral de la Nación ha sufrido variaciones a gusto del historiador.

(1) *Ver: Carlos M. Rama,* **La crisis española del siglo XX**, *Fondo de Cultura Económica, México, Buenos Aires, 2.ª edición, p. 213-214.*

GEORGES Roux, Pierre Broué y Emile Témine dan once millones de inscritos y nueve millones de votos emitidos.

Gerald Brenan no está de acuerdo, y anuncia que había doce millones y medio de electores.

El profesor Javier Tusell nos ofrece un cuerpo electoral de 13.553.710, y 9.864.783 sufragios. Es decir, el 72 por 100 de la población con derecho a voto.

La lista, si nos ponemos a estudiar la bibliografía de la guerra de España, podría hacerse interminable.

Los resultados obtenidos en el primer turno fueron publicados el 20 de febrero por las Juntas electorales de provincia, y a ellos se remiten varios historiadores, pero quedaba el segundo turno —donde no hubo mayoría de 40 por 100— y luego quedaba Cuenca y Granada, donde fueron anuladas las elecciones.

La mayoría de los historiadores consultados dan cifras que favorecen al Frente Popular. Madariaga ha avanzado la cifra de 4.986.000 para el Frente Popular (2). Nadie está de acuerdo con esta cifra. José Venegas, y detrás de él, César M. Lorenzo, Abad de Santillán, Pierre Broué y Emile Témine nos dicen que el Frente Popular obtuvo 4.838.449 votos. Jean Becarud reduce la cifra a números redondos:

(2) *Claro que Madariaga ha avanzado varias cifras. Esta es la que recoge Javier Tussell en su libro* **Las elecciones del Frente Popular**, *Ediciones Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1971, dos volúmenes, tomo II, p. 15.*

4.800.000. Stanley G. Payne, Gerald Brenan y Gabriel Jackson dan 4.700.000. Javier Tusell ofrece la cifra de 4.555.401 más 98.715 del Frente Popular y del Centro de la provincia de Lugo, total: 4.654.116. Les sigue Georges Roux con 4.450.000. Detrás de Roux vienen los nacionalistas franceses Robert Brasillach y Maurice Bardèche con 4.356.559. Aquí hay otra novedad, los autores franceses dan un número mayor de votos a las derechas: 4.570.744. Debajo de ellos están G. T. Garratt y Madariaga con 4.206.156 (3).

Hugh Thomas dice que, en el primer turno, el Frente Popular recogió 4.176.156 votos, y Jean Creac'h, que anda siempre por los cerros de Ubeda, nos dice que hubo solamente 3.912.000 votos frentepopulistas.

Estas listas pueden volverse aún más laberínticas si añadimos los votos que dan a las derechas, al Centro y a los vascos; si explicamos quién es el Centro y en qué formación están los vascos —unos toman partidos de derechas y los ponen en el Centro, otros meten a los vascos en el Frente Popular, y otros, Hugh Thomas entre ellos, meten a la Falange en el bloque de las derechas—. Si después de habernos enredado con los votos intentamos saber cuántos diputados había de cada formación el enredo vuelve a complicarse, porque ni siquiera todos los historiadores están de acuerdo con el número de diputados que tenían las Cortes españolas. Pero volvamos a las elecciones.

Brassillach y Bardêche, como ya hemos visto, por un lado, y Jean Creac'h, por el otro, dan mayor número de votos a las derechas que al Frente Popular. Hay que reconocer que los tres simpatizan abiertamente con las derechas derrotadas.

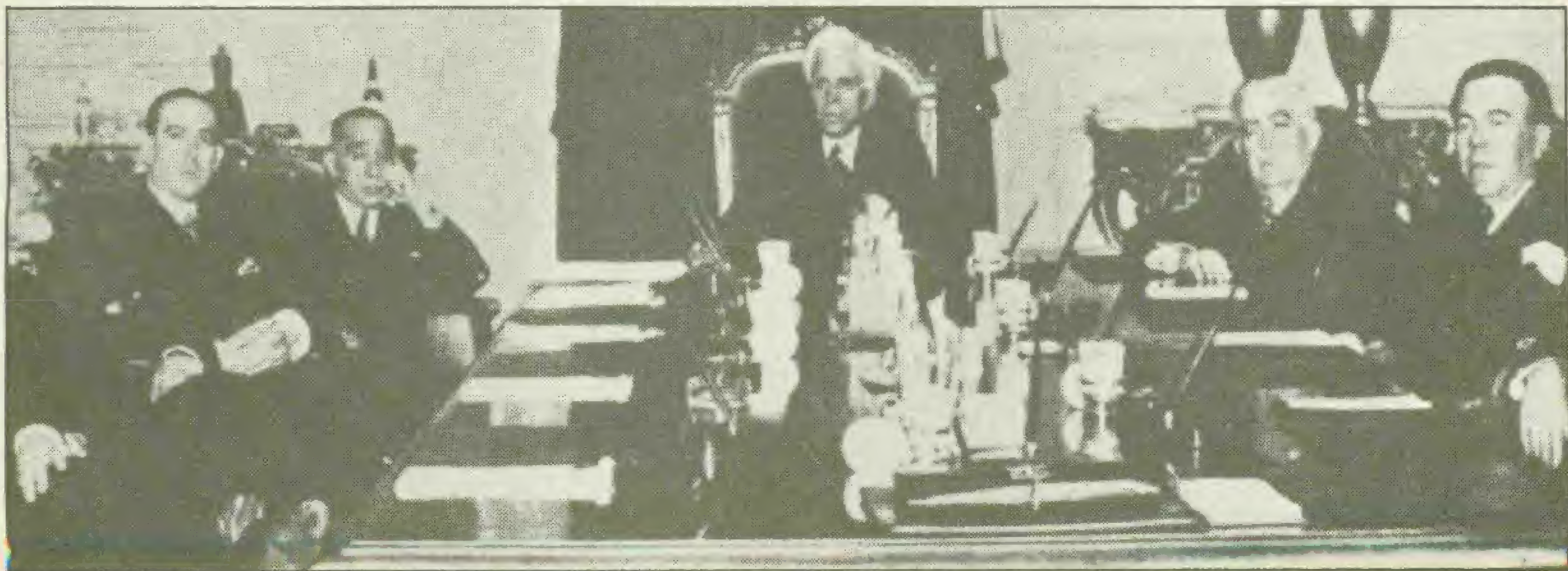
Jean Creac'h asegura, después de avanzar unas cifras arbitrarias, que la victoria del Frente Popular estuvo trucada, y en esto coincide con el dictamen de la Comisión de Juristas, que hablábamos más arriba y con las declaraciones del muy ilustre y muy amargado don Niceto Alcalá-Zamora. ¿Qué hay de verdad en todo ello?

Quizás los alzados y, por supuesto, Creac'h se han inspirado de unas declaraciones que hizo a la prensa don Niceto Alcalá-Zamora, expresidente de la República, en las que se quejaba de las incorrecciones del Frente Popular; afirmando que sólo había obtenido 200 diputados de manera legal. El es el único que da una cifra tan ridícula e inexacta. Y luego se lamentaba de que los frentepopulistas hubieran desencadenado la intimidación callejera, rompiendo la frágil legalidad y «reclamando el poder por medio de la violencia». También se complacía don Niceto en decir que los hombres del Frente Popular «anularon los resultados de algunas provincias, donde la oposición (las derechas) había salido victoriosa. Expulsaron de las Cortes a varios diputados de la minoría, etc.».

Mal momento debería estar pasando don Niceto para pronunciar tales acusaciones, ya que éstas no sólo contradicen las declaraciones del ex-presidente del Consejo de Ministros, que organizó y perdió las elecciones, don Manuel Portela Valladares, sino que contradicen también a todo cuanto se sabe de la historia y entran en conflicto con la conducta del propio Alcalá-Zamora.

Si realmente, como él dice, no contaban más que con 200 diputados —gran minoría, pero minoría al fin— y actuaban desde el día 16 de

(3) *Esta es la cifra que Purnett Bolloten,* **La Révolution espagnole. La gauche et la lutte pour le pouvoir,** *Editions Ruedo Ibérico, París, 1977, p. 21, nota 45, ha tomado de Madariaga,* **Spain. A modern history,** *Frederick A. Praeger, New York, 1960, p. 445, y que no coincide, como ya hemos visto, con la que Javier Tussell publica del mismo Madariaga. ¿O es que hay dos Madariagas?*



Gobierno de Portela Valladares. (De izquierda a derecha: Rahola, De Pablo Blanco, Martínez de Velasco, Portela Valladares, Joaquín Chapaprieta, Cirilo del Río).

modo violento e ilegal, ¿cómo pudo don Niceto, sin sentir escrúpulos por esa misma legalidad pisoteada, llamar a don Manuel Azaña a Palacio y encargarle que formara un gobierno pocos días después?; ¿no estamos frente a un cómplice monstruoso?

Hay que tener en cuenta también que, en aquellos momentos, Martínez de Velasco, Santiago Alba, Francesc Cambó, Chapaprieta y, probablemente, Jiménez Fernández, Miguel Maura y Luis Lucía aconsejaban un gobierno Azaña. ¿Eran también cómplices o no? ¿Se habían salido de la legalidad todos ellos? Porque si realmente se habían salido de la legalidad, tenemos que reconocer que fuera de la legalidad estaba entonces casi tres cuartas partes de España, incluyendo sus posesiones en Marruecos. Los testimonios de Portela Valladares y de otros líderes de las derechas derrotadas son los suficientemente contundentes como para barrer, de una vez por todas, las elucubraciones de Alcalá-Zamora, de la Comisión de Juristas y de Jean Creac'h.

Don Manuel Portela Valladares, hombre ofendido por los fascistas de distintos países, declaró ante las Cortes de la República, reunidas en la Lonja de Valencia, el 1 de octubre de 1937, lo siguiente:

«Las elecciones realizadas en febrero de 1936 con todo orden dieron el triunfo al Frente Popular; tengo para afirmarlo la autoridad de haber presidido aquel gobierno. Ni un solo diputado de las tendencias fascistas logró la elección. La gestión fue reconocida por los partidos de derechas como una legalidad de su derrota. No puede hablarse en justicia de que se falseó el sufragio, porque ello significa un alegre embuste. Estoy dispuesto a afirmarlo en todo momento, para que la conducta de cada cual quede en su lugar».

El día 21 de febrero, en el prestigioso periódico de derechas **El Debate**, apareció un artículo firmado por Oscar Pérez Solís, en el que se leían cosas como éstas:

«Si no queremos esconder la cabeza debajo del ala, si hemos de hablar valientemente sin eufemismos, hay que reconocer en toda su magnitud, que no es pequeña, la derrota sufrida por las derechas españolas en las elecciones del domingo último».

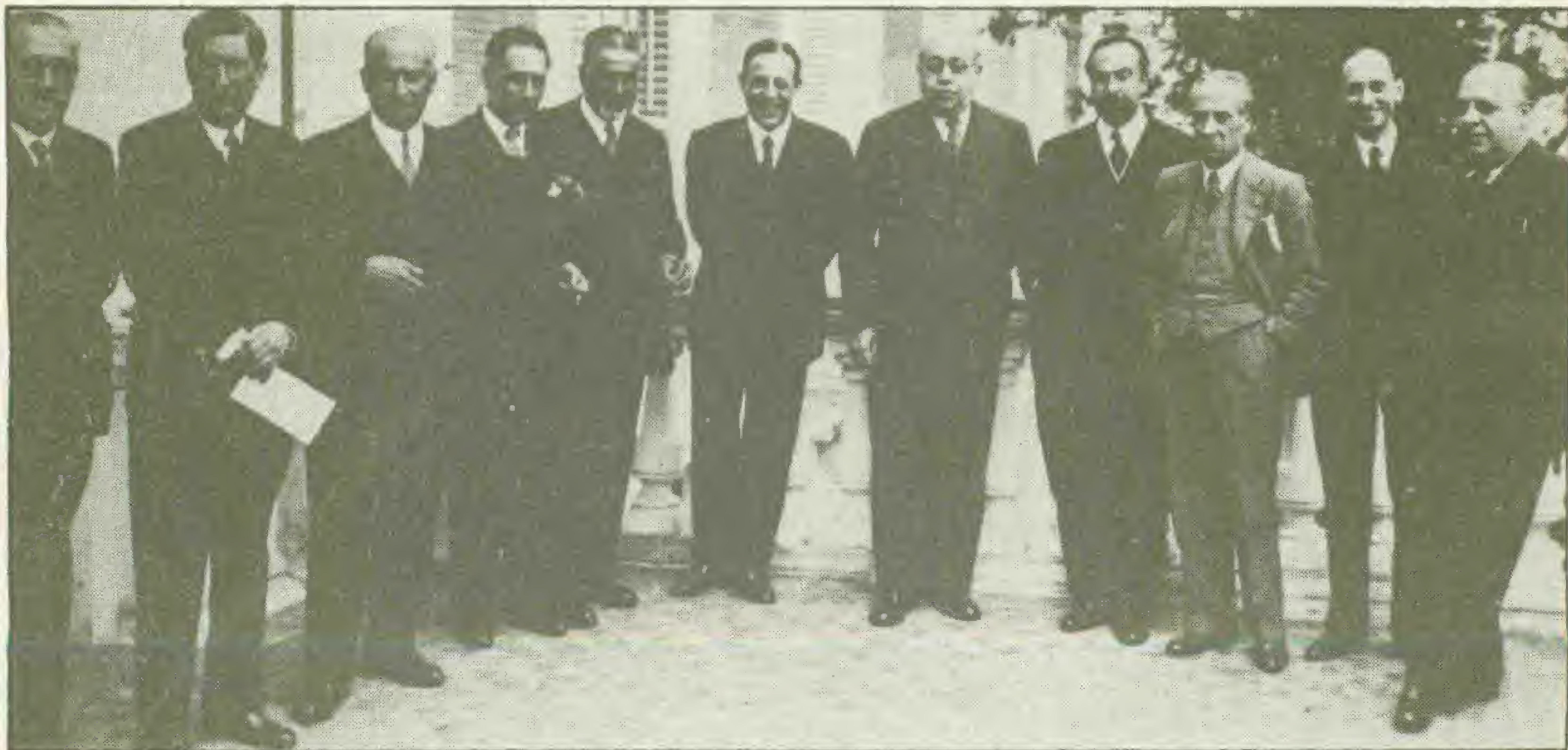
El hombre más inteligente de las derechas de aquel tiempo era José Calvo Sotelo. Pues José Calvo Sotelo declaraba a la prensa el día 22 que:

«El indudable triunfo de las izquierdas es debido a dos factores: la intransigencia programática por un lado y los referidos yerros del adversario, por el otro. (...) Laicismo integral, estatuismo integral, presocialización integral también. Como augurio de estos anhelos una bandera ocasional, pero fulminante: la amnistía. No era aventurado predecirles el éxito».

El líder carlista Manuel Fal Conde, que aunque era políticamente menos interesante que Calvo Sotelo, representaba con pleno derecho el lado más agresivo y menos frentepopulista de la opinión pública, decía el 20 de febrero:

«El resultado electoral nos ha sido adverso porque tenía que sernos adverso. Hay aquí un triunfo y una derrota (...). Ante el gobierno de las izquierdas, nosotros, sus mayores enemigos políticos, declaramos que el triunfo les pertenece».

Por si todo ello fuera poco, existe también el documento que el cardenal arzobispo de Tole-



Gobierno de Manuel Azaña. (Franchy Roca, Marcelino Domingo, Largo Caballero, Luis Companys, Francisco Barnés, Agustín Viñuales, Manuel Azaña, Fernando de los Ríos, Alvaro de Albornoz, Casares Quiroga, Indalecio Prieto).

do, primado de España, don Isidro Gomá y Tomás, envió al Vaticano inmediatamente después de saberse los resultados; en este escrito, el cardenal, por una vez, con gran lucidez y sinceridad, explicaba por qué habían ganado las izquierdas y por qué habían perdido las derechas. Ahora bien, el cardenal Gomá, muy acostumbrado desde su juventud a mentir y a engañar, adoptando posturas equívocas —tenía el aspecto y las manías de un cómico viejo— se contradijo más tarde en su famosa y polémica «Carta colectiva de los obispos españoles». No era ésta la primera vez que el cardenal mentía públicamente, tampoco será la última.

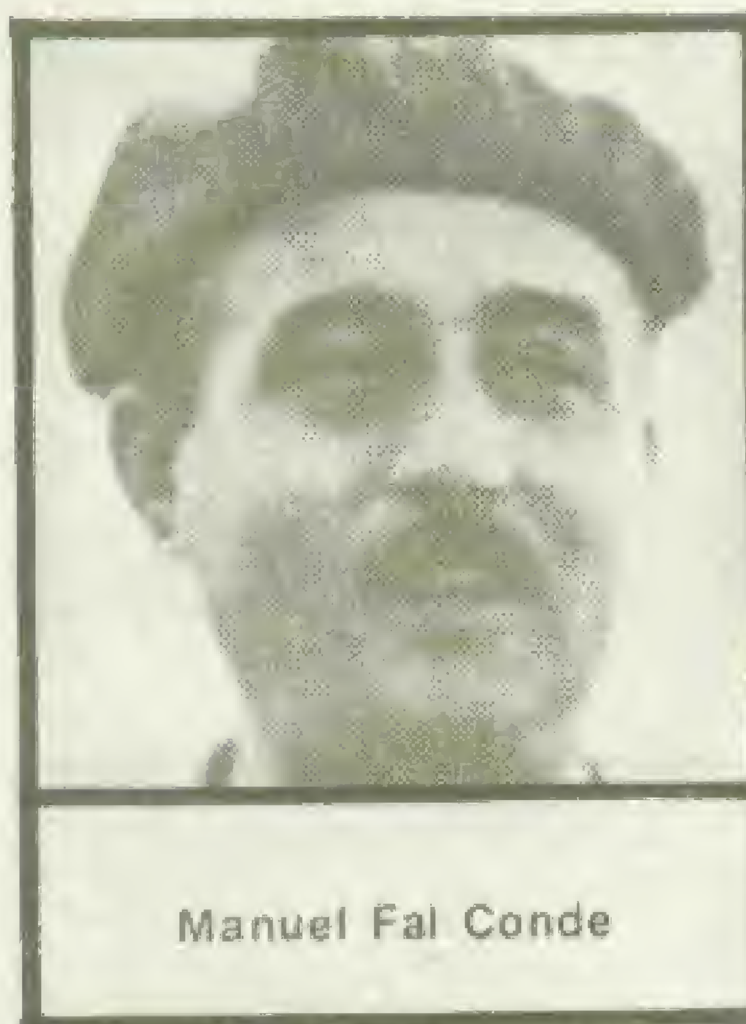
Todas las derechas reconocieron que habían perdido. Incluyendo a Falange y a José Antonio que, en aquellos días, hablaba como todos los otros de izquierdas victoriosas y derechas derrotadas.

Por otra parte, no puede caber la menor duda en todo lo que concierne al electorado y a la honestidad del Frente Popular. Ejemplos sobran. No controlaban el Gobierno, ni se servían del vergonzoso sistema de caciques. Las elecciones de la II República tuvieron fama de ser las primeras elecciones libres de España. Sin embargo, si las elecciones hubieran sido realmente libres, el Frente Popular habría obtenido muchos más votos y las derechas muchos menos. Y si todos los anarquistas, como fuerza de izquierda que son, hubieran votado por el Frente Popular, habrían obtenido una victoria mayor. Muchas abstenciones hay que considerarlas como votos de izquierdas, eran aquellas de los pueblos en que votar significaba votar por el candidato del oligarca local.

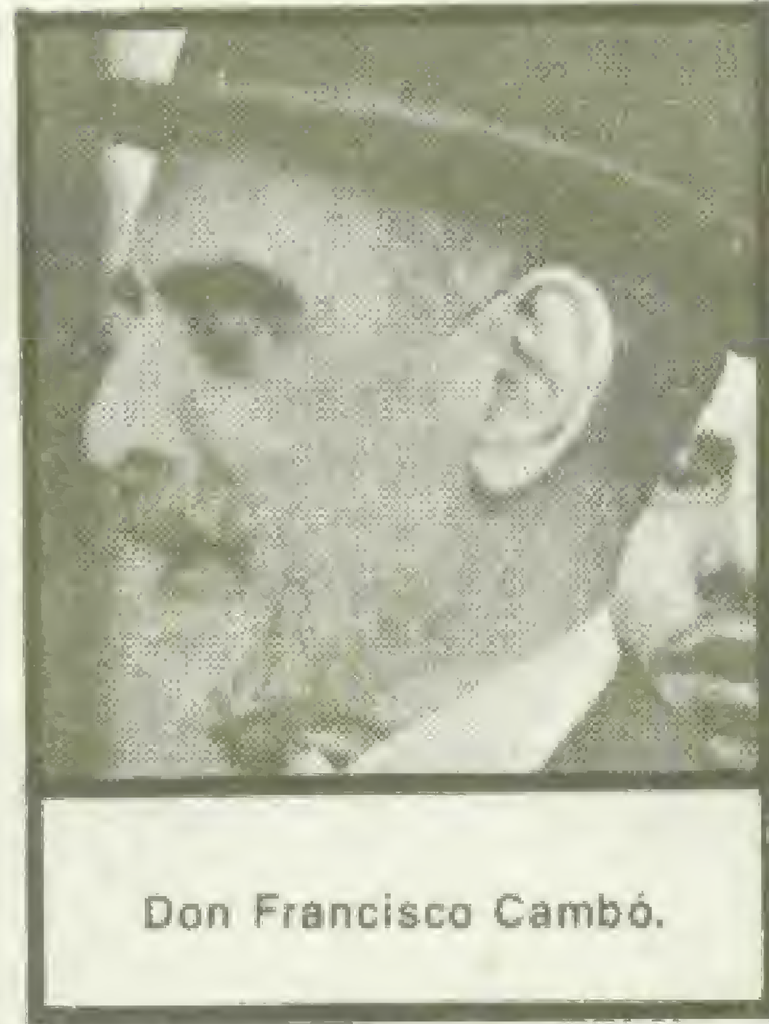
El escritor y periodista norteamericano Henri Buckley, que se encontraba en España durante las elecciones de febrero y conocía muy bien el ambiente político, afirmó que si hubiera habido la misma libertad e independencia para el voto que en el Reino Unido, el Frente Popular habría conseguido muchos más votos. En Navarra era prácticamente imposible votar por el Frente Popular. Tal era la atmósfera de intimidación que reinaba. En Granada cundieron las pistolas y las amenazas.

El profesor Franz Borkenau, que visitó muchos pueblos de la Mancha y de Jaén, en los primeros meses de la guerra, encontró poblaciones enteras muy agitadas y fervientemente partidarias del Frente Popular; pues bien, en las elecciones, coaccionadas por los mandones del pueblo, votaron a los candidatos de derechas.

Juan de Iturralde (seudónimo de un sacerdote vasco) cuenta lo siguiente:



Manuel Fal Conde



Don Francisco Cambó.

«Sé de un colegio de religiosas (parece ser que en el País Vasco o en Navarra), en que se llegó descaradamente a falsificar votos y, de seguro, no sería el único...» (4).

Claro que no fue el único, yo sé que en ciertos colegios de Salamanca ocurrieron incorrecciones y llegaron a votar hasta los muertos.

Napoleón, pero sobre todo Bismarck, decían que poco importaban los medios si se lograban los fines; que destrozaran el mundo sus ejércitos que luego vendrían juristas y escribanos con papel y tintero para legalizar el crimen. Sin embargo, existe algo que se llama decencia histórica y contra ella chocaron Napoleón, Bismarck y los alzados de julio.

Referente al Frente Popular, hoy no puede caber la menor duda. Lograron más votos que las derechas y el centro, obtuvieron la confianza de la mayoría de la Nación, vencieron aritméticamente a sus adversarios.

Ahora bien, el número de votos se tradujo en un espectacular número de diputados que, proporcionalmente, no correspondía a los sufragios. Pero el Frente Popular, se olvidan de decirlo sus enemigos, ganó las elecciones según las leyes vigentes —de sistema mayoritario y no proporcional— y ganaron sus diputados dentro de la legalidad republicana.

En Francia, actualmente, existe un sistema mayoritario de circunscripciones y el 51 por ciento de los votos puede dar una mayoría de diputados que oscila entre 80 y 100. Nadie en Francia puede poner en duda la legalidad de la Asamblea Nacional.

El sistema puede ser deficiente —ignorar a las minorías y no acusar el mismo resultado en la cámara que el expresado por los ciudadanos en las urnas— pero los resultados no lo son. El Frente Popular fue uno de los gobiernos más legales que haya tenido jamás España. Ponerlo en duda, después de los años, es como dar patadas a las piernas de un paralítico.

■ **R. T. G.**

(4) *Juan de Iturralde,* **El catolicismo y la Cruzada de Franco,** *Editorial Egi-Indarra. Legugé, Vienne, 1955-1965. Tres volúmenes, tomo I, p. 399.*

M.ª Teresa Suero Roca



Alberto Bayo Giroud

PERSONAJE cuya vida podríamos calificar de aventurera, Alberto Bayo Giroud nació en 1892, en Puerto Príncipe, en la isla de Cuba, a la cual le llevarían muchos años después las circunstancias de la vida, militando en las filas de Fidel Castro. En 1898 se trasladó con su familia a las Canarias; estudió en Barcelona y en los Estados Unidos, y en 1911 empezó a publicar sus primeros libros. Ingresó en la Academia de Infantería en 1912 y, al terminar sus estudios en 1915, con el empleo de segundo teniente fue destinado al Regimiento de Infantería Asia núm. 55, en Gerona.

Sin embargo, la verdadera vocación de Bayo era la aeronáutica; para ingresar en Aviación militar había que obtener previamente el grado de oficial en una Academia, y luego solicitar el ingreso. Así lo hizo, y acababa de ser destinado al Batallón de Cazadores Cataluña núm. 1, en Marruecos, cuando se dispuso que se incorporara en el aeródromo de Cuatro Vientos para asistir a los cursos de pilotos y observadores de aeroplano, y en marzo de 1917 fue declarado piloto de primera categoría.

Pasó después al Regimiento Covadonga núm. 40, en Leganés, en el que continuó tras su ascenso a primer teniente en propuesta extraordinaria. A causa de la huelga general de agosto prestó servicios de patrullas, vigilancia y retenes en Leganés y Ciudad Real, y al año siguiente efectuó prácticas de vuelos en Cuatro Vientos y Getafe. En el verano de 1919 pasó una brevísima temporada en Marruecos, y a su regreso se le destinó al aeródromo de Cuatro Vientos.

BAYO había concebido un proyecto que ahora llevará a la práctica: fundar la primera escuela de aviación civil que hubo en Madrid. En febrero de 1920 se le autoriza para dirigirla, y en septiembre, al abandonarla, se incorpora en el aeródromo de Cuatro Vientos como piloto de una escuadrilla de observadores. En 1921 pasa a la situación B y es destinado al Batallón Expedicionario del Regimiento de Algeciras, alejándose así de la vida en la Península, donde había colaborado en varios diarios madrileños firmando con el seudónimo «Coronel Bayoneta». Su alejamiento dura muy poco, pues en febrero de 1922 marcha al aeródromo de Sevilla como piloto; asciende a capitán, y en noviembre se le concede la medalla de sufrimientos por la patria. En este año el general de Aviación impone a Bayo, que había creado en Sevilla una escuela propia de aviación civil, un mes de arresto «por dar clases de vuelos a paisanos sin autorización», aunque el asunto se resolvió favorablemente para el capitán.

Al iniciarse 1923 pasa al grupo de escuadrillas de Melilla, pero en mayo vuelve a Cuatro Vientos; sostiene entonces un duelo con el capitán González Gallarza, al cual hiere de gravedad, y, a consecuencia de este incidente se le separa del Arma de Aviación. Destinado a la Legión Extranjera, combate a las órdenes del teniente coronel Francisco Franco y del general Queipo de Llano, y en septiembre de 1924 es herido y evacuado a Madrid. Tarda en sanar, y permanece en situación de reemplazo hasta que en julio de 1925 se le destina al Regimiento de Reserva de Villafranca del Panadés núm. 35. Le llegan ahora varias recompensas por su actuación en Africa; en julio es citado en la



Vicente Guarner describe a Bayo como hombre «valiente e impetuoso, obstinado en sus opiniones, que sostenía con acaloramiento (...). Más improvisador que reflexivo, se caracterizaba por su verdadero afán de notoriedad» y cuyas «condiciones militares eran muy buenas». (En el centro de la foto, de uniforme, Alberto Bayo).

orden general del Ejército; en diciembre se le concede una cruz de primera clase roja; en abril de 1926, otra medalla de sufrimientos por la patria; y en mayo, la cruz de María Cristina. Muy pronto pasa una vez más, voluntariamente, a Africa, ya que es destinado a la Mehalla Jalifiana de Gomara; actúa a las órdenes del teniente coronel Fernando Capaz, con el cual no sostiene buenas relaciones. En estos últimos tiempos publica algunos libros, entre ellos, **Dos años de Gomara**, en el que analiza las tácticas de la guerra de guerrillas desarrollada en Marruecos. En febrero de 1929 es destinado a la Caja de Recluta de Allariz núm. 104, y en junio se le concede otra cruz de María Cristina.

Con la República, pasó al Servicio de Aviación en la situación A y fue destinado a la escuela de pilotos de Alcalá de Henares, y en diciembre fue designado para cubrir una plaza de oficial de Aviación en el Estado Mayor de la 4.ª División, en Barcelona. En 1932 se le nombró piloto **honoris causa** de la Aviación militar francesa y asistió a un curso de observadores en Cuatro Vientos, obteniendo en junio de 1933 el título de observador de aeroplano. Por último, en agosto de 1934 pasa a la Escuadra núm. 3, en Barcelona, en el aeródromo de El Prat de Llobregat; en diciembre se le concede la cruz de San Hermenegildo, y en 1936 es condecorado con la Legión de Honor francesa.

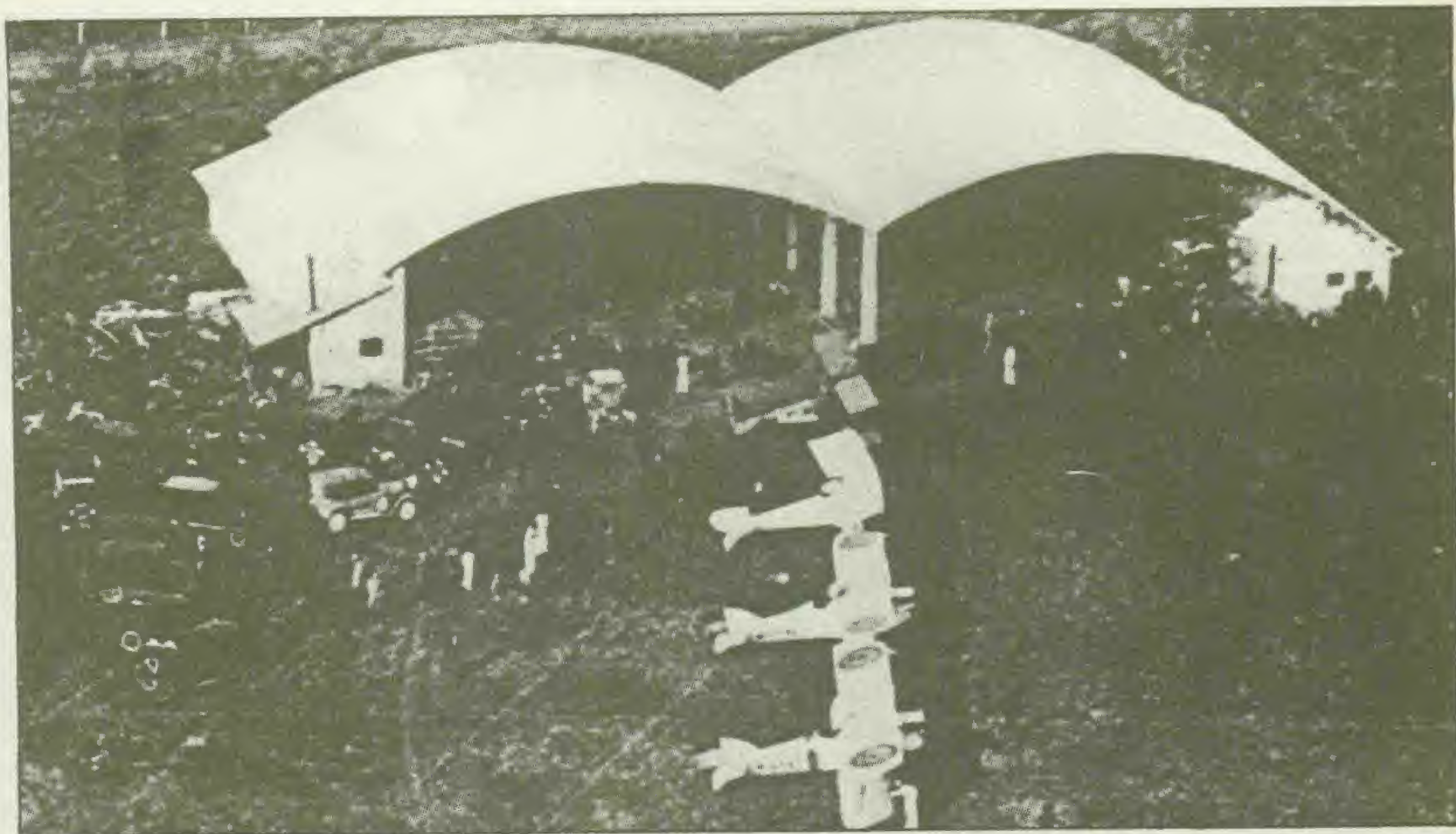
Bayo, a quien Vicente Guarner describe como hombre «valiente e impetuoso, obstinado en sus opiniones, que sostenía con acaloramiento (...). Más improvisador que reflexivo, se caracterizada por su verdadero afán de notoriedad» y cuyas «condiciones militares eran muy buenas» (1), no había tenido participación destacada, que sepamos, en política, aunque era resueltamente republicano y miembro de la U. M. R. A. Producida la rebelión, el 19 de julio ametralló desde el aire a las fuerzas de Artillería que salieron del cuartel de San Andrés, en Barcelona, y con un grupo de soldados de Aviación y paisanos armajdos derrotó a los zapadores que custodiaban el cuartel de la Gran Vía; con las fuerzas de Asalto, atacó el edificio de Dependencias Militares de Atarazanas. Vencida la rebelión en Barcelona, varios aparatos de la Escuadra de El Prat arrojaron algunas bombas, que apenas causaron daño debido a su escasa potencia, y diversas proclamas en Palma de Mallorca. Bayo colaboró después en la tarea de rehacer el Ejército; fue nombrado oficial de enlace de la Escuadra de El Prat con el Estado Mayor de la 4.ª División, y seguramente fue jefe de la base naval de Barcelona.

Antes de la contienda había sido su jefe en El Prat el teniente coronel Felipe Díaz Sandino, que luego fue nombrado consejero de Defensa de la Generalitat. A últimos de julio, Bayo, según Vicente Guarner, le convenció de la necesidad de emprender una expedición a las Baleares para su conquista, que él se encargaría de dirigir. Se perseguía con ello una finali-

(1) *Vicente Guarner:* **Cataluña en la guerra de España**, *G. del Toro editor, Madrid, 1975, pág. 182.*



El 27 de agosto llegaba un barco italiano a Palma llevando al conde Rossi y los aviones necesarios para adquirir la superioridad sobre las tropas del Gobierno. (En la fotografía, al fondo y en el centro, con un fusil, el conde Rossi).



Vencida la rebelión en Barcelona, varios aparatos de la Escuadra de El Prat arrojaron algunas bombas, que apenas causaron daño, debido a su escasa potencia, y diversas proclamas en Palma de Mallorca. (Aeródromo del Prat de Llobregat).

dad estratégica a largo plazo, en un momento en que sólo se tenía en cuenta la estrategia militar inmediata. Este fragmento de informe presentado por Bayo demuestra su clarividencia y lo acertado de sus planteamientos:

«La importancia estratégica de las Islas Baleares es considerable, puesto que, situadas en el Mediterráneo, entre Italia y España, pueden ser para los rebeldes una ayuda excelente, ya que no sería ningún absurdo suponer que recibieran algún día, disimuladamente, ayuda de los italianos, y por medio de estas islas, sirviendo de peldaño, podríamos ser insistentemente hostilizados y amenazados.

«Hoy no tenemos todavía este peligro inmediato, porque los barcos enemigos están en el Mar Cantábrico..., pero si un día, burlando la vigilancia de nuestros barcos, el **Canarias** pudiera introducirse en el Mediterráneo, se serviría de Palma de Mallorca como base de sus operaciones y entonces, dadas las condiciones de este navío, su artillería moderna y su extraordinaria velocidad, podría sin duda alguna, hacer lo que le diera la gana en nuestras aguas, dificultando nuestro comercio marítimo con Menorca, la única isla que ha permanecido fiel a la ley constitucional, y cañonear nuestros barcos y nuestras poblaciones costeras, y producirnos daños cuantiosos» (2).

Por otra parte, había en Cataluña mallorquines, como Sbert, que apoyarían la empresa. Díaz Sandino aceptó la idea de Bayo y la planteó ante la Generalitat y el Comité de Milicias. Companys replicó que no era posible realizarla sin los suficientes navales, pero aun así él y Díaz Sandino permitieron al capitán que la preparara (3). Además Companys notificó a Giral el proyecto y le pidió la ayuda de la aviación y la marina; éste y Castelló, ministro de la Guerra, consideraron objetivos más importantes Zaragoza y Huesca, y el Gobierno central, aunque autorizó la empresa, aportó la menor ayuda posible.

Tampoco el Comité de Milicias se mostró muy entusiasta; el poder era de hecho ejercido por los anarquistas (pese a que en el Comité estaban representandos la mayoría de los partidos), quienes se sentían inclinados a la conquista de Aragón, mientras que los demás partidos, obligados políticamente a contrarrestar su influencia, prefirieron las islas. A su vez la Generalitat, cuyo poder era sólo nominal, para recuperarlo necesitaba una base, y en aquellas circunstancias no podía ser otra que la colaboración de los partidos minoritarios, con la cual trataría de contrarrestar el poder

(2) Manuel Cruells: **L'expedició a Mallorca, any 1936,** *Ed. Joventud, Barcelona, 1971, págs. 20-1. Este libro y el ya citado de Guarner son las principales fuentes utilizadas para nuestra descripción del desembarco en Mallorca.*

(3) Carlos Rojas señala, sin embargo, que anteriormente Sbert había propuesto a la Generalitat la conquista de las islas, mientras no estuviera en condiciones de tomarlas el Gobierno central, dejando a sus habitantes la libertad de elegir entre la legislación de la República o la de la Generalitat para regirse **(La guerra civil vista por los exiliados,** *Planeta, Barcelona, 1975, pág. 172).*



anarquista. Estas razones, pues, se agregaban a las razones puramente estratégicas.
García Olíver, presidente del Comité de Guerra, manifestó a Bayo que debería seguir las directrices de los miembros del Comité. Junto a todo esto, el hecho de que el 30 de julio la prensa comenzara a hablar de la importancia estratégica de las islas, y de que el 5 de agosto se hablara de la expedición para su conquista, privándola de efecto de sorpresa, le restó posibilidades de éxito, que disminuyeron al carecer de fusil la mitad de los que participarían en ella —el Comité de Milicias, del cual formaba parte el Comité de Guerra, dijo a Bayo que con las armas que cogerían en Ibiza y Formentera podrían apoderarse de Mallorca—, y que menguaron todavía más al fallar en Palma la actuación de la quinta columna, en la que Bayo tenía gran confianza.
Bayo reunió una fuerza de 3.000 hombres medianamente armados, a los que en Menorca se uniría una columna organizada en Valencia por el capitán Uribarri, que constaba de 3 ó 4.000 hombres. Embarcaron con Bayo 1.000 combatientes desde Barcelona, mientras unos 300 salían de Valencia. El 1 de agosto fue ocupada la isla de Cabrera, el 3 Bayo llegaba a Mahón, de la cual haría su base, y el 8 se rendía Formentera. El día 9 desembarcaron en Ibiza y la guarnición de la isla se rindió, y el 10 Bayo se trasladó a Barcelona para dar cuenta a Companys de las operaciones y se presentó ante el Comité de Milicias, al cual pidió más armamento, que le fue negado.
De vuelta en Mahón, preparó el desembarco, entrenando a sus hombres para darles una disciplina militar de la que carecían. No obstante, el Comité de Guerra le ordenó que en 48 horas intentara desembarcar en Mallorca contando únicamente con los medios de que disponía y sin comprometerse en una acción decisiva, y si no se podía llevar a cabo la operación regresara con el material encontrado. La orden iba firmada por García Oliver, contrario a la expedición, y por Díaz Sandino, que le refrendó a disgusto.
Esto obligó a Bayo a precipitar la operación, y ordenó realizar el desembarco en la madrugada del 16; Uribarri, con el cual tuvo desavenencias, había vuelto el día 12 a Valencia con parte de sus efectivos. El desembarco se efectuó entre Porto Cristo y Son Cervera; el capitán escogió el sector de Punta Amer por ser el menos habitado y con menos artillería, donde



Uribarri, con el cual Bayo tuvo desavenencias, había vuelto el día 12 de agosto a Valencia con parte de sus efectivos. (En la foto, Uribarri regresa a Valencia tras la invasión de Ibiza).

en las pasadas elecciones fue mayor la votación pro-gubernamental y en los primeros días del alzamiento se había hecho frente a las fuerzas que desde Palma se extendieron por la isla; además, consideraba que la configuración del terreno favorecía al desembarco y que la posesión de un círculo de montañas que rodeaban la llanura escogida, así como de las llanuras que había frente a ellas y por las cuales avanzaría el enemigo, convertiría la posición en inexpugnable.

En cambio Guarner, que más adelante recorrería el sector, no juzgó adecuada la zona por cuanto no había en sus alrededores objetivos importantes ni disponía de puerto resguardado de los vientos. Según él el lugar, a más de 100 kilómetros de Palma, no era estratégico, y recordaba que Jaime I había desembarcado mucho más cerca de la capital, a unos 15 kilómetros, jugándoselo todo en el desembarco. Guarner, asesor militar en el Comité de Milicias, no expuso sus pensamientos al Comité, pero al ser nombrado subsecretario de la Consejería de Defensa expresó sus temores de un fracaso al consejero y a Companys: el presidente señaló que ya no era posible retroceder y habría que esperar.

Bayo y unos 400 hombres ocuparon Punta Amer, mientras otros 400, sin órdenes suyas, tomaron Porto Cristo. Fuerzas del buque **Ciudad de Cádiz** no pudieron desembarcar debido al intenso fuego de artillería enemiga. El día 18, después de durísimas luchas, el capitán había constituido un frente en torno a Punta Amer, desde el norte de Porto Cristo hasta Cala Bona, de unos 15 kilómetros de profundidad. El día 17 se había estabilizado la situación, siendo preciso romper el equilibrio mediante la superioridad de uno de los dos bandos; el Gobierno de la República, sin advertir el valor estratégico de las islas, negó su ayuda, al igual que el Comité de Milicias. Por el contrario el mando nacionalista, conociendo ese valor, autorizó a los defensores a procurarse material del modo que fuera por su propia cuenta, y así el día 27 llegaba un barco italiano a Palma llevando al conde Rossi y los aviones necesarios para adquirir la superioridad.

El día 17 se había celebrado una reunión de técnicos militares de la columna de Bayo convocada por el Comité de Milicias de Baleares. Redactaron un acta que fue enviada al Comité de Barcelona y en la que se afirmaba que, no disponiendo de refuerzos con artillería en la cantidad mínima de 3 ó 4.000 hombres, la base establecida resultaba inútil, ya que los expedicionarios sólo podían actuar a la defensiva. Por ello, aun reconociendo el valor personal y militar de Bayo, al que no se consideraba responsable del fracaso parcial de la operación, era preciso reembarcar para organizar otra expedición con las experiencias sacadas de ésta. El acta, así como los informes que llegaban al Comité, aumentaron el movimiento contrario a la empresa. El Comité solicitó a Companys y al consejero de Defensa que se inspeccionara a fondo el frente de Mallorca, y para esta misión se nombró al comandante Guarner y a Durán Rosell. En el puesto de mando les facilitaron informes no demasiado concretos sobre los sectores del frente, y comprobaron que la organización era defectuosa, hecho al cual contribuía la carencia de disciplina en las fuerzas.

Ya en Barcelona, Guarner redactó un informe que Durán Rosell —que pretendía pedir la destitución de Bayo— consideró muy moderado, pero lo firmó. En él solicitaban mejorar las posiciones y establecer las condiciones precisas para poder esperar el momento oportuno de actuar definitivamente. Entretanto los nacionalistas habían recibido importantes

refuerzos; además de los aviones italianos, llegaron dos barcos, provisiones, aviadores y organizaron potentes columnas. El 3 de septiembre llegaron a Punta Amer dos barcos republicanos: el crucero **Libertad**, mandado por el capitán de navío Miguel Buiza y el acorazado **Jaime I**, que protegían al **Mar Negro**. Días atrás había empezado la actuación de los aviones italianos, que atacaron incesantemente las posiciones ocupadas por Bayo y sus hombres, y que el día 3 no dejaron de bombardear con insistencia el **Mar Negro**, que había llegado con hombres y municiones.

En la misma tarde del 3, Buiza notificaba a Bayo que el Gobierno retiraba la colaboración de la Marina, y el consejero de Defensa le dio la orden de que reembarcara sus efectivos. Para hacerlo, sólo tenían de plazo hasta la madrugada del día 4. Cuando procedían al reembarque, la aviación enemiga atacó con notable intensidad. Bayo, para quien perder Mallorca significaba perder la guerra, llegó a Barcelona con unos 3.000 hombres, y alrededor de 4.000 se dirigieron a Valencia. Los nacionalistas recuperaban el día 13 Cabrera, y el 20 Ibiza y Formentera. Con la incomprensible falta de interés por las islas, se dejaba en manos nacionalistas una excelente base que durante toda la guerra no dejaría de hostilizar la retaguardia republicana, bombadeando con sus aviones las ciudades y los pueblos levantinos y intorpeciendo las comunicaciones marítimas.

Cuando Bayo, que por por entonces simpatizaba con el PSUC, llegó a Barcelona, el Comité de Milicias le acusó exageradamente y decidió interrogarle y juzgarle. Así lo hizo el día 7 una delegación del Comité de la cual formaban parte el teniente coronel Jiménez de la Beraza y el comandante Guarner. Este, temiendo Bayo un atentado, le aseguró que harían por él cuanto fuera posible. Tras un duro interrogatorio, los miembros del Comité le hicieron injustamente responsable de ineptitud y cobardía. No obstante, Jiménez de la Beraza ensalzó su valor y sus dotes militares y achacó

El desembarco se efectuó en la madrugada del 16 de agosto, entre Portocristo y Son Cervera; el capitán escogió el sector de Punta Amer por ser el menos habitado y con menos artillería, y donde en las pasadas elecciones fue mayor la votación progubernamental. (Desembarco de las tropas de Bayo en Mallorca).



el fracaso a la mala organización de la empresa y la desastrosa calidad de las milicias que la realizaron. Guarner añadió que la culpabilidad debía recaer en los que habían preparado la expedición de manera tan deficiente, de lo cual era responsable hasta cierto punto el Comité de Milicias, antes de que Guarner formara parte de él; que los milicianos de Bayo carecían de disciplina e instrucción, y que los mandos subordinados eran ineptos. Señaló también que el Comité no tenía atribuciones para imponer penas militares y que había que formar un expediente judicial militar y un consejo de guerra, cosa que aceptaron los miembros del Comité.

Guarner telefoneó a Prieto para que reclamara cuanto antes la presencia de Bayo, y, efectivamente, el ministro le reclamó y el capitán se desplazó a Valencia. Prieto le eximió de toda responsabilidad, con el consiguiente disgusto del Comité. El capitán no agradecería al ministro el gesto que tuvo para con él, como tampoco lo agradecería a Guarner y a Jiménez de la Beraza. Fue ayudante de Prieto, cuando éste desempeñaba la cartera de Defensa, hasta que el ministro le quitó el cargo al descubrir sus afinidades comunistas; más tarde, al cesar éste en el Ministerio, Bayo, que ya había ingresado en las filas del Partido, lanzó acusaciones contra él.

Capítulo notable es el de la guerra de guerrillas, cuyo principal propugnador fue Bayo. En septiembre de 1936, éste lucha en el frente de Madrid, en los sectores de Toledo y Talavera de la Reina y en la sierra de Gredos, donde pone en práctica este sistema de lucha, empleado anteriormente en las Baleares. Al mes siguiente efectúa un llamamiento acerca de la necesidad de la guerra de guerrillas, y es el periódico anarquista de Madrid **Tierra y Libertad**, el único que responde favorablemente. Bayo, revolucionario nato, busca guerrilleros nativos de las zonas en que se actuaba, los cuales realizaban ataques por sopresa —sobre todo de noche—, sabotajes, incendios, etc.; pequeños grupos de guerrilleros con armamento ligero hostilizaban el ala izquierda del Ejército de Africa, que se disponía a conquistar Madrid, y su actuación demostró ser eficaz.



M-16

El día 18 de agosto, después de durísimas luchas, el capitán había constituido un frente en torno a Punta Amer, desde el norte de Portocristo hasta Cala Bona, de unos 15 kilómetros de profundidad. (Bayo, durante las operaciones de desembarco en Mallorca).



Consideraba que la configuración del terreno favorecía el desembarco y que la posesión de un círculo de montañas que rodeaban la llanura escogida, convertiría la posición en inexpugnable. (Desembarco de hidros en Mallorca).

Manuel Cruells, que estudia el tema de las guerrillas en zonas republicana, indica que por parte de algunos militares profesionales se produjeron dos intentos serios de establecer unidades de guerrilleros a cargo de técnicos militares, que fracasaron por la oposición de los dirigentes políticos. Rojo, Pozas, Miaja, Hidalgo de Cisneros defendían la formación de cuerpos de guerrilleros, «con la particularidad de que por primera vez en la historia militar se intenta crear un cuerpo de guerrilla aérea». Dado que el Ejército republicano, por falta de una sólida disciplina, no podía actuar en grandes operaciones ofensivas, consideraban que era preciso mantenerse a la defensiva pero, mediante las guerrillas, ir desgastando al adversario en su retaguardia para volver con información y prisioneros. «La idea era clara por parte de los militares profesionales: aplicar (mucho más mientras el Ejército regular de la República estuviera en un período de formación) una dualidad mixta a base de Ejército regular y a base de Ejército de Guerrilla. Podríamos decir que deseaban cambiar el sistema de guerra regular por uno de guerra irregular, al menos mientras sus unidades no estuvieran en condiciones de enfrentarse con un Ejército que conservaba los cuadros, mandos y los técnicos y disponía, además, de toda una estructura operacional válida» (4). Creían que únicamente la guerra de guerrillas podía proporcionar la victoria a las tropas republicanas y hacer que el Ejército regular se viera libre de toda sujeción política, que disminuía considerablemente su eficacia y saboteaba la disciplina.

Por orden de los altos mandos, Bayo intenta crear grupos guerrilleros; el 29 de julio de 1937, en un documento firmado por Rojo, se le ordena que organice urgentemente una unidad guerrillera similar a la ya creada, y una orden general también firmada por Rojo y de la misma fecha indica a las autoridades militares que le faciliten toda la ayuda precisa. Por otra orden del 18 de noviembre, Camacho, subsecretario de Aviación, creaba los grupos de guerrilleros de Aviación, y el día 19 el jefe de las Fuerzas Aéreas, Hidalgo de Cisneros, firmaba otra orden para que se dieran a Bayo,

(4) Manuel Cruells: **De les Milícies a l'Exèrcit Popular a Catalunya,** *Dopesa, Barcelona, 1974, págs. 118-9. De este libro procede nuestra información sobre el papel de Bayo en las guerrillas.*



Bayo reunió para la invasión una fuerza de 3.000 hombres medianamente armados, a los que en Menorca se uniría una columna organizada en Valencia por el capitán Uribarri —en la fotografía—, que constaba de 3 ó 4.000 hombres.

en la 8.ª Región Aérea, cuanta ayuda necesitara. Sin embargo, Prieto echó por tierra ambos intentos; después de probarlos, en las dos ocasiones dio contraorden.

Antes de la firma por Rojo del primer documento, cuando se desarrollaba la batalla de Brunete, Prieto había enviado una orden a Modesto, que con el V Cuerpo de Ejército participaba en la lucha, por la que se nombraba a Bayo 2.º jefe de Estado Mayor de sus fuerzas. Modesto se negó a aceptarle, y Bayo aprobó su respuesta al ministro, departiendo amistosamente con él antes de marchar. Pasó poco después al Estado Mayor Central.

En diciembre, Bayo, que había ascendido a comandante, publicó el opúsculo **La guerra será... de los guerrilleros**, en que, como sugiere el título, defiende la necesidad de la actuación de los guerrilleros, los cuales «han sido en las guerras civiles los más valiosos elementos para una victoria», a la vez que en los frentes es menester la defensiva a ultranza. Por la publicación de este opúsculo, el comandante tiene que sufrir una semana de arresto domiciliario impuesto por Prieto, del cual era entonces ayudante. Parece ser que no desiste de sus propósitos, y en 1938 (año en que en mayo gana un nuevo ascenso) se le autoriza instruir un cuerpo de guerrilleros en Cataluña; pero el teniente coronel considera que es demasiado tarde. Durante este año fue todavía por algún tiempo ayudante del ministro de Defensa, y se le nombró después jefe de las fuerzas de recuperación.

Evacuado a Francia al terminar la guerra, es operado de una herida recibida en Barcelona y pierde un ojo. Pasa algún año en Cuba y México, y publica **Mi desembarco en Mallorca.** Prosigue en 1948 sus actividades guerrilleras; es nombrado general por los revolucionarios de Nicaragua, en Costa Rica entrena grupos de guerrilleros, y en lo sucesivo permanece en contacto con todos los grupos formados en Centroamérica. En México dio a la imprenta nuevas obras. Allí conoció en julio de 1955 a Fidel Castro, quien le encargó que organizara e instruyera sus guerrillas, y a finales de año tuvo lugar el encuentro de Castro con Guevara, que se enroló en su ejército como médico y fue alumno de Bayo. Alumno y maestro fueron siempre entrañables amigos.

La policía mexicana los arrestó a los tres en junio de 1956 acusándolos de preparar un ataque contra otro país. Pero esto no los arredró, y el 25 de noviembre el yate **Granma** salió de



En la misma tarde del 3 de septiembre, Buiza notificaba a Bayo —en la foto de la izquierda— que el Gobierno retiraba la colaboración de la Marina, y el consejero de Defensa le dio la orden de que reembarcara sus efectivos. Para retirarse, sólo tenía de plazo hasta la madrugada del día 4. Cuando procedían al reembarque, la aviación enemiga atacó con notable intensidad. (En la foto de la derecha, escena de la invasión de Mallorca).



Por la publicación del opúsculo: «La guerra será... de los guerrilleros», el entonces comandante Bayo tiene que sufrir una semana de arresto domiciliario impuesto por Prieto, del cual era entonces ayudante. (En la forografía, Alberto Bayo con Indalecio Prieto, hacia 1938).



Tuxpán con 82 hombres a bordo que pretendían derrocar al régimen cubano. El **Granma** se retrasó, y hasta el 2 de diciembre no desembarcaron en la playa de Los Colorados: Castro y sus hombres se refugiaron en Sierra Maestra. Una vez implantado el régimen socialista, Bayo, que había permanecido en México, marcha a la isla, donde seguirá entrenando guerrilleros, y en 1959 organiza una escuela en Tarará. Anteriormente también había entrenado a comunistas españoles para que volvieran a España como guerrilleros, y parece ser que en 1958 creó un Frente de Liberación Nacional para España.

Bayo, que había terminado la guerra española con el grado de coronel, fue nombrado general de brigada por la Delegación Militar Española en México en 1958, pero en cuba no pasó de ser comandante, ya que Castro Castro suprimió todos los grados superiores a éste (5). Durante los últimos años de su vida no dejó de escribir, y en 1968 moría en La Habana. ■ **M. T. S. R.**

(5) Se ha dicho a veces que Bayo fue en Cuba el único general. Sin embargo, el cónsul cubano en Barcelona nos notifica que únicamente se le reconoció el grado de comandante, como el que alcanzó Fidel Castro. Es posible que se le siguiera llamando general, pero esto no implica que le fuera reconocido dicho grado.

Republicanos españoles en los campos de exterminio nazis

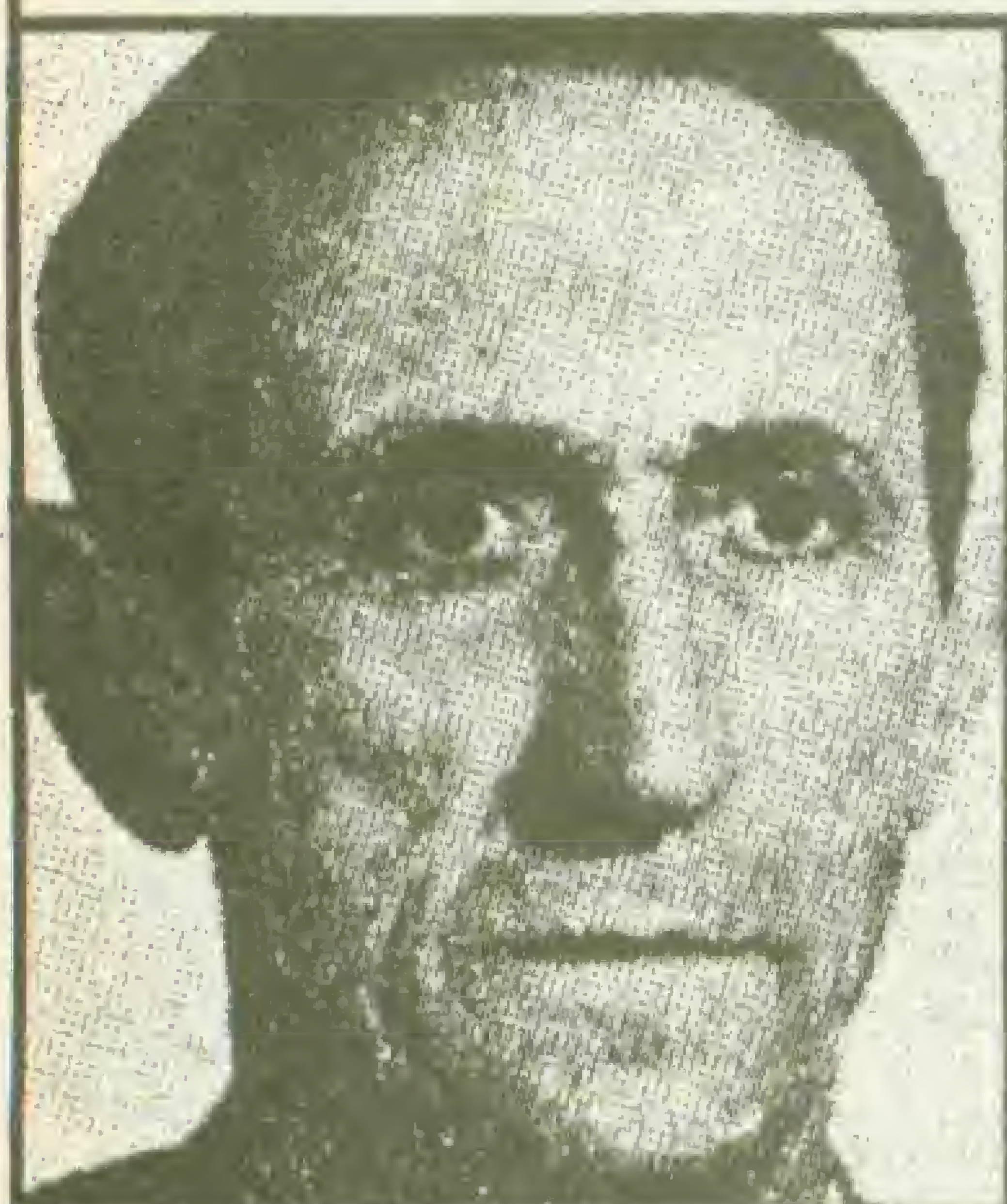
Eduardo Pons Prades

Campos de concentración y de exterminio alemanes

Campos donde hubo prisioneros republicanos españoles

Campos anexos (Kommandos)

Alemania: Bergen-Belsen, Buchenwald, Dachau, Dora-Mittelbau, Esterwegen, Flossenburg, Hinzert, Neuengamme, Ravensbrück, Sachsenhausen-Oranienburg.
Austria: Mauthausen.
Checoslovaquia: Terezín.
Francia: Natzweiler-Struthof, Schirmeck.
Polonia: Auschwitz-Birkenau, Belzec, Chelmno, Grossrosen, Kobjercyn, Majdanek, Sobibor, Stutthof, Treblinka.
Ucrania: Rawa Ruska.



Vicente Moriones, superviviente del campo de Buchenóald.



Eulogio Díaz Tendero, teniente coronel del Ejército español, asesinado con una inyección de fenol en el campo de Mauthausen.



Francisco Gálvez Arias, teniente del Cuerpo de Carabineros. Fue gaseado en el campo de Gusen I.



Capitán de la Guardia Civil. Superviviente del campo de Bergen-Belsen.



El escritor Jorge Semprún, superviviente del campo de Buchenóald.



Tomás Martín Pascual, teniente de navío, superviviente del campo de Mauthausen.

PARALELAMENTE al acontecer histórico que discurría por tierras ibéricas, y como consecuencia de nuestra guerra, por muchos países extranjeros —aunque algunos, como los iberoamericanos, podían ser considerados como una prolongación del suelo natal— se desarrollaba otra historia, española por los cuatro costados: la de los republicanos españoles que se habían exiliado, masivamente, en 1939. Tres fueron las facetas más representativas de aquel exilio: la laboral, la cultural y la militar. De las dos primeras, un universitario-escritor español, ha hecho una excelente recopilación (1). Sobre la militar existe otro libro que ofrece un amplio muestreo de las actividades bélicas, en el seno de los Ejércitos Aliados (1939-1945), de varios miles de republicanos españoles (2). Faltaba —al lado de la estupenda obra de una escritora catalana (3)— esta panorámica literaria de lo que fue la existencia de miles de compatriotas nuestros en los campos de exterminio nazis de Alemania, Austrialia, Checoslovaquia, Francia y Polonia (4)

(1) «El exilio español de 1939». Obra dirigida por José Luis Abellán. Taurus Ediciones (Tomos I, II, II, IV) Madrid, 1976 y 1977.
(2) «Republicanos españoles en la Segunda Guerra mundial». Eduardo Pons Prades. Editorial Planeta, Barcelona, 1975.
(3) «Els catalans als camps nazis». Montserrat Roig. Ediciones 62, Barcelona, 1977.
(4) «Los cerdos del comandante» (Españoles en los campos de exterminio nazis). Eduardo Pons Prades y Mariano Constante. Editorial Argos-Vergara, Barcelona, 1978.



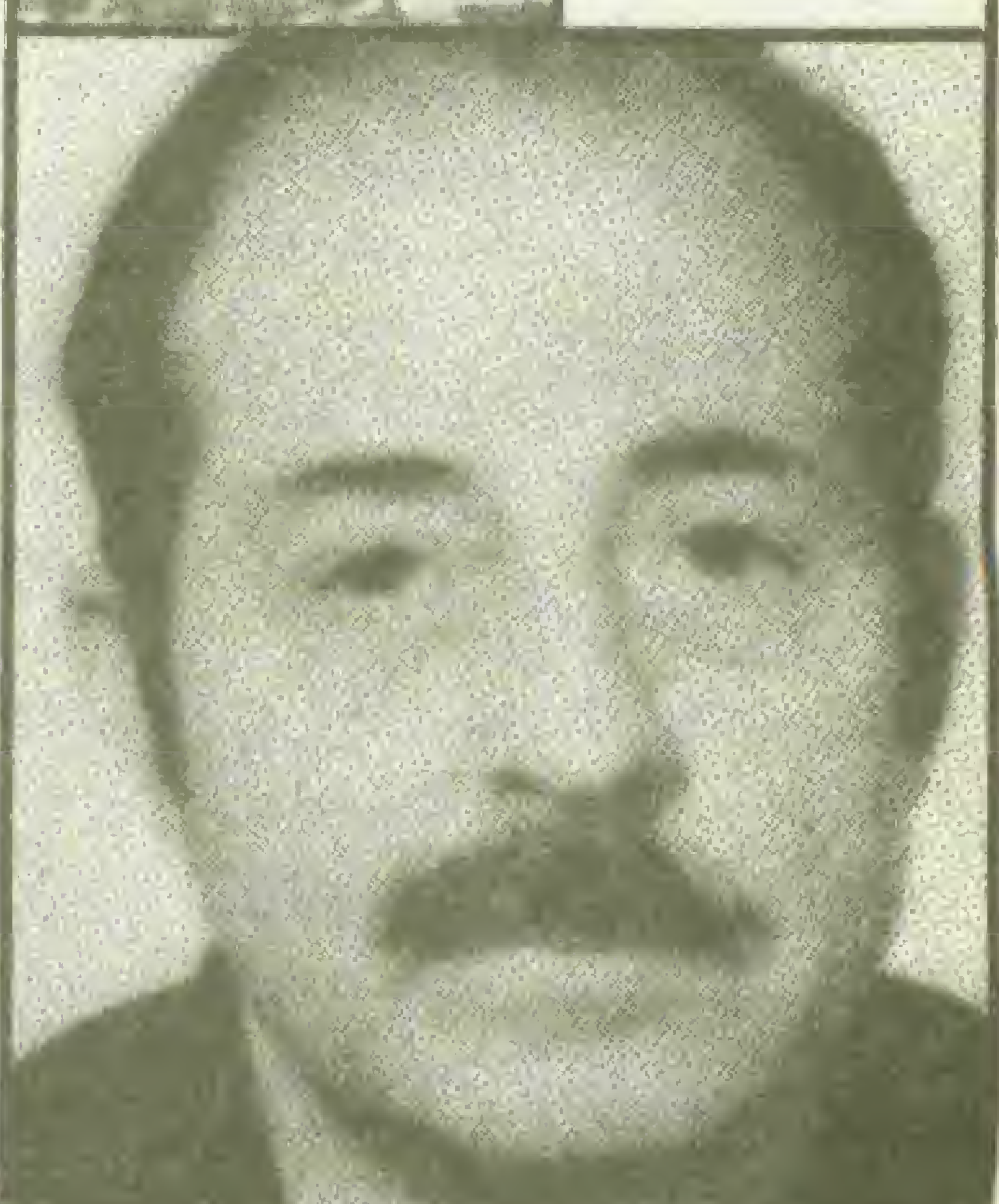
Tras la toma de Siétano (Huesca) en 1936, vemos a Tomás Bargés Piñol. Falleció en el campo de represalias de Rawa-Ruska (Ucrania).



José Miret Musté, consejero de la Generalidad de Cataluña en 1936. Asesinado por los SS en el Komando de Flörissdorf.



Angelina Bueno Vela, superviviente del campo de Ravensbrück.



Enrique Marco Batlle, superviviente del campo de Flossenburg.



Visita de Himmler a Mauthausen, en la primavera de 1941. 1) Kaltenbrunner, 2) Ziereis, jefe de los campos de la zona, 3) Himmler, 4) Eigruber, gobernador (gauleiter) de Linz, y 5) Bachmayer, jefe del campo de Mauthausen.

CAMINOS HACIA EL INFIERNO CONCENTRACIONARIO NAZI

Los caminos y las sendas que muchos de nuestros compañeros seguirían para acercarse a lo que para la inmensa mayoría sería el destino definitivo —los campos de la muerte alemanes— tuvieron, para empezar, tres nombres: la Legión Extranjera francesa, los Batallones de Marcha y las Compañías Militarizadas de Trabajo. Los unos —Legión y Batallones: quince mil hombres— eran combatientes, mientras que los otros —unos cincuenta y cinco mil hombres— eran fortificadores. Aproximadamente la cuarta parte de ellos caería en poder del Ejército alemán durante la campaña de Francia (mayo-junio de 1940) (5).

Los itinerarios **utilizados** por los prisioneros de guerra españoles arrancaban de los campos de tránsito y de selección **—Frontstalag—** del norte y del este de Francia —de los cuales muchos de nuestros compatriotas todavía consiguieron escapar—, se interrumpieron durante un tiempo —semanas para unos y meses para otros— en los campos de concentración para prisioneros de guerra **—Stalags—**, instalados en territorio alemán, para terminar (entre agosto de 1940 y mayo de 1941) en los campos de exterminio, entre los que destacaban el de Mauthausen (Austria), Dachau (Alemania) y Auschwitz (Polonia). Al primero de ellos irían a parar las tres cuartas partes de los prisioneros republicanos españoles: algo más de diez mil hombres (6). Más tarde (1941-1944), se abrirían otras sendas: la de los detenidos políticos por actos de Resistencia —política o armada—, por la que pasarían centenares de compatriotas nuestros de ambos sexos. Y la de otros prisioneros de guerra españoles: los caídos en poder de los ejércitos del Eje por tierras de Africa, de Noruega, de Asia Menor, de Italia, de la Unión Soviética. Es decir: en cualquiera de los frentes de veinte países donde los republicanos españoles com-

(5) «Republicanos españoles...» (Obra cit.).

(6) En los últimos datos publicados, hace apenas unos meses, se da la cifra de 7.290 muertos y de 2.965 supervivientes.

batieron, bajo banderas aliadas, durante la Segunda Guerra mundial.

Otro camino fue el del rapto, en la Península Ibérica, por parte de agentes de la Gestapo, que andaban por estas tierras libremente y actuaban a su antojo, sin rendir cuentas a nadie, y el traslado, generalmente por vía aérea, de los raptados a Alemania. Primero a la tristemente célebre Casa Parda —sede de la Inquisición gestapista— de Munich y más tarde a un campo de exterminio. Como le sucedió al barcelonés González, un ex sargento del Cuerpo de Seguridad, secuestrado a mediados de abril de 1941, en el Hotel Oriente de las barcelonesas Ramblas. A González le obligaron a subir a un coche, a punta de pistola, agentes de la Gestapo, lo trasladaron al aeródromo del Prat y desde allí volaron hasta Munich. En esta ciudad, cuna del nazismo, la Gestapo lo sometería a interrogatorios de un salvajismo inaudito, pero al ver que no obtenían de él la menor información —lo acusaban de ser un agente al servicio de los ingleses— lo condujeron al campo de Dachau. O como a un ciudadano alemán, Otto Ludwig, que ejercía de joyero en Cartagena. A éste lo embarcaron hacia Alemania en el aeródromo militar de Los Alcázares, en Murcia, yendo a parar también a la tan temida Casa Parda de Munich. Y después al campo de exterminio de Mauthausen, donde empezó un terrible vía crucis que se terminaría en otro campo de la muerte: el de Sachsenhausen-Oranienburg. Ludwig, como comerciante judío, había sido requerido varias veces por la Embajada alemana de Madrid para que contribuyese al esfuerzo de guerra alemán con una especie de donativo-multa (parecido al instaurado durante varios años por los falangistas en nuestra posguerra), pero él se negó a dar una sola peseta a los nazis. Ludwig suponía que su secuestro tuvo como objetivo el amedrentar a todos los comerciantes judíos domiciliados en España. Para que escarmentasen en cabeza ajena y pagasen todas las cantidades que les fuesen exigidas (7).

Don Francisco Largo Caballero, en su largo testimonio, cita otro caso de secuestrado: el de un negociante francés domiciliado en Londres. Había residido en la Argentina y hablaba bien el español. Fue detenido porque, en un

ARTE Y LETRAS
GRAFICO SEMANAL VALENCIANO

TÍTULO DE REDACTOR
a favor de D. Joaquín García-Ribes
Valencia 22 de Agosto de 1924
Firma del interesado
El Director,

El periodista Joaquín García Ribes fue el principal protagonista de una audaz evasión, que le permitió ser el único superviviente español del campo de exterminio polaco de Treblinka.

hotel de Lisboa, se permitió decir, en 1942, que Alemania perdería la guerra. Desde la capital portuguesa, siempre por los aires, el francés metido a futurólogo fue enviado a Munich y tras los interrogatorios «de rigor» fue a parar a un campo de la muerte (8).

PLANIFICACION DEL SUFRIMIENTO Y DE LA MUERTE LENTA

Una simple ojeada al mapa adjunto bastará para comprobar que los nazis habían transformado Alemania y los países ocupados por sus ejércitos en un inmenso campo de concentración. La explotación y la exterminación de los prisioneros —de guerra en unos casos y políticos en otros— corría a cargo de destacamentos especiales —los de la **Calavera Negra—** de las Secciones de Seguridad (S.S.) del Tercer Reich y se centralizaban en veintidós campos principales: **Bergen-Belsen, Buchenwald, Dachau, Esterwegen, Flossenburg,** Hinzert, **Dora-Mittelbau, Neuengamme, Ravensbrück, Sachsenhausen** (Alemania), **Mauthausen** (Austria), **Terezin** (Checoslovaquia), **Natzwailer-Struthof, Schirmek** (Francia/Alsacia) y los polacos de: **Auschwitz-Birkenau,** Belzec, Chelmno, Gross Rosen, Kobjercyn, Majdanek, **Stutthof, Treblinka.** En los destacados en negrita (14) hubo prisioneros de nacionalidad española de ambos sexos.

(7) y (8) «Los cerdos...» (Obra cit.).

La explotación, **la era del exterminio por el trabajo,** según palabras del jefe supremo de las S.S., Himmler, fue contratada con los seculares señores de la guerra germanos: los Krupp, los Hugenberg, los Schröder, los Thyssen y otros. Sus secuaces tenían, como los S.S., derecho de vida y muerte sobre los deportados. Valga este ejemplo: por una de las instalaciones de la **I. G. Farben Industrie,** que se incautó prácticamente del campo de Auschwitz (el de los cuatro millones de muertos), en la fábrica **Buna,** donde trabajaban prisioneros del **Komando Birkenau** (hombres y mujeres), se devolvieron las dos terceras partes del cupo laboral, unas veinte mil personas, tachadas de «improductivas», las cuales fueron gaseadas a medida que regresaban al campo de origen.

EXPERIENCIAS PEUSOMEDICAS EN LOS CAMPOS

Todo empezó a principios de 1933, con la creación del Instituto de Investigaciones Biológicas Raciales de Berlin-Dahlem. El 20 de enero de 1942 se celebró en Berlín la llamada «Con-



Aunque pudiera creerse que eran prisioneros de un campo nazi, se trata de ex soldados del ejército republicano español deportados al campo de concentración de Hadjerat-M'Guil, en las profundidades del Sahara argelino.



Mauthausen fue el único campo de exterminio donde se acogió a las fuerzas aliadas con tal efusión...

ferencia de Wannsee», en la que las eminencias médicas del Tercer Reich decretaron «la solución final» del problema judío, lo cual significaba la organización de la matanza de once millones de judíos europeos. Entre los modos de matar escogidos figuraba el del incremento de **todo género** de experiencias médicas. En una carta dirigida a Himmler, en marzo del mismo año, el profesor Victor Brack, padre de la eutanasia, informaba que, con veinte instalaciones apropiadas, se podían castrar, por medio de los rayos Rönttgen, unas cuatro mil personas por día. Y por aquellas mismas fechas, firmada por los profesores Reinhard Höhn, Adolf Pokorny, Madaus y Glüks, entre otros, se le proponía la esterilización de todos los súbditos rusos que cayesen en poder de los ejércitos alemanes.

Las primeras castraciones con rayos Rönttgen las realizó el doctor Horst Schumann, en el castillo de Grafeneck, «gracias al material humano de Auschwitz». A fines de 1942, el profesor Sigmund Rascher, en el campo de Dachau, llevó a cabo experiencias de refrigeración, sacando a treinta detenidos desnudos a la intemperie, en plena noche, durante doce horas, de forma que la temperatura corporal bajase por debajo de los 30 grados. Luego se les introducía en una bañera de agua caliente. El 90 por 100 moría a las pocas horas de semejante **tratamiento.** En una carta fechada en mayo de 1943, Himmler encargó al profesor Clauberg que se trasladara al campo de Ravensbrück para esterilizar a un millar de mujeres con **sus métodos:** por rayos, mediante una operación quirúrgica y por medicación, rogándole pronta información sobre los resultados con el fin de organizar la esterilización en gran escala. La desenfrenada locura de las experiencias alcanzó incluso al Vicepresidente de la Cruz Roja alemana, el profesor Ernst Robert Gravitz, el cual llegó a pedir a Himmler, el 1 de junio de 1942, que le facilitase «material humano de los campos de concentración para realizar investigaciones sobre el contagio de la ictericia. En el castillo de Hartheim, dependiente del campo de Mauthausen, otra eminencia, el doctor Karl Gebbhardt, director de la famosa clínica de la Universidad de Berlín, asistido de la doctora Hertha Oberheuser, administró a las detenidas bacilos de gangrena gaseosa del tétanos y otras bacterias sobre heridas provocadas, que eran tratadas, a título experimental, con «sulfamidas». Clauberg y sus ayudantes perpetrarían, entre el 4 y el 7 de enero de 1945 (apenas a cinco meses del final de la guerra), la esterilización, en el campo de Ravensbrück, de 150 muchachas gitanas, entre las que se encontraban niñas de ocho y nueve años.

Pero la cima de los delirios **científicos** la alcanzó, seguramente, el doctor August Hirt, titular de la Cámara de Anatomía de la Universidad de Estrasburgo, cuando, en carta de 9 de febrero de 1942, pidió a Himmler, el gran abastecedor, que le facilitase cráneos de «comisarios judeo-bolcheviques», que eran necesarios para sus investigaciones, especificándole que se interesaba precisamente por dicha especie de cráneos porque representaban «una raza humana inferior particularmente repugnante...».



Supervivientes españoles del campo de Sachsenhausen-Oranienburg. 1) Bernat Garcia, 2) José Carabasa, 3) Francisco Cuni (falta Francisco Largo Caballero).

CAMPO DE BUCHENWALD

Se construyó en julio de 1937, en las inmediaciones de Weimar, la villa que vio nacer, a la sombra del árbol de Goethe —una encina— las más prestigiosas corrientes del pensamiento humano. En las postrimerías de 1938, a consecuencia del asesinato de Von Rath, consejero de la Embajada de la Alemania en París, cometido por el judío Herschel, los nazis desencadenaron la caza abierta de los judíos alemanes. En Alemania ardieron cientos de sinagogas y las casas de miles de judíos fueron saqueadas, así como los comercios que les pertenecían. Cientos de ellos murieron a manos de los nazis y veinte mil fueron enviados al campo de Buchenwald. Fue la primera expedición masiva ingresada en dicho campo (9).

Según el historiador Eugen Kogon, el 12 de abril de 1945, día de la liberación, los supervivientes registrados fueron unos 21.800 repartidos así: franceses, 5.000; polacos, 3.500; alemanes, 2.200; soviéticos, 2.200; checos, 2.000; ucranianos, 2.000; yugoslavos, 600; austriacos, 500; holandeses, 400; italianos, 400; españoles, 200, y unos tres mil más de otras nacionalidades.

Buchewald fue uno de los campos que mayor número de **komandos** tuvo: casi un centenar. El más importante de ellos, el de **Dora-Mittelbau**, sería transformado, a fines de 1943, en campo principal. En sus fábricas subterráneas —a lo largo de diez kilómetros de galerías— es donde se montaban las bombas aladas V-1 y V-2. Un francés, Paul Bolteau, nos ha escrito: «En Dora supe que había españoles, pero no tuve ocasión ni de trabajar ni de convivir con ellos». Entre los supervivientes encontramos a Antonio Berbel Hita, un vasco de Irún; a Emilio Burch Roviralta, un catalán condecorado con la Legión de Honor a título de Resistente-Deportado, y al alicantino de Petrel, Pascual Caslló. Y al escritor Jorge Semprún Maura, detenido en Francia, como sus compañeros, por la Gestapo, con 18 años recién cumplidos, y que ha novelado con pluma maestra su experiencia (10).

ESPAÑOLES ANONIMOS EN LA BASE DE PEENEMÜNDE Y EN LA TRAGEDIA DE NEUSTATD

La base de Peenemünde, a orillas del Báltico, fue donde el científico alemán Von Braun, con su equipo, llevó a cabo las experiencias encaminadas a poner a punto las armas terroríficas de que tanto alardearon —vaticinando, con su posesión, el triunfo final del Tercer Reich— el ministro de Propaganda, Goebbels, y el propio Hitler, en vano intento de reactivar el alicaído ánimo de sus huestes.

El francés Paul Bolteau, nos subraya: «Ibamos un millar de deportados y entre ellos había varios españoles. Siento no poder recordar sus

(9) Esta ola de represión se la conoce por «la noche de cristal».

(10) «El largo viaje». Editorial Seix y Barral. Barcelona, 1976.

nombres o alguno de ellos. De esos mil, unos cuatrocientos fuimos enviados a Peenemünde».

Se conoce por «tragedia de Neustatd» el drama de varios miles de deportados del campo de Neuengamme que, a dos semanas del fin de la guerra, el 27 de abril de 1945, fueron conducidos al puerto de Lübeck y embarcados en cuatro barcos de línea alemanes: el **Thielbeck**, el **Cap Arcone**, el **Deutschland** y el **Athena.**

«Nos embarcaron en el **Thielbeck** —relata un francés que ha preferido guardar el anonimato—, en cuyas bodegas se encontraban ya hacinados cientos de rusos y polacos. Por boca de unos camaradas españoles, entre los cuales recuerdo a Miguel Santos, nos enteramos de que la Cruz Roja Internacional estaba dispuesta a hacerse cargo de los deportados oriundos de los países del oeste de Europa. Nuestros tres amigos españoles (había otros seguramente entre los miles de embarcados) trataron de hacerse pasar por franceses, para ser evacuados y escapar así a la previsible exterminación que nos reservaban los S.S., pero uno de los franceses los denunció y los S.S. les obligaron a bajar del camión de la Cruz Roja».

«El 3 de mayo, nos habíamos hecho a la mar hacía un par de días, oímos motores de avión y poco después éramos bombardeados por la aviación aliada. Nuestro barco empezó a hundirse lentamente. Cerca de mí, un S.S. se pegó un tiro. Las barcas de salvamento fueron ocupadas por los S.S. y cuando un deportado se acercaba a ellas lo rechazaban a culatazos o a tiros. Más lejos, los otros tres paquebotes, también repletos de deportados, estaban ardiendo en medio del mar».

SEMBLANZA DE UN HOMBRE DE ACCION

Vicente Moriones, «El Navarro», fue un español exiliado con una trayectoria de luchador antifascista sin par. Fue detenido cuando formaba parte del equipo fundador (integrado únicamente por libertarios españoles) de la red de evasión aliada **Pat O'Leary** (11), cuyo último eslabón (fijado en Toulouse, pero con ramificaciones en todo el territorio español) lo dirigía un maestro oscense, Francisco Ponzán Vidal. Moriones sería víctima de las más refinadas torturas, tanto por parte de la policía francesa de Vichy como de la Gestapo. A los pocos meses de haber regresado del campo de Buchenwwald, y apenas repuesta su salud, hizo varios viajes clandestinos a España, instalándose poco después en el País Vasco, donde falleció al comienzo de la década de los años 70. En 1973, en Bilbao, San Sebastián y en Logroño, de la mano de un viejo luchador cenetista, el compañero Serna, tuve ocasión de cambiar impresiones con gente joven de aquellas regiones y pude comprobar la gran labor desarrollada por Vicente Moriones. Todos lo consideraban como un maestro en esa difícil y delicada asignatura que son las Humanidades.

(11) «Republicanos españoles» (Obra cit.) y «Tiempo de Historia», n.º 24. Madrid, 1976.

LA COLABORACION ENTRE LA ALEMANIA PAGANA NAZI Y LA ESPAÑA CATOLICA

Refiriéndose a la visita del jefe de la Gestapo, Himmler, a Madrid, en 1940, los comentaristas suelen afirmar que el alto jerarca nazi vino

Columna conmemorativa en el campo de Flossenburg con el número de españoles muertos en él.

a España a trazar las líneas maestras de la organización de la policía española. Pues bien, a la vista de las semejanzas de sus respectivas actuaciones —entre nazis y franquistas—, pero ateniéndonos sobre todo al orden cronológico de los hechos, uno más bien se sentiría inclinado a opinar lo contrario: que Himmler vino a España a aprender (12).

Es testimonio de Antonio García García, capitán de la Guardia Civil, que tuvo el triste privilegio de transitar por los peores campos alemanes (Dachau, komandos de Friedrischshafen y Klein-Boduque, Bergen-Belsen), nos aporta esta prueba de la colaboración nazi-franquista: «De allí salí contratado para trabajar en París, donde la Gestapo me detuvo el 24 de febrero de 1941. Tras el primer interrogatorio, en la sede de las S.S. y cuando me trasladaban a «La Santé» —la prisión de París—, uno de los oficiales alemanes me dijo que había sido detenido a instancias del embajador de Franco en Francia, José Félix de Lequerica, y que probablemente me enviarían a España. Al conocer la identidad de otros detenidos españoles no nos costó mucho reconstruir la relación de los reclamados por los franquistas. Lo que no sabría decir es por qué unos fueron devueltos a España, y fusilados casi todos, y otros fuimos a dar con nuestros huesos a los campos de Alemania».

(12) V. **Apéndices** *de «Los cerdos del comandante» (Obra cit.).*

Y el otro botón de muestra nos lo ofrece Enrique Marco Batlle, el cual, tras pasar por las manos de la policía francesa y la Gestapo, y conocer varias cárceles alemanas y campos de concentración, fue liberado cuando se encontraba incomunicado hacía varios meses en el penal de Kiel. «Cuando creía que no me iban a molestar más, un día vino la Gestapo y me llevaron al presidio de Kiel, y allí comenzó otra vez el jaleo. Yo creí, te lo digo sinceramente, que había llegado mi última hora. Estuve ocho meses completamente incomunicado y aprendí alemán gracias a la luz —cuyo chorro no cesaba en las 24 horas del día— y a una Biblia protestante bilingüe: en latín y en alemán. En Kiel fue donde nos enteramos de que los franquistas habían prestado a los nazis unos grupos de falangistas y de requetés que se dejaban internar en campos y prisiones para actuar como confidentes. En uno de los primeros interrogatorios que me hizo la Gestapo en Kiel aparecieron dos españoles de aquellos, que me acusaron sin rodeos de ninguna especie de ser uno de los animadores de la organización de la Resistencia del campo anexo de Neuengamme. Eran un catalán y un vallisole-



Grupo de supervivientes españoles, fotografiados por Paco Boix, a las pocas horas de ser liberado el campo de Mauthausen. Pese a la rapidez con que fueron atendidos y evacuados hacia centros de recuperación, no sobrevivió ninguno.

tano. El primero se llamaba —y se llama, porque todavía vive— Jaume Poch, y era del pueblo leridano de Ponts. Y el otro: José Rebollo, y era de Valladolid. Requeté aquél y falangista éste. Por eso fui condenado por un Tribunal Militar acusado de «conspiración» contra el Tercer Reich» (13).

Y ya hemos visto, en un capítulo anterior, otra cara de esa colusión nazi-franquista en los secuestros realizados por los agentes de la Gestapo en la Península Ibérica.

CAMPO DE RAVENSBRÜCK

Por sus instalaciones concentracionarias, inauguradas en mayo de 1939, pasarían unas 150.000 mujeres de veintirés nacionalidades. El paraje era tan desolador que ni los bosquecillos circundantes conseguían atenuar la deprimente atmósfera reinante de alambradas hacia adentro.

Este campo fue escenario de las más abyectas experiencias seudomédicas. A él fueron a parar la mayoría de las detenidas encinta y los médicos hacían abortar a todas aquellas cuyo embarazo sobrepasaba los ocho meses. En estos monstruosos menesteres se destacaría el doctor Treite, cuya **especialidad** era la de asistir al parto para, acto seguido, estrangular o ahogar al recién nacido —e incluso matarlo, lanzándolo contra la pared—, en presencia de la madre, para **estudiar** sus reacciones psicológicas y sus secuelas posteriores. Entre 1943 y 1945 nacieron en Ravensbrück 863 niños que murieron casi todos de hambre y de frío. Sólo unos pocos, gracias al derroche de valor y de imaginación de las residentas del campo, lograron salvarse. Y no sólo de una muerte inmediata, al nacer, sino también de servir de cobayas en muchas otras técnicas de exterminación, tras las cuales, de no morir, quedaban mutilados o tarados para el resto de su vida.

La exterminación alcanzó a unas 92.000 mujeres, entre ellas un número indeterminado de detenidas políticas españolas capturadas por la Gestapo en Francia. La polaca-española Estucha Zilberberg, que formó parte, en la guerra de España, del Cuerpo de Sanidad Militar de las Brigadas Internacionales, nos recuerda los nombres de algunas de las que sobrevivieron: Carlota García «Charlie», Alfonsina Bueno Vela, Lise Ricol, Nieves Castro, Lola Castellano, Nicolasa García, Neus Català, Aurora Díez Monge, Montserrat, «La Parisina», Nieves Roger, Juanita, Angelines Martínez, Mercedes Núñez «Paquita Colomer», Herminia, Feliciana, Dolores, Carmen, Alfonsina, María Yena. Dos de ellas (Carlota y Alfonsina) se reunirían, en las prostrimerías de la guerra, con sus maridos en el campo de Mauthausen.



Francisco Largo Caballero (Moscú, junio 1945) a las pocas semanas de su liberación.

Estucha Zilberberg nos habla de la vasca Carlota García: «Charlie» formaba parte del Colectivo Internacional clandestino y asumió siempre un papel destacado en la elaboración de los planes de trabajo (solidaridad y resistencia) del C. I. para hacer frente a los S.S. y a las criminales jefas de barraca que teníamos en Ravensbrück. Carlota era una mujer fuera de serie, cuyo comportamiento le granjeó la admiración y la simpatía de cuantas la conocieron y trataron, fueran españolas o no. «Charlie» era para todas nosotras como un inextinguible rayo de sol; como una madre

(13) Actual Secretario General del Comité Nacional de la Confederación Nacional del Trabajo de España.



Deportadas españolas de Ravensbrück. Fotografiadas a los dos años de haber salido de los campo de exterminio (París, mayo de 1947). Arrodilladas: **Angelines Martínez, XX y Carlota García de Olaso.**

que velaba por sus pequeñuelos día y noche. Y era de nuestra misma edad, no creas. Ello no le impedía ser coqueta, incluso en Ravensbrück. Era la primera en abandonar la litera, de madrugada aún, y en acudir a «la sala de aseo»: unos grifos de agua fría a la intemperie. Allí se despojaba de todos sus andrajos (con los que dormíamos para no morir de frío) y se lavaba todo el cuerpo y luego peinaba sus hermosos cabellos tirándolos hacia atrás. Así daba el ejemplo, para que no nos dejásemos ganar por la suciedad, que era el primer síntoma de debilidad y de abatimiento, o sea: el primer paso hacia la fatal resignación y el hundimiento moral. De tal forma nos inculcaba aquella saludable coquetería, que podía conducirnos hasta el robo de un mantel, como me ocurrió a mí en uno de los grupos de trabajo. Con él, tras recortarlo en diciséis pedazos, nos confeccionamos pañuelos. Era culta y modesta a la vez. Hablaba francés, alemán y ruso. En París trabajó con el Agregado Cultural de la Embajada de Chile, que no era otro que el poeta Pablo Neruda».

Angelines Martínez nos habla de la asturiana Leonor Rubiano: «Conocí a Leonor en el otoño de 1938, en París, cuando nos manifestábamos contra los Acuerdos de Munich. En septiembre de 1941 caímos en poder de la Gestapo y de la fortaleza parisina del *Est* fuimos eviadas, en la primavera de 1942, a la prisión alemana de Prüm. Y, más tarde, como represalia por haber festejado la fiesta nacional de Francia, el 14 de julio, a Leonor y a mí nos encerraron en la fortaleza de Breslau. Hasta que, en septiembre de 1942, ingresamos en el campo de Ravensbrück. A través de tantas vicisitudes (lucha política, actividad sindical, interrogatorios, cárceles y el campo de exterminio) puede comprobar la incomparable fortaleza moral de Leonor. Pero su fuerza física era mucho más endeble. Un día fuimos separadas y a ella la destinaron a un taller anexo donde se confeccionaban prendas militares, bajo la vigilancia de un oficial S.S., un asesino sádico que mató a varias mujeres golpeándolas con unas planchas metálicas usadas allí. Eleanor, en defensa de sus compañeras, sufrió allí lo indecible y esto, añadido a la tristeza de nuestra separación, pues no pudimos vernos ni una sola vez. Fue apaleada y torturada. Hambrienta y destrozada, física y moralmente,

cayó enferma en diciembre de 1944 y murió en febrero de 1945, cuando ya apercibíamos cercana la libertad, sin que lográsemos arrancarla de las garras de los S. S. Así desapareció aquella joven y valerosa muchacha. Fue una gran figura de la Resistencia francesa, una auténtica heroína española, que supo honrar las ideas que defendió y el país que la vió nacer.»

ESPAÑOLES EN EL «TREN DE LA MUERTE»

Al producirse el desembarco de las fuerzas aliadas en las playas de Normandía (6 de junio de 1944), los servicios policíacos del Tercer Reich en Francia deciden evacuar de Francia a los detenidos políticos. Sin contar los de las prisiones (francesas y alemanas), había prisioneros en los llamados «campos de internamiento administrativo» de: **Compiègne**, Chateaubriant, **Drancy**, **Beaune-la-Rolante**, **Romainville**, **Agde**, **Argèles**, Aincourt, Fort-Barrault, **Gurs**, Hauts-Clos-Troyes, Lalande-Poitiers, **Mérinac**, Montceau-lesMines, **Noé**, Pithiviers, Port-Louis, Rouille, **Rieucros**, Saint-Paul-d'Eyjeaux, **Saint-Sulpice-la-Pointe**, Thill, **Vernet d'Ariège**, Voves, Woippy y **Les Tourelles/París**. En los subrayados hubo detenidos de nacionalidad española.

En el campo de Compiègne se forma el convoy núm. 7909 del 2 de julio de 1944, en el que se amontonan, a razón de más de cien hombres por vagón de carga, 2.166 prisioneros. Entre ellos se encontraban 65 compatriotas nuestros. Su destino: el campo de exterminio de Dachau, via Strasbourg-Stuttgart. Unos 900 kilómetros de recorrido, en los que el tren invertiría unas 80 horas: salió de Compiègne el 2 de julio, a las 9 horas 15 minutos, y llegó a Dachau el 5 de julio, a las 16 horas 30 minutos. A un promedio de algo más de once kilómetros por hora. De los 2.166 expedicionarios sólo llegaron con vida a Dachau 1.630. Hubo, por tanto, un 24 por 100 de bajas. De los 65 españoles sólo 40 alcanzaron Dachau. Bajas españolas: el 38 por 100. La temperatura media que tuvieron que soportar durante el viaje fue de 34 grados. Supervivieron: Alemanes (1), americanos (2), ingleses (2), austriacos (3), belgas (7), españoles (40), franceses (1.511), griegos (3), holandeses (1), húngaros (2), italianos (16), polacos (24), rumanos (1), rusos (5), suizos (7), turcos (1) y yugoslavos (4). El convoy estaba formado por unas cuarenta unidades, de las cuales veintidós vagones de carga estaban destinados a los prisioneros. En cinco de ellos la mortandad sobrepasó el 50 por 100 del personal cautivo: 76, 75, 75, 64 y el «vagón metálico», el único superviviente, entre varios de



Ziereis, comandante en jefe del campo de Mauthausen, mortalmente herido, en mayo de 1945, en presencia de varios ex deportados. Al fondo, el catalán Paco Boix, y, a la derecha, el polaco que descubrió y denunció al comandante.



Pons Prades junto al monumento dedicado a «los españoles muertos por la libertad» en Annecy (Altos Alpes franceses). Obra de Baltasar Lobo.

nuestros compatriotas encajonados con él, fue el español Angel González, que cumplió los 18 años durante el viaje. Y que llegó a Dachau en compañía de 97 cadáveres y dos moribundos.

Angel González vería enloquecer a varios de sus compañeros en una breve parada, en la estación de Fismes, cuando llevaban tan sólo unas horas de viaje. Y pese a sus denodados esfuerzos no podrá impedir que salgan a relucir navajas, tenedores y cucharas afiladas, ni que la sangre salpique la madera del vagón. Un padre y su hijo se arrinconan a su lado y de pronto el primero se sujeta el vientre y muere en el acto, en medio de estremecedores estertores. Alguien, en la oscuridad, lo ha destripado de un tremendo cuchillazo. El hijo, al desabrocharle el pantalón, hace desbordar por la ancha herida las entrañas del padre. Entonces, preso de súbita locura, el muchacho se pone a dar zarpazos en la herida, coge aquella riestra de intestinos con las manos y se la coloca alrededor del cuello, en guisa de collar. González pensó morirse en aquel instante. Pero sólo se habia desmayado a consecuencia de un botellazo en la cabeza. La explicación posiblemente es ésta: que en algunos vagones abundaba la morralla, frente a una minoría civilizada de personas idealistas. Su presencia entre los resistentes no era casual. Embarcándolos con los resistentes, los alemanes perseguían un doble objetivo: en primer lugar, hacer aún más penosas las condiciones materiales del viaje... y, al tiempo, conseguir las máximas cotas de desmoralización posibles. Así, al ingresar en el campo de extermino, muchos deportados políticos ya estaban más cerca de la muerte que de la vida.

Al llegar a la estación de Munich del vagón metálico (14) cayeron al exterior, tres espectros —los únicos supervivientes de los cien encajonados en él a la salida—, con un leve soplo de vida. Un viejo sacerdote, el reverendo padre Goutaudier, se acercó a unos de ellos, al español Andrés González, y ayudándole a levantarse, le dijo: «Anda, vamos, haz un pequeño esfuerzo. Que yo te ayudo». «¡Los otros, padre! En el vagón hay dos que todavía viven». «Ya los he visto, hijo mío. Están muertos». Pero González, como exhalando un último deseo, insistió: «Pero, padre, si estaban vivos cuando ha avierto el vagón». «Sí, hijo, estaban vivos, pero ahora están muertos. Anda, ven, hijo mío, vámonos de aquí».

CAMPO DE MAUTHAUSEN

Sólo hubo un campo principal en territorio austríaco: el de Mauthausen, uno de los peores del sistema concentracionario nazi, junto con los de Auschwitz y Treblinka (Polonia) y los de Ravensbrück y Buchenwald (Alemania), de la categoría III, y en el que fueron internados,

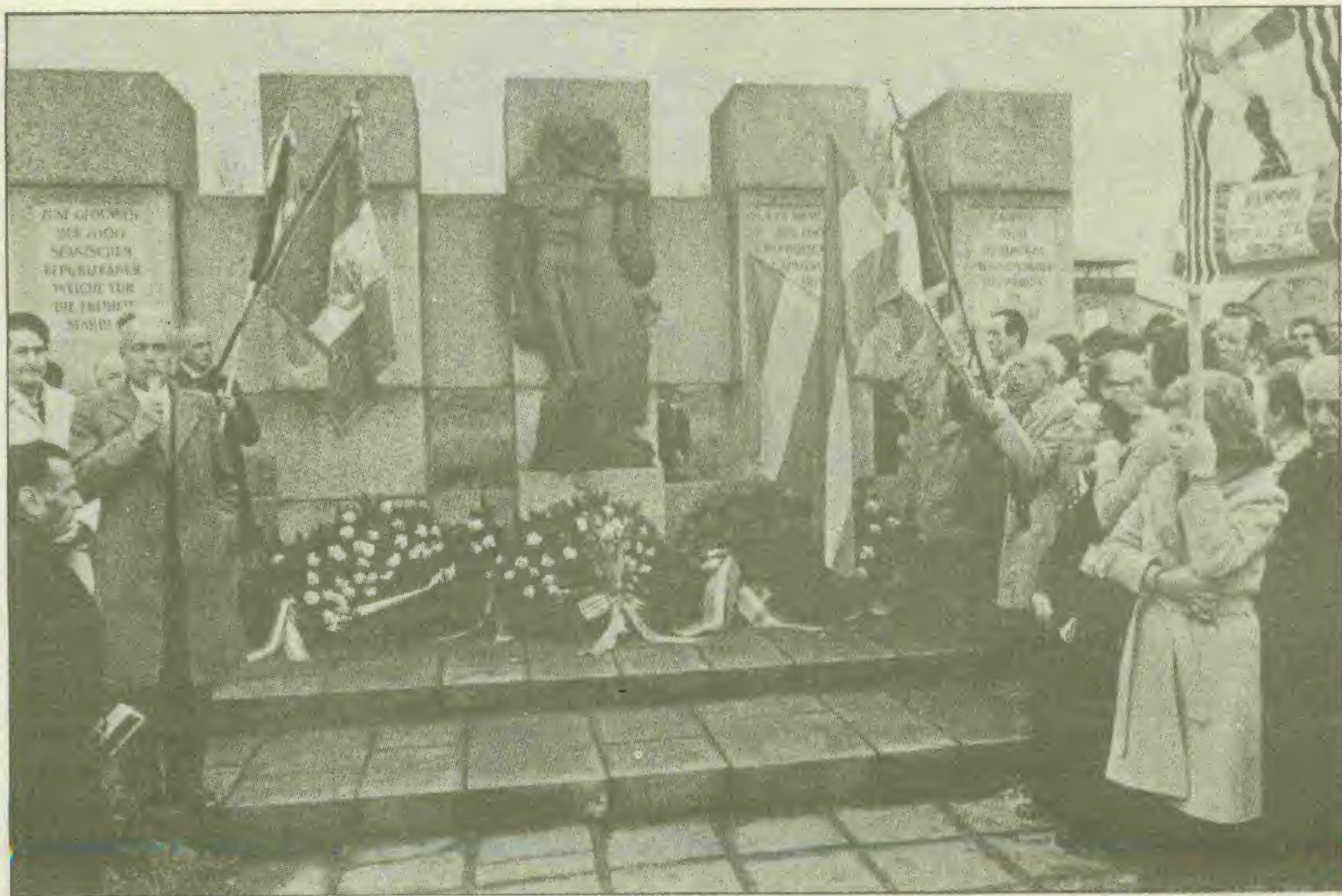
(14) En cada convoy de deportados enganchaban siempre un vagón metálico para los considerados como «peligrosos» o «irreductibles».

entre 1940 y 1945, la inmensa mayoría de los deportados españoles. El noventa por ciento de ellos, de los 10/12.000 ingresados en este campo, eran prisioneros de guerra. Algunos de ellos —legados a Mauthausen en agosto de 1940 y liberados en mayo de 1945— permanecieron allí a la raya de cinco años. Esto —su veteranía— explica, quizá, el que la comunidad española del campo austriaco fuese la única en crear un organismo de solidaridad de la que luego se beneficiarían incluso los no españoles y de la cual, más tarde, nació la Resistencia, también extendida después a otras nacionalidades. Todo ello desembocaría, en el último invierno de cautiverio (1944-45), en la creación de un Aparato Militar Internacional, gracias a lo cual los S. S. no se atrevieron a perpetrar su última fechoría: la prevista exterminación masiva de los prisioneros (15).

La *razón* de ser de los campos de la categoría III la sintetizó, en Frankfort del Meno, el 3 de mayo de 1938, el mariscal Goering: «Camaradas alemanes, tened bien presente que mis decisiones no deben ser nunca entorpecidas y que a mí no me preocupa para nada la justicia, ya que mi única misión es la de destruir y exterminar y nada más». Uno de los lugares de más trágica recuerdo es la cantera de granito de Steinbruch-Wienergraben, una de las más eficaces trituradoras de prisioneros del Tercer Reich, que estaba situada entre el campo y el pueblo de Mauthausen. Su escalera de 186 peldaños fue contruida en el invierno 1940-41 por los españoles. Y se recuerda que cada peldaño costó la vida de diez compatriotas nuestros. Fue la primera prueba de un tremendo martirologio que duraría hasta mediados de 1942. Los habitantes de aquella región, conocida como la Siberia austriaca, la llamaban «Totenberg» (Montaña de la muerte).

En este campo, como en todos los campos nazis, los españoles recibieron un calor humano de inestimable valor y toda la ayuda material posible de los antiguos miembros de las Brigadas Internacionales. Relatar todas y cada una de las acciones realizadas en semejantes ergástulas nos llevaría muy lejos. Tamañas hazañas merecen un libro, que posiblemente no tardará en escribirse. Como no debe retrasarse, tampoco, el homenaje popular que los españoles debemos a los hombres y mujeres, de cincuenta y tantos países, que lo abandonaron todo para venir a luchar a nuestro lado y morir por las tierras de España.

(15) Recuérdese que la consigna dada por Himmler era la de que «las fuerzas enemigas no encontrasen un solo deportado con vida».



Alocución de Joan Pagès, ante el monumento dedicado a los 7.000 republicanos españoles muertos por la libertad.



EL SEÑOR

DON AGUSTIN CAMESELLE FERNANDEZ

TENIENTE DE LA GUARDIA DE ASALTO

Muerto el 1 de noviembre de 1941 en el campo de concentración nazi de Mauthausen

En Mauthausen, sobre el Danubio, tus últimos pensamientos fueron para nosotros; ahora, después de tanto tiempo recordamos tu ejemplo y el de tus compañeros para que nunca seais olvidados.

Vuestro heroismo, vuestra fidelidad a unos ideales, vuestra solidaridad y dignidad humana, continúan siendo valores irrenunciables.

VIGO, NOVIEMBRE DE 1977

La ley del silencio en la España franquista, sobre los campos de la muerte nazis, no permitió la publicación de esta esquela hasta 1977.

Todo cuanto realizaron los españoles en Mauthausen de notable no puede contenerse en un trabajo como éste, pero debemos señalar que nuestros compatriotas consiguieron infiltrarse en todos los servicios interiores del campo —incluso en el laboratorio fotográfico de los S. S.—, para lo cual tuvieron que desalojar de ellos, y no siempre con buenos modales, a los delincuentes comunes alemanes —culpables de delitos de sangre casi siempre—, así como aprender a *manejar* a los S. S. Porque fueron legión quienes tuvieron iniciativas felices, para aliviar el martirio de unos y otros, aquí no citaremos a ninguno de ellos. Sólo señalaremos que poseemos numerosos testimonios de deportados extranjeros (franceses y soviéticos, en particular), en los que, cuando se habla de los deportados españoles, brotan siempre los calificativos: «sus compatriotas eran valientes, solidarios y generosos, pese a lo mucho que habían sufrido, pues no debemos olvidar que su lucha antifascista comenzó en 1936.

CAMPOS POLACOS DE AUSCHWITZ, DE STUTTHOF Y DE TREBLINKA

De estos campos —y del de represalias en Rawa-Ruska, en Ucrania— sólo conocemos dos supervivientes: el doctor Julio de Aguila, un andaluz, y el periodista valenciano Joaquín García Ribes. Ambos se personifican por una *inclinación* común, que es, en suma, el primer deber de un prisionero: tratar de recobrar la libertad cuanto antes. El doctor Del Aguila, desde el campo de Stutthof, fue enviado al *komando* de Gotenhafen, cercano, por cierto, a la base de investigaciones de Peenemünde. Allí organizó su avasión, por mar, hacia Suecia, pero fracasó, y, tras pasar por la sede de la Gestapo en Dantzing, sería internado en el campo ucraniano de Rawa-Ruska, que osten-

Itinerario de la evasión de Joaquín García Ribes, con un recorrido de cerca de 2.300 kilómetros.

taba el número 325 de los campos nazis y al que Churchill, en uno de sus discursos radiados por la B. B. C., llamó «el campo de la gota de agua y de la muerte lenta» (16). Al acercarse los ejércitos soviéticos, el doctor Del Aguila fue trasladado al campo de Sachsenhausen, donde uno de los españoles, el cocinero José Carabasa, lo recuerda como un hombre alegre, pese a sus 65 años, capaz de levar la moral al más desfondado: a sus paisanos, cantándoles flamenco y a los catalanes..., nos entonaba *La Santa Espina*. «Tenía una moral de acero», nos subraya Carabasa.

El valenciano García Ribes, junto con otro español internado en Treblinka, protagonizaría una evasión de cerca de 2.300 kilómetros, desde el más siniestro de los campos nazis —cuyos jefes poseían harenes personales de niños de 8 a 12 años y donde se practicó la antropofagia—, situado más allá de Varsovia, hasta las cercanías de la vila francesa de Toulouse. Algo más de dos meses de marcha, durante la cual perdió a su compañero «El Maño». A pie la mayor parte de las estapas, y en tren otras, gracias a su conocimiento del alemán, aprendido en los años 1927 y 1928, cuando, para realizar unos reportajes por Alemania, se hizo representante de los exportadores de agrios de la región levantina. Con todo, el trayecto polaco Treblinka-Poznan —algo más de 500 kilómetros— recorrido enteramente a pie, estuvo erizado de peligros. «Durante nuestro *paseo* nocturno por tierras polacas lo peor no eran las patrullas enemigas o los campesinos, sino los perros errantes y famélicos. Piénsese que todos los pueblos y aldeas polacas estaban evacuados o arrasados y aquellos perros se te echaban encima peor que lobos acosados por el hambre. De no haber sido por «El Maño», que estraguló a unos cuantos, yo no hubiese salido con vida de Polonia. Calcúlese también las dificultades con las que tropezamos para procurarnos algo de comida con todos los campos cubiertos de nieve. Aquellas marchas de noche fueron algo dantesco, y los días, que nos veíamos obligados a pasar escondidos (en espera de que llegase la noche), eran torturadores a más no poder, a causa del frío, y de la inmobilidad en que debíamos permanecer». (17).

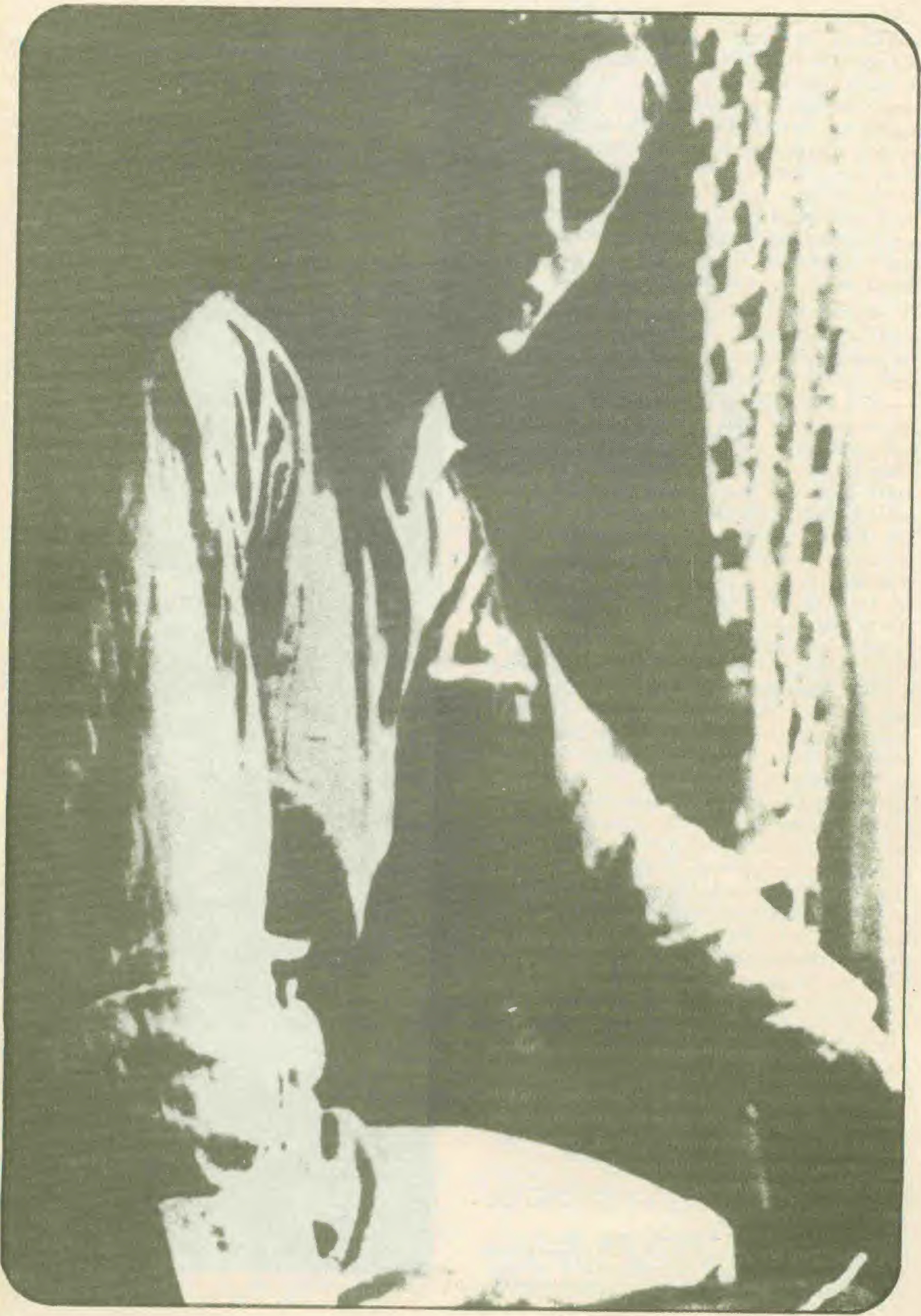
(16) La tortura de la gota de agua es, al parecer, de origen oriental. Consiste en colocar al prisionero debajo de un grifo (o recipiente) por el que el agua mana gota a gota. Las gotas caen en el centro del hueso craneal, que van taladrando paulatinamente. Poco a poco el líquido invade las partes vitales de la cabeza y provoca la muerte.

(17) Tres españoles del **Komando César** *(Mauthausen), Agustín Santos, Juan Adelantado y Francisco López Bermúdez, se evadieron y, después de recorrer más de 350 kms., fueron capturados cuando estaban tan solo a unos 30 kms. de la frontera suiza.*

Y, como conclusión, citaremos las palabras con que cierra su testimonio el propio García Ribes: «Y que quede bien claro que todas estas barbaridades, que tantas noches de insomnio nos ha costado tener que recordar, se relatan no solamente para que no vuelvan a ocurrir bajo cielo alguno, sino, y *sobre todo*, para afirmar que, antes, se debe poner los medios que sean necesarios para que no ocurran...» **E. P. P.**



Eduardo Pons Prades, abriendo caminos por la España oculta y maldita de los «hombres de la Sierra».



Stephen Spender: De la guerra española a la revista "Encounter"

Joaquín Rábago

¿QUIÉN iba a imaginarse que uno de los jóvenes poetas británicos que pusieron su pluma al servicio de la causa republicana durante nuestra guerra civil, llegaría a dirigir, en la década de los cincuenta, una revista secretamente financiada con fondos de la CIA? Eso es, sin embargo, lo que ocurrió con Stephen Spender. El mismo lo cuenta en un libro aparecido el año pasado en Inglaterra con el título de **«The Thirties and after»** *(Los treinta y después) (1).*

(1) **The thirties and after: Poetry, Politics People 1933-75.** Fontana/Collins, 1978.

LOS treinta fueron en Europa años difíciles. Tras la gran depresión, el paro obrero alcanza una y otra vez niveles alarmantes. La economía está por los suelos, y el Estado ha de intervenir en su ayuda. En todas partes crece el nacionalismo. Sólo el rearme mantiene en movimiento la máquina social. El arte —fiel termómetro— refleja esa situación general de crisis, de inminente catástrofe. Es el expresionismo en Centroeuropa. Son, en Gran Bretaña e Irlanda, las visiones apocalípticas de un Yeats o de un Eliot. El barco de Occidente se hunde sin remedio, y como quiera que, en su incorregible etnocentrismo, los europeos identifican su continente con la civilización, todos presagian el próximo advenimiento de una nueva barbarie.

Para los Eliot, Woolf, Lawrence, Huxley, E. M. Foster, el arte no tiene nada que ver con la política, ni siquiera con lo social, sino que pertenece esencialmente a la esfera de los valores privados. Todos estos autores, que coinciden prácticamente con el llamado grupo de Bloomsbury, se han rebelado contra el socialismo más o menos utópico de sus inmediatos predecesores, los novelistas georgianos: *Shaw, Wells, Bennett*...

¿Podría considerárselos como reaccionarios? Es cierto que Eliot y Yeats tienen en común un



El autor de La Tierra baldía *describiría el mundo moderno como* **«aguasnado por el liberalismo»... Pese a todo, su reaccionarismo es más bien un talante que una actitud política. Eliot despreciaba el fascismo por su vaciedad intelectual. (T. S. Eliot).**



También en Yeats, como ha señalado Spender, el *fascismo* es más bien una excrecencia. Las opiniones políticas del poeta irlandés son intentos de nacionalizar las intuiciones de su imaginación. (W. B. Yeats).

profundo desprecio por las ideas liberales de progreso y democracia. El autor de **La Tierra baldía** describiría el mundo moderno como «agusanado por el liberalismo». Son medievalistas y románticos que miran con nostalgia hacia atrás: hacia un sistema de valores y un orden jerárquico, básicamente pre-capitalistas.

Resulta, por ejemplo, significativa la polémica de Eliot con Karl Mannheim en la que el primero defendería a las clases tradicionales frente a las modernas élites, y en especial a la clase alta, pues a ésta correspondía la función de preservar y transmitir la cultura.

Pese a todo, el reaccionarismo de esos autores es más bien un talante que una actitud política. Eliot despreciaba el fascismo no por su vaciedad intelectual. Admiraba, eso sí, el integrismo nacionalista de Charles Maurras, el fundador de «L'Action Française».

También en Yeats, como ha señalado Spender, el fascismo es más bien una excrecencia. Las opiniones políticas del poeta irlandés son intentos de racionalizar las intuiciones de su imaginación. Y si, en el fondo, Yeats y Eliot parecen saludar la llegada del fascismo es porque ven en sus representantes a unos potenciales mercenarios dispuestos a defender una civilización de la que ellos, los artistas, se consideraban líderes espirituales. El apoyo abierto de Ezra Pound al régimen de Benito



El apoyo abierto de Ezra Pound al régimen de Benito Mussolini no pasaría de ser la excepción extravagante del grupo. (Ezra Pound).



Para los Eliot, Woolf, Lawrence, Huxley, Foster, el arte no tiene nada que ver con la política, ni siquiera con lo social, sino que pertenece esencialmente a la esfera de los valores privados. (Virginia Woolf).



Contra ese reaccionarismo más o menos camuflado de apoliticismo liberal iba a rebelarse un grupo de jóvenes poetas capitaneados por W. H. Auden. (En la fotografía).

Mussolini no pasaría de ser la excepción extravagante.

Contra ese reaccionarismo más o menos camuflado de apoliticismo liberal iba a rebelarse un grupo de jóvenes poetas capitaneados por W. H. Auden. Un grupo que en realidad nunca fue tal, porque sus componentes —los MacNeice, Cornfold, Spender y otros— no firmaron ningún manifiesto ni hicieron prácticamente nada en común. Lo único que en realidad los unía era su antifascismo. Procedentes de la clase media, habían estudiado en Oxford o Cambridge y despreciaban el caduco imperio británico tanto cuanto admiraban la revolución bolchevique. Educados en una atmósfera liberal, aborrecían a quienes hablaban de democracia y, sin embargo, no estaban dispuestos a denunciar a Hitler ni a apoyar a la amenazada República española.

Nuestra guerra civil fue, una gran piedra de toque para los intelectuales británicos e irlandeses como los fue para los de otros muchos países. Hugh Thomas cita (2) una encuesta realizada por la «Left Review» en 1937 entre escritores que vivían en el Reino Unido y cuyo resultado fue que sólo cinco de los entrevistados estaban a favor de los franquistas —entre ellos, Evelyn Waugh—, dieciséis se declararon neutrales —T.S. Eliot, Ezra Pound, H. G. Wells, Victoria Sackville West, etc.—, mientras que la inmensa mayoría —más de 100—

(2) **The Spanish Civil War.** *Penguin, 1971, pág. 291.*



Pero a los españoles tampoco les gustaba que los periódicos tratasen de convertirlos en héroes. «Mi impresión es que los soldados en la guerra tienen una necesidad casi patética de conocer la verdad». (Escena de la guerra civil española).

se manifestaron con distintos grados de entusiasmo a favor del gobierno republicano. Entre estos últimos estaban Beckett, Sean O'Casey, Ford Madox Ford, Havelock Elis, Aldous Huxley, y, naturalmente, los Auden, Spender y Louis MacNeice.
Cuando, al cabo de los años, recuerda Spender aquel compromiso político, no oculta sus vacilaciones. No todos se tomaron la lucha contra el fascismo con la misma seriedad y pasión que John Cornfold y Julian Bell, quienes dejaron incluso sus vidas en el campo de batalla. El fascismo, argumenta ahora el poeta, dio al antifascismo una semblanza de unidad; Hitler parecía tan negro que cuantos estaban frente a él resultaban, por comparación, de un gris pálido a lo sumo.

Sin embargo, ya entonces tuvo Spender sus dudas, que trató de justificar en la famosa carta en la que anunció públicamente su ingreso en el Partido Comunista británico. Carta escrita tras su visita a varios territorios fronterizos con la España en guerra y de la que ahora se confiesa «totalmente avergonzado». En ella, Spender se defiende de las acusaciones de un crítico comunista que le reprochaba que en su libro **Forward from Liberalism** hubiese manifestado ciertos recelos sobre los procesos de Moscú. En el momento de redactar su libro, escribe Spender en su carta, no tenía pruebas suficientes de que hubiera un complot en marcha contra la Unión Soviética. Ahora, sin embargo, estaba convencido. Pese a todo, para despejar cualquier ambigüedad,



Al poco tiempo de estar en España, Spender participaría en el Segundo Congreso de Escritores Antifascistas, que, como sabemos, se inauguró en Valencia, se trasladó posteriormente a Madrid y se clausuró definitivamente en París. (Durante la Clausura del Congreso, en la Sala Gaveau de París, de izquierda a derecha: Malraux, Madariaga, Denis de Rougemont, Faulkner y Auden).



Este Congreso iba a servir, entre otras cosas, para condenar el polémico libro que André Gide —en la imagen— acababa de publicar a la vuelta de su viaje oficial a la Unión Soviética y que se titulaba sencillamente «Retour de L'URSS». De él diría Koltsov que estaba plagado de «calumnias contra la Unión Soviética» y que «no en vano lo habían reproducido en una serie de números del «Diario de Burgos».

manifestaba su voluntad de ingresar en el Partido Comunista antes de viajar a Valencia para hacer propaganda radiofónica antifascista desde la emisora de la UGT. Su carta no debió de convencer demasiado a los dirigentes comunistas, y su paso por el partido no pudo ser más breve.

Ya en las primeras crónicas que envió desde España, Spender criticaría ciertos aspectos de la leyenda tejida en torno a las Brigadas internacionales, cuyo papel muchos corresponsales exageraban en desdoro de los soldados españoles. La propaganda falta de tacto que se hacía de las Brigadas podía resultar humillante para aquéllos. Además, falseaba la realidad.

Así, en la batalla de Morata, él mismo había podido comprobar que los españoles del batallón Líster ocupaban posiciones mucho más avanzadas que los miembros de las Brigadas. A pesar de lo cual, casi toda la gloria fue para los extranjeros. Algo parecido ocurrió en Guadalajara con los italianos del batallón Garibaldi. Pero a los españoles tampoco les gustaba que los periódicos tratasen de convertirlos en héroes. Mi impresión es que los soldados en la guerra tienen una necesidad casi patética de conocer la verdad.

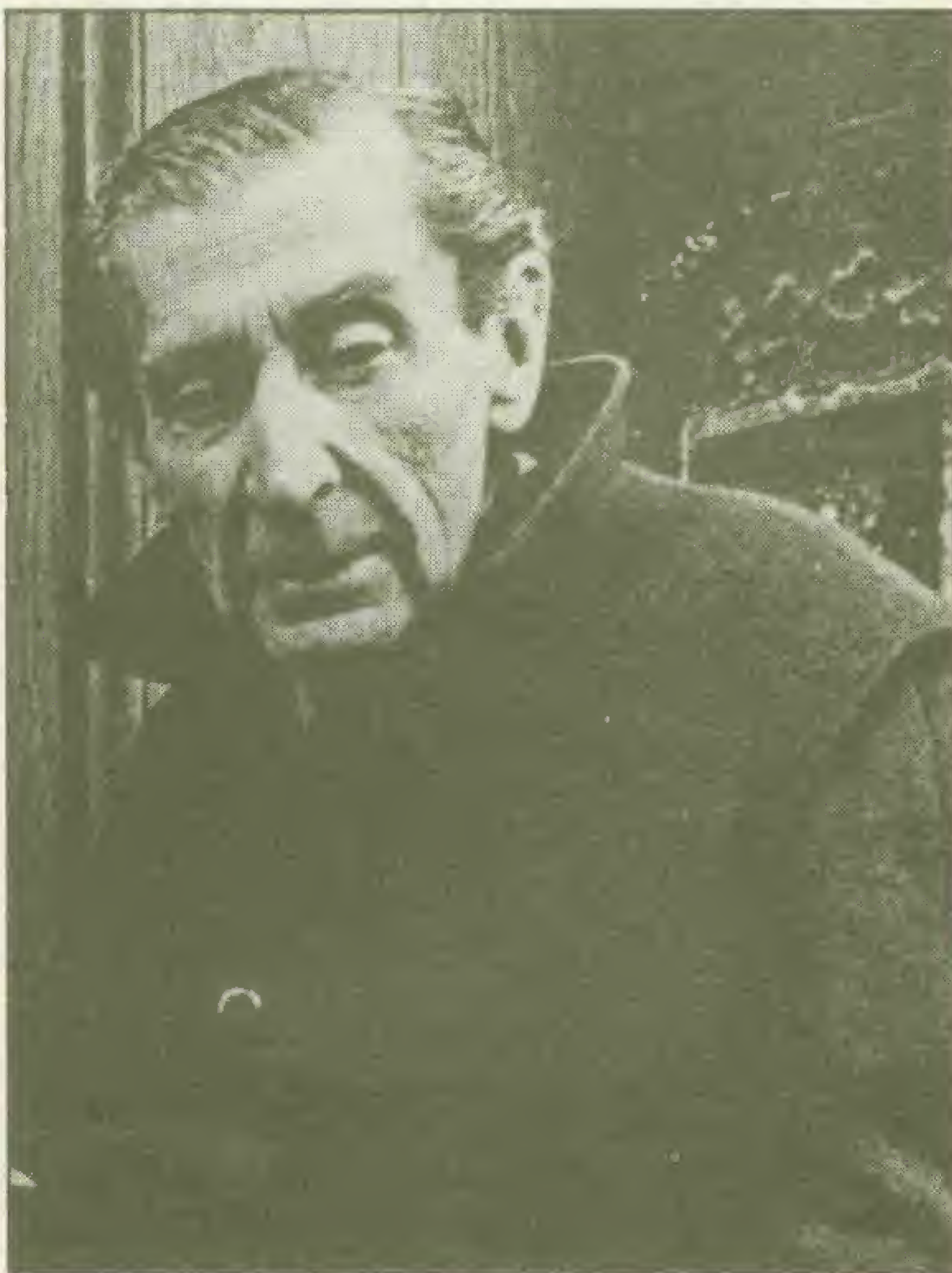
Al poco tiempo de estar en España, Spender participaría en el **Segundo Congreso de Escritores Antifascistas**, que, como sabemos, se inauguró en Valencia, se trasladó posteriormente a Madrid y se clausuró definitivamente en París. Este Congreso iba a servir, entre otras cosas, para condenar el polémico libro



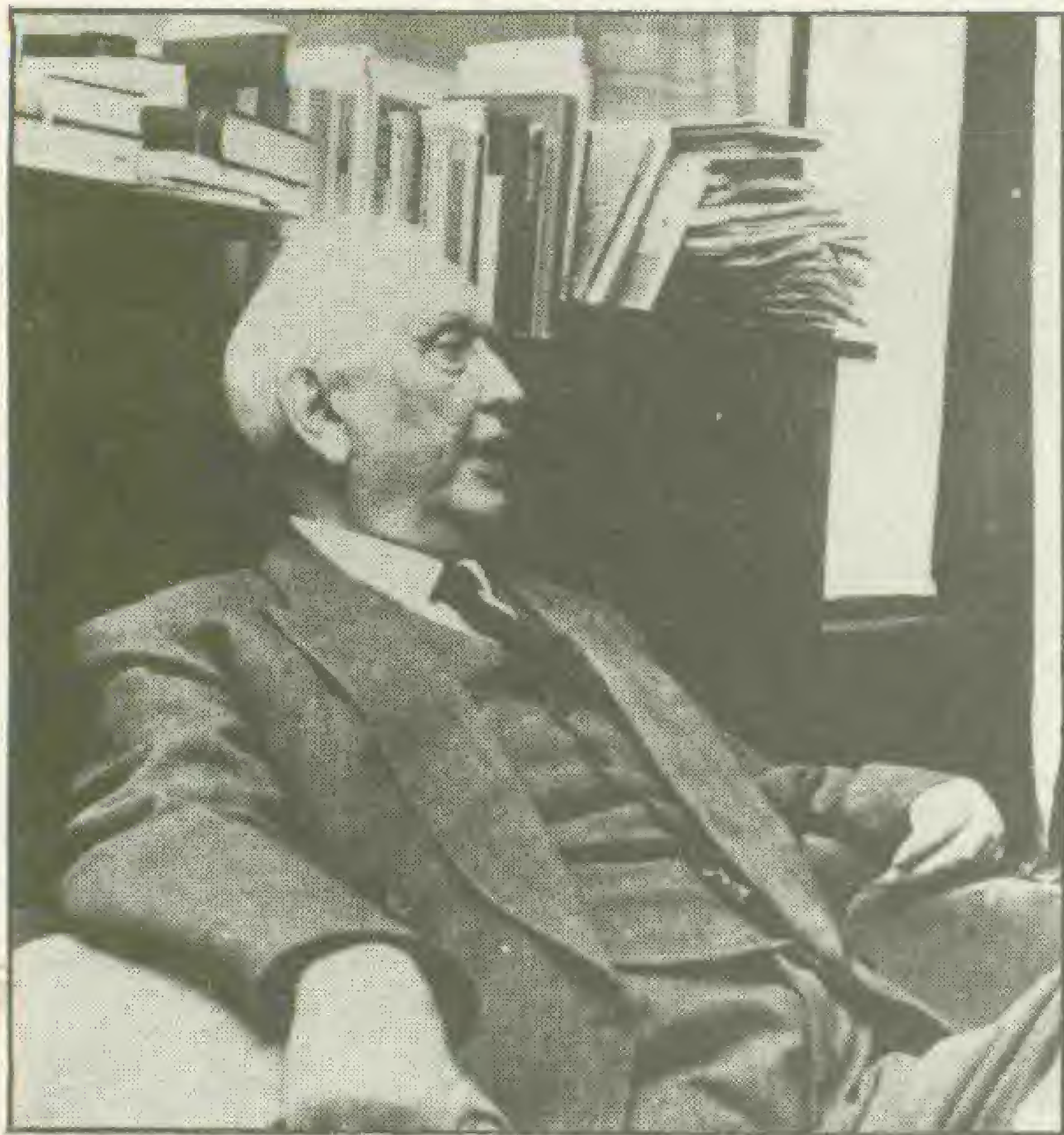
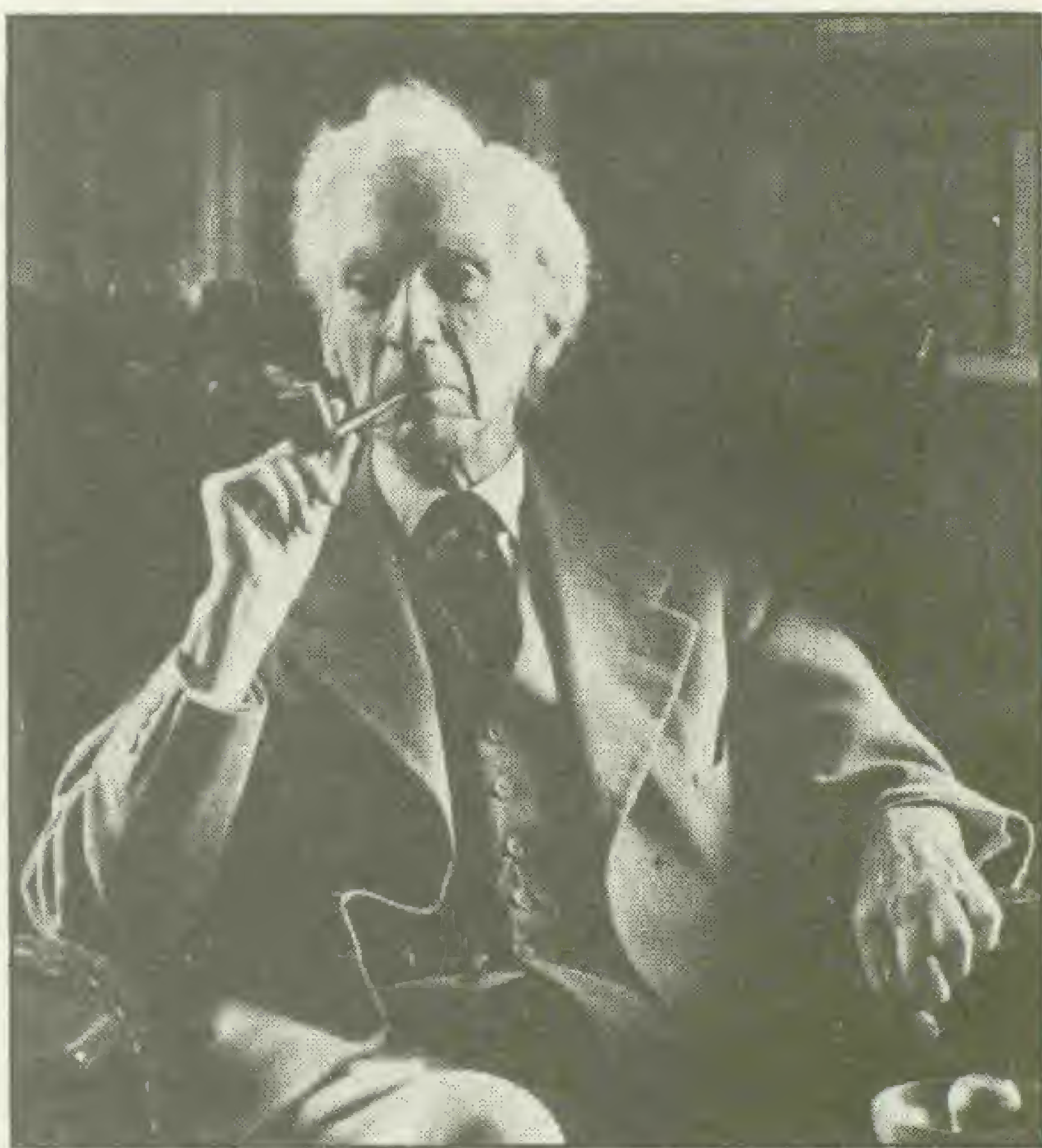
Según parece, el propio Stalin había presionado cerca de Alberti —en la foto— y de María Teresa León, cuando la pareja fue a Moscú a preparar el Congreso, para que se excluyera a Gide a cambio de la presencia en el mismo de los escritores soviéticos.

que André Gide acababa de publicar a la vuelta de su viaje oficial a la Unión Soviética y que se titulaba sencillamente: **Retour de l'URSS.** De él diría el corresponsal de Pravda, Mijail Koltsov (3) que estaba plagado de «calumnias contra la Unión Soviética» y que «no

(3) **Diario de la guerra española.** *Traducción de José Fernández Sánchez. Akal, 1978.*



«Bergamín (en la imagen) sabe lo que son la tragedia y el horror de la guerra: sabe también las mentiras que engendra la guerra, y, sin embargo, su inteligencia, parece atravesar todos esos obstáculos hasta conducirlo a una posición en la que él se siente absolutamente seguro, en la que acepta la tragedia y el horror, relaciona las mentiras con las fuerzas que las hacen inevitables.

También en los años cincuenta se produjo la vinculación de Spender al recién fundado Congreso para la Libertad Cultural, que iba a ofrecerle la codirección de una publicación de carácter mensual titulada «Encounter». De este Congreso eran miembros de honor filósofos y pensadores tan prestigiosos como Karl Jaspers (a la izquierda), y Bertrand Russell (a la derecha).

en vano lo habían reproducido en una serie de números del Diario de Burgos».

Según parece, el propio Stalin había presionado cerca de Alberti y de María Teresa León, cuando la pareja fue a Moscú a preparar el Congreso, para que se excluyera a Gide a cambio de la presencia en el mismo de los escritores soviéticos.

En sus «Notas sobre el Congreso», incluidas en **The Thirties...**, Spender se refiere también al libro de Gide y afirma que el único que tenía derecho a criticarlo era el presidente de la Alianza española, José Bergamín: «Bergamín sabe lo que son la tragedia y el horror de la guerra: sabe también las mentiras que engendra la guerra, y, sin embargo, su inteligencia parece atravesar todos esos obstáculos hasta conducirlo a una posición en la que él se siente absolutamente seguro, en la que acepta la tragedia y el horror, relaciona las mentiras con las fuerzas que las hacen inevitables. En una palabra, él era el único miembro de nuestro Congreso que tenía derecho a censurar a Gide, porque no se siente ofendido por lo que en Gide hay de honrado (como les ocurre a tantos de sus detractores), porque él, Bergamín, tiene una inteligencia aún más honrada, una inteligencia que no se queda en la verdad de los hechos aislados que Gide pudo observar en la URSS, sino que llega a la verdad más importante del efecto que puede tener el libro de Gide».

Sin embargo, al pasar por París, a su regreso a Londres, Spender dejaría una nota al autor de **Retour de l'URSS**, manifestándole su apoyo por haber dicho la verdad sobre lo que había visto en Rusia. Luego contaría a Auden lo que había hecho y obtendría de éste la siguiente respuesta: «Has hecho bien. La exigencia no puede ser jamás una excusa para no decir la verdad». Aquella conversación, explica Spender, marcaría un cambio radical en su actitud hacia la política.

Acabado el conflicto español con la derrota de la República, vendría la Segunda Guerra Mundial, durante la cual Spender no sólo trabajaría en el servicio de bomberos británico, sino que dirigiría también una revista literaria, **Horizon**, que él mismo calificaría después de «una pequeña isla de civilización rodeada de iglesias en llamas».

En 1947, el poeta fue a enseñar a los Estados Unidos. Y allí se convertiría rápidamente a la democracia norteamericana, tan duramente puesta a prueba por el maccarthismo.

Los años cincuenta son calificados por Spender como los años «anti» por excelencia. Con ironía se refiere a los «angry young men» —a los «jóvenes airados»— que decidieron rebelarse contra todo lo que tenía algo que ver con el odiado «establishment», y que, cuando alcanzaron el éxito teatral y literario, no tuvieron más remedio que volverse contra los mismos críticos que los habían ayudado a triunfar.

Los años cincuenta fueron también un período negativo para Spender, un período básicamente ocupado por el anticomunismo, hecho que —se apresura a explicarnos— no necesita apología. Pese a lo cual, inmediatamente nos ofrece una especie de justificación: Al comen-

zar la guerra civil española, había visto en los comunistas a defensores de la libertad frente a los fascistas. Pero conforme se desarrollaba el conflicto, fue dándose cuenta de que la unificación de todos los partidos antifascistas en España, que propugnaron los comunistas, era en realidad el paso previo a la definitiva unificación bajo el liderazgo único del PCE.

En realidad, él nunca había sido un comunista, sino que había intentado autoconvencerse de que lo era. Claro que eso podía decirse igualmente de los otros autores que habían contribuido al volumen colectivo **The God that failed:** Gide, Koestler, Silone, Louis Fischer o Richard Wright, contando sus experiencias negativas con el comunismo. Todos ellos eran en el fondo incorregibles individualistas que habían intentado engañarse a sí mismos.

También durante esa década se produciría la vinculación de Spender al recién fundado **Congreso para la Libertad Cultural**, que iba a ofrecerle la co-dirección, junto al norteamericano Irving Kristol, de una publicación de carácter mensual titulada **Encounter.** El Congreso, entre cuyos miembros de honor figuraban filósofos y pensadores tan prestigiosos como Benedetto Croce, Karl Jaspers, Jacques Matirain, Bertrand Russell, Madariaga, etc., editaba, además de **Encounter**, otras dos revistas, **Preuves**, publicada en París, y la italiana **Tempo Presente**, dirigida por Ignazio Silone y Nicola Chiaromonte. La citada organización tenía su cuartel general en París y desde allí, según reconoce hoy Spender, se les daba continuamente «ideas» sobre artículos que podían incluir en **Encounter.** Los trabajos políticos eran, sin embargo, de la responsabilidad exclusiva de la parte americana.

Por más protestas que hace Spender en su libro sobre la independencia de **Encounter** —él asegura haber sabido resistir en todo momento las presiones de París—, la cosa no queda en absoluto clara. El Congreso estaba, en efecto, financiado por cincuenta fundaciones estadounidenses. Una de ellas, la Fairfield, era propiedad de un multimillonario de Cincinati llamado Fleischmann, quien en un viaje en yate por el Egeo se ufanó, ante el poeta británico, de ser el único mecenas del Congreso.

Luego correrían rumores de que la citada fundación Fairfield era simplemente un canal por el que circulaban los fondos de la CIA. Spender pidió entonces explicaciones a Fleischmann, quien negó la veracidad de tales acusaciones. Pero en 1966, la revista de izquierda norteamericana **Ramparts** reveló que no sólo la Fairfield sino otras muchas fundaciones servían para canalizar los fondos con que la CIA financiaba secretamente el Congreso. En vista del escándalo que se organizó, Spender decidió entonces dimitir definitivamente.

En este caso, sin embargo, el poeta no parece haber experimentado ese sentimiento de «absoluta vergüenza» que confiesa en el mismo libro a propósito de su carta de adhesión al Partido Comunista británico. Esta vez, todo son justificaciones: «Hay quienes me dijeron que, puesto que teníamos libertad para publicar cuanto queríamos en una excelente revista que no incluía ningún material con el que no estábamos de acuerdo, no debía importarnos quién lo financiase». Su protesta de que sí importaba en el fondo parece, en cualquier caso, demasiado débil. Al menos, por contraste. ■ **J. R.**

Stephen Spender nació en Londres en 1909. Estudió en Oxford, como Auden y otros autores políticamente comprometidos de los años treinta. Periodista —codirigió **Horizon** y más tarde **Encounter**—, Spender es autor de varios libros de poemas: **Twenty Poems** (1930),



«La exigencia no puede ser jamás una excusa para no decir la verdad». Estas palabras de Auden, explica Spender, marcarían un cambio radical en su actitud hacia la política. (Stephen Spender).

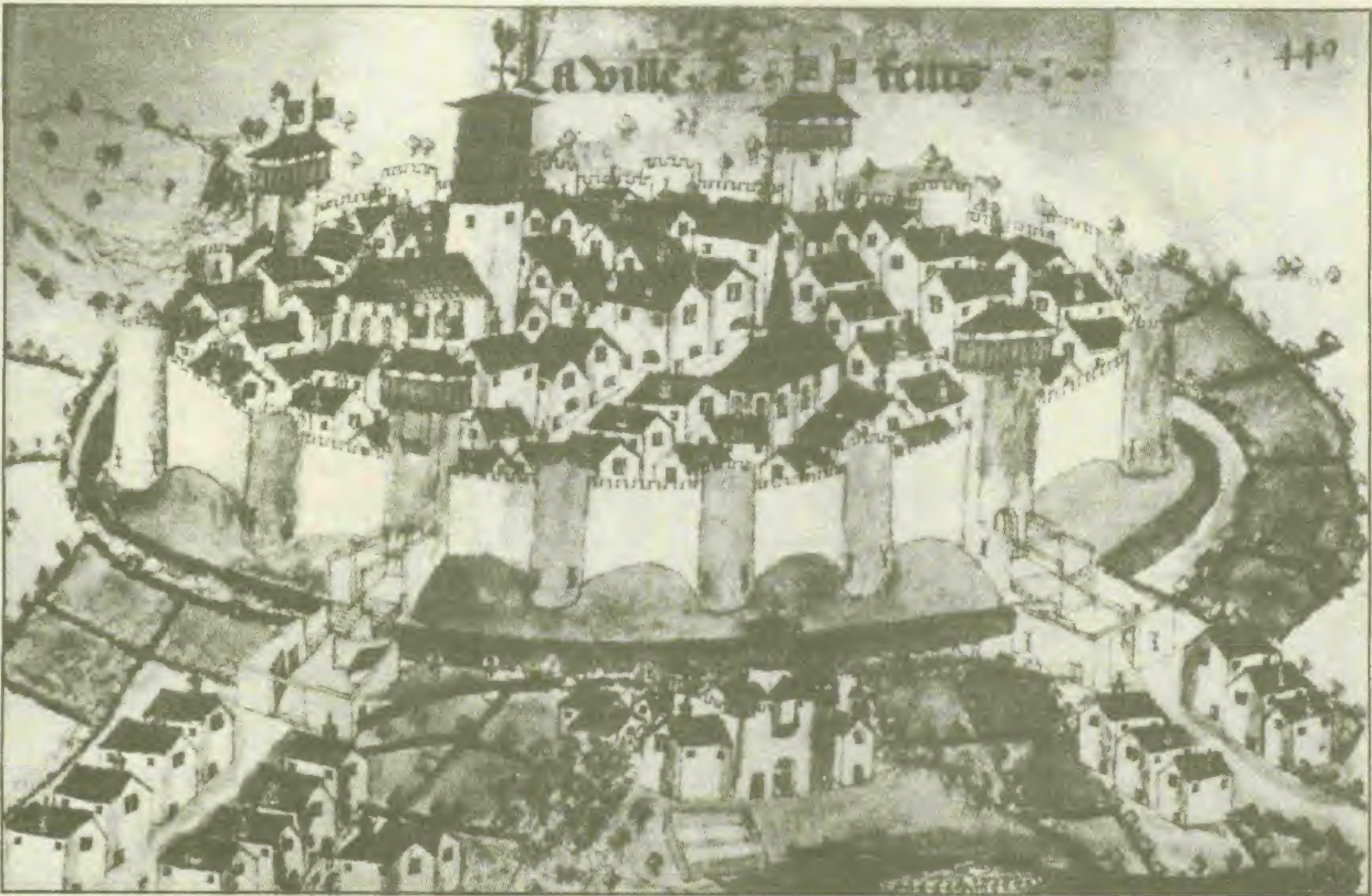
Vienna (1933), **Poems from Spain** (1939), **The Still Centre** (1939), **Ruins and Visions** (1942), **Poems of Dedication** (1946), **The Edge of Neing** (1949); de dramas como **Trial of a Judge** (1938); libros autobiográficos: **European Witness** (1946), **World within a world** (1951) y **The thirties and after** (1978); ensayos: **The Destructive Element** (1935), **Shelley** (1952), **The Creative Element** (1953), **Eliot** (1975). Son igualmente notables sus traducciones de Rilke y García Lorca, entre otros. El rechazo que muestra Spender hacia el reaacionarismo de Eliot y otros miembros de su generación no le impide, sin embargo, admirar su tremendo talento poético. Prueba de ello son los diferentes ensayos que les dedicó.

La ecología, ¿un problema medieval?

Adeline Rucquoi

La falta de curiosidad del gran público hacia la historia —con la excepción, quizás, de algunos temas contemporáneos, o anecdóticos, sobre los acontecimientos políticos del pasado—, falta de curiosidad cuidadosamente creada y mantenida por el poder, tiene por consecuencia una doble actitud. Por una parte, la de considerar que nuestra época es la mejor en todos los dominios (o casi) y que el progreso social, económico, técnico y (?) político nos llevan hacia una Edad de Oro, situada en el futuro. Concepción positivista de la historia humana, que Lewis Mumford resumía diciendo que la tendencia es de creer que si las calles de las ciudades eran sucias en el siglo XIX, seiscientos años antes debían ser seiscientas veces más sucias. La segunda actitud, muy anterior a la filosofía de Auguste Comte, coloca al contrario la Edad de Oro en el pasado y considera que «cualquier tiempo pasado fue mejor»; dentro de esta filosofía —¿acaso convendría decir ideología?—, la historia del mundo regresa en vez de progresar y el hombre destruye poco a poco la tierra antes de acabar con ella cualquier día mediante, por ejemplo, una explosión atómica

En la época del desarrollo europeo, tanto la necesidad de encontrar nuevas tierras cultivables como la mayor demanda de madera, originaron una rápida despoblación forestal.



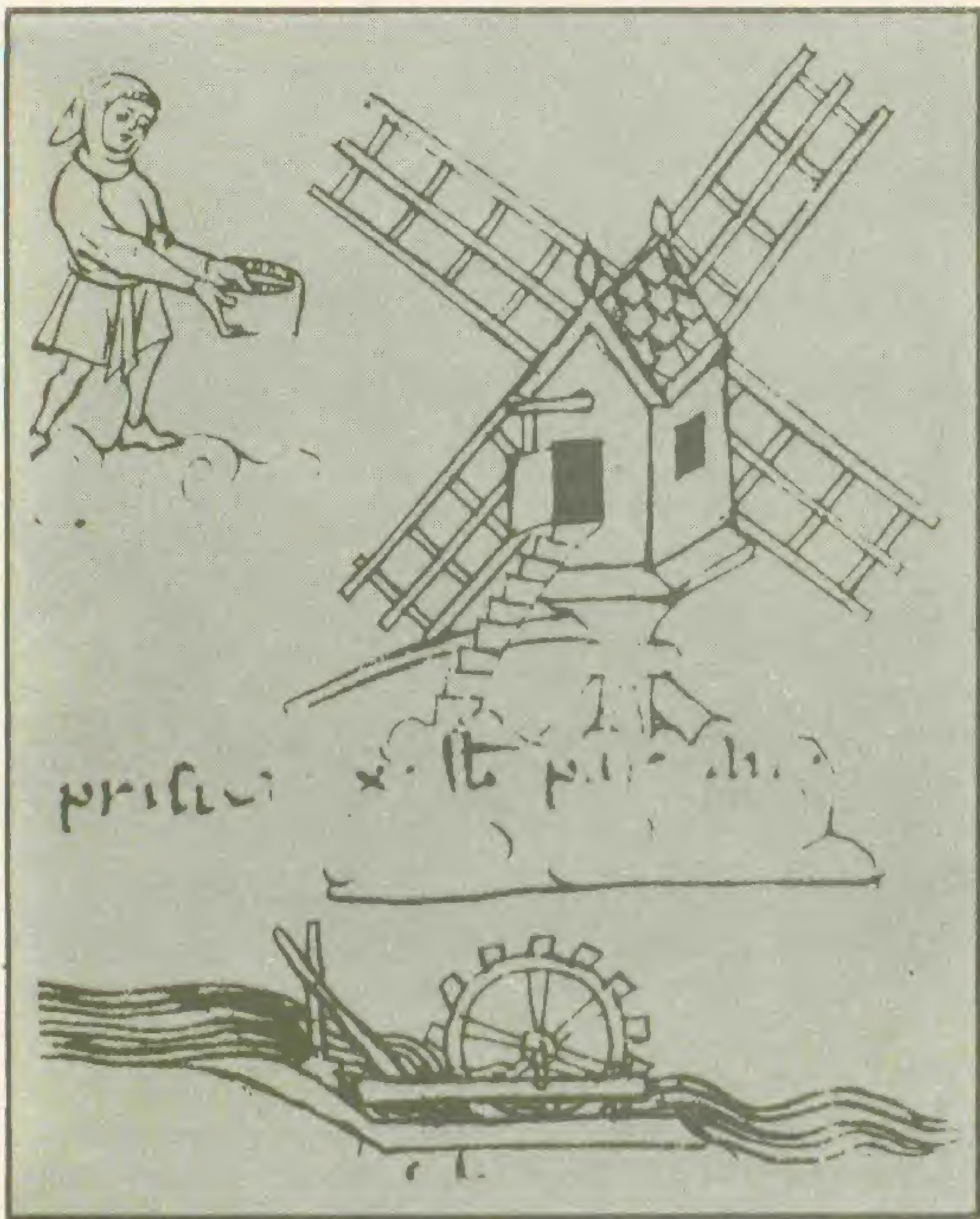
Surgidas en su mayor parte entre los siglos XII y XIII, las ciudades atestiguan el incremento demográfico de una época que está todavía en vías de desarrollo.

De hecho, estos dos conceptos no dejan de ser las dos caras de la misma moneda ideológica, tomadas en sentido positivo o negativo. Ahora bien, cualquier persona que haya sentido un mínimo de curiosidad por saber más, por ir más allá de esos «eslóganes» históricos, por conocer algo más del pasado, sin prejuicios de ninguna clase, tiene que abandonar muchos de estos conceptos. La teoría de la relatividad, que tantos horizontes abrió en el campo científico, también tiene aplicaciones en el histórico.

La destrucción del medio ambiente, la contaminación, el ruido, los problemas de las grandes urbes, nos parecen una preocupación específica de nuestro tiempo, fruto indiscutible de la revolución industrial iniciada hace unos dos siglos. Fue también, sin embargo, un problema medieval que afectó a gran parte de Europa entre los siglos XIII y XVI, y, asimismo, la consecuencia de la primera «revolución industrial» de Occidente.

Efectivamente, entre los siglos XI y XIII, Occidente experimentó una verdadera «revolución» en todos los dominios. La población inició un incremento que iba a ser notable; las tierras cultivadas se extendieron; las ciudades aparecieron; la comercialización de los productos se hizo cada vez con mayor abundancia y mejor organización. Tales fenómenos estaban apoyados por un desarrollo tecnológico, sucesivamente, la rotación «trienal» de los cultivos —dos años de cultivo por uno sólo de barbecho—, el collar rígido para caballos o acémilas, la herradura de hierro, el arado compuesto con reja y vertedera que permite remover la tierra en profundidad, el rastrillo, el tiro en fila que permite adicionar la fuerza de los caballos o bueyes, el cruce de razas en el ganado ovejuno para conseguir mejoras y la carretilla, entre otros inventos o descubrimientos.

La gran novedad, sin embargo, fue la utilización de la energía hidráulica: Occidente fundó su primera revolución industrial sobre la fuerza del agua. Es así como a partir del siglo XI dicha energía hidráulica accionó los molinos para el trigo, el aceite, el hierro y la cerveza, los batanes en la industria textil y los molinos de papel. La utilización del agua se perfeccionó con la construcción de presas para aumentar y regular el caudal de los ríos y, sobre todo, por la aparición en el siglo X del árbol de levas, que permite la transmisión y transformación del movimiento dado por la energía hidráulica. Los ingenieros medievales consiguieron asimismo dominar la energía de las mareas, la del viento —los



Los ingenieros medievales utilizaron, para los molinos, la energía que proporcionaban el agua y el viento.

molinos de viento, asentados sobre un eje, de tal forma que puedan aprovechar el viento soplando en cualquier dirección, existen desde el siglo XII—, construyeron esclusas y fabricaron el hierro colado en los primeros altos hornos (siglo XIV).

Al igual que en una época más reciente, los descubrimientos tecnológicos favorecieron nuevas formas económicas de corte capitalista: las industrias, en particular la textil, vieron surgir el proletariado obrero —hombres y mujeres— al lado del gran empresario y comerciante en contacto con toda Europa, y los accionistas y los bancos con su arsenal de letras de cambio y técnicas de seguro marítimo o terrestre.

Las consecuencias de la revolución industrial medieval no fueron todas positivas. Conjuntamente al incremento de una población que encontraba mayor abundancia y variedad en su alimentación, y la serie de innovaciones técnicas que en parte hemos apuntado, también hicieron su aparición los aspectos negativos de la destrucción del medio ambiente y contaminación atmosférica.

Entre los años 1000 y 1300, la población europea pasó aproximadamente de unos 40 millones a 73 millones de habitantes. La primera consecuencia de este incremento fue la extensión de las tierras cultivadas y zonas habitables. La ampliación del terreno «civilizado» se hizo, naturalmente, a expensas de los bosques que, en el Alto Medievo, cubrían la mayor parte del continente. En las mediterráneas, en particular, la escasez de pastos para el ganado fue suplida por el aprovechamiento de las zonas forestales y la despoblación forestal se acentuó a medida que crecían los rebaños.

Sin embargo, la destrucción de los bosques no se debió únicamente a la expansión agrícola. La madera estaba presente en todos los aspectos de la vida económica, militar, cotidiana. Servía para construir las casas, los muebles y parte de la vajilla utilizada —cucharas, cuencos, etc.—. Servía para edificar puertas, molinos de agua o de viento, instalaciones militares, torres de vigilancia y cercas de defensa. En el transporte las carretas como las barcas, las lanchas de pasaje de los ríos, y todos los barcos que recorrían el Mediterráneo o las costas atlánticas, eran de madera. Demadera también las cubas para el vino o la cerveza, los telares, los arados ligeros, los instrumentos de música y numerosos utensilios corrientes. Como leña, finalmente, desaparecieron los bosques medievales para alimentar la industria: la fabricación del vidrio, los hornos de cal, la fundición del hierro o la tintura de los paños necesitaron ingentes cantidades de leña, mientras que los curtidores empleaban las cortezas de ciertos árboles para su industria. Hay que añadir a esta larga lista de utilización de los bosques el hecho de que la madera es un material fácilmente combustible y que los incendios eran frecuentes, en particular en las ciudades, incendios en los cuales desaparecían barrios enteros en pocas horas, que debían ser luego reconstruidos.

Conviene subrayar, por otra

parte, que la destrucción de los bosques obedeció a veces a una visión política. El bosque es un factor de inseguridad para el que vive en sus lindes o tiene que cruzarlo; es la madriguera de todos los delincuentes y marginados de poco fiar. Y a lo largo del siglo XI, la monarquía francesa tuvo que luchar y deshacerse uno por uno de los pequeños feudatarios que, desde sus fortalezas en los bosques de alrededor de París, atacaban y requisaban a todos los viajeros. Las guerras de conquista, reconquista o civiles se fundamentaron a menudo en la táctica de la tierra quemada para evitar emboscadas y destruir posibles refugios enemigos. En Inglaterra, ¿qué hubiera sido de la oposición a Juan Sin Tierra, simbolizada por Robin Hood, sin los bosques de Sherwood? Haya sido, pues, consciente o inconsciente, la destrucción de los bosques por el hombre medieval fue un hecho patente ya en el siglo XIII, que se convirtió en un tema de gran preocupación. Se calculan efectivamente, por ejemplo, que eran necesarios 25 metros cúbicos de leña para conseguir 50 kg. de hierro. Hacia mediados del siglo XIII, sabemos también que en Inglaterra se tomaron medidas en contra de ciertos hornos de cal que consumían anualmente más de quinientos robles. En la misma época y en el mismo país, sólo en los bosques de Dean trabajaban 60 forjas, autorizadas por el poder real. En el siglo siguiente, la construcción del castillo de Windsor supuso el corte de 3.944 árboles, o sea, la desaparición de un bosque entero... En el reino de Castilla, el rey D. Pedro I aludió a la destrucción de los montes, en las Cortes de Valladolid de 1351, con frases de aire moderno: «porque (...) se destruyen de cada día de mala manera los montes, señalada miente los pinares e ensinares, porque derriban çinco o seys pinnos por tirar dende tres o cuatro rrayeros de tea que non valen tres dineros et que en los ensinares por un palo muy ssotil que ayan meester que cortan un ensina por pie, et otrosi los que biven en las comarcas de los pinares e de los ensinares que los cortan e los queman para faser senbradas de nuevo e que se destruye todo». No nos puede extrañar entonces la descripción que de Castilla en el siglo XV nos han dejado varios viajeros: aridez, pobreza, llanuras estériles sólo cubiertas de romero, salvia, poleo, bojes y enebros. Gabriel Tetzel, natural de Nuremberg, que acompañó al barón de Rosmital en 1465-1467 en su viaje por Europa, describe así sus impresiones de Castilla: «Luego entramos por una sierra horrible en donde no se veía gente ni huella humana, ni se encontraba agua, sino rocas desnudas y frías, sin ninguna hierba ni árbol (...) atravesamos de esta manera un desierto horrible y frío». (Recordemos, a este respecto, que en la época romana, Plinio escribía que un mono podía cruzar la Península Ibérica de Noste a Sur sin tener que abandonar los árboles...).

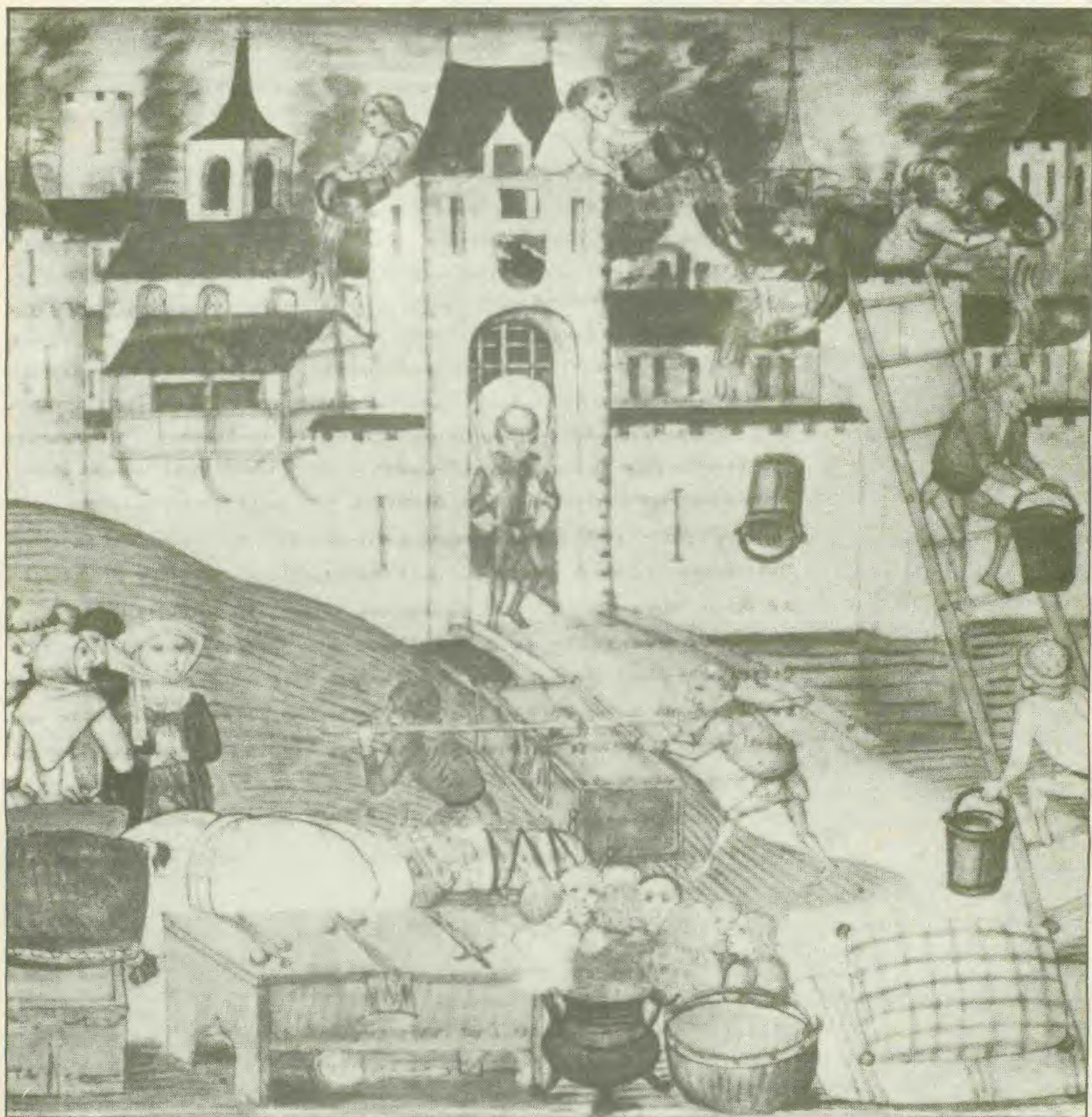
Consecuencia lógica, la madera se convirtió pronto en una mercancía de gran valor; en el norte de Francia, la escasez de tal



Las fábricas de vidrio —como ésta, en Bohemia—, así como las de fundición del hierro, fabricación de cal o de ladrillos, consumían ingentes cantidades de leña.

elemento lo hizo prohibitivo para los pobres hasta en el momento de su muerte: en la ciudad de Douai, los ataúdes se alquilaban para el entierro, pero el cadáver terminaba directamente en la tierra. La madera tuvo que ser exportada desde Escandinavia hacia todos los países europeos; los comerciantes fueron incluso a buscarla en Polonia, Rusia y en las costas septentrionales del Mar Negro. Además de importar madera por vía terrestre o marítima, los poderes públicos iniciaron una política de vigilancia y protección del medio ambiente, y en Francia, Alemania e Inglaterra, llegaron a imponer una reglamentación estricta a los hornos de fundición de hierro y de fabricación de cal.

En ciertos lugares, incluso, las medidas tomadas fueron hasta positivas. En Italia, por ejemplo, se obligó a los vecinos de la comuna de Montaguloto a plantar cada uno diez árboles cada año. En *Castilla*, en la Valladolid de finales del siglo XV, los regidores adoptaron severas medidas y promulgaron diversas penas contra los que cortasen árboles o los arrancasen, e incluso «contra los que desgajaren o cortaren rama de los árboles». Prescribieron además la obligación de plantar árboles frutales en las viñas, a razón de tres por aranzada de terreno; la ordenanza fue promulgada los



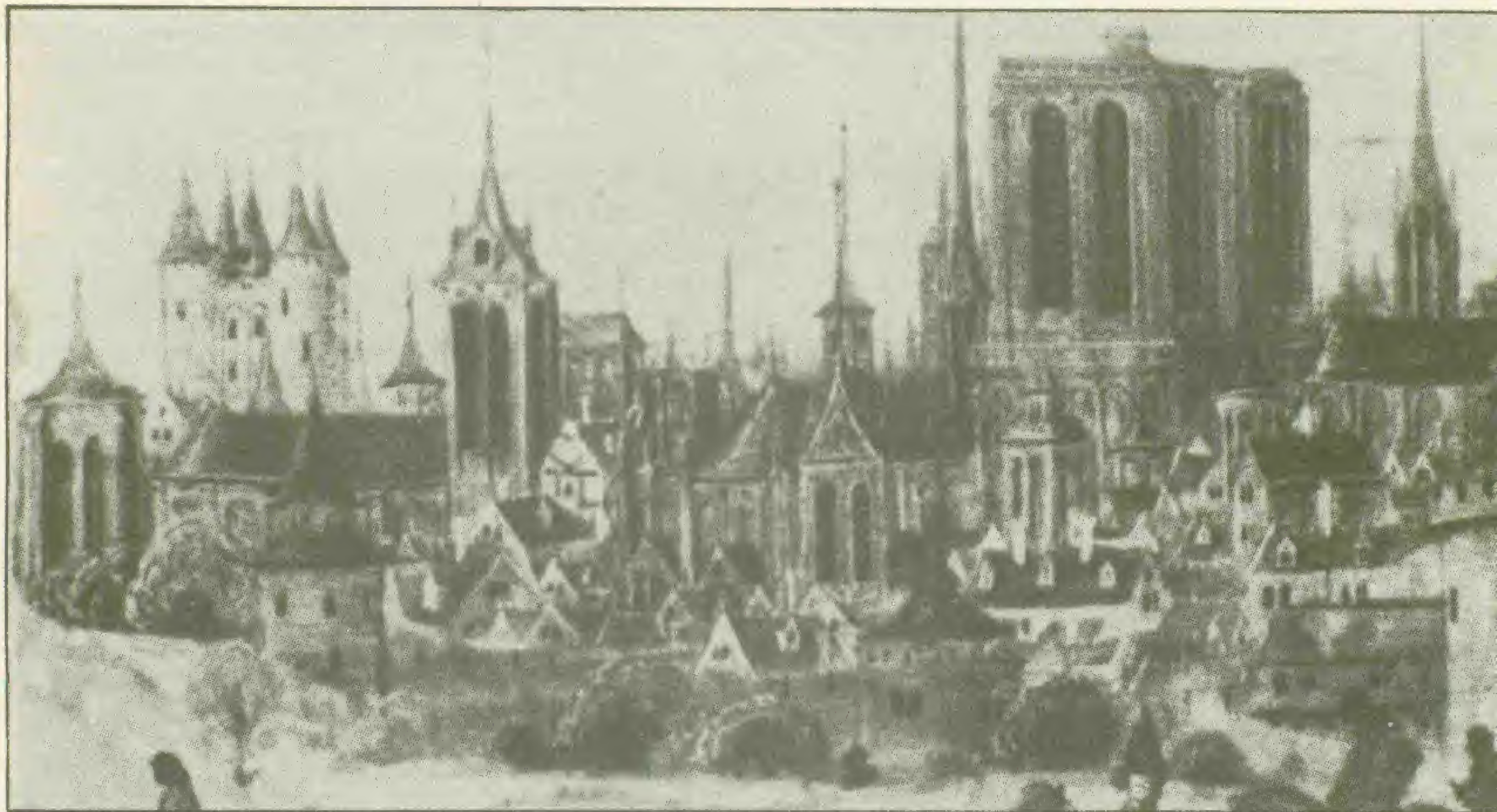
En las ciudades, y con la excepción de los monumentos públicos que eran de piedra, las viviendas, hechas de adobe y argamasa con armazón de madera, eran presa fácil para los incendios. En unas horas desaparecían centenares de casas.

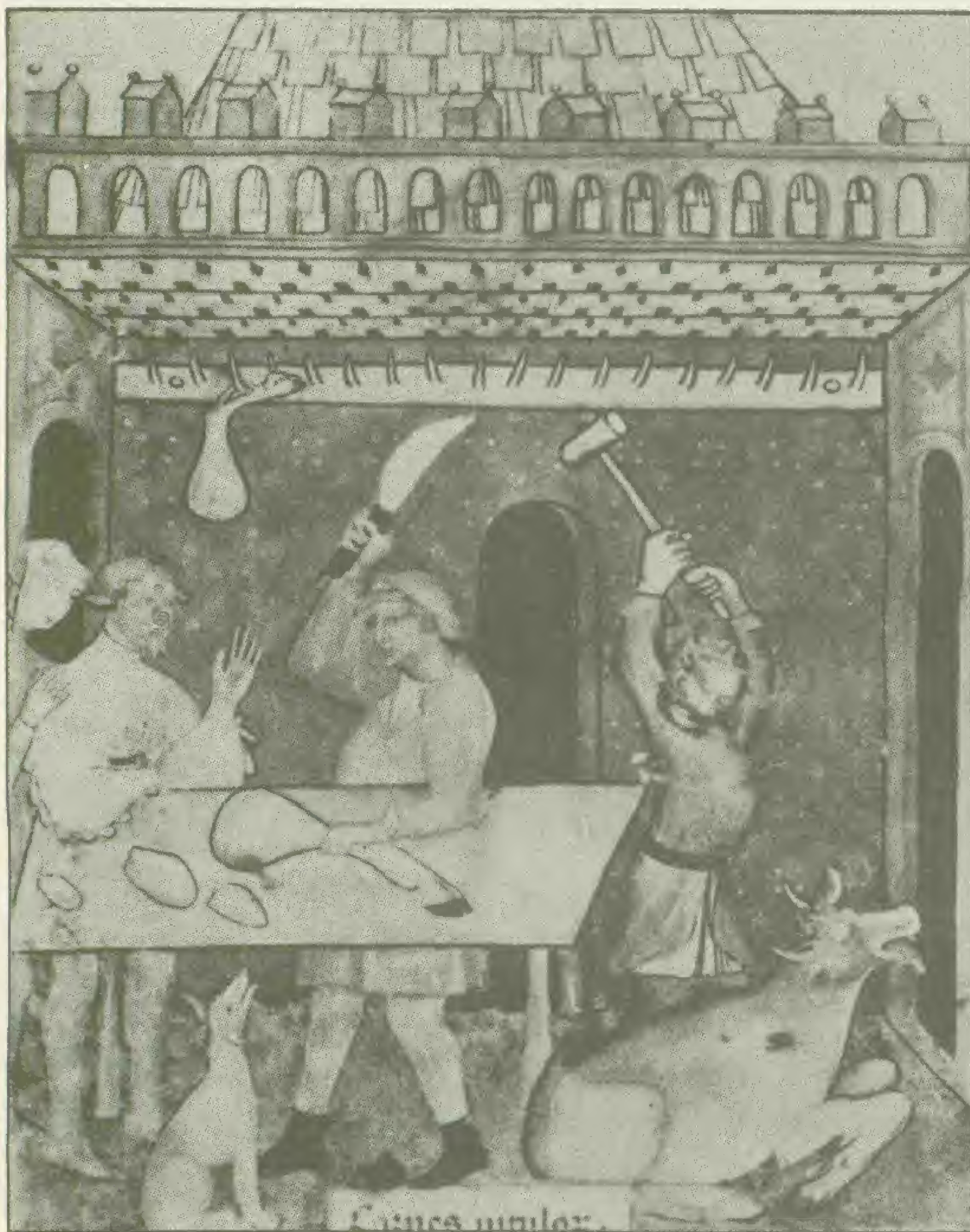
días 11 y 12 de febrero de 1499, y los propietarios de viñas tenían un corto plazo —hasta finales de marzo— para cumplirla, so pena de una multa de 60 maravedíes por aranzada no debidamente provista de sus tres árboles frutales. Los pinares que se extienden al sur de la villa, en dirección a Olmedo, son una creación de la segunda mitad del siglo XV, esfuerzo que se proseguirá a lo largo del siguiente siglo.

La escasez y encarecimiento de la madera, así como las medidas implantadas de protección a los montes, forzaron a los europeos a encontrar nuevos materiales que la sustituyeran. En las zonas pobres de Castilla a principios del Renacimiento, los campesinos —en palabras de un viajero extranjero— «usaban, para hacer fuego, el estiércol de los animales y así guisaban su comida; también gastan, en lugar de leña, césped que arrancan y amontonan en el verano para que se seque, y sarmientos de viña». Pero, en países y regiones de otros recursos, el combustible que sustituyó a la leña fue el carbón. Recogido a orillas del mar en algunos condados ingleses o extraído de la tierra a poca profundidad, el carbón fue rápidamente utilizado por la industria de la cal, luego por la del hierro, en la fabricación de la cerveza y por los tintoreros.



Medidas de repoblación forestal fueron adoptadas, a nivel personal o municipal, a partir de finales del siglo XIV.





Matarifes y carniceros, que practicaban su industria en el centro de las ciudades y echaban sus desechos al río, tuvieron que marcharse aguas abajo, a la salida de los centros urbanos.

Combustible de baja calidad —con la excepción del que procedía de las minas escocesas o de Aquisgran—, sirvió también a los pobres para calentarse y preparar sus alimentos.

Con la aparición del carbón en la vida cotidiana y en la industria surgió para el hombre medieval el problema de la contaminación atmosférica. La impureza del combustible era causa de que, al quemarse, desprendiera un espeso humo acompañado de olores insoportables. A mediados del siglo XIII, la reina de Inglaterra abandonó precipitadamente su castillo de Nottingham porque no podía resistir el humo y el mal olor procedentes de la ciudad próxima. Reyes, nobles y ricos evitaban, por lo tanto, quemar carbón y seguían calentándose con leña; las cuentas minuciosas de los gastos del rey D. Sancho IV de Castilla en 1294 revelan el uso exclusivo de leña, tanto para calentar las moradas como para la cocina y la lavandería real. Los «grandes» no eran, evidentemente, los únicos que sentían molestias por los humos y malos olores industriales. Los londinen-



Los problemas de infraestructura, contaminación y superpoblación afectaron a París, una de las mayores ciudades europeas ya en el siglo XIII.

ses, los más afectados quizás, elevaron sus quejas hasta el rey, como consta en un documento de 1307, que subraya que «por culpa del uso del carbón de mar, un olor intolerable se extiende por toda la vecindad y se vicia el aire, provocando un gran descontento de parte de los altos dignatarios, ciudadanos y otros moradores del lugar y en perjuicio de su salud física». Los industriales medievales —con cieryo parecido con los actuales— siguieron utilizando el carbón, de mala calidad pero barato, en sus fábricas, a pesar de las proclamaciones reales, quejas municipales y amenazas o imposiciones efectivas de multas pecuniarias. En el siglo XVI aún se utilizaba corrientemente ese mismo combustible en las zonas industrializadas de Europa.

La contaminación acarreada por la revolución industrial medieval no alcanzó solamente el aire: el agua, sobre todo la de los ríos que cruzaban las poblaciones, presentó rápidamente un alto grado de polución.

Con respecto a la importancia del agua corriente en la ciudad, conviene recordar que el río no tiene por únicas funciones el proporcionar agua potable y servir de vía de comunicación o de defensa difícilmente franqueable, según los casos. El río —sea importante como el Sena, el Támesis o el Tíber, o de menor caudal como el Arno de Florencia o la Rambla de Barcelona— mueve innumerables molinos, limpia los mataderos, pasa por las curtidurías, es aprovechado por las lavanderías municipales y resulta imprescindible para los tintoreros. Ese mismo río sirve generalmente de desagüe y alcantarilla para la ciudad en su conjunto; de ahí que, cunado el caudal disminuye en verano o en épocas de sequía, aparezcan rápidamente las epidemias.

Con el crecimiento de las urbes a partir del siglo XII, los problemas de contaminación del agua no dejaron de intensificarse. A su salida de las poblaciones, los ríos acarreaban sangre y otros desechos procedentes de los mataderos y carnicerías, ácidos, cal, grasa, pelos y sangre coagulada provenientes del trabajo de los curtidores, alumbre, cenizas y sustancias colorantes de las tintorerías, arcilla y aceite de los batanes, jabón de las lavanderías, así como todas las inmundicias de la ciudad. Hay que añadir que esos mismos ríos eran los que proporcionaban a las cervecerías el agua necesaria para



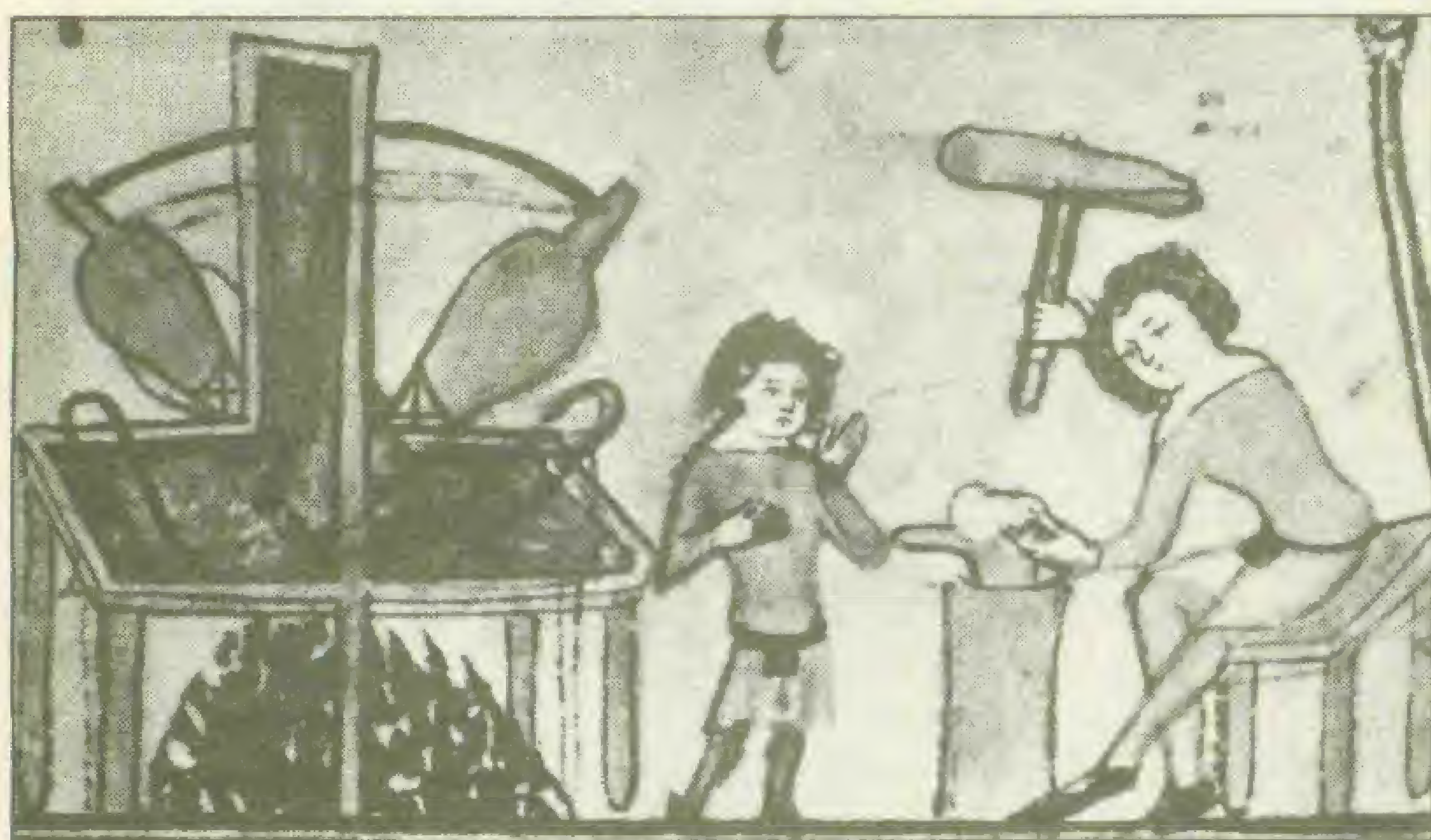
El oficio de los tintoreros, uno de los más extendidos en la Edad Media, forma también parte de las industrias contaminantes: utilización de leña o carbón, malos olores, polución de los ríos.

la fabricación de tal bebida y suministraban gran parte del pescado diariamente consumido en los centros urbanos. La pesca sufría, indudablemente, de la contaminación fluvial, pero añadía igualmente a esta su contribución en la medida en que ciertos pescadores no dudaban no sólo en pescar durante la época de la freza, sino también en emplear «cal viva e con ierbas aponzoñadas», lo cual provicaba envenenamientos y muertes entre los compradores.

Diversas series de medidas fueron tomadas a partir del siglo XIV para sanar el curso de los ríos en su paso por las ciudades, que consistieron, principalmente, en trasladar la contaminación aguas abajo. En 1366, el Parlamento de París ordenó a los matafires ejercer su actividad fuera de la ciudad, a su salida. En la misma ciudad, el rey Carlos VI hizo derribar, cincuenta años más tarde, las carnicerías que se encontraban delante del Châtelet y Puente Mayor de la ciudad; el documento, fechado de agosto 1416, establece los emplazamientos de las futuras carnicerías y añade que: «en lo que concierne a la matanza y desolladura de los animales, hemos ordenado y ordenamos, para que el aire de la dicha nuestra villa no sea en el futuro corrompido y apestado por ellas, y para que el agua del río Sena no esté infestado por la sangre y otras inmundicias que se derramaban o eran tiradas al dicho río, que todas las matanzas y desolladuras se harán fuera de la dicha nuestra ciudad de París, conviene a saber cerca de las Tullerías». Otra serie de medidas afectó, a finales del siglo XIV y hasta finales del XV, a los curtidores y peleteros, obligándoles, asimismo, a trasladarse aguas abajo a la salida de los centros urbanos. En 1425, en la ciudad de Colchester, los ciudadanos, encabezados por los cerveceros, hicieron constar que «la corrupción del río es tal que hasta los peces mueren (...). Algunas personas llamadas esquiladores de vellones y curtidores de pieles, contaminan y corrompen el agua del dicho río, envevenan los peces y causan grandes daños a los vecinos de la dicha ciudad». Semejantes medidas se repiten paulatinamente en todas las ciudades europeas. A finales del siglo XV, Valladolid ordenaba que los curtidores y zurradores se fueran a vivir y trabajar a un barrio extramuros y prohibía que se lavaran las lanas, so pena de una multa de 20.000 maravedís, aclarando que «quando viene poca agua por la dicha Esgueva se retiene la suciedad en la dicha villa, de donde se causan malos olores e corrución en el ayre, de lo qual así mismo viene gran dapño a la salud de las gentes». En 1435, los procuradores de las ciudades castellanas solicitaron y obtuvieron del rey que fuera prohibido «matar las truchas e los otros pescados de río con cal viva e con ierbas aponzoñadas», así como pescar en octubre y noviembre, época del desove.

Contaminación del aire y del agua, escasez y encarecimiento de la leña y la madera, no fueron los únicos motivos de queja de los habitantes de las urbes medievales. Se sintieron también afectados por los problemas del ruido y, desde las mayores ciudades hasta los más pequeños pueblos, levantaron protestas en contra de los herreros y otros trabajadores del metal. Las fraguas, en particular, los cuberos y otras industrias implantadas en los centros urbanos, causaban, efectivamente, ruidos ensordecedores. No parece, sin embargo, que las críticas y lamentos de los vecinos perjudicados tuvieran gran eficacia en ese dominio.

A partir del siglo XIII, el crecimiento rápido y desordenado de las ciudades medievales planteó graves problemas, en razón de la ausencia de lo que ahora llamaríamos infraestructuras. La inmigración procedente del campo provocó una gran demanda de alojamientos. A pesar de la extensión de la superficie construida, hubo crisis de la vivienda, y gran parte de la población conoció pésimas condiciones de vida. Las casas, que tenían de dos a siete pisos de altura —aunque el propietario de una de estas últimas en París no pudiera alquilar el séptimo piso, porque queda «demasiado alto y demasiado penoso para subir»— y eran frecuentemente divididas verticalmente y no horizontalmente, no tenían re-



Desde finales del siglo XIV, ciertos contratos de alquiler de viviendas prohibían que vivieran en ellas herradores y otros trabajadores del metal, debido al ruido que hacían.



La pesca en los ríos sufrió de la contaminación industrial, así como de ciertos «métodos» de pesca que utilizaban cal viva y «hierbas envenenadas».

sueltos todos los problemas de evacuación de los humos y aguas usadas, de aireación y calefacción. Las familias pobres vivían en cuartos oscuros y no tenían para iluminarse o calentarse. La mayor parte de los alojamientos tenían el suelo embaldosado con un canalillo que conducía las aguas usadas a la calle.

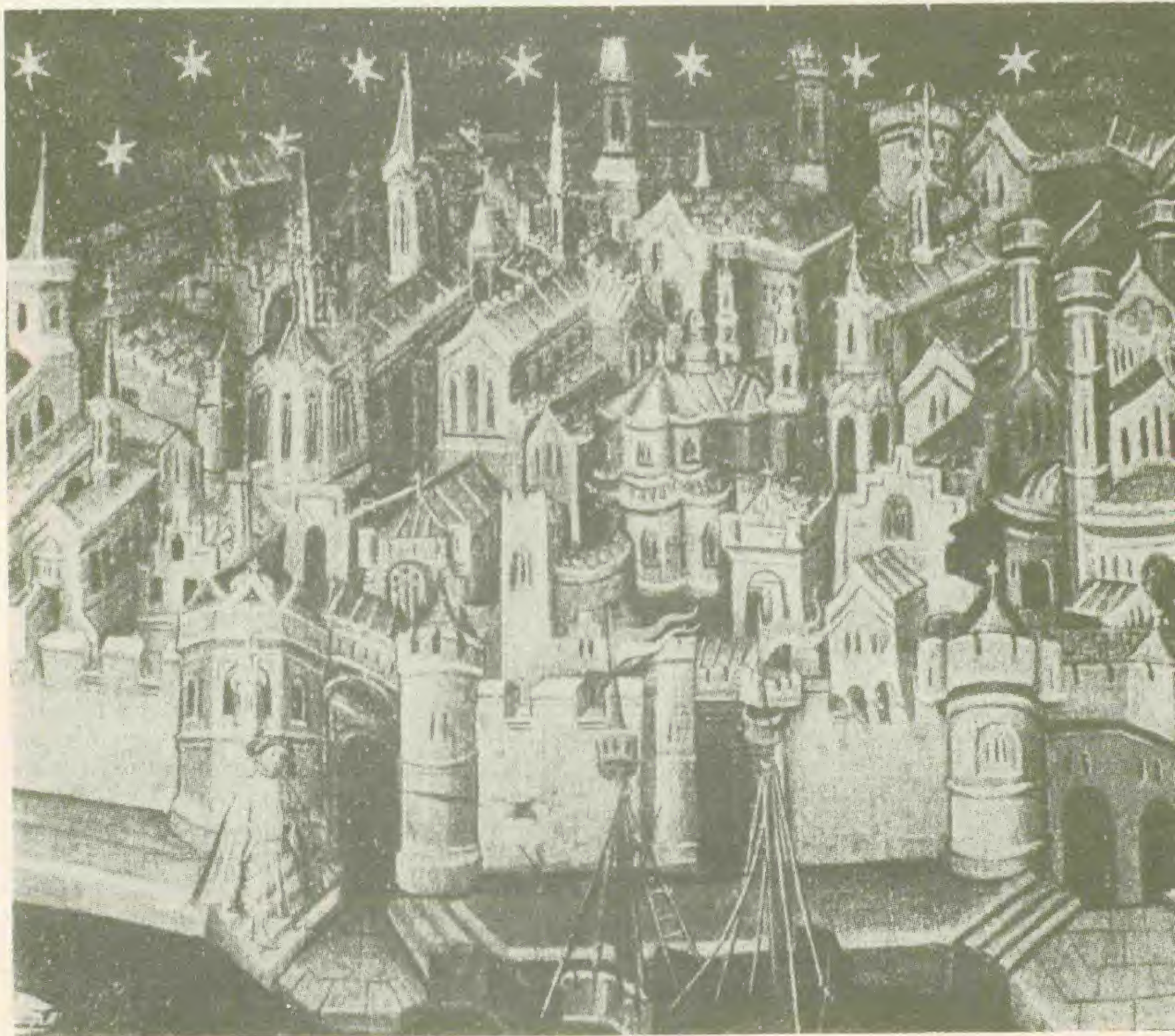
Con algunas excepciones, las calles medievales no eran empedradas; la visita o estancia del rey y de su corte eran a menudo motivos suficientes para que las autoridades municipales levantaran un nuevo impuesto y empedraran unas cuantas calles. No obstante, por falta de mantenimiento, el empedrado desaparecía rápidamente. Estrechas, recipientes de las aguas usadas, de los desechos y basuras de los comercios y casas vecinas, las calles planteaban graves problemas de higiene. La desaparición progresiva de los bosques cercanos a los centros urbanos y la de los huertos y corrales dentro de éstos favorecieron la costumbre de criar gallinas y cerdos para el consumo familiar en las propias calles; los animales, sueltos por las calles, se alimentaban de las basuras que allí encontraban. A más de la propagación de enfermedades y pestes, los cerdos presentaban el riesgo de que, a veces, a falta de basura, atacaban y comían a los niños pequeños. Lo cual no parece haber hecho cambiar la costumbre. Fueron los poderes públicos los que tuvieron que tomar medidas, y para conseguir su aplicación, necesitaron además el respaldo de la autoridad real. «Sepades», escriben los Reyes Católicos a los regidores de una ciudad castellana en 1492, «que vimos vuestra petición por la qual nos fazeys relación que por el mal uso e dañoso que esta villa abia de criar los puercos en la villa e traerlos sueltos por las calles della se causaban muchos daños e yncombinientes (...) muchas enfermedades e ynfiçiones», tras lo cual mandan y ordenan que se remedie esa mala costumbre. Sería equivocado, pues, creer que no existió ninguna preocupación higiénica en las urbes medievales. El resultado, sin embargo, de muchas de las medidas que hemos apuntado fue trasladar la contaminación de los centros a las afueras de las ciudades. Y pronto, al igual que Sevilla en el siglo XV, las urbes fueron rodeadas de un cinturón de vertederos de basura.

Las mejoras en un campo se acompañaban de empeoramientos o regresos en otros. Es así como el final de la Edad Media presenció un doble movimiento. Por una parte, varias ordenanzas y prescripciones tendieron a establecer, dentro de las ciudades una segregación social; los comercios, artesanos u obreros que presentaban molestias o inconvenientes por los olores o el ruido de su oficio fueron relegados a barrios «especializados», mientras que los burgueses, patricios, hombres de negocios o rentistas se reservaban o creaban los primeros barrios «residenciales». Los contratos de alquiler de viviendas comienzan entonces a incluir cláusulas de prohibición de «darlas a herradores, cuberos, cerrajeros, alfareros de estaño ni otros oficios de martillos que hacen grandes ruidos», o «a mujeres enamoradas (prostitutas), cervecero ni otra persona cualquiera que críe puercos».

En cambio, esa misma época ve desaparecer los últimos baños públicos que funcionaban en todas las ciudades medievales en los siglos XII, XIII y XIV. Situados generalmente a orillas de un río, provistos de agua fría y caliente y de baños de vapor,

funcionaban a veces de día y de noche; los usuarios se bañaban desnudos y los baños eran originalmente mixtos. «Los baños de Tortosa y de su término son y deven ser de los ciudadanos y de la Universidad, y en ellos bañarse todos los ciudadanos y habitadores, así sarracenos y judíos como cristianos», prescribe el Código de Tortosa promulgado en 1279, que manda que tales baños estén, todos los días, «aparejados y dispuestos para que todo hombre o mujer que quiera bañarse puede bañarse en ellos de noche y de día». Tal costumbre fue la que provocó las iras y condenas de los eclesiásticos. A lo largo de dos o tres siglos, la Iglesia consiguió que se determinaran días para hombres y para mujeres; en la Península, el panorama se complicó con días marcados para judíos y moros. Así desaparecieron paulatinamente gran parte de los baños públicos, y los que se mantuvieron adquirieron el carácter de burdeles, con mujeres públicas tegidas por las autoridades del mismo nombre. La higiene personal decreció al ritmo de los baños públicos y el hombre «renacentista» del siglo XVI es indiscutiblemente más sucio que su antepasado medieval del siglo XIII.

Destrucción de la riqueza forestal, contaminación del aire y de las aguas, industrias y artes ruidosas y malolientes, superpoblación de las ciudades, infraestructura urbana deficiente o inexistente son parte de los problemas que conocieron los europeos de los últimos siglos medievales. La epidemia de Peste Negra, traída en 1348 del Mediterráneo Oriental por barcos genoveses, encontró en las urbes un terreno predilecto; el resultado fue que entre 1348 y 1351 desapareció alrededor de la tercera parte de la población europea. La peste causó especiales estragos entre las capas populares urbanizadas, mientras que los campesinos y habitantes de los pueblos, así como los burgueses que habían conseguido refugiarse en sus «ca-



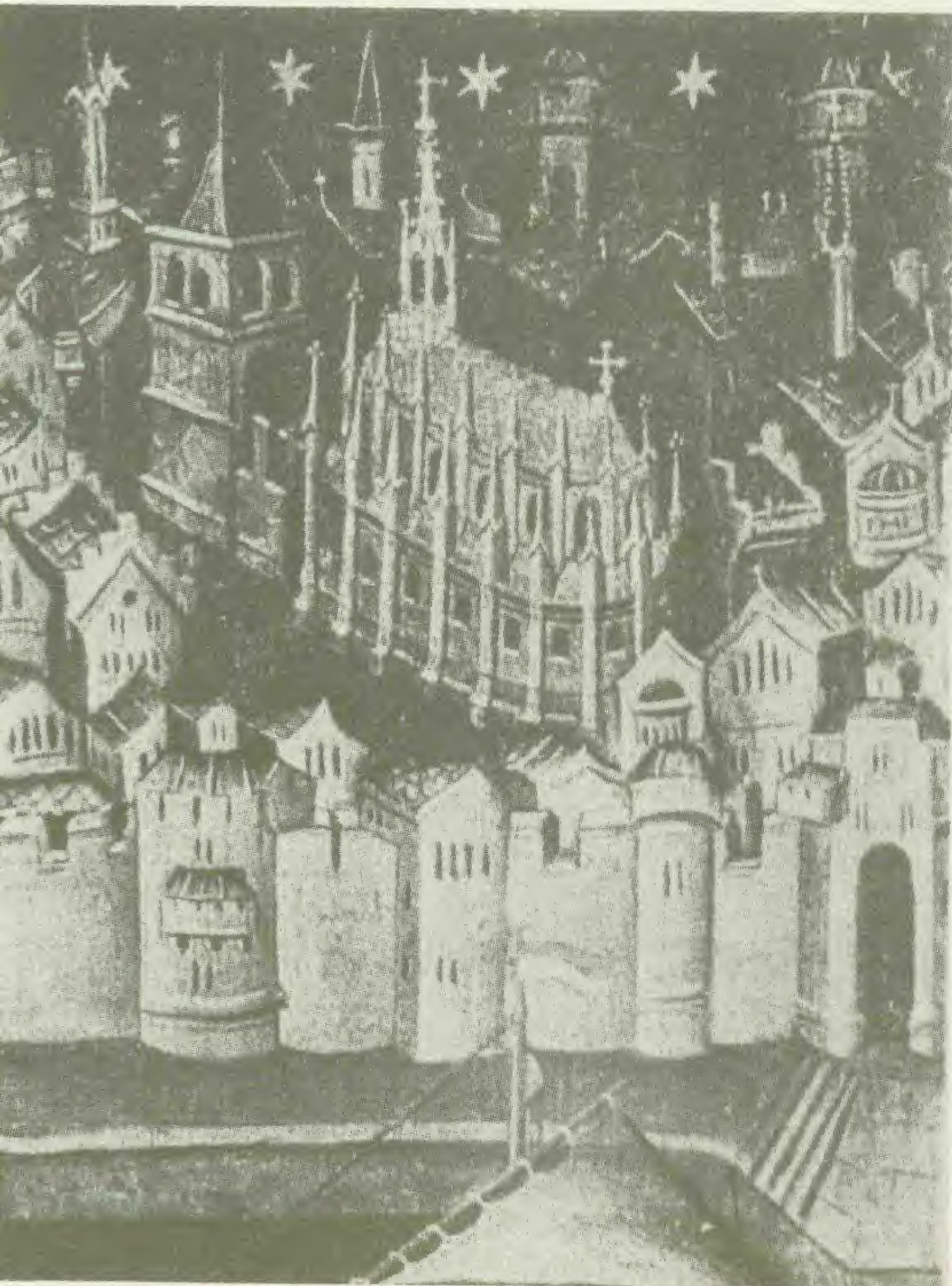
sas de campo» fueron menos alcanzados. La epidemia subsistió. en estado endémico, hasta principios del siglo XVIII, con brotes más localizados, pero igualmente mortíferos, y creó una mentalidad obsesionada por su existencia. Paradójicamente, la gran convulsión de mediados del siglo XIV tuvo por consecuencia inmediata un cierto alivio en los problemas planteados por las grandes urbes. Fue la experiencia de la peste la que llevó a las autoridades a tomar las primeras medidas y «planificaciones» de saneamiento e higiene que hemos apuntado anteriormente; en su gran mayoría, las ordenanzas reales o municipales que nos interesan son posteriores a 1351. Claro está que en la investigación de las causas y remedios a la peste efectuada por La Sorbona de París, entre prescripciones tan útiles como el aislamiento de los enfermos y de las casas contaminadas, la limpieza de las calles y el enterramiento de los pestiferados con cal viva, se llegó a la peregrina conclusión de que la epidemia se debía a «la corrupción totalmente mortífera del aire que nos rodea», con lo que se recomendó llevar máscaras protectoras y se aceleró el cierre definitivo de los baños públicos.

Los resultados de estas diversas políticas fueron muy desiguales. La repoblación de los montes y las diversas medidas adoptadas para proteger los que subsistían tuvieron éxito en las zonas no industriales; la disminución de población debida a la Peste Negra tuvo también por consecuencia que dejaron de extenderse las tierras cultivadas a expensas de los montes. En las zonas industrializadas será, sin embargo, necesario esperar la explotación intensiva de las minas de carbón para que dejen de ser destruidos los bosques. El saneamiento de las ciudades se hizo con más o menos eficacia, pero casi siempre a costa del campo circundante, que heredó las industrias «contaminantes» de la urbe. En cuanto a la instalación posterior de redes de alcantarillas, el desagüe natural de éstas fue inevitablemente el río más cercano, y hace ya mucho tiempo que el Sena o el Támesis no suministran truchas y otros pescados a los parisienses y londinenses. Claro está que estos ciudadanos del siglo XIII, que se quejaban de la contaminación del aire y del agua y que consiguieron a veces el alejamiento de las industrias «contaminantes», son los mismos que acumulaban las basuras a la puerta de sus casas, tiraban sus desechos al agua del río cercano y, en caso de necesidad, talaban el monte.

La contaminación es, pues, un hecho patente que tiene lejanos orígenes y que ha suscitado protestas e intentos de solución o aplicación de paliativos, ya mucho tiempo antes de la época actual.

¿No será acaso la ecología un problema inherente a la civilización tecnológica occidental?

■ **A. R.**



La superpoblación de los centros urbanos del siglo XIV —aquí, la ciudad de Colonia— hizo de ellos una presa fácil para las epidemias.

LA VANGUARDIA

BARCELONA
Martes 31 de mayo de 1949

ESPAÑOLA

50 cénts. Precio de este ejemplar
Redacción y Admón.: PELAYO, 1
Teléfono: 14135

UNDADORES: DON CARLOS Y DON BARTOLOMÉ GODÓ — Año LXV. - Número 25.808 — DIRECTOR: LUIS DE GALINSOGA

Franco, primer combatiente contra el comunismo



(«La Vanguardia», 31-V-1949)

S. E. el Jefe del Estado designa los procuradores en Cortes de su libre elección

El artículo 2.º de la ley constitutiva de las Cortes, establece quienes son procuradores natos y electivos. Entre éstos últimos figuran los que prescribe el Apartado I, que dice lo siguiente: «Aquellas personas que por su jerarquía eclesiástica, militar, administrativa o social, o por sus relevantes servicios a España, designe el Jefe del Estado en número no superior a cincuenta».

Madrid, 6 — El «Boletín Oficial del Estado» publica hoy un decreto por el que se designan procuradores de libre elección de Su Excelencia, a los siguientes señores:

Don Carlos Asensio Cabanillas.
Don Juan Vigón Suerodíaz.
Don Eduardo Aunós Pérez.
Don José Félix de Lequerica.
Don Luis Alarcón de la Lastra.
Don Salvador Moreno Fernández.
Don Alfonso Peña Boeuf.
Don Francisco de Bastarreche y Díez de Bulnes.
Don Antonio García y García.
Don Luis Almarcha Hernández.
Don Balbino Santos Olivera.
Don Luciano Pérez Platero.
Don Gregorio Modrego Casáus.
Don José Monasterio Ituarte.
Don Alfonso Arriaga y Adam.
Don José Solchaga Zala.
Don Andrés Saliquet Zumeta.
Don Juan Yagüe Blanco.
Don Francisco Fernández Longoria.
Don Carlos Miranda Martín.
Don Pedro Fernández Valladares.
Don Carlos Pinilla Tourino.
Don Jesús Rubio García.
Don Antonio Alcubilla Pérez.
Don Fernando Camacho Baños.
Don Tomás Suñer Ferrer.
Don Luis Ortiz Muñoz.
Don José Millán Astray.
Don Gabriel Arias Salgado y de Cubas.
Don Eduardo Morello Llasera.
Don Rufino Beltrán Vivar.
Don Ramón Díez de Rivera (marqués de Huétor de Santillán).
Don José Finat Escrivá de Romaní.
Don Martín González del Valle (marqués de la Vega de Anzó).
Don José María Zumalacárregui Prat.
Don Wenceslao González Oliveros.
Don Francisco Javier Planas de Tovar.
Don Gustavo Navarro y Alonso de Celada.
Don Mariano Puigdollers Oliver.
Don Luis Sáenz de Ibarra.
Don Fernando de Montero y García de Valdivia.
Don José Lorente Sanz.
Don Pedro Barrie de la Maza.
Don Natalio Rivas Santiago.
Don Adolfo Rodríguez Jurado.
Don Luis M. de Galinsoga.
Don Ernesto Giménez Caballero.

(«Cifra», 7-V-1949)

Se abre la tercera legislatura de las Cortes Españolas

En nombre de todos los españoles, los madrileños expresaron a Franco su fervorosa adhesión

El Jefe del Estado pronuncia un categórico e incontestable discurso

Continuidad de las tareas de las Cortes en nuestro Régimen totalmente constituido. — Hay que evitar las sucesiones convulsionarias en el mando supremo — Con el tiempo, destaca la trascendencia de nuestra victoria sobre el comunismo, beligerante en España. — Para nosotros, comunismo y socialismo son la misma cosa. — Cómo recibimos a España y nuestras realizaciones de gobierno sin ajenos auxilios. — El resurgimiento industrial y marítimo del país y la cuestión de los carburantes. — El sistema español se basa en reconocer la eficacia de la iniciativa privada. — Las intervenciones estatales no van más lejos que lo que impone el interés público. — Los pueblos no han de vivir del sudor ajeno, sino de su propio trabajo. — Los presos por toda clase de delitos suman una cifra parecida a la de cualquier otra época. — Se cumple el Fuero de los Españoles en todos los órdenes. — Realizaciones culturales, sanitarias y sociales. — La Ordenación Económico-Social de la nación. — La reorganización de los Ejércitos y la magnífica formación y espíritu de sus cuadros. — La política del Movimiento Nacional fué de paz y entendimiento para con todos los pueblos. — Cómo se conspiró contra nuestra neutralidad y nuestro orden interior. — Las promesas que nos hizo Mr. Churchill y nuestra posterior experiencia sobre las mismas. — Los gravísimos primeros días de 1944. — Propuesta anglosajona para invadir a España y negativa estratégica de los Soviets. — España propuso a la Gran Bretaña el despeje de sus relaciones. — Europa nos necesita, pero nos sentimos desligados de los errores y torpezas de sus Estados. — Los males europeos provienen de los Estados que propugnan la política de las zonas de influencia. — Norteamérica puede hallar en España relaciones dignas, lealtad recíproca y amistad clara. — Nuestra autoridad y nuestra razón están por encima de la Asamblea de la O. N. U. y junto a nuestros verdaderos amigos.

ESPAÑA 1949

Sesión plenaria de las Cortes del Reino

La solemne apertura de la tercera legislatura, que presidirá S. E. el Jefe del Estado, tendrá lugar el próximo lunes

Con el ceremonial acostumbrado, ayer juraron el cargo los nuevos procuradores y pronunció un magnífico discurso el presidente de la Cámara

DESDE MI ESCAÑO

Madrid, 13, 12 noche. (Crónica telefónica de nuestro Director).—Muchas caras nuevas en estas Cortes, que no son nuevas, ya que su continuidad representativa, que es lo que importa, y no las caras, no la interrumpe la mudanza de las personas. El presidente de la Cámara, con su elocuencia proverbial, maestra en precisiones, ha insistido mucho sobre este punto, en verdad importante y dogmático del régimen, a saber: la integración en las Cortes de todas las actividades, así intelectuales como materiales, de la nación. Los nombres cambian; la representación permanece a través de los estamentos que tienen tanta solera clásica y tan claro abolengo en las tradicionales Cortes españolas.

Conocidas o nuevas las personas que llenan los escaños, aquí están dispuestas a esta tercera legislatura de una Cámara auténticamente elegida por la mejor, por la única democracia verdadera, la orgánica, la que emana de las fuerzas sociales, políticas y económicas de España. Los cuatrocientos ochenta procuradores —de los cuales esta tarde han jurado una tercera parte que lo son por primera vez— proceden de los cuatro puntos cardinales de la geografía nacional, pero también de las más diversas áreas. Aquí están los Gremios, aquí las Corporaciones y Colegios profesionales, aquí los Municipios y Diputaciones provinciales, aquí el Consejo Nacional, aquí, en fin, aquellos españoles a quienes el Jefe del Estado ha otorgado el honor de su nombramiento, libre y directo, en atención a su Jerarquía eclesiástica, militar o civil o a sus relevantes servicios a España.

HOY SE CELEBRA EN MADRID LA TRADICIONAL Y CARITATIVA «FIESTA DE LA BANDERITA»

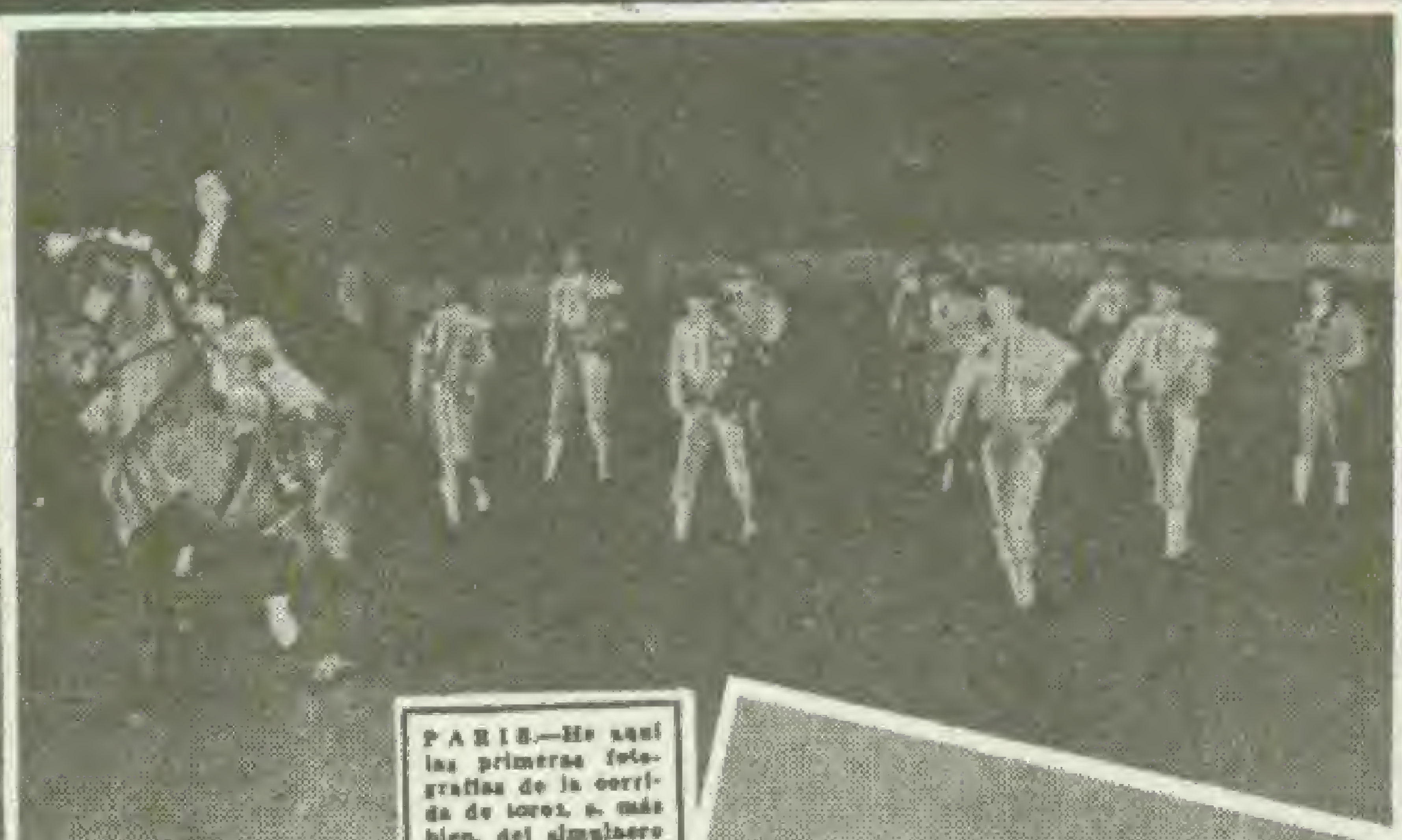
La Asociación de Sordomudos tributará el domingo su acostumbrado homenaje a fray Pedro Ponce de León

CON MOTIVO DEL DIA DEL SEGURO, HABRA MAÑANA Y PASADO DIVERSOS ACTOS

Las estadísticas municipales acusan un menor consumo de agua en la capital

(«ABC», 12-V-1949.)

NOTAS GRAFICAS DE [A]CTUALIDAD



PARIS.—He aquí las primeras fotografías de la corrida de toros, o, más bien, del simulacro de corrida, celebrado en el Velódromo de Invierno. Las cuadrillas desfilaron presididas por Conchita Cintrón, que responde a las aclamaciones de los parisienses. (Fotos Philips.)



MADRID.—En la plaza Mayor se están haciendo los preparativos para la artística velada que, con motivo de las fiestas de San Isidro, celebra todos los años en aquel recinto la Asociación de la Prensa madrileña. (Foto Cifra.)



LONDRES. Con arreglo a una vieja costumbre medieval, ha sido "coronada" "Reina de Mayo" la joven de quince años miss Shirley Gardiner. (Foto Ortiz.)

(«ABC», 12-V-1949.)

El presidente de la Cámara ha dado en su discurso, como suyo vibrante, la bienvenida a esta varia y múltiple representación nacional a la que impuso sobre sus deberes, pero también dobre sus derechos cívicos como procuradores al estilo de las antiguas Cortes de Castilla y Aragón. El ilustre verbo de la Tradición no podía desaprovechar la ocasión para la referencia a palpitantes cuestiones sobre las cuales la gallardía española y el sentido de la dignidad nacional ponen su airón cimero, irrevocable e invicto. La Cámara ha aplaudido en varios pasajes a don Esteban de Bilbao, y puesta en pie le ha ovacionado largo rato cuando el gran tribuno ha rendido homenaje de cariñoso recuerdo a las naciones hermanas que han levantado sobre el pavés de su ardida defensa la causa de la justicia y de la verdad.

Sesión, por lo demás, preparatoria esta de hoy. Pasillos propicios a las efusiones de la bienvenida a los nuevos por parte de los veteranos. Y en el ambiente del hemiciclo, un aire de expectación vibrante porque el lunes, el Jefe del Estado vendrá aquí a dirigirnos su mensaje augural de nuestras tareas, y a decir, una vez más a España —y al mundo— esta cosa superlativamente sencilla: la verdad.

(«La Vanguardia», 14-V-1949.)

«THE TIMES» PIDE LA REVISION DE LA POLITICA ANGLOSAJONA RESPECTO A ESPAÑA

"Es un hecho que el régimen español ha demostrado, mejor que otros, su amor a la paz"

BRASIL, CON VARIOS PAISES MAS, LOGRA QUE AUSTRALIA RENUNCIE A PEDIR EL APLAZAMIENTO DE "NUESTRO CASO" EN LA O. N. U.

A B C en Londres: "El prestigio de Franco ha subido hasta un punto que parecía imposible hace dos años"

(«ABC», 1-V-1949)

ESPAÑA YA NO ES UNA AMENAZA

Celebramos como triunfo moral de España la votación que en el Comité Político de la Organización llamada, no sin cierto sarcasmo y excéntrica fantasía, de las Naciones Unidas, ha repudiado los consejos dados en 1946 en favor de la retirada de embajadores y ministros plenipotenciarios. Es, sin embargo, hecho notable que ni la Argentina, ni Bolivia, ni Santo Domingo, ni Egipto, ni el Salvador, ni Nicaragua, ni el Líbano, ni el Perú hayan acatado las exhortaciones de la O. N. U., y, como no tenemos elementos de juicio para creer que esos países procedieron por afán de subrayar la desunión de las Naciones Unidas, hemos más bien de pensar que desoyeron el consejo porque lo consideraron como intromisión extraña entre sus afectos e intereses propios y los intereses afectos españoles. La denuncia referente a la peligrosidad de España no nos sirve siquiera para explicarnos, a título de reacción individual contra una injusticia, esa amistad constante que nos han demostrado, puesto que en mofarse y zaherir íntimamente la grotesca acusación, todos, amigos o adversarios, han competido desde el momento mismo en que fue lanzada.

Ha llegado el momento de confesar en público lo que todos reconocían en privado; es decir, que no sólo no es España un peligro para la paz, sino que las decisiones tomadas con relación a España en 1946 fueron injustas, inoportunas, ineficaces y malévolas. Ocurra lo que ocurra en el Pleno de la Asamblea, es decir, ratifique o rechace esta Asamblea de 58 miembros el acuerdo de los 58 miembros del Comité Político, queda firmemente sentado en la conciencia universal el hecho de que se ha declarado públicamente en Lake-Success que España no es un peligro para la paz. La razón de este hecho estriba en que el mundo se ha convencido de algo más concreto, más voluminoso y más grave, a saber: que la

TRES VOTACIONES ELOCUENTES

En el mes de diciembre de 1946, la Asamblea de la O. N. U., reunida en Nueva York, aconsejaba a los representantes de las naciones que forman esa Organización la retirada de embajadores y ministros plenipotenciarios en Madrid. La votación dio entonces el siguiente resultado:

En contra de España	34
En favor de España	6
Abstenciones	10

En la votación de ayer en el Comité Político, integrado por el mismo número de representantes (cincuenta y ocho) que el Pleno de la Asamblea, se aprobó una resolución favorable a que las mismas naciones queden en libertad de enviar sus Jefes de Misión a España. Esta votación dio el siguiente resultado:

En contra de España	16
En favor de España	25
Abstenciones	16

Al mismo tiempo se rechazó ayer por votación una propuesta polaca que pedía la confirmación del acuerdo, hostil a España, de diciembre de 1946. He aquí el resultado:

En contra de España	11
En favor de España	27
Abstenciones	20

Las cifras son muy elocuentes del cambio que se ha operado en la actitud con relación a España.

(«ABC», 8-V-1949)



UNA RAZON DE PESO, por F. Lamarbo.
—Señor profesor, ¿por qué España fué calificada de "peligrosa en potencia"?
—Porque lo quiso una "potencia peligrosa".

(«ABC», 13-V-1949)

Unión Soviética amenaza efectivamente la paz del mundo. Más que desconsolador, es irrisorio comprobar que, si el mundo no hubiese llegado a ese convencimiento, si no existiese un peligro soviético contra la paz internacional, España seguiría siendo tenida por nación amenazadora. La maniobra soviética consistía en 1946 en anular, definitivamente a España, que era, a la sazón, el único país europeo que no vacilaba en declarar su incompatibilidad con el comunismo, al cual había derrotado en su territorio, no sin haber sido previamente la víctima de sus estragos morales y crímenes físicos. En esa maniobra jugaron muchas de las naciones que hoy se apresuran a atajar el peligro soviético. No nos interesarían tanto sus votos cuanto su respuesta a las siguientes interrogaciones: ¿Era verdad que España constituía un peligro en 1946? Y, si lo era entonces, ¿por qué no lo es ahora? Y si España no era peligrosa en 1946, ¿por qué perseguisteis a España como nación peligrosa y callásteis el peligro comunista que España denunciaba y vosotros conocíais? ¿Por qué no declarásteis entonces ni declaráis ahora el motivo verdadero de vuestra hostilidad hacia España, y por qué necesitáis excusas para ocultar la causa íntima de vuestra conducta?

(«ABC», 10-V-1947)

Ni perdón, ni olvido

Conde de ROMANONES

De la interesantísima votación que tuvo lugar el día en que terminaron sus tareas del mal llamado «caso de España» los del Comité político de la Asamblea de la O.N.U., pueden deducirse muy substanciosas enseñanzas.

La votación recaída encierra una muy transcendental importancia y lecciones que no son para olvidadas.

En tres grupos se deben encuadrar las naciones que tomaron parte en la votación.

Primer grupo.—Las que votaron a favor de la resolución hispanoamericana: Sudáfrica, Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Salvador, Santo Domingo, Ecuador, Egipto, Grecia, Honduras, Irán, Líbano, Liberia, Nicaragua, Pakistán, Paraguay, Perú, Filipinas, Arabia Saudita, Siam, Siria, Turquía, Venezuela y Yemen.

Segundo grupo.—Abstenidos: Inglaterra, Afganistán, Canadá, China, Birmania, Francia, Suecia, Luxemburgo, Haití, Bélgica, Chile, Holanda, Estados Unidos de América, Etiopía e Islandia.

Tercer grupo.—En contra: Rusia y sus satélites Bielorrusia, Ucrania, Checoslovaquia, Yogoeslavia, Polonia, Uruguay, Guatemala, Australia, Panamá, Costa Rica,

A una niña le caen encima unos tablones y muere

Ponferrada 5. Cuando jugaba con otra niña la pequeña de cinco años, Rosa Rodríguez Pérez, le cayeron encima unos tablones de madera. Resultó con gravísimas heridas, a consecuencia de las cuales falleció.

(Agencia «Cifra», 6-V-1949)



OFRENDA DE FRUTOS AL CAUDILLO

Con motivo de la festividad de San Isidro, los representantes de los "Hogares Rurales" del Frente de Juventudes hicieron su ofrenda de frutos a Su Excelencia el Jefe del Estado, en el Palacio de El Pardo. (Foto Cifra.)

(«ABC», 17-V-1949.)

Dinamarca, Noruega, Indostán, Méjico y Nueva Zelanda.

Para enjuiciar forman un grupo aparte que exigen un tratamiento distinto.

Para los que votaron a favor de España, todo agradecimiento es pequeño y su recuerdo inolvidable, pero las cinco naciones que tuvieron el valor y el cinismo de votar en lengua española en contra de España, sólo merecen de parte de los españoles el vituperio y el desprecio. Podrá el Gobierno seguir tratándolos como amigos porque tiene que responder a imperativos que no alcanzan a todos los españoles, pero éstos no podrán olvidar nunca su «fechoría». Pasarán las generaciones, pero por muchas que pasen no podrá olvidarse nunca que emplearon toda clase de argumentos contra la Madre Patria, no deteniéndose ni ante la falsedad ni la mentira, volcando su odio contra nosotros a borbotones. Estas cinco naciones no pueden mantener amistad alguna con España. Que se mantengan después de eso algunas Embajadas es de estimar como un absurdo. Las Embajadas no pueden mantenerse en pueblos con los cuales toda cordialidad se ha hecho imposible. Para éstos no cabe el perdón. Para los que no son españoles se puede llegar al perdón, pero al olvido no.

Aunque la responsabilidad del voto la tenga que recoger tan sólo el Gobierno de cada país, no es menos cierto que esta responsabilidad de la traición se extiende también al pueblo mismo. De algunos no es fácilmente explicable su antipatriotismo español. De otros la explicación es fácil. Sobre todo no es confesable.

Mucho nos alegraríamos los españoles que se confirmara la noticia de que el voto contra España de Cuba no ha sido la expresión de su Gobierno.

El voto de aquéllos, de naciones que nunca debieron ser consideradas como tales, de población reducida y de cultura aún más reducida, no pesan, pero lo peor es que cuentan. Hay alguno que, en

Regalo a Pemán de un gigantesco velón en Lucena

Lucena 5. Esta tarde, y presidido por el obispo de Córdoba, ha tenido lugar en el Ayuntamiento la entrega a D. José María Pemán de un velón gigante, fruto de la artesanía del bronce, que en nombre del pueblo le ofreció el alcalde como gratitud y compensación por el himno a la Virgen de Araceli. El Sr. Pemán agradeció el homenaje que se le tributaba, haciendo un canto a Andalucía y a Lucena, reivindicando para los andaluces el título de españoles trabajadores, diciendo que a la luz de los velones de Lucena se escribieron las «Cantigas» del Rey Sabio, las leyes de Indias, el testamento de Isabel la Católica y el «Quijote». Fue muy aplaudido. Después, la Sociedad Excursionista de Lucena ofreció una comida íntima al obispo de Córdoba, al señor Pemán y al maestro Cubiles.

(Agencia «Cifra», 6-V-1949)

Ha muerto sacrificado un pato con cuatro patas

Almadén 4. Ha sido sacrificado un pato con cuatro patas por el minero Felipe Asensio. El sacrificio lo realizó en los extramuros, por creer que la anormalidad que presentaba el animal era «cosa de otro mundo». El pato había nacido hace quince días, y sus cuatro patas tenían un funcionamiento perfecto, de tal forma que, al retroceder, empleaba el juego de patas de atrás, que paralizaba al mover las de alante.

(Agencia «Cifra», 6-V-1949)

No escogió la libertad

Burgos 5. El capataz de Obras Públicas Martínez Martínez, aficionado a la cría de pajarillos, encontró el pasado año en el vivero de la Jefatura de Obras Públicas, en Melgar de Fernamental, un nido con tres crías. Los trajo a su domicilio, enjaulándolos y criándolos. Debido a que los tenía acostumbrados a una clase de alimento y se vio obligado a cambiárselo, uno de los pájaros se negó a comer. Para evitar que muriera, decidió llevarlo al vivero y darle la libertad. Así lo hizo, pero al cabo de unos días, la esposa del capataz se sorprendió al oír que un pájaro golpeaba el cristal del balcón, intentando penetrar en la casa; abrió y se encontró con un verdecillo, que no se dejaba coger. Le ofreció la jaula y el pájaro se metió dentro.

(Agencia «Cifra», 6-V-1949)

efecto, corresponde a una nación bien organizada que nos inspira verdadera simpatía, que es Méjico, pero que para votar en contra de España tiene que olvidar un poco páginas de su propia historia.

La Asamblea general ha dicho su última palabra, pero no se ha perdido la batalla. La razón se abre paso, y no transcurrirá mucho tiempo que España, sin pedirlo, sea reconocida como todas las demás, con los mismos derechos y las propias obligaciones. En estos días, donde vemos que las manos se alargan hacia Norteamérica pidiendo la limosna en una participación del «Plan Marshall», nos sentimos orgullosos del pueblo español, que no ha pedido nada a nadie, y por eso camina con la frente muy alta.

El triunfo moral de España es indiscutible. Se le ha dado todo sin haber pedido nada, pero no ha debido llegar todavía la hora de hacerle justicia completa. Ya llegará, pero mientras llega, ni perdonar ni olvidar. No somos rencorosos, pero la afrenta es tan grande, que si perdonamos podrían considerarnos como un pueblo de «mansos», y eso no.

(«La Vanguardia», 29-V-1949.)



PARIS.—Un inspector de Policía examina las planchas de billetes falsos de la Lotería, que cinco españoles rojos, que han sido detenidos, lanzaban al mercado. En la imprenta, situada en el barrio de La Chapelle, se descubrió una gran cantidad de esos billetes falsificados. (Foto De Miguel.)

(«ABC», 17-V-1949.)

ACTUALIDADES GRAFICAS





MADRID. - A la Rosaleda del Retiro, que florece estos días esplendorosamente, han acudido los grupos de danzas de la Sección Femenina para completar el paisaje primaveral con la belleza plástica de sus bailes

(«La Vanguardia», 14-V-1949.)

2 DE MAYO

En la mañana del 2 de mayo de 1808 debían partir para Bayona, por orden del Emperador, la infanta María Luisa, titulada Reina de Etruria, y el infante D. Francisco, que tenía trece años de edad, hermanos ambos de Fernando VII, ídolo a la sazón de los españoles, a quien en abril habían trasladado los franceses a Bayona. A las nueve salió, en efecto, María Luisa. Pero al darse una mujer del pueblo cuenta de que D. Francisco iba a ser conducido en otros dos coches, lanzó el grito de alarma: «¡Que nos los llevan!» A esta señal desesperada respondieron los madrileños con diligencia y heroísmo épicos. Se abalazaron sobre los carruajes, cortaron los tiros, y, a pesar de la aleve descarga de los franceses, corrieron por todas las calles de Madrid la voz incendiaria: «¡A las armas! ¡Guerra a los traidores!» De este modo empezó la hoguera de la Independencia. Joaquín Murat «débil como una caña», y refinado en la crueldad, hombre que como mera figura decorativa cruza hoy por las páginas de la Historia de la misma Francia, al oponerse ciegamente a la voluntad de los madrileños, apresuró la ruina definitiva del Imperio napoleónico, contra el cual se había lanzado ya a la guerra un alcalde desconocido de un pueblo olvidado en los manuales de geografía que llevaban en su mochila los franceses: Móstoles. Sin concierto previo, sin armas adecuadas, sin regimentación ni disciplina, llevados de un impulso ciego, espontáneo y desbordante, la población madrileña se arrojó en este 2 de mayo, que mañana conmemoramos, a la más desigual pelea que registra la Historia. Su sublevación fue sofocada «en mares de sangre». Pero a ella debió en gran parte España su independencia, y en ella quedó escrita una nueva página de gloria.

En este 2 de mayo quedaron al descubierto los planes arteros del enemigo. Y la fascinación que Bonaparte producía en algunas cabezas se trocó automáticamente en ansia de venganza, rencor y altivez. El Dos de Mayo, que recordaba la epopeya de los «diez mil» de Jenofonte, provocó la rebelión, no sólo en las provincias, sino también en el ex-

Ramón al micrófono



"Mis intervenciones por Radio Madrid van a ser sólo un motivo para hablar a mis conmadrileños y connacionales cordial y evocadoramente y despedirme de ellos hasta muy pronto."

RAMÓN Gómez de la Serna

He aquí el temario:

1.ª San Isidro. Evocación de la vida del Santo y de su mujer Santa María de la Cabeza. Versos de Lope. Aleluyas. Milagros.

2.ª La vida es sueño. La eterna incógnita española de si la vida es sueño. Las dos obras en que Calderón plantea el gran problema.

3.ª Idea de la metáfora y la Greguería. Exodo de las Greguerías. Unas cuantas escogidas.

4.ª Gatomaquias. Los gatos en los tejados. Gato por liebre. Gatomaquismos de Lope y de Quevedo, los dos mayores "gatos" madrileños.

5.ª Miseria y gloria de Góngora. Avieso y gran poeta. El desahuciado de la calle del Niño. Su interminable petición de un par de caballos.

6.ª Los celos. Importancia de los celos. El gran celoso. Sutilezas sobre los celos. Poesías.

7.ª Arte de fumar en pipa. Valor de la pipa. Consejos. Volutas de humo. Filosofía pipuda.

8.ª Presencia de Quevedo. Pasos de Quevedo por Madrid. Asomada a los mentideros. Versos.

Para Galerías Preciados es gran honor auspiciar estas intervenciones radiofónicas del genial humorista. La primera esta noche, a las once, por Radio Madrid. Emisión dominical de Galerías Preciados.

Galerías Preciados

MADRID

(«ABC», 15-V-1949.)



EN EL PECADO LLEVA LA PENITENCIA...

Pecado de incredulidad, apatía o inconstancia.

Luego viene lo de siempre; echarse las manos a la cabeza, cuando el mal no tiene remedio

Hay que dar de lado a supercherías mercantiles y elegir lo acreditadamente serio. Los hombres avisados hacen frente a la caída de su cabello empleando DIARIA Y CONSTANTEMENTE AL PEINARSE, el preparado de gran fama:

ALCOHOLATO ABROTANO MACHO

DE

"LA ALCOHOLERA ESPAÑOLA"

Exito consolidado desde el año 1904

De venta en LA ALCOHOLERA ESPAÑOLA, Carmen, 8, Madrid y en todas las Perfumerías, Droguerías y Farmacias, importantes y bien surtidas, de España



AVISO. - Al comprar ALCOHOLATO ABROTANO MACHO, exíjase, para no adquirir una imitación de ningún valor, que su frasco lleve en el precinto y etiqueta la marca de garantía oficialmente registrada, consistente en una CABEZA DE MUJER CON SU CABELLERA ONDEANDO HACIA ADELANTE

Solemnisimos funerales en El Escorial por el alma de don Alfonso XIII

ASISTIO EL CAUDILLO, ACOMPAÑADO DEL GOBIERNO Y DE LAS ALTAS JERARQUIAS DEL ESTADO

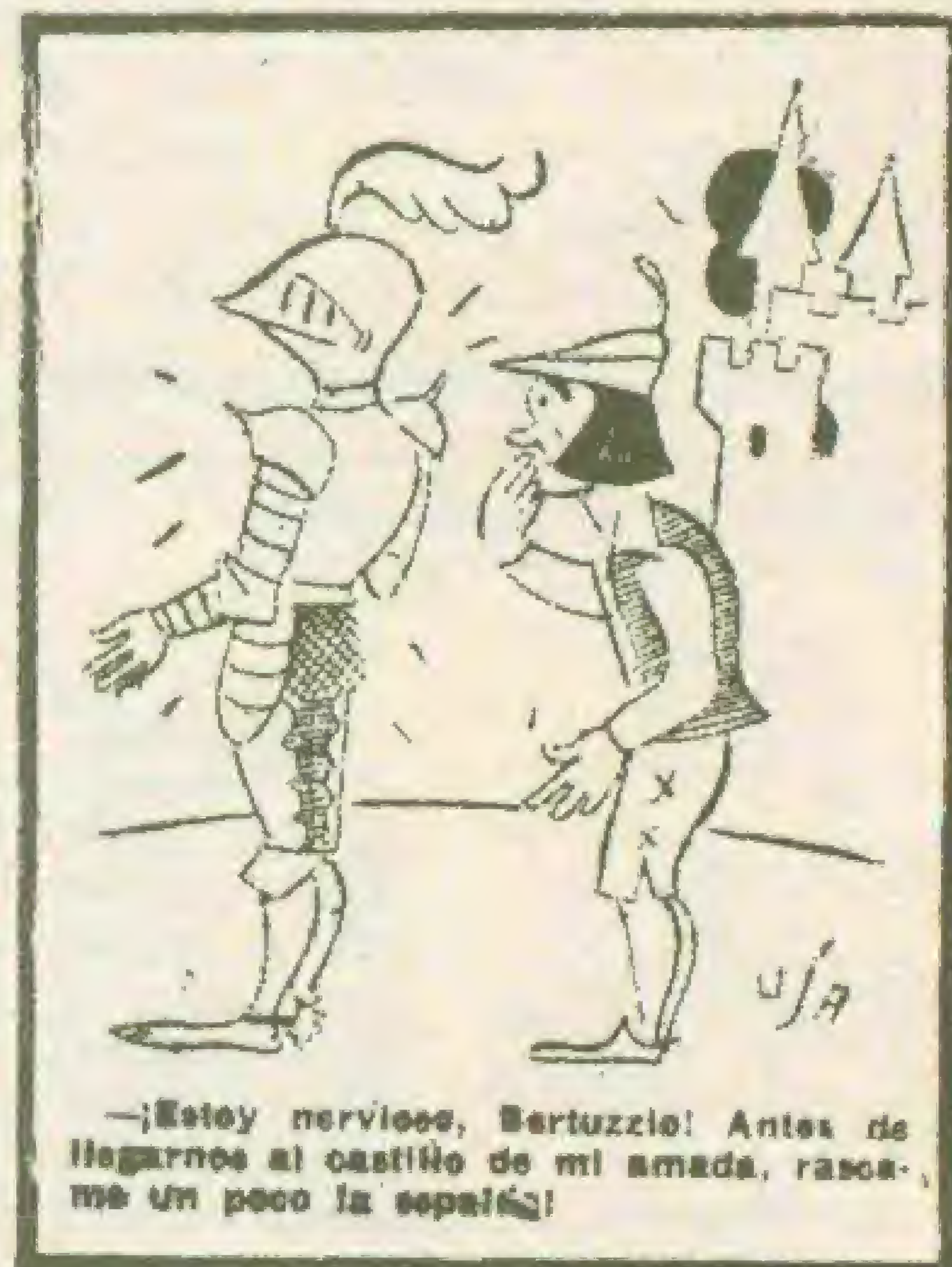
El Cuerpo Diplomático y una representación de la Grandeza y de la Nobleza española, estuvieron presentes en las honras fúnebres

(Agencia «Logos», 28-II-1949.)

tranjero, pues el marqués de la Romana volvió en seguida desde Dinamarca con su división «colaboracionista» y España entera se convirtió en un plantel de héroes. Se cumplieron así las palabras proféticas de Pitt al marqués de Wellesley: «Sólo una guerra de pueblos contra Bonaparte podrá salvar a Europa, y esta guerra empezará en España». Dice Villa-Urrutia que a los ojos de Pitt España era «el soñado campo de batalla donde sería vencido el ingente corso». Los españoles que fueron a Londres con el barón de Agra en busca de apoyo, no pedían ni hombres ni generales, sino armas y armas, porque estaban convencidos de que el espíritu del Dos de Mayo se había infiltrado en todo el país, inundándolo del ansia de liberación, y de que no podría fuerza humana refrenar su acometida.

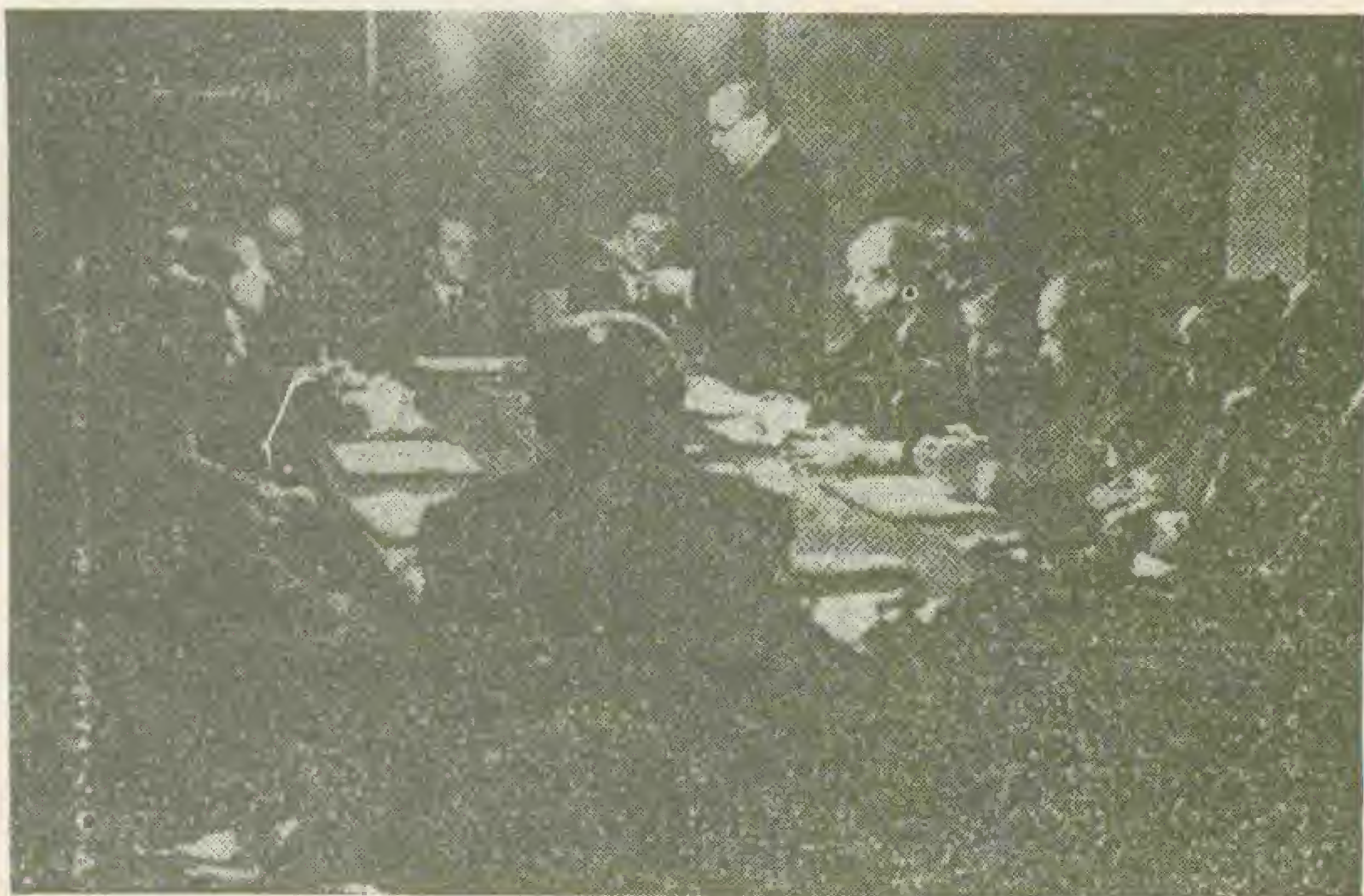
Y fue de este modo cómo en la Península Ibérica las naciones europeas sojuzgadas vieron el 2 de mayo de 1808 los albores sonrientes de su liberación. Europa volvió a jugarse su destino con sangre española. Como en otra fecha más reciente: el 18 de julio de 1936.

(«ABC», 1-V-1947)



—¡Estoy nervioso, Bertuzzio! Antes de llegarnos al castillo de mi amada, ráscame un poco la espalda!

NUEVA DIRECTIVA DE LA ASOCIACION DE LA PRENSA



Momento de la constitución de la nueva Junta directiva de la Asociación de la Prensa de Madrid, de la que es vicepresidente primero nuestro ilustre compañero don Lucio del Alamo.

SE PROHIBE LA ADQUISICION DE OBJETOS POR EL SISTEMA DE «CADENA»

● *Una Orden del Ministerio de Hacienda termina con un buen negocio*

El «Boletín Oficial del Estado» viene a ser algo así como el guarda municipal en la corriente circulatoria de los negocios. Ahora, la voz oficial recuerda los términos textuales del 48 del Estatuto de las entidades particulares de Ahorro, promulgadas por Real decreto-ley de 21 de noviembre de 1929, que prohíbe y persigue las operaciones a base de cupones, cartillas o bonos, para la adquisición de objetos o regalos por los sistemas de «cadena» o progresiones sin término final. Y el dedo del «Boletín» señala al referido Estatuto y dice serán aplicadas las penalidades, sin perjuicio de responsabilidad civil o criminal, a quienes se salgan del cauce marcado.

La «dirección prohibida» es bien clara. No se refiere naturalmente, a esas inocentes «cadenas» que solemos recibir y cuyas últimas palabras son: «Si no continúa usted la «cadena», interrumpirá su destino y Dios le castigará». El «Boletín» va contra los que, aprovechando el sistema, remiten por cien duros un reloj de diez.

Es éste un juego casi oficinesco. La oficina, con su monótono pasar de horas, atrae el «vivo».

Conchita recibe el sobre y el papelito tentador. A Conchita empieza por divertirle averiguar quién se lo ha enviado.

—Mira —dice a su compañera—, Pedro, aquel chico...

Explicando cómo conoció al chico que le remite la «cadena», tiene más que suficiente para un cuarto de hora de charla. Su compañera se anima, comienzan a soñar con el regalo, buscan las personas «seguras» que pueden continuar el juego y una y otra remite sus pesetas a las señas suficientemente repetidas, para lograr el objeto ofrecido.

Buscar compradores de cupones no es fácil.

—¡Hombre, no seas roñoso!

—Es que cinco duros...

—Dejas de fumar dos días «rubio». Conseguida la venta, comienza el febril aguardo.

—No sabe usted cuánta inquietud —me dicen— por una y por los demás. Parece que si el reloj no llega ha querido una estafar a los amigos.

Y como lo que parece suele ser siempre lo que es, ante el ridículo, escuece un poco la acción cometida. Es esta realidad, el agrio sabor del cliente esperanzado, por lo que a veces se alcanza y otras no, en ese albur de los cupones. Porque a cada eslabón de la «cadena» se le entregan unos cupones, que el interesado tiene que vender para asegurar el premio. ¡Cuántos ante la orden ministerial serán increpados por sus forzados colaboradores!

Entrando por los vericuetos de la «cadena», en determinado Banco de Madrid, sólo hemos encontrado a una muchacha que llegó a cobrar.

—Eran, nos dice, veinticinco pesetas lo que debía enviarse. Cuando ya creí que mis cinco duritos se habían volatilizado, recibió el cuadro porque en mi caso era un cuadro. Se lo llevó la asistenta de casa. Dentro de una moldura de puerta de cocina, estaba uno de esos cromos que vemos vender por la calle y que representaba al seminarista de «La Dolores» matando el toro. Me tuvieron que explicar el asunto, porque a mí me parecía extrañísimo aquello...

Preguntamos a un técnico de estas tranquilas matemáticas aplicadas a la beneficencia personal.

—Si usted suma la cantidad que puede recibirse en una cadena de ese género, verá que el negocio, aún enviando el regalo, es bueno. Y si falla algún eslabón, mejor, porque sin dar cuenta a nadie, puede el iniciador quedarse con lo recibido y que por falta de continuidad es «tierra de nadie», mejor dicho, dinero del receptor.

Contra estas cadenas que han dado repetidamente origen a verdaderas oficinas con sus almacenes de chucherías, va la orden de Hacienda que recuerda cuanto hemos dicho. Nosotros les recordaríamos también, que para tentar la fortuna tienen la Lotería Nacional y «los iguales», con cuyos premios puede comprarse el reloj.

(«ABC», 2-IV-1949.)

Sube el precio de las cerillas

Madrid.—El Monopolio de Cerillas ha hecho públicó que, a partir del día 1.º de marzo, el precio de las labores será el siguiente: La labor de cerillas estearicas del número 1 se fija, para su venta al público, a razón de 0,25 pesetas la cajita de 30 cerillas; la del número 3, también estearica, 0,40 pesetas la cajita corredera de 40 cerillas, y la denominada fósforo de papel, a razón de 0,35 pesetas la cajita de 40 luces.

(Agencia «Logos», 28-II-1949.)

¿HAY PETROLEO EN EL SUBSUELO DE ESPAÑA?

Treinta mil litros, extraídos en los sondeos que se realizan en el valle de Zamanzas (Burgos), dan esperanzadora réplica a esa inquietante pregunta



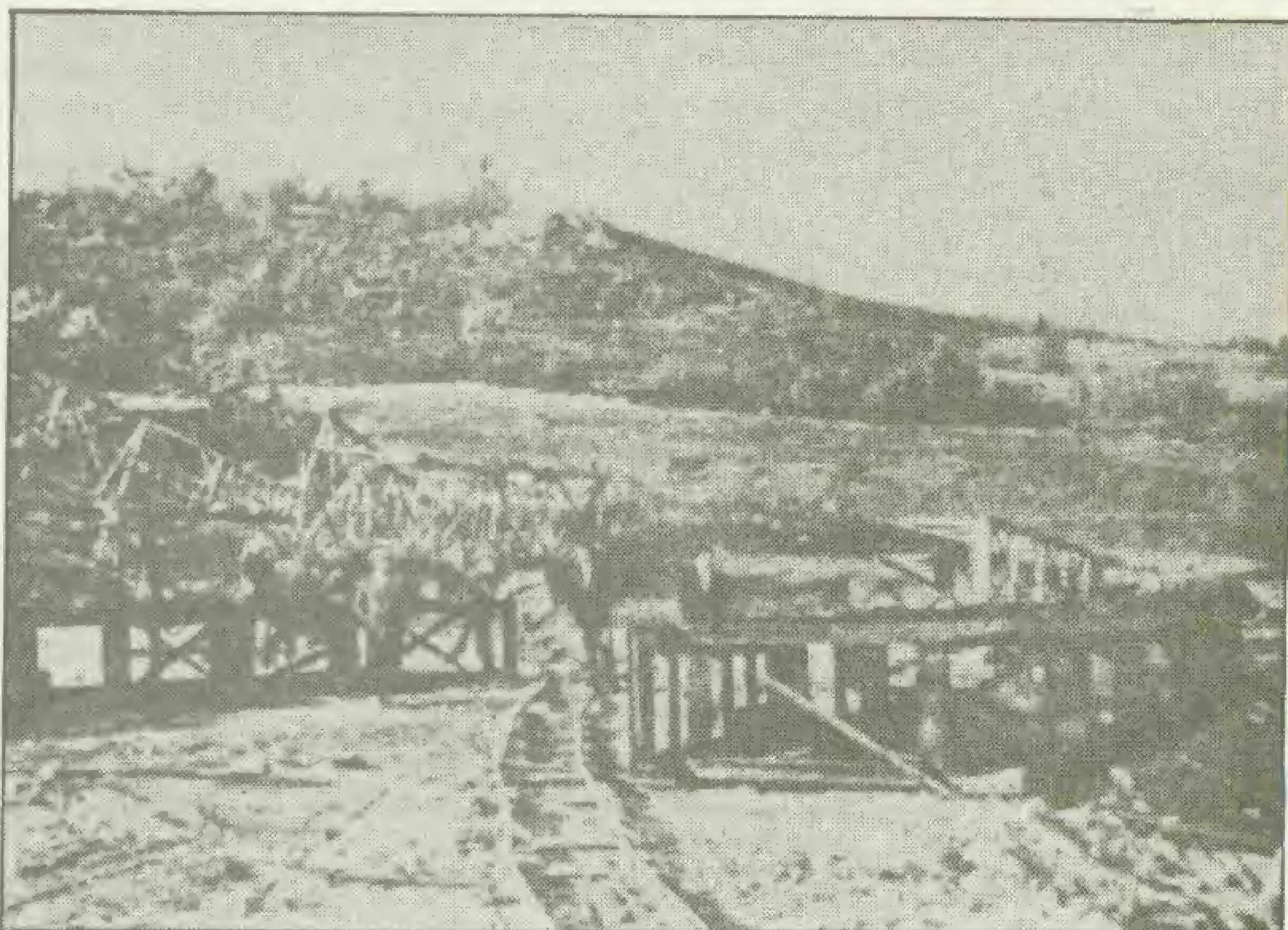
Vista parcial del valle desde el lugar mismo en que actualmente se practica un sondeo. En la parte derecha de la fotografía, puede verse el almacén de material, junto a la carretera, más a la izquierda, los dos grupos de viviendas construídos, y un poco más al fondo, las casas del pueblo de Villanueva de Rampalay.

El valle de Zamanzas está enclavado al Norte de la provincia de Burgos, a pocos kilómetros del límite de ésta con la de Santander. Por su fondo discurre el Ebro, y en sus vertientes se mantienen, casi en equilibrio, media docena de pueblecitos minúsculos, prácticamente inasequibles antes de la aventura del petróleo, por la ausencia de medios de comunicación. Ahora, una angosta carretera que trepa por su vertiente Oeste permite a los vehículos precipitarse en arriesgado tobogán hasta el fondo del valle, y, después de salvar una diferencia de cota de cerca de 400 metros, nos deposita en Villanueva de Rampaláez, que dicen los indígenas, o de Rampalay, que es como reza en los planos.

Pegado a las tapias del pueblo ha instalado un pequeño feudo la Campsa. Allí se han construído viviendas para el personal, dotadas de las condiciones de salubridad y confort imprescindibles; hasta allí se ha llevado, a través de una línea de conducción de nueve kilómetros, el flúido eléctrico, que no existía en el valle, y allí, en un radio de trescientos metros, es donde se han realizado los cuatro primeros sondeos.

Hace ya muchos años que el Instituto Geológico había señalado la conveniencia de hacer investigaciones en esta comarca. El vecino de Villanueva Antonio Ruiz, fallecido hace poco tiempo, había conseguido, en distintas ocasiones, separar de las aguas del río y de las pequeñas corrientes que afluyen a él pequeñas cantidades de combustible, que guardaba celosamente en su casa. Como todos los precursores, hubo de soportar la mofa de sus convecinos, quienes, irónicamente, le apodaban "el rey del petróleo". Este pequeño monarca petrolífero llegó incluso a denunciar una pequeña concesión, de la que, naturalmente, no obtuvo rendimiento alguno, sin duda por falta de medios para su explotación racional.

En realidad, los trabajos en serio se ini-

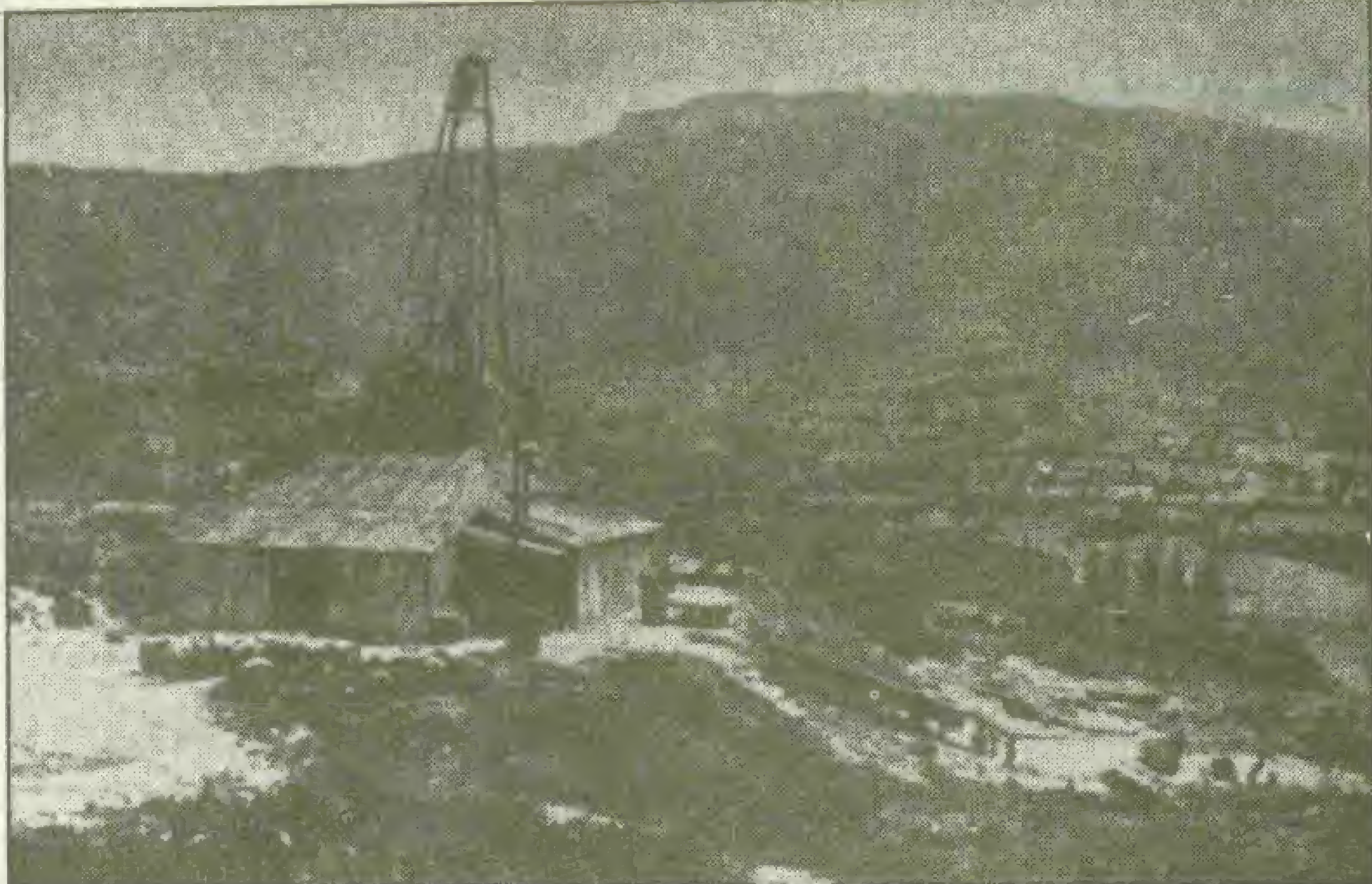


Materiales de la nueva sonda en período de instalación.

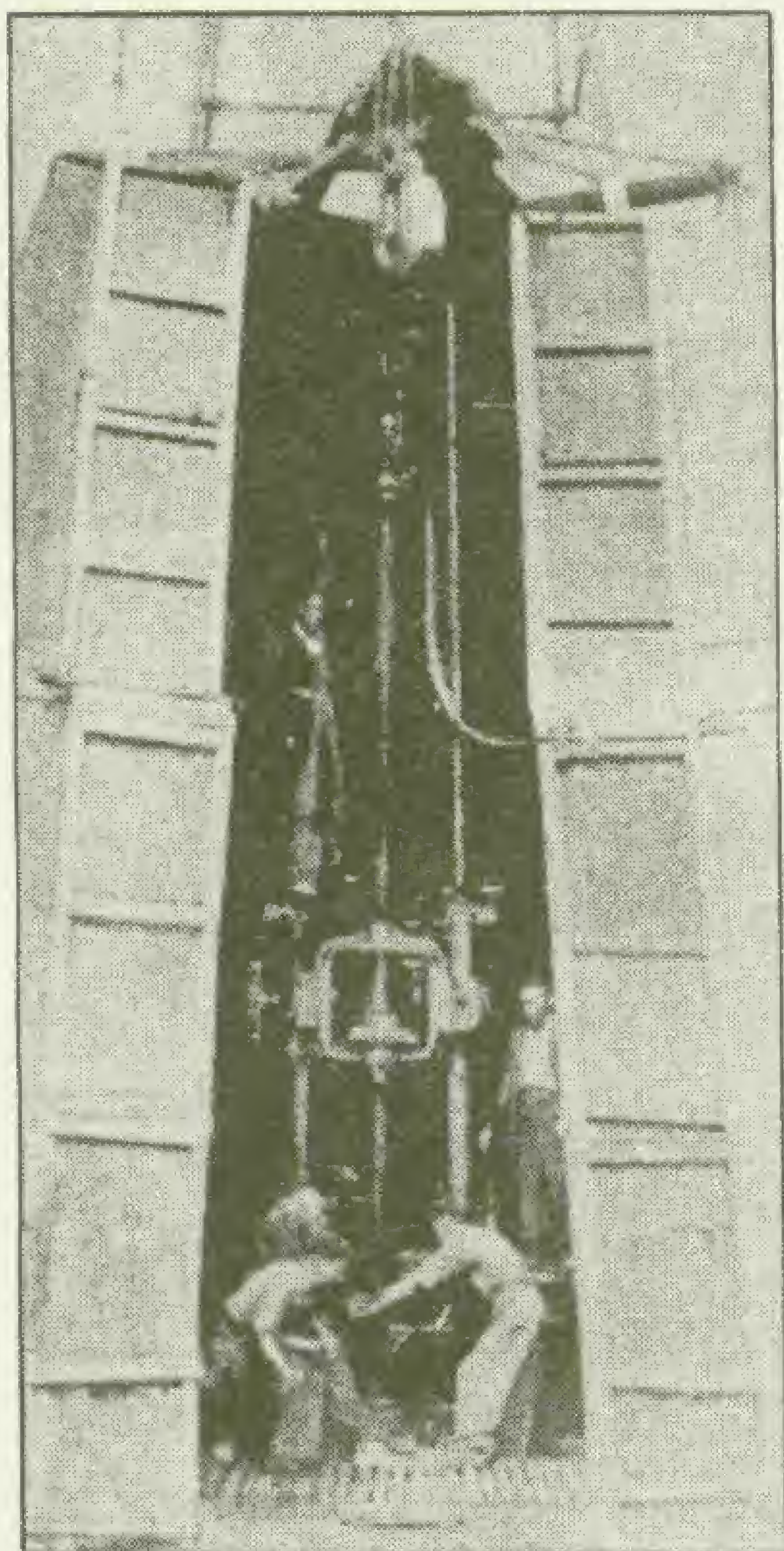
ciaron hace nueve años. En 1940 se construyó el camino que une el fondo del valle a la carretera general y se trasladó a Villanueva de Rampaláez la primera sonda.

Desde entonces se han efectuado varios sondeos. El primero con resultado negativo; el segundo y tercero dieron lugar a extracciones que si, por su exiguo caudal no permitían una explotación industrial fecunda, eran, en cambio, de gran valor sintomático, y el actual, a punto de darse ahora por terminado, y del cual hemos presenciado una fase, ha sido semejante, en cuanto a rendimiento, a los dos precedentes.

Conviene tener en cuenta que el material con que hasta ahora se ha trabajado es rudimentario, lento y de escaso alcance, ya que la velocidad media de penetración alcanzada se calcula en tres metros diarios (a veces se avanza más; otras, menos. Esto depende de la naturaleza del terreno), en jornada de veinticuatro horas de trabajo, y aun de ella hay que descontar el tiempo perdido por averías de motor, varillaje o taladros. La profundidad máxima, que es la que ahora se alcanza, al cabo de casi dos años de trabajo, en este cuarto sondeo, excederá a poco los 900 metros.



Al fondo, la vertiente oriental del valle, y en primer término, la torre de sondeo, actualmente en funcionamiento.



A medida que se profundiza en el terreno, es necesario añadir piezas al varillaje. He aquí un aspecto de la operación.

En estas condiciones se han extraído, en total, unos 30.000 litros de petróleo en bruto, de los cuales pudo recogerse aproximadamente la mitad. El resto se perdió envuelto en lodo.

Todas esas dificultades de orden mecánico van a ser ahora superadas con la puesta en funcionamiento de una moderna sonda, de construcción norteamericana, que empezará a trabajar en el próximo mes de mayo. Con ella se proponen alcanzar 2.500 metros de profundidad, con velocidades de 15 a 20 diarios y hasta de 30 a 40 cuando el terreno sea propicio. De este modo se espera obtener en pocos meses el resultado a que no se ha podido llegar en largos años de pacienzuda labor. El lugar elegido para este nuevo sondeo es el paraje denominado Peña Ortum, en la parte alta del valle, cuatro kilómetros al Noroeste de la zona en que se han practicado los cuatro primeros.

El funcionamiento de la sonda que nosotros hemos visto trabajar es el siguiente: Un taladro, de unos quince centímetros de diámetro, unido a un tubo, llamado testiguero, es accionado desde el exterior por un sistema de varillas, que le imprimen un movimiento de rotación. El taladro remueve el terreno, y una corriente de lodo inyectada a presión por el interior del varillaje arrastra a la superficie, haciendo el viaje de regreso, a través del orificio practicado, los detritus arrancados por el taladro. Cuando se quiere obtener una muestra del terreno en que se penetra—esta muestra se llama testigo—, basta extraer el taladro y el tubo testiguero, en cuyo interior aparece el testigo, en el que puede apreciarse la naturaleza del terreno excavado, en todas sus capas.

A medida que se penetra en el subsuelo, se hace necesario prolongar el varillaje, mediante el añadido de nuevas piezas, y, naturalmente, cuando se alcanza una profundidad de cientos de metros, como ahora está sucediendo, el mecanismo pesa ya unas cuantas toneladas, las suficientes para destrozar el taladro si la fuerza de gravedad producida por el material actuase directamente sobre él. Se hace, pues, preciso reducir ese peso, y esto se consigue manteniéndolo en tensión por medio de un polipasto y un sistema de palancas, que, sin llegarlo a suspender, lo mantiene gravitando sobre el taladro con la fuerza necesaria para penetrar a través del terreno.

Don Ruberto Sanz, ingeniero de Minas, dirige los trabajos.

—¿Cree usted—le hemos preguntado—que los resultados obtenidos permiten abrigar fundadas esperanzas?

—¡Indudablemente! Si bien hasta ahora desde un punto de vista económico no se ha conseguido nada, el éxito técnico, en cambio, es evidente. Se han hallado los horizontes petrolíferos y sabemos ya dónde vamos.

—¿Existen indicios de yacimientos en alguna otra región de nuestro país?

—Los indicios son numerosos en distintas regiones, y, en consecuencia, hay ya varios parajes denunciados en Soria, Alicante, Cádiz, Sevilla, Alava, Navarra y Pirineo catalán y aragonés. Por su parte, la Campsa tiene en este momento tres equipos de geólogos trabajando, y ha realizado, además de estos que usted acaba de visitar, varios pequeños sondeos en Fuentetoba, diez kilómetros al Este de Soria, para investigar unas capas de asfalto que allí afloran.

—¿Quiere decirse, entonces, que tal vez aguarda a España un brillante porvenir como país productor de petróleo?

—Cualquier afirmación en este sentido sería aventurada. Lo que no puede dudarse es que los resultados obtenidos hasta ahora, no pueden ser más esperanzadores.

MENÉNDEZ CHACON



El "testigo" aparece quebrado y dividido en varios fragmentos, cuyo sencillo acoplamiento permite identificar la naturaleza del terreno explorado.

EL TEATRO

Por Jacinto BENAVENTE

Que el teatro, como dicen en Francia, tiene la vida dura, es indudable. Han sido siempre, y son todavía tanto sus enemigos, que sin una fuerte vitalidad no se comprende cómo ha podido subsistir. La docta crítica, los cultivadores de otros géneros literarios, que siempre han mirado el teatro con desprecio, considerándole como inferior a la poesía y a la novela quizá por comunicarse más directamente con el público y conseguir con ello para sus cultivadores más ruidosa popularidad; pasemos por alto lo de ser más lucrativo en apariencia; digo en apariencia, porque en el teatro, como teatro, todo es apariencia, lo mismo aplausos que ganancias. En el teatro, por el acierto en una obra, como si el aplauso fuera un préstamo oneroso, hay que pagar los réditos en obras sucesivas, aunque éstas no sean peores que la celebrada, por el público y por la crítica. Hay una frase muy usual y muy expresiva, entre la gente de teatro, cuando un negocio teatral ha sido muy productivo: Ha sido robar el dinero. En efecto, los triunfos del teatro, en gloria o en dinero, parecen siempre robados, nunca permiten la satisfacción de una legítima ganancia.

Yo no he creído nunca en la crisis teatral, al contrario, creo que nunca ha estado el teatro en condiciones más favorables.

Las condiciones favorables son: un público nada exigente, una crítica nunca más benévola, quizá por generosa y muy plausible consideración a los intereses que hoy se arriesgan en cualquier empresa teatral. El público paga cada vez más caras las localidades en los espectáculos, y acude con preferencia a los más costosos; sin duda por creer que al precio ha de corresponder la calidad; estimación de nuevos ricos, y la verdad es que, cuando el público ha pagado más cara su localidad, tarda más en percatarse de que le han engañado. El papel de primo es siempre deslucido y si el dejarse robar se ha dicho siempre, que es cualidad de los grandes señores, en nada más fácil imitarlos.

Las condiciones en contra del teatro pesan principalmente sobre los autores; y ya es milagroso que puedan salvarlas y hayan todavía autores que las superan con talento o con habilidad.

Hoy, el teatro, como todo en la vida, está supeditado al factor económico. El autor viene a ser hoy el socio de una industria, a cuya prosperidad ha de contribuir.

Se dirá que un autor genial puede manifestarse siempre en las condiciones más desfavorables; pero el teatro no vive del autor genial, que es lo excepcional, vive del término medio, y el término medio necesita ir ayudado por los intérpretes de su obra, por la presentación, por todo lo que ha sido siempre el teatro, espectáculo. Un buen director de escena, un empresario inteligente deben sacar todo el partido posible del término medio. El teatro no es todo literatura, y aun lo que es literatura, es otra literatura, que bien pudiéramos llamar teatral; para hablada, más que para leída; aunque a la larga sólo vengan a quedar las obras de teatro bien escritas, que suelen ser las menos apreciadas en la representación.

Shakespeare fue sin duda un gran autor teatral, pues son muchos los críticos y admiradores, de acuerdo en opinar que las obras de Shakespeare nada ganan en la representación.

El autor ha de luchar hoy hasta con el tiempo; con la hora de empezar los espectáculos. En poco más de dos horas, ha de representarse una comedia a toda prisa. Alguna vez, los críticos advierten que los caracteres están desdibujados. Dígase si en dos horas, aunque sólo tenga la obra seis o siete personajes, hay tiempo para dibujarles a todos el carácter.

Nadie ignora que, por razones económicas, todas las compañías son hoy deficientes y los autores sólo cuentan con una o dos figuras a las que puede confiarse para una interpretación acertada. Hay que evitar que la obra sea de mucho vestir para las actrices. ¡Aquellos segundos actos de las comedias francesas y de algunas españolas, en que era de rigor un salón de baile, para que las actrices lucieran lujosos vestidos, y las espectadoras pudieran recrearse admirándoles o criticándoles!

El autor que tenga el don de hacerse cargo no saldrá de la salita modesta, de los vestidos sencillos y de un reparto limitado a cinco o seis actores.

Todo ello es bien poco para sostener un día y otro el interés del público. Las empresas dibieran pensar, y esto sería tal vez la salvación del teatro, en que el dinero sólo se defiende con dinero, y que una buena compañía, con lujosas presentaciones de escena, actrices bien vestidas, en nada perjudicaría a una obra genial, cuando la obra genial llegara.

(«ABC», 20-III-1949.)

LA POLITICA Y EL TEATRO

Buenos Aires, 6. (Crónica de nuestro redactor corresponsal, recibida por avión.) La crítica ha aplaudido menos que el público el estreno de una nueva comedia que, bajo el título «Los árboles mueren de pie», acaba de dar al teatro Ateneo el señor Casona. Si, en general, los diarios siguen opinando que no es, ni mucho menos, el Sr. Casona un mediocre hombre de teatro y que «Los árboles mueren de pie» hace sentir y trasoñar, ya por la música del diálogo, ya por el dislocamiento gracioso y original que caracteriza el principio de la representación, todos los críticos, salvo el de «La Hora», órgano periodístico del partido comunista, reprochan suavemente al autor cierta falta de inventiva, lamentando con más indulgencia que saña que el Sr. Casona se repita a sí mismo, abrevando en su propio repertorio, o repita lo que dijeron otros, reproduciendo motivos de Eveinoff («La comedia de la felicidad»), de Edgar Wallace, e incluso de Pirandello. No cabría hacer demasiado caso al extraordinario alarde de erudición hecho en esta y otras coyunturas por la crítica bonaerense, si el propio comediógrafo no hubiera buscado, apenas cayó el telón, aplausos suplementarios, invocando, no tanto su personalidad teatral, cuanto su actitud política. Pidió el preopinante al público que distinga a los españoles que, como él, no tienen pasaporte contra otros que lo poseen. Pero si antihispanistas o extrahispanistas son los objetores de la comedia del Ateneo, tampoco simpatiza con el régimen español el único entre todos los diarios que se ocupó de aquel extravagante fin de fiesta. Tan elocuente como el silencio riguroso de los demás, es un comentario editorial de «Crítica», en el que, sin perjuicio de recordar este diario su credo republicano y su posición ante la guerra civil, afea el proceder de quien «ha empequeñecido el amor de nuestro pueblo hacia España, toda España», y «no ha debido mencionar en nuestro suelo la existencia de dos Españas». Pero si parece difícil admitir que un autor que se estime sea capaz de plantear al final de un estreno en el extranjero pleitos políticos o nacionales, absolutamente fuera de lugar y ocasión, es menos concebible que la diversión se caracterice por embustes romos y groseros. El incidente sólo tiene, pues, una de estas dos explicaciones: o el Sr. Casona (el cual, dicho sea con irrevocable honestidad, no ha rendido a la escena, en plena madurez, lo que sus primeras armas escénicas prometieron) quiso cocear el esmerado trato que los medios sociales y literarios le prodigaron desde que desembarcó aquí, o cree tan poco en su conciencia de autor que, extendiendo la mano, aspira a que la benevolencia del público neutralice aquella falta de inventiva que acaban de señalar los críticos. Como el espada que se demora a la hora del brindis, para retrasar la hora de la verdad, el Sr. Casona ha pretendido, quizá inconscientemente, demostrar que vale más como desterrado de lo que puede valer como hombre de teatro. Es una actitud poco literaria, y más en tierras que no conocen la tradición del mendigo. Poco literaria y poco, muy poco española.—Mariano DARANAS.

(«ABC», 12-IV-1949.)

BENAVENTE, PEMAN Y EL MARISCAL PETAIN

La Editorial Prensa Española ha unido estos tres nombres ilustres en un interesante folleto de excelente lectura y magníficos grabados, que está a la venta en las principales librerías de toda España, al precio de seis pesetas.
La odisea trágica del heroico soldado francés, comentada por nuestro Premio Nobel, alcanza en la pluma del claro ingenio de don Jacinto su mejor glosa.
El mariscal Pétain, sobria y claramente, nos brinda en este folleto las propias impresiones de su proceso.
Y José María Pemán ha puesto al folleto un admirable epílogo, en el que no se sabe qué admirar más: si la gracia desenfadada del gran articulista o la honda y sugestiva significación de su moraleja.

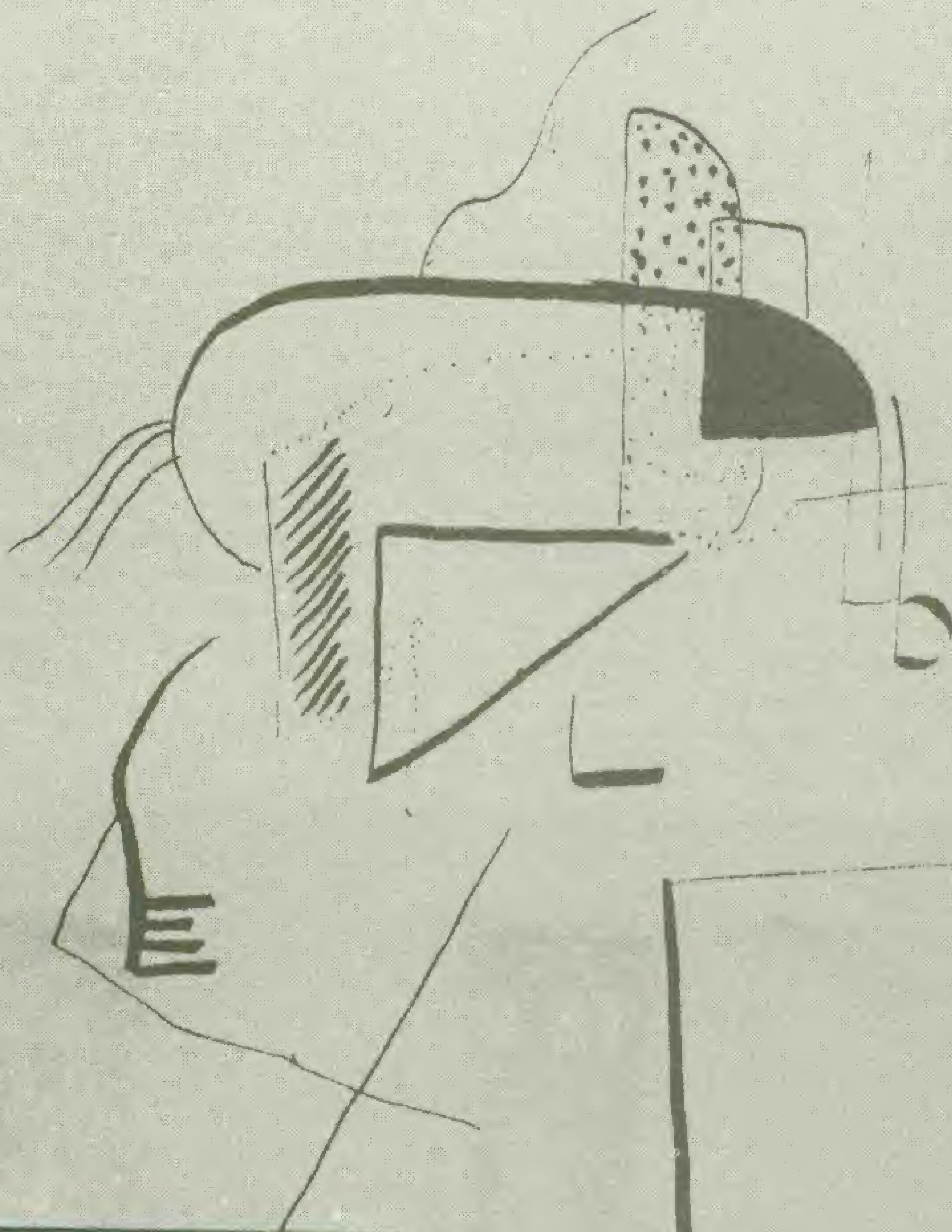
(Agencia «EFE», 9-IV-1949.)

PASAPOGA
TE DE GALA
CON MOTIVO DE LA PRESENTACION QUE, DESPUES DE SU REGRESO DE PARIS, HARA EL GENIAL MODISTO
LINO
EXHIBIENDO UNA GRANDIOSA COLECCION DE MODELOS DE LAS MAS IMPORTANTES FIRMAS FRANCESAS Y TAMBIEN CREACIONES PROPIAS
JOYAS | PIELES
EL ORO | PALATCHI
José Antonio, 15 | Clavel, 5
EXITO APOTEOSICO DE LAS MAS FAMOSAS ORQUESTAS Y ATRACCIONES

SELECCION DE TEXTOS Y GRAFICOS: FERNANDO LARA Y DIEGO GALAN



Luis Montanyà





Dibujo original de

Federico García Lorca

El árbitro del surrealismo español

Antonina Rodrigo

LUIS Montanyà —uno de esos exiliados no recuperados todavía— es uno de los más importantes representantes del vanguardismo catalán. Nacido en Barcelona el 23 de marzo de 1903, salió de España en enero de 1939 y desde entonces no ha vuelto a pisar el país. Es traductor trilingüe de la Unesco, en Ginebra, y a sus 75 años sigue ganándose la vida con esta profesión.

Montanyà, estudiante de formación francesa, fue un lector infatigable desde su adolescencia y un gran apasionado de la literatura: catalana, castellana y francesa. Sin embargo, para complacer a su padre, estudió en la Escuela de Comercio de Barcelona, donde obtuvo el título de profesor mercantil. Pero, fiel a su vocación, se inscribió como alumno libre en la facultad de Filosofía y Letras, alternando sus estudios, nocturnos, con un empleo de oficinista, hasta conseguir el doctorado con una tesis sobre Rimbaud.

En 1926 inicia su labor como crítico literario en **L'Amic de les Arts**, publicación vanguardista de Sitges, que dirigía su cuñado Josep Carbonell i Gener. Pronto empezó a colaborar



Federico García Lorca.

en **La Publicitat, La Nova Revista, D'Aci d'Allà, Mirador, Helix, L'Horitzó, Revista de Catalunya, Meridià.** Escribió también en **La Gaceta Literaria** de Madrid y en las andaluzas **Mediodía** y **Gallo.** En su singladura literaria se destacan tres épocas bien definidas: la de la crítica general, en la que dio a conocer al público catalán obras prácticamente desconocidas, no sólo de literatura francesa contemporánea, sino también catalana, castellana e inglesa. Le interesan los autores innovadores, especialmente los relacionados con las tendencias vanguardistas, dadaistas y surrealistas: Bretón, Cocteau, Vitrac, Morand, Aragón, Crevel; así como los nuevos valores: J. M. Junoy, J. V. Foix, García Lorca, Luis Cernuda, Manuel Altolaguirre, Emilio Prados y novelistas y ensayistas como: Benda, Pierre Macorlan, Henri Massis, Maurois, Malraux, Bernanos, Mauriac. Debe destacarse que fue uno de los primeros críticos españoles en estudiar el **Ulyses** del irlandés Joyce (1).

DEL SURREALISMO A LA GUERRA CIVIL

La segunda fase de su actividad crítica coincide de lleno con la eclosión de las ideas surrealistas, en la primavera de 1928. Fue autor, junto con Salvador Dalí y Sebastián Gasch, del **Manifiesto Antiartístico Catalán** o **Manifest Groc.** Con este escrito despuntó el escándalo que poco tiempo después haría estallar la reacción de los intelectuales del país, por el tono procaz y agresivo de sus manifestaciones en la revista **Full Groc** (Hoja Amarilla) y el contenido de un ciclo de conferencias, organizado por **L'Amic de les Arts,** en el Ateneo **El Centaure,** de Sitges, que llamaron **Els 7 davant el Centaure.** Intervinieron: Montanyà, Carbonell, Dalí, Gasch, Foix, Cassanyes y Sánchez Juan. En ellas se pedía la exterminación del arte antiguo de todas las épocas, desde el Partenón al Barrio Gótico barcelonés, pasando por las obras de Rafael. Y, por último, el período de nuestra guerra civil, frente a la cual, para Montanyà, sólo había una alternativa: los escritores debían ponerse al servicio del pueblo en su lucha por la libertad. Todos sus escritos, desde 1936 a 1938, están saturados de esta honda convicción: debía estimularse al máximo la expansión cultural del pueblo. Por eso piensa de los poemas de guerra escritos por los soldados: «Estos son los poemas que hemos de recoger. No importa que su valor literario sea escaso o nulo. Es su contenido humano, su valor emotivo, su simplicidad documental, lo que cuenta y lo que prevalecerá».

(1) Luis Montanyà. **Notes sobre el superrealisme i altres escrits.** *Antología. A cura d'Esther Centelles. Ediciones 62. Barcelona, 1977.*



En mayo de 1927, el grupo de intelectuales de L'Amic de les Arts, **fueron a pasar un día a Sitges en casa de Carbonell. Tras la comida, F. García Lorca, sentado al piano de Rosa, la mujer del anfitrión, les ofreció un recital de poesía y de folklore. Por la tarde, de regreso a Barcelona, posaron ante la valla de la Estación. De izquierda a derecha, el caricaturista Font, J. V. Foix, Gasch, Montanyà, Josep Carbonell, García Lorca, Dalí y M. A. Cassanyes.**

A la fi t'has desprès, i llançat el teu vestit de ball d'argent; i una ampla mar, il·luminada per la lluna, ens ha allunyat dels nostres enemics.

La petita sal volia explotar com una cendra.

Ara, si volguessis, podriem perllongar aquell bes interromput en el *dancing*. Però, ¿no som a la tarda? ¿No és el sol encara alt?

Les herbes més fines tenen un costat il·luminat, i l'altre ombrivol com els planetes.

Allà, darrera la casa, sé l'indret on hi ha un petit escarbat sec.

Dalt de la pedra, una oliva està quieta.

Si apreto els teus dits, aixafo els grans de gotim de raïm del meu berenar; i si vull recordar les teves cames, no aconsegueixo sinó reveure aquell torbador ase podrit amb el cap de rossinyol.

L'oliva quieta porta una petita faldilla.

Jo tinc una bonica foto de Nova York.

LLETRES ANDALUSES

NADADORA SUMERGIDA

Pequeño homenaje a un cronista de salones.

Yo he amado a dos mujeres que no me querían, y sin embargo no quise degollar a mi perro favorito. ¿No os parece, condesa, mi actitud una de las más puras que se pueden adoptar?

Ahora sé lo que es despedirse para siempre. El abrazo diario tiene brisa de molusco.

Este último abrazo de mi amor fué tan perfecto, que la gente cerró los balcones con sigilo. No me haga usted hablar, condesa. Yo estoy enamorado de una mujer que tiene medio cuerpo en la nieve del norte. Una mujer amiga de los perros y fundamentalmente enemiga mía.

Nunca pude besarla a gusto. Se apagaba la luz, o ella se disolvía en el frasco de *wisky*. Yo entonces no era aficionado a la ginebra inglesa. Imagine usted, amiga mía, la calidad de mi dolor.

Una noche, el demonio puso horribles mis zapatos. Eran las tres de la madrugada. Yo tenía un bisturí atravesado en mi garganta y ella un largo pañuelo de seda. Miento. Era la cola de un caballo. La cola del invisible caballo que me había de arrastrar. Condesa: hace usted bien en apretarme la mano.

Empezamos a discutir. Yo me hice un arañazo en la frente y ella con gran destreza partió el cristal de su mejilla. Entonces nos abrazamos.

Ya sabe usted lo demás.

La orquesta lejana luchaba de manera dramática con las hormigas volantes.

Madame Barthou hacía irresistible la noche con sus enfermos diamantes del Cairo y el traje violeta de Olga Montcha acusaba, cada minuto más palpable, su amor por el muerto Zar.

Margarita Gross y la españolísima Lola Cabeza de Vaca, llevaban contadas más de mil olas sin ningún resultado.

En la costa francesa empezaban a cantar los asesinos de los marineros y los que roban la sal a los pescadores.

Condesa: aquel último abrazo tuvo tres tiempos y se desarrolló de manera admirable.

Desde entonces dejé la literatura vieja que yo había cultivado con gran éxito.

Es preciso romperlo todo para que los dogmas se purifiquen y las normas tengan nuevo temblor.

Es preciso que el elefante tenga ojos de perdiz y la perdiz pezuñas de unicornio.

Por un abrazo sé yo todas estas cosas y también por este gran amor que me desgarra el chaleco de seda.

¿No oye usted el vals americano? En Viena hay demasiados helados de turrón y demasiado intelectualismo. El vals americano es perfecto como una Escuela Naval. ¿Quiere usted que demos una vuelta por el baile?

•

A la mañana siguiente fué encontrada en la playa la Condesa de X con un tenedor de ajenjo clavado en la nuca. Su muerte debió ser instantánea. En la arena se encontró un papelito manchado de sangre que decía así: «Puesto que no te puedes convertir en paloma, bien muerta estás.»

Los policías suben y bajan las dunas montados en bicicleta. Se asegura que la bella Condesa de X era muy aficionada a la natación, y que esta ha sido la causa de su muerte.

De todas maneras podemos afirmar que se ignora el nombre de su maravilloso asesino.



SUICIDIO EN ALEJANDRÍA

13 y 22

Cuando pusieron la cabeza cortada sobre la mesa del despacho, se rompieron todos los cristales de la ciudad. Será necesario calmar a esas rosas, dijo la anciana. Pasaba un automóvil y era un **13**. Pasaba otro automóvil y era un **22**. Pasaba una tienda y era un **13**. Pasaba un kilómetro y era un **22**. La situación se hizo insostenible. Había necesidad de romper para siempre.

12 y 21

Después de la terrible ceremonia, se subieron todos a la última hoja del espino, pero la hormiga era tan grande, tan grande, que se tuvo que quedar en el suelo con el martillo y el ojo enhebrado.

11 y 20

Luego se fueron en automóvil. Querían suicidarse para dar ejemplo y evitar que ninguna canoa se pudiera acercar a la orilla.

10 y 19

Rompían los tabiques y agitaban los pañuelos. ¡Genoveva! ¡Genoveva! ¡Genoveva! Era de noche, y se hacía precisa la dentadura y el látigo.

9 y 18

Se suicidaban sin remedio, es decir, nos suicidábamos. ¡Corazón mío! ¡Amor! La *Tour Eiffel* es hermosa y el sombrío Támesis también. Si vamos a casa de Lord Butown nos darán la cabeza de langosta y el pequeño círculo de humo. Pero nosotros no iremos nunca a casa de ese chileno.

8 y 17

Ya no tiene remedio. Bésame sin romperme la corbata. Bésame, bésame.

7 y 16

Yo, un niño, y tu, lo que quiera u mar. Reconozcamos que la mejilla derecha es un mundo sin normas y la astronomía un pedacito de jabón.

6 y 15

Adiós. ¡Socorro! Amor, amor mío. Ya morimos juntos. ¡Ay! Terminad vosotros por caridad este poema.

5 y 14

4 y 13

Al llegar este momento vimos a los amantes abrazarse sobre las olas.

3 y 12

2 y 11

1 y 10

Un golpe de mar violentísimo barrió los muelles y cubiertas de los barcos. Sólo se sentía una voz sorda entre los peces que clamaba

9

8

7

6

5

4

3

2

1

0

Nunca olvidaremos los veraneantes de la playa de Alejandría, aquella emocionante escena de amor que arrancó lágrimas de todos los ojos.

Federico García Lorca

«L'Amic de les Arts», 31-9-1928, número 28.



El 5 de mayo de 1929, los intelectuales granadinos le ofrecen a Margarita Xirgu y a Federico García Lorca un homenaje con motivo del éxito del estreno del drama Mariana Pineda. **Y Fresno hace esta caricatura a Margarita y a Federico, intérprete y autor de la obra. Margarita y Federico sostienen una granada, de donde surge la heroína Mariana de Pineda, con su bandera de la libertad. Los demás personajes son: Don Federico García Rodríguez, padre del poeta; el compositor Manuel de Falla; don Alfonso García Valdecasas; don Fernando de los Ríos, don Constantino Ruiz Carnero, y don Valentín Alvarez de Cienfuegos. (Revista** Reflejos, **Granada).**

AMISTAD CON FEDERICO GARCIA LORCA

La admiración y amistad de García Lorca y Salvador Dalí fue recíproca y profunda, aunque los anatemas surrealistas y la frivolidad daliniana la hirieran de muerte más tarde. En la primavera de 1925, Dalí invitó a Lorca, compañero en la madrileña Residencia de Estudiantes, a pasar la Semana Santa en el Ampurdán. Los Dalí tenían una casa a orillas del mar, en la playa de Es Llanés, donde pasaban sus vacaciones. El poeta granadino quedó fas-

cinado por aquel panorama. «Es un paisaje eterno y actual, pero perfecto», escribiría. En sus paseos al anochecer, con Salvador y Ana María Dalí, por los campos plateados de olivos, le recordaba Tierra Santa:

Olivares de Cadaqués. ¡Qué maravilla!
Cuerpo barroco y alma gris.

El encuentro de García Lorca con la cultura catalana romperá las lindes de su horizonte provinciano y ejercerá en él una marcada influencia. A raíz de los primeros contactos con los intelectuales catalanes siente la imperiosa necesidad de cambiar de aires. En una carta a Fernández Almagro, le dice: «Me va pareciendo el ambiente literario de Madrid demasiado gurrinica. Todo se vuelve comadreos, insidias, calumnias y bandidaje... En cambio, Barcelona, ya es otra cosa. ¿Verdad? Allí está el Mediterráneo, el espíritu, la aventura, el alto sueño de amor perfecto. Hay palmeras, gentes de todos los países, anuncios comerciales sorprendentes, torres góticas y un rico pleamar urbano, hecho por las máquinas de escribir. ¡Qué a gusto me encuentro allí con aquel aire y aquella pasión!»

La integración de García Lorca en la vida intelectual catalana tuvo como signo particular la espontaneidad. Desde 1925 a principios de 1936, Cataluña será otro escenario de la obra y de la vida lorquiana. De entrada no encontró la menor dificultad, ni siquiera la de la lengua. El grupo de **L'Amic de les Arts** acogió por vez primera versos castellanos en sus páginas. En ellas se estrenaron con letra impresa, el poema **Reyerta de gitanos** y las narraciones **Nadadora sumergida** y **Suicidio en Alejandría**, cuyos originales Federico regalará luego a Luis Montanyà. y que han permanecido inéditos hasta hoy.

En Barcelona, uno de los mejores amigos de Federico con Dalí

Reproducción manuscrita de la Revista «Gallo».

y Gasch, fue Luis Montanyà. El poeta, en sus estancias barcelonesas polarizaba una nutrida tertulia de intelectuales y artistas que lo seguían a todas partes. El punto de reunión podía ser el camerino de Margarita Xirgu o los salones de los célebres cafés «La Maison Dorée», del «Lyon d'Or», de «La Luna», del «Hotel Colón» y algún otro de Las Ramblas, de ese paseo que ejerció sobre Federico una atracción inolvidable. «La calle donde viven juntas a la vez las cuatro estaciones del año —escribiría—, la única calle de la tierra que yo desearía no se acabara nunca, rica en sonidos, abundante en brisas, hermosa en encuentros, antigua de sangre, la Rambla de Barcelona». El poeta granadino consiguió tocar el «tuétano del sentimiento» del pueblo catalán, que él tanto admiraba. Su paso por la Ciudad Condal tuvo también colorido popular, ya que se prodigaba en todos los ambientes y ante los más variados públicos, dando conferencias, recitales de poesía y de música, especialmente en los Ateneos Obreros, donde el prodigio de su palabra y la fuerza expresiva de su voz lírica levantaba oleadas de admiración y sellaba un sinfín de simpatías.

Una tarde de domingo, de un día de mayo de 1927, en «La Maisón Dorée», conoció Luis Montanyà a García Lorca. El poeta había llegado a Barcelona días antes a preparar el montaje de su drama **Mariana Pineda,** que estrenaría la Xirgu. A Lorca le gustaba cuidar personalmente los figurines, la música, los decorados y el ambiente de sus obras. Los figurines y decorados del drama fueron creados por Dalí en su estudio de Figueras. Desde el primer momento, Montanyà se sintió hondamente impresionado por la personalidad de Lorca: «Hemos tenido la suerte de conocerlo —escribía el crítico catalán en el número de junio de

gallo

(1)

Suicidio en Alejandría

13 y 22

12 y 21

11 y 20

7

gallo

(2)

10 y 19

9 y 18

8 y 17

7 y 16

6 y 15

8

1927, de **L'Amic de les Arts**—. Es fogoso, vehemente, todo él es pasión, todo él es una brasa encendida. Lorca produce, cuando se le trata, una fuertísima impresión. A través de su conversación, esmaltada en bellísimas imágenes y comparaciones, hemos podido entrever una Andalucía totalmente alejada del tópico tan manido que corre por ahí: una Andalucía apasionada, enfervorizada, con una gran vida interior, con un recuerdo de un cuadro de Picasso a cada paso. Lorca nos habló de muchas cosas: el joven movimiento literario andaluz, el más interesante, quizá, de la península; de sus escritores, de sus poetas: de Alberti, de Altolaguirre, de Prados, de Cernuda, de Garfias...; de las revistas que allí se editan: de **Verso y prosa,** de **Mediodía,** y sobre todo de **Litoral,** de la cual Paul Valery dijo que era una de las revistas más bellamente editadas en Europa. Lamentamos, una vez más, que el incalificable vacío de nuestras publicaciones hacen de las cosas artísticas y literarias de Ultra-Ebro, tenga a nuestro público sumido en la más crasa ignorancia sobre lo que ocurre fuera de nuestra tierra».

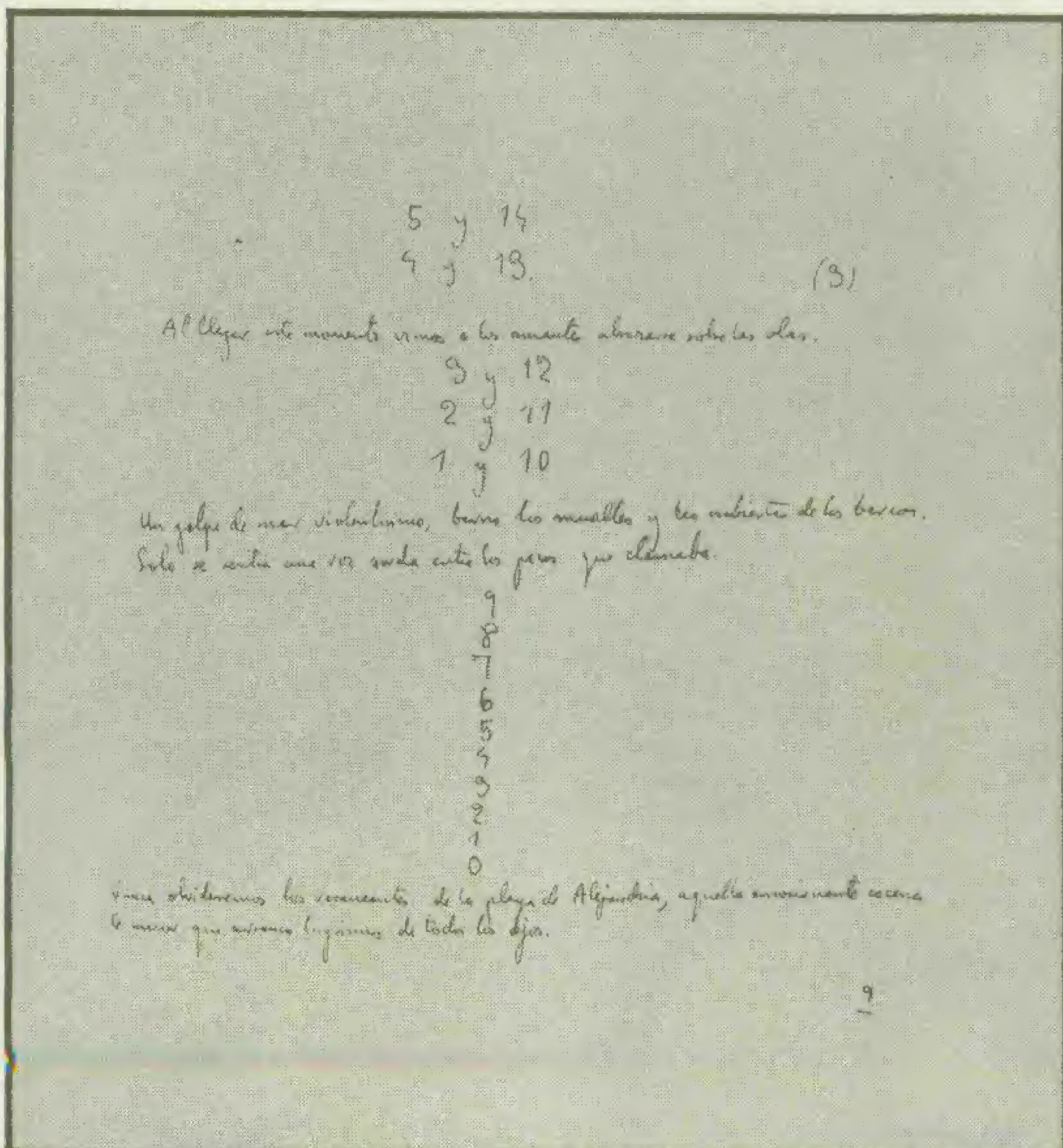
EXPOSICION DE DIBUJOS LORQUIANOS

Al mismo tiempo que se montaba **Mariana Pineda** un grupo de amigos intelectuales catalanes: Josep Dalmau, Luis Montanyà, Salvador Dalí, Sebastián Gasch, J. V. Foix, Josep Carbonell, M. A. Cassanyes, Luis Góngora, Regino Sáinz de la Maza, Rafael Barradas, J. Gutiérrez Gili, le organizaron a Lorca una exposición de 24 dibujos en las Galerías Dalmau. Fue éste uno de los grandes «regocijos» del poeta, en Barcelona, de «extraordinario» lo calificó él. «El verse considerado como pintor —nos decía Montanyà—, fue una de sus grandes alegrías y una inolvidable deuda de gratitud hacia nosotros».

No lo olvidó Federico. Pasado un tiempo le escribía a Gasch: «Si no fuera por vosotros, los catalanes, yo no hubiera seguido pintando». A Luis Montanyà le hizo un retrato surrealista, inédito hasta hoy, que tituló: «La única y verdadera historia de Lluís Montanyà». En 1939 esta «historia», junto a las cartas de Federico y otros textos lorquianos, conocerían con Montanyà la odisea de la diáspora republicana. Pertenece el dibujo a la modalidad llamada por el autor «dibujo automático».Ya sabemos que el dibujo para Lorca fue puro goce personal, «metáforas lineales o argumentos sublimados» los llamó él.

En 1927, Montanyà, desde su atalaya de **L'Amic de les Arts,** analizó y divulgó la «cantera inagotable de elementos novísimos de la lírica y de la estética lorquiana», con una visión actualísima.

La amistad Lorca-Montanyà no se enfrió nunca. Nos contaba el crítico catalán, que la tarde en que Federico dio a conocer **Un poeta en Nueva York,** en Barcelona, a mediados de diciembre de 1932, invitado por Conferencia Club, al no verlo en la sala, preguntó por él. Alguien le dijo que no estaba invitado y Federico, disgustado como un niño, dijo: Pues hasta que no venga Luis no empiezo. Así, cuando García Lorca proyectar hacer la revista **Gallo** en Granada, se apresura a escribir a todos sus amigos, con su vehemencia característica, pidiéndoles colaboración. Desafortunadamente —misteriosamente— las cartas del poeta a



Tres secuencias de la Revista «Gallo», inspirada por García Lorca.

Montanyà han desaparecido, pero, en cambio, conocemos la de Montanyà, conservadas en el archivo de la familia García Lorca, en las que late la cálida atmósfera de sus relaciones y el entusiasmo con que fue acogida su invitación: «No tengo que decirte —le escribe a Federico— con qué júbilo y reconocimiento recibo tu proyecto de revista. Y con qué alegría aportaré mi humilde pero estremecido grano de arena. Estremecido y con pugna de exactitud. Torturado: como de reloj de arena. Emocionado, de veras, he recibido una amabilísima postal de esos amigos granadinos... Y, por todo, gratitud. El abrazo penetrante y hondo. El teu amic... Vía Láctea infiniteva» (2).

De Barcelona a Granada, y de Andalucía a Cataluña tienden un puente y original actividad cultural los hombres de **L'Amic de les Arts** y de **Gallo.** Cartas, artículos, dibujos, bocetos, mensajes, proyectos, ideas y sueños renovadores surcan los aires ibéricos. La revista catalana se dispone a publicar un número extraordinario dedicado a Andalucía y la granadina acaricia la idea de dedicar otro a Cataluña. Fedrico promete a sus amigos de **L'Amic de les Arts** un original escrito en catalán y Montanyà le expresa la satisfacción colectiva: «Querido Fedrico: Tu carta me ha dado un alegrón. Nunca noticia alguna de amigo pródigo fue con tanto júbilo recibida. Tú sabes lo mucho que se te quiere en Barcelona y con qué profunda añoranza se recuerdan aquellos memorables paseos nocturnos por los suburbios ciudadanos de piano de manubrio, de organillero rojo a organillero pálido, contigo y con Dalí. La sola idea de que puedan renovarse nos tiene ilusionadísimos, sobre todo a los que como Gasch y yo —contra viento y marea— hemos hecho pública profesión de amistad con vosotros. ¿Supisteis algo de la polémica sobre la sinceridad artística de Dalí? Fue interesantísima. Podremos darte detalles regocijantes en extremo... Voy a comunicar enseguida a **L'Amic de les Arts** la grata nueva. *Un inédito* de Lorca en catalán. Gracias, Federico» (3).

(2) **García Lorca en Catalunya**. *Col. Textos. Planeta, Barcelona. 1975.*

(3) *Archivo particular de la familia García Lorca. Madrid.*

EN BIBLIOBUS POR LOS FRENTES DE ARAGON

Hace unos meses, en Agde (sur de Francia), donde Luis Montanyà descansa todos los veranos, conocimos al crítico catalán y charlamos de España y de



Luis Montanyà y Antonina Rodrigo, en Agde (Francia).

Cataluña, que son temas obsesionantes para cualquier exiliado. Y también de su actuación en nuestra guerra civil:

—El 19 de junio de 1936 me sorprendió en Teyá —nos explicó—, donde me encontraba de vacaciones. Me trasladé inmediatamente a Barcelona y me puse en contacto con mis amigos, casi todos escritores catalanes como yo. En un principio nadie sabía qué podíamos hacer. No tardamos en reunirnos en la «Agrupació d'Escriptors Catalans» que centró sus actividades poniéndose al servicio de los defensores de la libertad y de nuestra autonomía. Poco después se creó la «Institució de les Lletres Catalanes», bajo los auspicios de la Generalitat, en la que participaron la mayoría de los intelectuales destacados del país. Comenzaron sus tareas con la publicación de la **Revista de Catalunya**, con la gaceta radiada «La vida literaria a Catalunya», cuya redacción dirigí y con el «Servei de Biblioteques al Front».

«Este servicio de bibliotecas estaba patrocinado por el Dr. Jordi Rubió, director de la «Escola de Bibliotecarias» y miembro directivo de «Institució de les Lletres Catalanas» y se estableció en la sede de ésta última bajo la dirección técnica de Concepción Guarro, delegada de la Escola, bibliotecaria inteligente y de gran personalidad, en estrecha relación conmigo. Los comienzos fueron modestos pero luego adquirió una importancia particular. Se puso en circulación un bibliobús que nos fué facilitado por la Generalitat y los libros eran donación de bibliotecas, de editoriales y de particulares. Llegaron publicaciones en cantidad considerable y bastaron para las necesidades del servicio, que tuvo gran éxito entre los soldados de la República en el frente de Cataluña, ya regularmente formados y encuadrados. Bibliobús solamente hubo uno y por eso recorría los frentes de Aragón constantemente, distribuyendo y cambiando libros entre los soldados, que nos esperaban siempre con impaciencia. Este servicio contribuyó enormemente a la expansión de la cultura y a ocupar inteligentemente el tiempo libre de los combatientes de la libertad. Creo que se trata de un caso sin precedentes en que un esfuerzo bélico va acompañado de un esfuerzo cultural. En el servicio estaban representados todos los partidos que constituían la Generalitat de Cataluña, y funcionó hasta el final de la guerra».



Luis Montanyà, como la inmensa mayoría de los intelectuales catalanes, salió al exilio en enero de 1939. Después de conocer los campos de concentración y otros lugares de detención, el periodista-escritor barcelonés fijó su residencia en París. Al terminarse la Segunda Guerra Mundial fue contratado por los organismos culturales de las Naciones Unidas, con sede en Ginebra, donde prosigue, desde hace cerca de cuarenta años, su ininterrumpido exilio. ■ **A. R.**

Centenario del descubrimiento de las pinturas de Altamira:

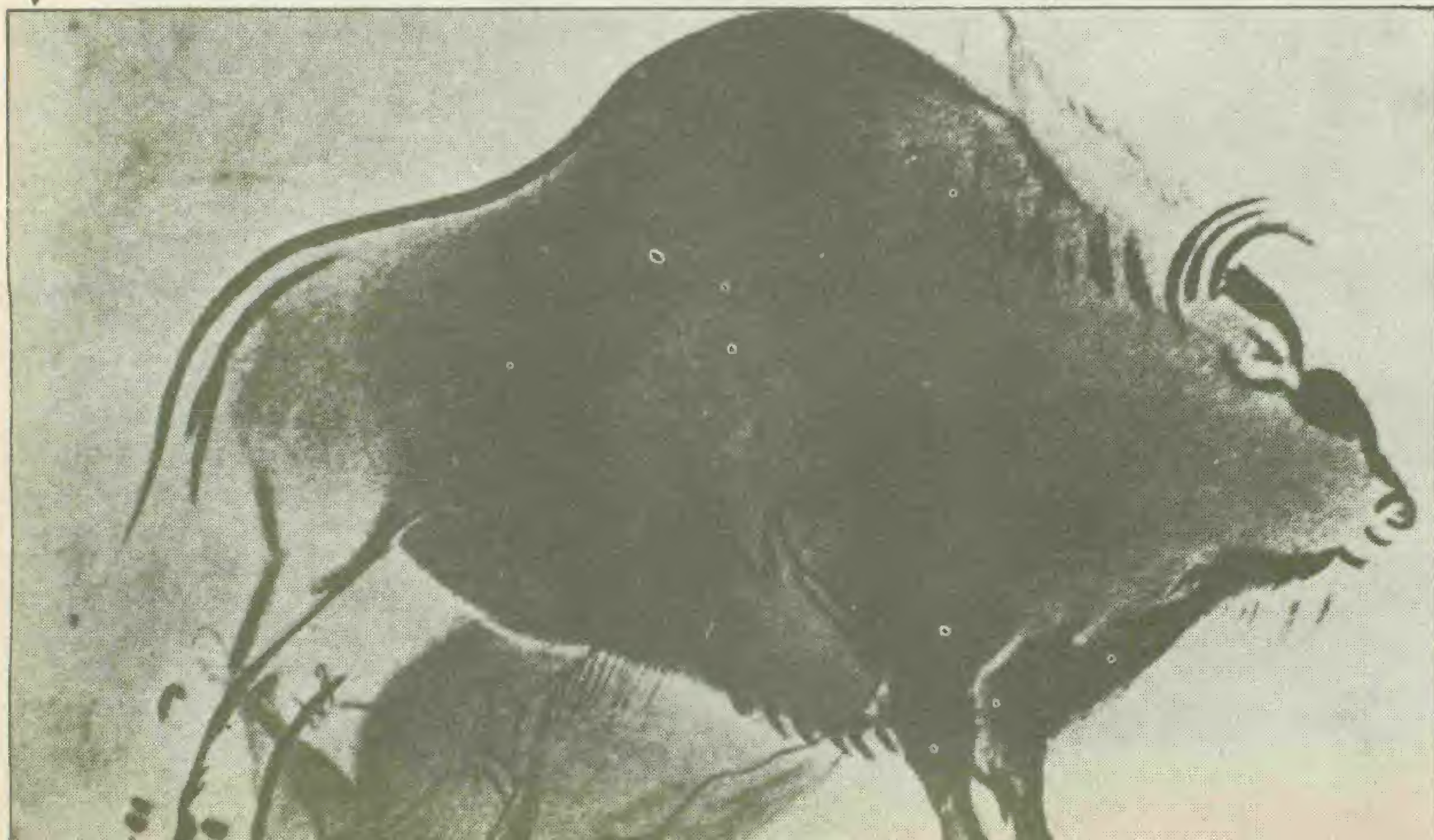
(1879-1979)

"¡Mira, Toros!"

José Miguel NAVEROS

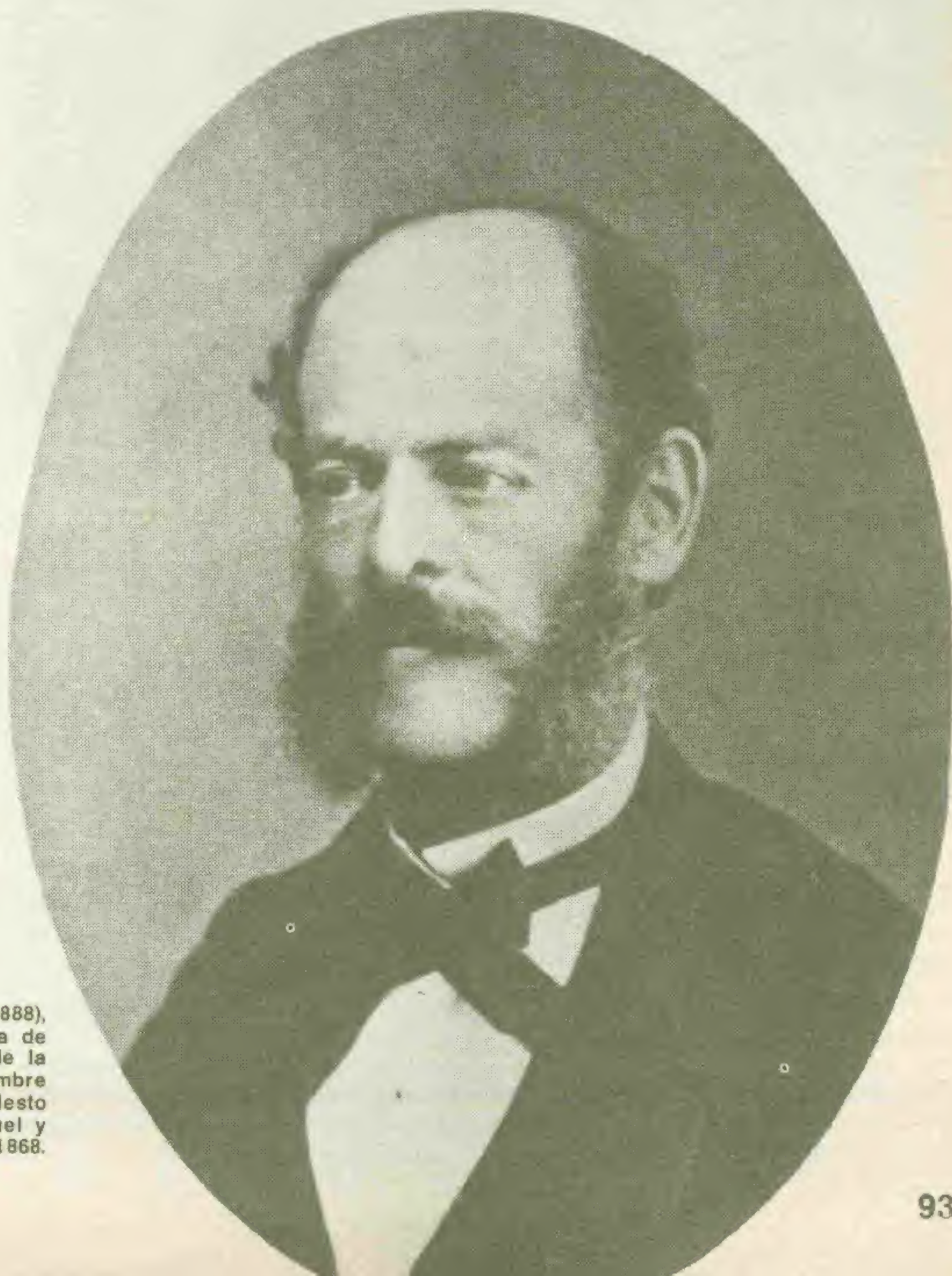
CUANDO murió el abate Henri Breuil a los ochenta y cuatro años el 14 de agosto de 1961, se dijo por la Prensa del mundo que acababa de morir el descubridor de la cueva de Altamira. Escribí entonces en el diario «Ya» y en el semanario «El español» (1) que el abate Breuil se hubiera avergonzado de tal aseveración. Pero no importó mucho la información a pesar de su trascendencia para nuestro país. No se trataba de ningún hecho heroico, sino de un hecho cultural. Ortega y Gasset, espíritu observador como pocos españoles, vio la importancia de Altamira: «No hay duda; la cueva de Altamira es uno de los grandes hechos que han caído en el regazo de nuestra época. De un golpe ha triplicado el horizonte de la memoria humana, de la historia, de la civilización. Y como todo nuevo hecho de gran calibre, obliga a ensanchar enormemente nuestro sistema de ideas si ha de tener en él cabida». (2).

(1) «Ya», 31 de agosto de 1961: «El abate Henri Breuil»; «El español», 10 al 16 de septiembre de 1961: «El abate Breuil entra en la Historia.—Un capítulo en la vida del sabio: la cueva de Altamira.
(2) «El Espectador» V (1927) Ortega y Gasset.



Calco de Breuil de un bisonte polícromo, de la cueva de Altamira.

SE daba la circunstancia que el abate Breuil la primera vez que estuvo en España fue acompañando al eminente prehistoriador francés Cartailhac, sabio entre los sabios de Europa en Prehistoria, y que había recibido, escéptico, la noticia del descubrimiento de la cueva de Altamira cuando se lo comunicó el propio don Marcelino Sanz de Sautuola, enviándole su libro **«Breves apuntes sobre algunos objetos prehistóricos de la provincia de Santander»**, el año 1880. Era demasiado golpe para Cartailhac, Harlé, Martillet y otros que se hiciera una revelación del «arte rupestre» como un nuevo hecho de gran calibre que ellos no conocían. Marcelino Sanz de Sautuola sólo tuvo entonces un valedor, el español Juan Vilanova, profesor de Geología



Don Marcelino Sanz de Sautuola (1821-1888), iniciador de las prospecciones de la cueva de Altamira, en busca de posibles indicios de la ocupación de la misma por el llamado «hombre *antidiluviano*». En sus tierras descubrió Modesto Cubillas Pérez, vecino de Puente San Miguel y aparcero suyo la cueva de Altamira, 1868.



María Sanz de Sautuola, en los años de su descubrimiento de las pinturas rupestres de la cueva de Altamira.

de la Universidad Central de Madrid. Pero más tarde se le unió el profesor Henri Martin. Este había conocido a Sautuola con motivo de la Exposición Universal de París de 1878, donde resolvió nuestro «Don Marcelino de la Prehistoria» realizar algunas investigaciones serias en Santander. Y él mismo escribe en sus **«Breves apuntes»** (que nosotros tenemos por valiosísimos), en el párrafo segundo:

«Guiado por tal propósito, comencé mis investigaciones a la aventura, y a la verdad que no puedo quejarme del resultado» (3).

En ese **resultado** entra el descubrimiento de la cueva de Altamira, de la que conocía su existencia por Modesto Cubilla, arrendatario de unos terrenos de Sautuola, que había entrado en ella yendo de cacería el año 1868; don Marcelino lo hizo en dos o tres ocasiones, pero sin prestarle el detenimiento que merecía. Volvía ahora en 1879 acompañado de su hija María, de nueve años, que, como os contarán los consabidos «más viejos del lugar», correteando exclamó dirigiéndose a su padre: «¡Mira, toros!».

Era el bisonte de Altamira y se probaba fehacientemente la existencia del arte rupestre, por lo que es fácil de imaginar el escándalo causado por la comunicación de la noticia a España y al mundo. Se ha tocado una caracola como anunciando una maravilla. Pero la ciencia duda, y entre los que más dudan está el sabio prehistoriador Cartailhac. Se habla hasta de falsificación, pero el posterior descubrimiento de la de Derdonne obliga a reconocer la evidencia de la de Santillana del Mar: Altamira. Cartailhac, con el entonces su alumno Henri Breuil, se llega a Altamira, año 1902 —veintitrés después del descubrimiento, ¡ya estaba bien!—, y regresando a Francia escribe un artículo titulado «La grotte D'Altamira, mea culpa d'un sceptique», «con lo que quedaron reconocidos oficialmente por la Sociedad Prehistórica de Francia doce mil años de Prehistoria en su última fase».

Deshelette llamó con fortuna a la «gran sala» de la cueva, situada a la izquierda de la galería principal, la «Capilla Sixtina» del Cuaternario, hoy reproducida en el «Deutsches Musseum» de Munich y «Museo Arqueológico Nacional» de Madrid.

ALTAMIRA, FASE QUINTA DEL «ARTE RUPESTRE»

El abate Henri Breuil, del que se dijo al morir que había descubierto la cueva de Altamira, no trajo nunca en sus visitas a España el propósito de descubridor de esta singular mues-

(3) **«Breves apuntes sobre algunos objetos históricos de la provincia de Santander»**, *por don Marcelino S. de Sautuola. Santander, 1880.*

tra del Cuaternario, sino vino como investigador estudioso de la Prehistoria, y sus visitas le sirvieron de mucho. Breuil estableció las **cinco fases** en el arte rupestre, y en la «quinta», **magdaleniense superior,** situó a Altamira, que es de una inverosimilitud patente por el acierto con que el artista cuaternario utilizó las protuberancias y redondeces naturales de la roca para, con el grabado y la pintura, llegar a representar en su plenitud la hermosa plasticidad de la vida, como por el hecho de que estos dibujos se hayan conservado durante miles de años. La adhesión del color se da inalterable sobre la piedra.

Con esta fase —que Breuil representa en Altamira— muere el arte rupestre tan súbitamente como el moviliar, aunque se señalan algunas mani-



Bisonte echado con la cabeza vuelta. En la parte inferior, bisonte tallado en hueso con la cabeza vuelta, de la Madeleine (Les Eyzies). Representaciones según Breuil y Obermaier.

H. Breuil, el príncipe Alberto de Mónaco y H. Obermaier durante una de sus estancias en Altamira (1929).

festaciones posteriores, generadas y sin interés.

En esto había caído —si queréis instintivamente— nuestro «Don Marcelino de la Prehistoria» cuando escribió con su sencillez característica: «...No será aventurado admitir que si en aquella época se hacían reproducciones tan perfectas, grabándolas sobre cuerpos duros, no hay motivo fundado para negar en absoluto que las pinturas de que se trata tengan también una procedencia tan antigua». El problema de Altamira está resuelto ante la Prehistoria y es quizá el más importante de sus exponentes, con independencia absoluta de la belleza que guarda.

EL MISTERIO O LA MAGIA DE ALTAMIRA

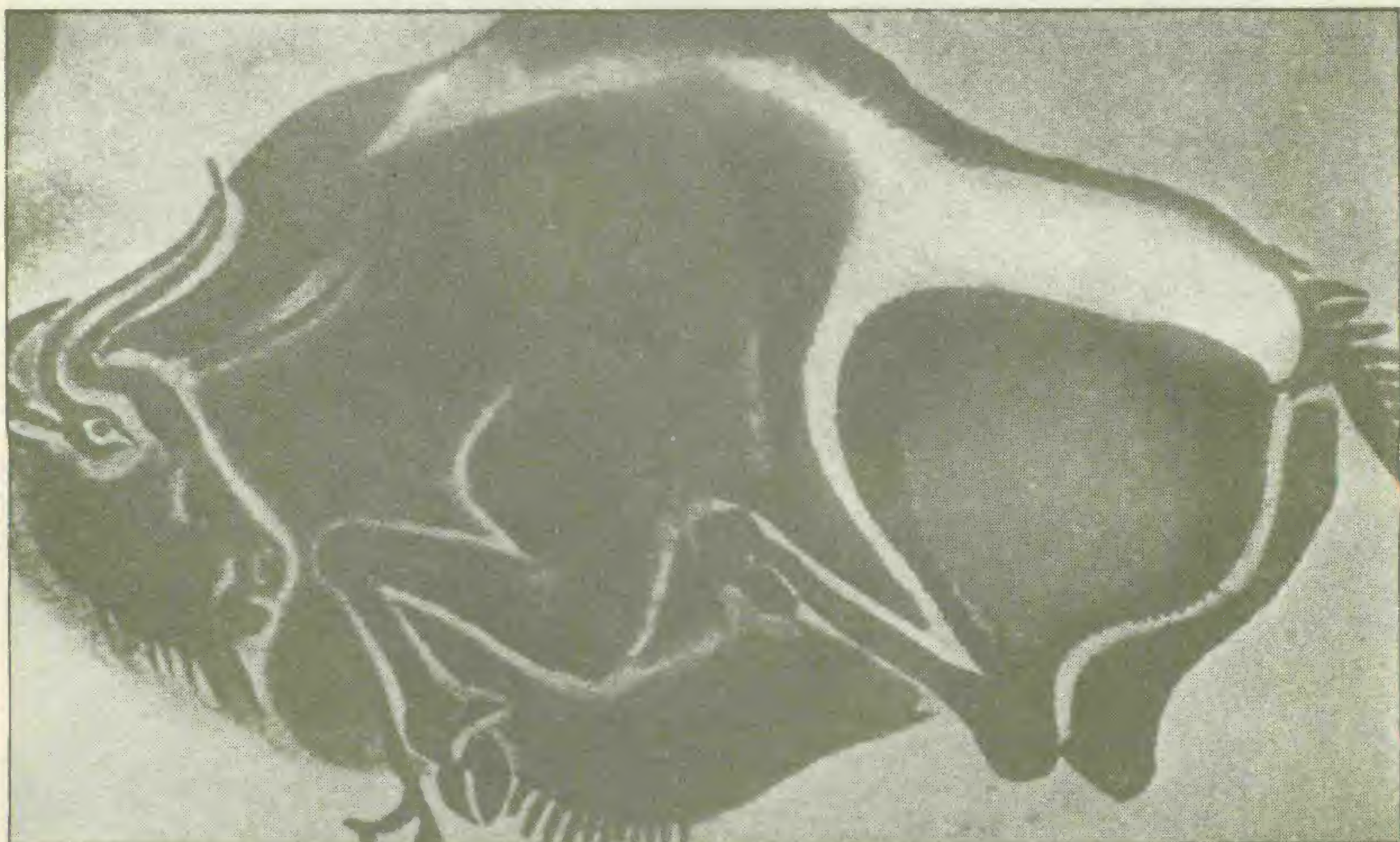
Tenemos que volver a Ortega y Gasset, tan cerca de todo, para plantearnos que la belleza que se atribuye a Altamira —los pintores de Altamira— no es arte, «sino algo más importante: magia. Entre los bisontes, ciervos, caballos salvajes, cabras, hay algunas manos de hombre. Al principio, con una explicación racionalista, se supuso que el artífice había apoyado en el techo su palma, húmeda aún de la sustancia con que pintaba. Pero luego se ha encontrado la misma mano en otras decoraciones prehistóricas. Además, no se trata de una impronta negativa, no es la huella de una mano, sino una mano pintada» (4).

Esta es una penetración en la verdad y no se oculta a nadie que visite Altamira. Ya expresaba don Marcelino como preguntando... «si los dibujos y pinturas de que me he ocupado, y que en mi humilde opinión son dignos de estudio detenido, habrán servido de solaz a algún nuevo Apeles; todo cabe en lo posible, pero juzgando el asunto en serio, no parece que pueda aceptarse esta opinión».

La respuesta viene otra vez de don José Ortega y Gasset: «El misterio donde nos instalamos al penetrar en esta caverna no es ella ni su vulgar tiniebla de cuarto oscuro: es el alma del hombre primitivo. Y por ella empieza hoy la ciencia a caminar torpemente, las manos adelante, dilatando los poros de la tiniebla. Cada día va apareciendo más distinta, más distinta, su psiqui de la nuestra» (5).

Altamira aspira a abrir una nueva historia del arte, de un arte puro y sencillo. «No hay duda —se ha afirmado— que Picasso, en ciertos dibujos de animales y sobre todo en los toros de sus corridas, se ha resentido irresistiblemente de la influencia de las pinturas prehistóricas de la cueva de Altamira. En los inicios del siglo el descubrimiento de aquellas grutas ofreció una de las fuentes más valiosas para la renovación del arte contemporáneo, así como pocos decenios antes había sucedido con la llegada a Occidente de los grabados de "Utamaro" y de otros antiguos maestros japoneses. La pureza emblemá-

(4) *Idem, O. y G.*
(5) *Idem, O. y G.*



Bisonte echado con la cabeza vuelta (representación de Breuil).

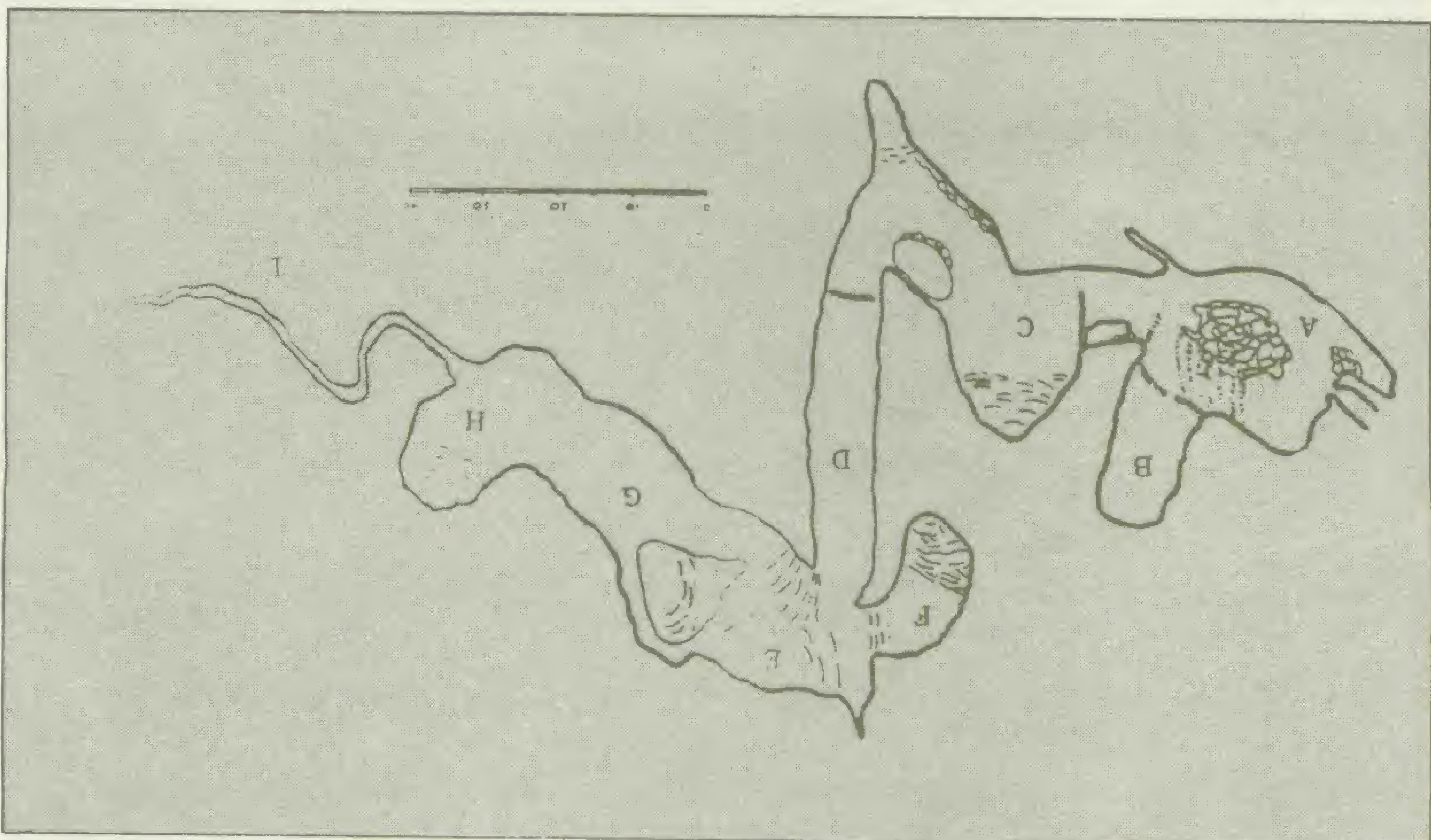
tica de aquellas figuras reunidas a través de síntesis plásticas que no degeneran jamás en la ornamentación y en la cifra, sugerían a los jóvenes artistas de entonces el camino para librarse del impresionismo, les indicaba la posibilidad de un nuevo rigor clásico».

Algo de esto, sin estas líneas de convergencia, se le aplicó a Goya, en sus dibujos tauromáquicos, diciéndole que era «un mísero discípulo de aquellos iberos pintores». Y Goya no pudo nunca pensar en Altamira. El arte no está en una sola mano —decimos en una sola persona— ni se limita a una época determinada. La voluntad artística se revela misteriosamente. Casi es magia. (La afirmación, de Ortega).

De esta forma se ha filtrado Altamira, como un hito de cultura, de cultura primitiva, en la civilización del mundo. Ha servido de inspiración artística y ha sido el puente que sirvió de unión de la Prehistoria con la Historia.



H. Breuil y P. Teilhard de Chardin en una de sus visitas a España.



Plano de la cueva de Altamira. (A: vestíbulo; B: gran sala de pinturas; C-H: otras salas y corredores; I: extremo final).



Representación de un bisonte herido en el «Salon Noir» de Niaux (Ariege).

Y con haber descubierto Altamira y casi toda la prehistoria de Santander, don Marcelino Sanz de Sautuola nos dice con modestia:

«Quédese, pues, para otras personas más ilustradas el hacer un estudio concienzudo sobre los datos que a la ligera dejo mencionados, bastándole al autor de estas desaliñadas *líneas la satisfacción* de haber recogido una gran parte de objetos tan curiosos para la historia de este país, y de haber adoptado las medidas oportunas para que una curiosidad imprudente no haga desaparecer otros no menos importantes, dando con todo esto motivo a que los hombres de ciencia fijen su atención en esta provincia, digna de ser estudiada más que lo ha sido hasta hoy».

Sautuola ha puesto su broche mirando al terruño... Ha pedido que no se olvide. Y no sé, la verdad, si será así. Pero no ha recibido mucho Santander en estos últimos años. Promover el turismo sin más no es andar alerta en un país. Altamira es un capítulo en la vida y hay que cerrarlo.

Al cumplirse el primer centenario del descubrimiento de

Bisonte herido con una azagaya cargando furioso contra un cazador ornitomorfo, con un supuesto mástil totémico a su lado.

Altamira este año 1979, sin que sepamos el día, nos hace volver a interesarnos de los consabidos «más viejos del lugar», que no lo saben... Pero debe caer por estos días cuando se oyó exclamar: «¡Mira, toros!».

Hablo en historia, sin extenderme (¿por qué han de sobrar palabras?), y recuerdo los versos de don Miguel de Unamuno:

«¡Ay, cueva de Altamira,
libre de sol, santo coso
del instinto religioso
que a un cielo de carne as-
[pira!

España de antes de Adán
y de Eva y su paraíso,
cuando a los hombres Dios
[quiso
dar hambre por todo pan».

Me quedo soñando en años atrás de nuestra era, y siento el dolor del hombre, y la satisfacción también del hombre y el fin del hombre en años incontables, para repartirlos entre todos los que somos, fueron y serán. Altamira es una verdad saliendo de una cueva y enfrente puede levantarse un castillo. Sombra y luz del hombre siempre. ■ **J. M. N.**



Representación policroma de bisonte bonasus debatiéndose o echacado, de la gran bóveda de Altamira.

Representación policroma de un Sus scrofa, en Altamira.

Ante una nueva etapa taurina

El hambre andaluza, caldo de cultivo para el arte de Cúchares

● Cuatrocientos veintidós toreros muertos en los ruedos

Eduardo de Guzmán

Manuel García, un mozo sevillano
que a finales del siglo pasado
pretende alcanzar la fortuna
a base de un valor suicida en los ruedos,
responde fatalista y estoico
a quienes le advierten del grave peligro de las cogidas.
—¡Más cornás **da el hambre...!**
Sesenta años más tarde, otro mozo andaluz,
Manuel Benítez de nombre,
anuncia a una hermana su firme voluntad de jugarse la vida
en los cosos como única posibilidad de
escapar a la miseria que les ahoga:
—¡O te compro un cortijo, o llevarás luto por mí!
Al primer mozo, «Espartero» de apodo,
le envuelve un aura de majeza y bravura
tras su muerte en la plaza de Madrid
entre las astas buidas de un toro de Miura.
Al segundo, «Cordobés» de mote y naturaleza,
le acompaña una leyenda de signo diametralmente opuesto.
Nuevo rey Midas que transforma en oro cuanto toca,
Benítez es, con mucha diferencia sobre todos los demás,
el diestro que ha ganado más millones
en toda la dilatada historia de la Tauromaquia.



Lagartijo, Frascuelo y Mazantini, con sus cuadrillas. Cuadro de Vázquez Díaz.

MUERTE y suerte, «El Espartero» y «El Cordobés» son las dos caras opuestas y complementarias de la moneda antigua y ensangrentada del toreo. Partiendo ambos de idénticas hambres, utilizando los mismos procedimientos para alcanzar la riqueza, uno ve superados por la realidad sus sueños más optimistas, mientras el otro se queda a mitad del camino, desangrándose en el ruedo con el pecho partido por el certero derrote de un cornúpeta.

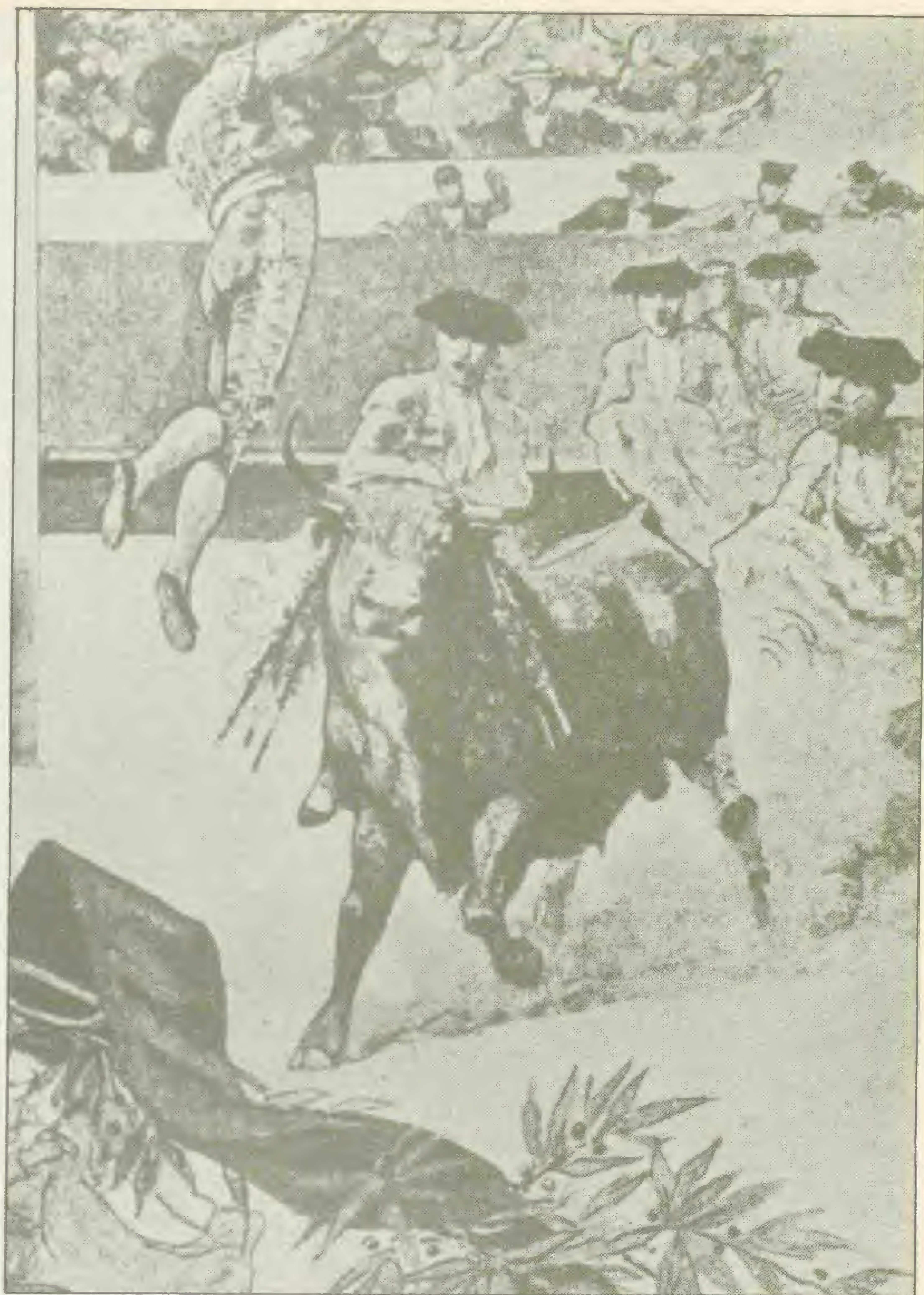
Los dos Manueles —García y Benítez— son la síntesis y los símbolos más elocuentes y expresivos de eso que muchos continúan aún hoy denominando nuestra Fiesta Nacional. Una fiesta —la más antigua de España— que en estos días primaverales de 1978 inicia su enésima temporada, y la inicia, pese a una pretendida decadencia y a una crisis de la que se lleva siglos hablando, con el mismo ímpetu y respaldo popular que podría hacerlo en 1878 ó 1778. Porque incluso en épocas de transición como la que ahora vivimos, en que la sociedad nacional conoce cambios y transformaciones profundas, el espectáculo dramático de los toros perdura y continúa, modificado en la aparciencia

superficial, pero inmutable en su esencia y significado.

¿CARA O ESPEJO DE ESPANA?

En más de una ocasión he dicho —y lo repito ahora— que, pese a la aparente liviandad del tema, de los toros no se debe hablar y menos escribir de una manera alegre y despreocupada. Aunque la afirmación pueda escandalizar a muchos y obligar a rasgarse las vestiduras a los fariseos de turno, conviene precisar de una vez por todas que —como el mismo Ortega reconocía y proclamaba— se trata de un asunto grave y serio; uno de los de mayor monta, en realidad, para el español de todos los tiempos. Y no sólo para los aficionados, sino con tanta o mayor razón para los indiferentes y muy especialmente para los detractores del espectáculo que se desarrolla en las plazas.

Consciente o inconscientemente, todos los creadores labran su obra maestra a su imagen y semejanza. La fiesta brava es creación original y exclusiva del pueblo español. Entre el hombre ibérico y el toro existe una relación remota, un enfrentamiento milenario que sobrepasa los límites angostos de la historia para adentrarse en la oscuridad y misterio de la prehistoria. Desde hace diez o doce mil años en que nuestros antepasados del neolítico dejaron en sus cavernas de Levante y Andalucía imágenes impresionantes de las primeras corridas con la muerte del uro o **bos primigenius** hasta los toreritos de la última hornada, no se interrumpe en ningún momento el contacto azaroso y sangriento entre los moradores de la península y el más bello y bravío de los animales.



Cogida y muerte de «Espartero» en la plaza de Madrid, según un dibujo de «La Lidia».

Aunque en el transcurso del tiempo, la tauromaquia —lucha con el toro en su sentido literal— experimenta grandes modificaciones que eliminan buena parte de su barbarie original, todavía persisten en ella rastros de primitivismo y crueldad, mezclados con otros de generosidad, majeza y abnegación. El problema estriba en saber si todos estos rasgos contradictorios —luces y sombras— son un espejo que se limita a reflejar las virtudes y defectos del pueblo que forja el espectáculo, o si, por el contrario, su entusiasmo por la fiesta de toros ha hecho del español lo que es, infundiéndole una indiferencia impresionable —espantable, mejor— por el sufrimiento, la sangre y la muerte. En uno u otro caso, el tema se presta a hondas meditaciones que pueden ayudarnos a comprender algunas de las muchas tragedias incomprensibles de nuestra dolorida España.

Con arreglo a la sensibilidad y gustos de cada uno, todos podemos indignarnos o entusiasmarnos; lo único que evidentemente no cabe es encogerse de hombros y negar la realidad de que mientras tantas cosas pasan en nuestro país para no volver, la fiesta tradicional continúa. ¿Dónde radica el secreto de su perdurabilidad a través de milenios? ¿Qué extraño fenómeno

hace posible a finales del siglo XX la supervivencia de ritos y sacrificios mágicos que tienen su origen en la mitología de los pueblos primitivos? ¿Por qué el español actual —una parte de su pueblo cuando menos— se siente tan subyugado e identificado con el sangriento ceremonial taurino como sus remotos abuelos del neolítico? ¿Qué influencias, benéficas o nocivas, fastas o nefastas ejercen en su espíritu, en su forma peculiar de entender la vida y de afrontar la muerte?

Las preguntas se agolpan en nuestros labios y ninguna tiene fácil ni rápida respuesta. Con sólo formularlas ya advertimos que la aparente intrascendencia del tema encierra cuestiones arduas y problemas esenciales del pueblo español. Porque si en todos los países y en todas las profesiones el interés es la suprema palanca que mueve e impulsa a los hombres, en ningún otro lugar u oficio el modo más fácil de alcanzar fama y riqueza consiste en jugarse la existencia al albur de una suerte ante los ojos emocionados de la multitud, conforme sucede en España con los toros.

422 TOREROS MUERTOS EN EL RUEDO

—Pero —podrá preguntar cualquier escéptico— ¿de verdad es tan peligrosa actualmente la profesión de torero?

La respuesta tiene que ser afirmativa por mucho que suene a tópico de españolada de pandereta. Junto a los dos protagonistas del espectáculo —el hombre y la bestia enfrentados agónicamente en el ruedo— hay siempre un fantasma que la gente no ve, pero que constituye parte esencial del espectáculo. Tanto que sin él —sin la emoción angustiosa de la cogida— hace siglos que hubiera dejado de existir, porque la presencia invisible de la muerte confiere un máximo valor a cuanto sucede en la arena. La muerte que roza los alamares toreros constituye la piedra angular sustentadora de la corrida y la explicación de su supervivencia a través de los tiempos. En fin de cuentas, y aunque parezca una siniestra paradoja, el toreo vive gracias a los toreros muertos.

¿Cuántos son estos toreros muertos en el ejercicio de su profesión? No lo saben, ni siquiera aproximadamente, los más concienzudos historiadores taurinos. Aunque todos sabemos que existen toreros profesionales por lo menos desde mediados del siglo XIII en que Alfonso el Sabio termina la redacción de su Código de las Siete Partidas —en las que considera y califica de infamante dicha profesionalidad—, nada sabemos de los diestros que perecen en las plazas durante los quinientos años siguientes. El primer torero que encabeza la lista de los profesionales muertos en los ruedos es un varilarguero llamado Marcos Sáez, que pierde la vida en Sevilla en 1747. De todo el siglo XVIII —en que triunfa la revolución que convierte el chulo en matador y relega al caballero rejoneador a la caricatura del picador— no conocemos los nombres más que de ocho toreros víctimas de los astados, cuando seguramente fueron quince o veinte veces más numerosos.

De acuerdo con los datos de los historiadores taurinos ascienden a 422 los profesionales del toreo —cuyos nombres, apodos, fecha y lugar de la tragedia conocemos— que pierden la vida en el ejercicio de su oficio. No cabe duda, sin embargo, de que si en dichas estadísticas son todos los que están, no están ni mucho menos todos los que son. Sobre no aparecer ningún diestro muerto antes de 1747, faltan muchos de los heridos mortalmente en los siglos XIX y XX: oscuros novilleros, becerristas o banderilleros cogidos por los astados en cualquier capea pueblerina celebrada en España o en uno de los varios países americanos y europeos donde se dan —o se dieron en épocas pasadas— fiestas taurinas. En las listas en cuestión no figuran más que los toreros profesionales y en ellas no aparecen los aficionados muertos por accidente —como el que a mediados de marzo pasado se estrelló contra la barrera en la plaza de toros de Valencia— ni los espontáneos que se arrojan a los ruedos ni los mozos que corren en los encierros, que sólo en los últimos años y por lo que a Pamplona respecta, ascienden a una docena.

Con arreglo a su categoría profesional, estos 422 toreros muertos se distribuyen así: Matadores de toros, 53; novilleros, 154; banderilleros, 133; picadores, 61; rejoneadores, 7; puntilleros, 2, y toreros bufos, 2. A muchos sorprenderá que el número de banderilleros caídos en los ruedos duplique ampliamente al de matadores y que las víctimas novilleriles casi triplican a las sufridas por los doctores en tauromaquia, pero así es, aunque en general sólo se suele hablar de los espadas de alternativa. Con razón o sin ella, en este como en tantos otros aspectos de la vida, importa más la calidad que la cantidad. Y la calidad de los matadores de toros que perecen en las plazas resulta indiscutible con sólo advertir que entre ellos figuran varios de los más grandes maestros de todos los tiempos. Los nombres de José Delgado, «Pepe-Hillo», discípulo de «Costillares» y rival de Pedro Romero, en unión de los cuales protagoniza la primera edad de oro de la tauromaquia moderna; de Francisco Herrera, «Curro Guillén», muerto en Ronda, pese al heroísmo de Juan León, que se deja prender por el astado en un inútil intento de salvar la vida de su

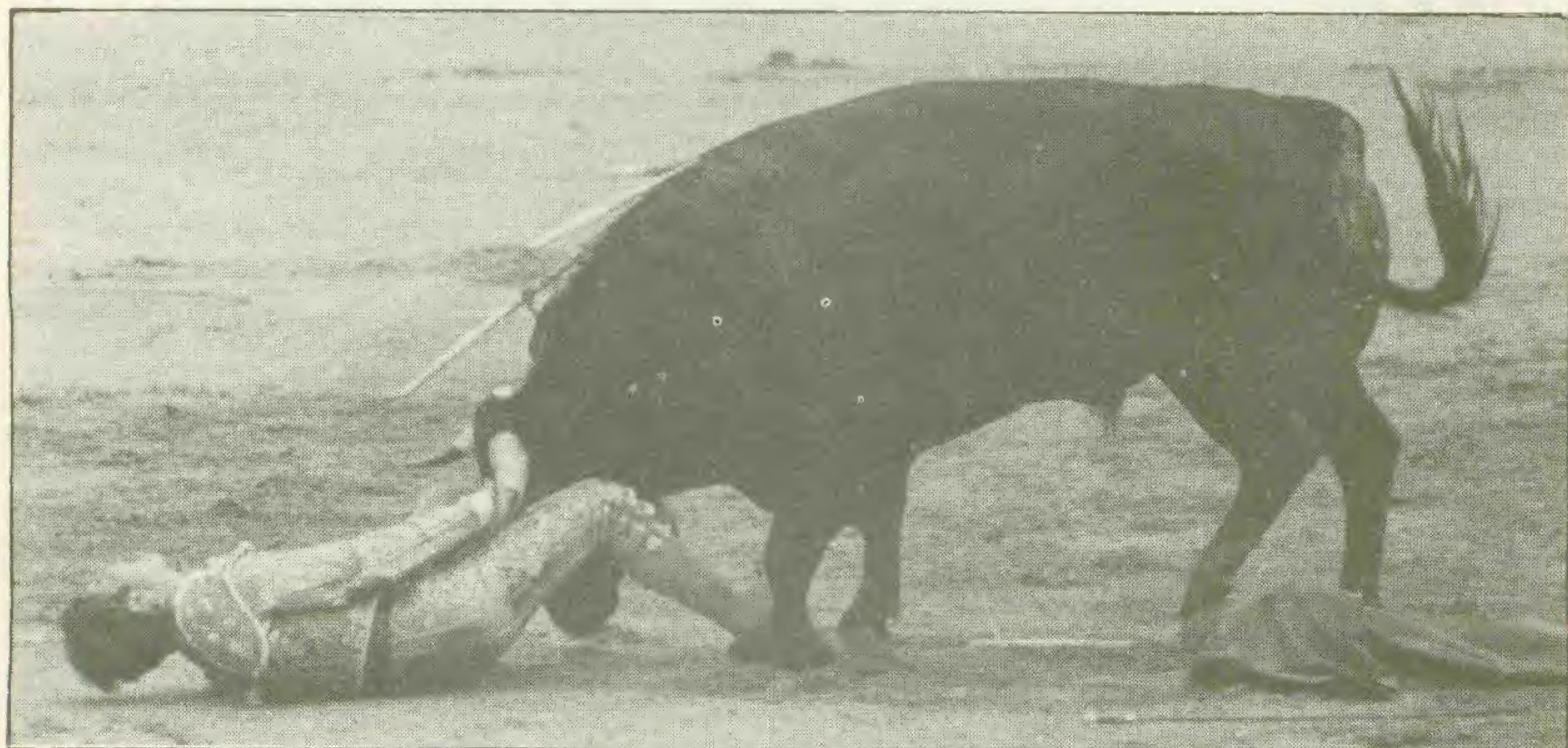
maestro; de Manuel García, «El Espartero», torero de copla y romance, herido por un toro de Miura en la plaza de Madrid; de José Gómez, «Joselito», el diestro mejor dotado de toda la tauromaquia, caído en Talavera en 1920; de Manuel Granero, su posible continuador, que en 1922 sufre en Madrid una terrible cornada que, penetrándole por un ojo, destroza su cerebro; de Francisco Vega de los Reyes, «Gitanillo de Triana», al que algunos califican de Einstein taurino al haber introducido la dimensión tiempo en el toreo a la verónica; de Ignacio Sánchez Mejías, amigo y mecenas de la generación poética del 27, muerto en Manzanares en 1934, y de Manuel Rodríguez, «Manolete», certeramente herido por un morlaco de Miura en la plaza de Linares en 1947, no dejan lugar a la menor sombra de duda.

Pero la lista de víctimas del toreo no se cierra por desgracia, como algunos dan por supuesto con el nombre de «Manolete». En los treinta años largos transcurridos desde el mes de agosto de 1947, más de otro medio centenar de toreros han venido a sumarse a las estadísticas que encabeza el oscuro varilarguero Marcos Sáez. Entre ellos aparecen seis matadores de toros, dos rejoneadores, varios novilleros y peones y hasta un puntillero. Todo lo cual demuestra que, contra todo lo que se piensa y se dice, la profesión taurina continúa encerrando grandes peligros. (La mejor prueba de su peligrosidad la tenemos en la muerte de Antonio Bienvenida que, retirado de los ruedos tras más de seis lustros de actuar en ellos como matador de alternativa, resulta volteado y muerto por una becerra en un tentadero celebrado en El Escorial el 5 de octubre de 1975).

RIESGO Y RECOMPENSA DEL TORERO

La realidad es que, digan lo que quieran qficionados y críticos, la profesión taurina es siempre arriesgada y los toreros actuales, según demuestran los números, ponen su vida en tanto o mayor peligro que los de épocas precedentes. En efecto, si suman 422 los toreros muertos en las plazas o a consecuencias de las lesiones sufridas al enfrentarse con los astados de los que tenemos noticias concretas y exactas, ascienden nada menos que a 285 los que perecen a lo largo de los setenta y siete años ya transcurridos del siglo XX. Es decir, que en estos últimos quince lustros se producen el 68 por 100 de todas las desgracias taurinas conocidas y se doblan con creces las víctimas ocasionadas por los cornúpetas en la centuria pasada. Concretamente, en todo el siglo XIX mueren 128 lidiadores profesionales, mientras que en el actual, cuando aún faltan veintidós años para su conclusión, los lidiadores caídos en las plazas son ya 154 más.

Podrá argüirse —y se arguye con toda razón— que al ser actualmente más numerosos los festejos taurinos —el pasado año 1977, en plena crisis económica, se han celebrado en España doble número de corridas de toros que en los tiempos áureos de la competencia entre «Joselito» y Belmonte—, es lógico, obligado incluso, que lo sean también los percances. Pero, pasado por alto que esta concesión ya lleva implícita el reconocimiento de que los riesgos no han disminuido en la proporción que algunos pretenden, justo es reconocer también que los gigantescos avances de la Medicina y la Cirugía durante los últimos tiempos han salvado muchas vidas que an-



Cogida impresionante de «El Cordobés», el día que confirmó su alternativa en Madrid.

tes se hubieran perdido de una manera inevitable. Cornadas que hoy revisten escasa gravedad, resultaban mortales antes de conocerse las sulfamidas y los antibióticos. Fleming y sus continuadores han hecho más quites a la muerte dentro y fuera de las plazas que todos los capotes toreros habidos y por haber.

Es evidente, sin embargo, que no sólo ha disminuido la edad y el peso de los toros que se lidian, sino incluso que una inteligente selección ganadera ha variado sus características físicas y psíquicas, consiguiendo unas reses de bravura más dócil y pastueña, de menor aspereza y sentido y con una cornamenta que ofrece mayores facilidades para la aproximación del lidiador. Enfrentarse con estos astados resulta menos arriesgado que contender con los que se corrían el siglo pasado; tanto es así que, de torearse hoy como entonces, la cogida, con su dolorosa secuencia de heridas y muertes, constituiría un hecho insólito, rarísimamente presenciado en las plazas actuales. Como no resulta así, conforme demuestran los hechos y no hay diestro más o menos famosos que no tenga los muslos cosidos a cornadas, forzosamente hemos de preguntarnos por las causas de esta aparente contradición. La respuesta está, naturalmente, en que si los toreros ganan cada día más, las exigencias de los públicos son también mayores y los diestros tienen que arrimarse a los astados más que nunca y pisar un terreno en extremo comprometido en que son más fáciles y frecuentes los percances.



Ni los espontáneos ni los mozos muertos en los encierros —como éste sangriento de Pamplona— figuran en las estadísticas entre los profesionales muertos en los ruedos.

En el ejercicio de su profesión el torero vive en constante riesgo. Cumple así —sin proponérselo, naturalmente; sin sospecharlo siquiera— la condición esencial del superhombre nietschiano: vivir peligrosamente. Nunca sabe al comenzar la corrida si saldrá por su pie de la plaza. Todo su arte y sabiduría no le garantizan contra los riesgos de una leve e inesperada desviación de la trayectoria seguida por los pitones del astado. Cada lance o pase, cada vez que se enfrenta a la bestia, puede llegar al final. Ha conseguido ya posiblemente cuanto podía ambicionar en sus sueños de adolescente; pero allí, frente al toro, está a solas con su destino. Tiene que jugarse cuanto posee y volverlo a ganar —o perder definitivamente— en la más azarosa e incierta de las partidas.

La compensación está, naturalmente, en todo lo que el triunfo trae aparejado. El del torero resulta, por múltiples y variadas razones, más completo y halagador que el de cualquier otro individuo. No tanto por el dinero —que siempre se exagera lo que percibe—, la popularidad y la fama como por el hecho de conseguirlo todo cuando verdaderamente importa: en plena juventud. En todas las latitudes y profesiones los triunfadores —financieros, científicos o literarios— no suelen serlo antes de que los años debiliten sus cuerpos y llenen su ánimo de amargas desilusiones. La gloria y la fortuna ambicionadas llegan siempre teñidas de inevitable melancolía al conquistarse en la vejez, extinguidas casi todas las pasiones vitales. No es posible ya tener un concepto dionisíaco de la existencia y proceder en consecuencia. El matador de toros, por el contrario, puede y debe tenerlo. Con la inmensa ventaja —en

este aspecto concreto lo es— de que el peligro que le acecha hace infinitamente más valiosos cada uno de sus minutos. Cuando estamos amenazados de muerte, la simple prolongación momentánea de la vida, el hecho elemental de seguir respirando constituye un inmenso placer, imposible de imaginar siquiera por quienes no hayan llegado a experimentarlo personalmente.

PLAZAS Y GANADERIAS MAS PELIGROSAS

Hay plazas donde las exigencias del público y el interés puesto por los diestros en complacerle hacen aumetar los percances sufridos en su ruedo por los profesionales del toreo. También existen ganaderías cuyas reses ofrecen por su casta, genio, cornamenta o dureza mayores dificultades y peligros para la lidia. Como lógica consecuencia en torno a ciertos cosos y especialmente a determinadas divisas se teje una espantable leyenda, tanto o más que entre los propios toreros, entre los aficionados en general. Veamos ahora, con datos y cifras concretas la justificación que pueden tener esos temores y prevenciones.

Las ciudades donde se han producido mayor número de tragedias toreras son las siguientes, relacionadas por orden numérico de los profesionales del toreo muertos en ellas:

Madrid	**55**
Méjico	**16**
Sevilla	**13**
Barcelona	**11**
Valencia	**7**
Lima	**6**
Zaragoza	**6**
Málaga	**6**
Puerto Santa María	**6**
Murcia	**5**
Granada	**5**
Nimes	**4**

Una simple ojeada basta para comprobar que se trata de las ciudades más populosas de los países o regiones en que está autorizada la fiesta y, por consiguiente, aquellas en que se celebran mayor número de festejos taurinos: Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, Zaragoza, Murcia, Málaga y Granada constituyen los núcleos urbanos más importantes de España —aunque las tres últimos sean superadas ahora en habitantes por Bilbao— donde cada año se organizan más corridas. Una excepción la constituye el Puerto de Santa María; pero la plaza del Puerto figura en los siglo XVIII y XIX entre las primeras de la península y a esas dos centurias pertenecen la totalidad de las víctimas que se producen en su ruedo.

En cuanto a las ciudades extranjeras, conviene señalar que en Méjico, que ahora duplica ampliamente en moradores a Madrid y que le sigue en la estadística con menos de un tercio de víctimas, no empiezan a organizarse corridas de toros en serio hasta muy avanzada la mitad del siglo XIX. En Lima, donde la fiesta tiene tanta antigüedad como en las grandes ciudades españolas, siempre el número de festejos es inferior a los de Madrid o Sevilla. Respecto a Nimes es la población con mayor tradición taurina de todo el mediodía francés.

Pero se advertirá que hablamos de ciudades y no de plazas; la razón estriba en que las desgracias señaladas no se producen en un sólo y mismo coso, en cada población, sino en varios que funcionan sucesiva o simultáneamente a través de los años. Esto, que tiene perfecta validez en gran número de las poblaciones citadas, adquiere especial significación en el caso de Madrid. Las cincuenta y cinco tragedias indicadas no sólo tienen como escenarios las tres grandes plazas alzadas sucesivamente —siglos XVIII, XIX y XX— en las proximidades de la calle de Alcalá —que gracias a ellas pasa por ser «la calle más torera del mundo»— sino también en otras dos alzadas en los pueblos vecinos —hoy simples barrios de la capital— de Tetuán de las Victorias y Carabanchel Bajo.

Mayor interés alcanzan las ganaderías a que pertenecen las reses que producen mayor número de víctimas. Advirtamos, sin embargo, que las cifras tienen en este punto un valor muy relativo. Es lógico y natural que vacadas que llevan más de un siglo criando toros bravos figuren destacadas en esta crónica negra, sin que esto implique que sus astados ofrezcan riesgos superiores a los de otra que ni siquiera aparece en la relación, pero cuya antigüedad no se remonta arriba de ocho o diez años; también que las divisas que lidian quince o veinte corridas por temporada, aventajen a las que sólo venden dos o tres por año. Son dos extremos que conviene tener muy en cuenta. Las veinte ganaderías a que pertenecen los morlacos que ocasionan mayor número de percances funestos son las siguientes:

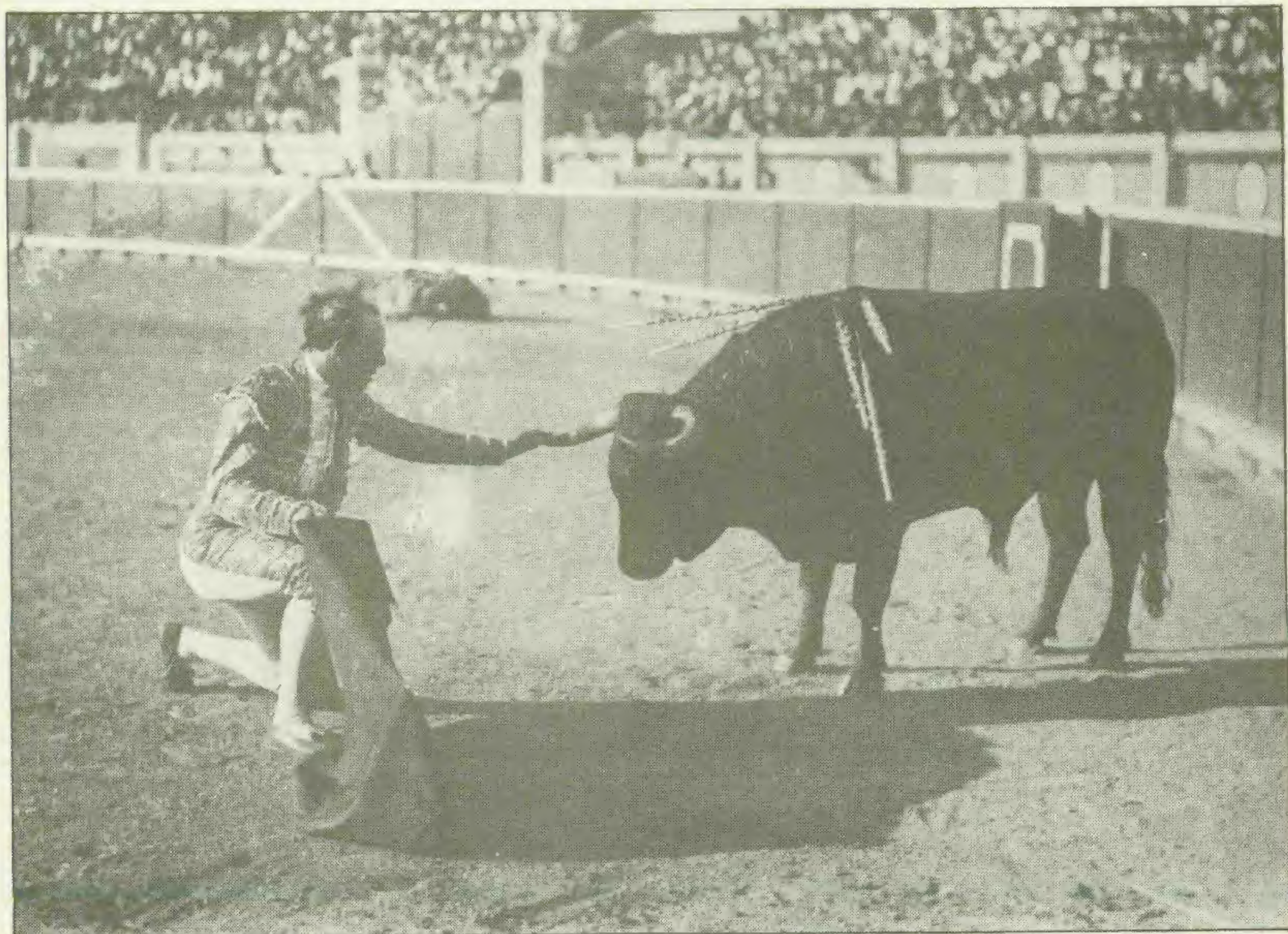
Ganaderías	Víctimas
Veragua	**8**
Miura	**8**
Anastasio Martín	**6**
Zaballos	**6**
Concha y Sierra	**6**
Moreno Santamaría	**5**
Saltillo	**4**
Ripamillán	**4**
López Plata	**3**
Lescot	**3**
Zalduendo	**3**
Palha	**3**
Pérez de la Concha.	**2**
Contreras	**2**
Adalid	**2**
Pablo Romero	**2**
Villagodio	**2**

Villamarca	**2**
Lerena	**2**
Alipio P.Tabernero.	**2**

Resulta lógico y comprensible que Miura y Veragua ocupen los dos primeros puestos, independientemente de la especial peligrosidad de sus reses. Durante más de un siglo los toros veragüeños no faltan en ninguna feria importante y no puede sorprender demasiado que entre los millares de cornúpetas que lucen en las plazas la divisa ducal los haya causantes de desgracias tan impresionantes como la muerte de Manuel Granero en la plaza de Madrid. Pero justo es consignar que si los astados de Veragua tienen fama de incómoda asperaza, nunca les envuelve una aureola trágica semejante a la que rodea a los miureños, pese a que unos y otros ocasionan igual número de víctimas.

No cabe duda, sin embargo, de que la prevención torera contra los toros de Miura tiene un fundamento serio y cierto. Desde su presentación en Madrid en 1849, las reses con divisa grana y verde —que en las plazas madrileñas es siempre y negra y verde— se distingue por su dureza de patas, flexibilidad de cuello, áspera fiereza, acusado sentido y temible seguridad en los derrotes. Son animales que aprenden pronto a distinguir entre el engaño y el cuerpo del lidiador, frente a los cuales el menor descuido tiene las más dolorosas consecuencias. Su trágica aureola no se debe, por lo tanto, exclusivamente al número de muertos que ocasionan, que no exceden de los ocasionados por los de Veragua y rebasen en poco los de Anastasio Martín, Zaballos y Concha y Sierra.

Buena parte de su leyenda hay que atribuirla a la fama de los diestros que frente a ellos pierden la vida. Aparte del más conocido de todos, «Manolete», primera figura indiscutible de su época, aparecen otros tres matadores de toros entre las ocho víctimas de los miuras. El que inicia la serie, muerto en el ruedo de Madrid en una corrida solemne ante los ojos espantados de Isabel II que asiste al espectáculo, es José Rodríguez, «Pepete»; se da la curiosa circunstancia de que sea hermano de un abuelo de «Manolete» que cierra ochenta y cinco años después en Linares la trágica lista abierta por su pariente en la vieja plaza de la Puerta de Alcalá. Los otros dos espadas mortalmente heridos por los miuras son Domingo del Campo, «Dominguín», que perece en Barcelona en 1900 y el famoso Manuel García, «El Espartero», cuya vida siegan



Sánchez Mejías, amigo y mecenas de la generación poética del 27, muerto por un astado en 1934.

los agudos pitones de «Perdigón», perteneciente a la temible vacada.

LOS TOREROS Y EL HAMBRE

Aun siendo tan excepcional lo que el triunfo significa y representa para el torero, son tantos los riegos, amarguras y desilusiones que tiene que vencer durante largo tiempo quien aspira a escalar los más altos puestos de la tauromaquia, que únicamente los desesperados, acuciados por el hambre y la necesidad, parecen capaces de superarlos. En efecto, si en los tres siglos de la tauromaquia moderna han sido muchos los señoritos y aristócratas que tentados por la popularidad y la fama se lanzaron a los ruedos, ninguno persistió en el empeño lo suficiente para figurar entre los grandes toreros de cualquier época. El más conocido de todos, don Rafael Pérez de Guzmán, lo es más por su heroica muerte frente a una partida de bandoleres defendiendo a los viajeros de una diligencia, que por sus proezas ante los astados. Aunque matador de alternativa durante algunos años no pasa en ningún momento de ser espada de muy segunda fila. Igual les sucede a todos los mozos adinerados —hijos de ganaderos en la mayoría de los casos— que figuran un tiempo más o menos largo como toreros profesionales. En general, y salvo muy escasas excepciones, quienes disponen de medios de fortuna, por escasos que sean, desisten pronto de sus afanes tauromacos. Son los auténticos necesitados, aquellos para quienes el hambre no es vaga abstracción retórica, sino realidad concreta y temible a través de toda la infancia, los que perserveran en el arriesgado empeño y acaban destrozados o triunfantes como «El Espartero», como Antonio Montes o como Juan Belmonte.

No se debe a simple y casual coincidencia que en los tres últimos siglos una mayoría de toreros salgan de Andalucía, la región más deprimida económicamente de España, con más hambre e injusticias sociales. En la todavía rígida división de clases en la sociedad feudal andaluza, la única posibilidad que se deja a los jóvenes desposeídos para ascender a una clase supuestamente superior es la lucha y el triunfo en los ruedos. Generación tras generación los mozos más ambiciosos, rebeldes y decididos tienen que utilizar esa válvula desesperada para escapar de las cornadas del hambre, a sabiendas del riesgo de perder la vida entre



Entierro de «Joselito», monumento de Benlliure en el cementerio de Sevilla.



Monumento a «Manolete» en Córdoba, obra de Avalos.

las astas de cualquier toro. De tener Belmonte otra perspectiva menos desolada que la de un misérrimo jornal en la «corta de Tablada», ¿hubiese retornado a los ruedos luego de sus primeras humillantes y vergonzosas derrotas taurómacas? Si Manuel Benítez hubiera dominado a fondo un buen oficio, ¿habría continuado la aventura taurina después de dos lustros de fracasos en las capeas, de la cornada sufrida en Loeches y de ver agonizar a su lado, en un hospital madrileño, en septiembre de 1959, a su compañero de andanzas y desventuras Manolo Gómez Aller?

La explotación secular del campesino andaluz, el hambre endémica de todo el proletariado bético, ha sido el mejor caldo de cultivo del arte taurómaco. Sin esa situación antisocial que ha despoblado en los últimos veinte años los pueblos del mediodía español, no hubiese habido tantos suicidas que se colgaran estoicamente de los pitones y a veces consiguieran revolucionar el toreo. Es posible —probable incluso— que una mejora real, efectiva y permanente en el nivel de vida nacional determine una crisis en la fiesta brava de muy distinta índole de la que llevan tantos años hablando los aficionados. Cabe incluso la posibilidad de que esa crisis se haya iniciado ya con la paulatina desaparición de los «fenómenos», tan abundantes en otras épocas. Ahora, en opinión de los críticos taurinos, llevamos siete u ocho temporadas sin aparecer ninguno, y tal vez sea «El Cordobés» el último de una larga serie de mozos andaluces que impulsados por el hambre y la desesperación consiguen hacer fortuna en los toros.

Se está dando en estas temporadas un hecho tan curioso como significativo: que por vez primera en toda la historia de la tauromaquia, los aspirantes a matadores de toros sean más abundantes en tierras americanas que en la Península. ¿No indicará esto que pueda repetirse con la fiesta brava lo sucedido con el boxeo profesional? Hace medio siglo casi todos los campeones mundiales eran norteamericanos, ingleses, alemanes o italianos, pero de pura raza blanca. Hoy, cuando han mejorado las condiciones económicas para los trabajadores blancos, la casi totalidad de las grandes figuras del ring, los campeones del mundo, o son negros y chicanos, pertenecientes a unas minorías marginadas en USA o púgiles nacidos en los países del tercer mundo. ¿Ocurrirá algún día lo mismo con nuestra llamada Fiesta Nacional? ■ **E. de G.**

Hollywood y la guerra de Vietnam

¿Cómo filmar el apocalipsis?



Escena de «EL ULTIMO DEBER», de Hal Ashby (1974).

Ignacio Ramonet

Soldados norteamericanos en un momento de distensión durante la guerra del Vietnam.



Soldado norteamericano durante la guerra del Vietnam, en primera línea.

POCAS películas han criticado radicalmente *la política imperial de los Estados Unidos en Vietnam. La primera, la más inteligente, fue:* Vietnam in the Year of the Pig, *donde el documentalista Emile de Antonio trató de explicar las causas profundas de la guerra y analizar sus consecuencias. Con métodos de arqueólogo, De Antonio estudió una enorme cantidad de material de archivo (iconográfico y sonoro) desde la época de la colonización francesa, y pudo demostrar brillantemente dos cosas: la larga premeditación de la agresión americana, y la ineluctabilidad de la derrota. Uno de los testigos que entrevistó, el Padre Berrigan, poeta y jesuita, declaraba en la película: «La resistencia de los vietnamitas significa el fin de la época de Superman».*

EN **Winter Soldier** (1971) un colectivo militante filmo los testimonios de ciento treinta veteranos del conflicto reunidos en febrero de 1971, en Detroit, donde denunciaron durante tres días las atrocidades que ellos mismos habían cometido «en nombre de la civilización». Después de haber tomado conciencia, estos antiguos combatientes (muchos de ellos negros o indios) expusieron de qué manera fueron «deshumanizados» en los campos de entrenamiento norteamericanos donde les enseñaron a censurar toda protesta moral y a liberar sin límites todos los instintos de agresión para poder aplicar luego, en Vietnam, una vez «robotizados», sin remordimiento, el «código del Marine» que transformaba a cada vietnamita en blanco de feria, a las orejas comunistas en monedas de cuartel, y a la



Escena de «EL CAZADOR», de Michael Cimino (1978).

Soldados norteamericanos en el frente de batalla, durante la guerra del Vietnam.



Escena de «EL REGRESO», de Hal Ashby (1978).

tortura en deporte viril. **Winter. Soldier** fue la película porta-estandarte de toda una generación pacifista. Circuló por todas las universidades, y el personaje interpretado por John Voight en **Coming Home** (el Regreso) está directamente inspirado de este documental excepcional.

En **Hearts and Minds** (Corazones y Mentes, recompensado ya con un Oscar en 1975) el realizador Peter Davis convocó a partidarios y adversarios de la guerra para demostrar, bajo pretexto de objetividad, la aberración mental de los belicistas. Por ejemplo, un oficial de marina, héroe nacional multidecorado, confesaba a los estudiantes de un colegio durante un discurso público que «Vietnam sería mucho más bello si no existieran los vietnamitas» (!); y el general Westmoreland para restar importancia a los bombardeos aéreos contra las poblaciones civiles declaraba, filósofo, que «los orientales no aprecian la vida tanto como nosotros».

Estas tres películas, documentales, se realizaron en una época en que había que oponerse, en las pantallas, a la nefasta influencia de **Green Berets** (Boinas Verdes), de John Wayne, que Hollywood produjo como propaganda y contribución al esfuerzo ideológico de guerra. Con el retorno de los soldados se generalizó la animosidad contra la «sucia guerra» y Hollywood cambió de táctica (1), se decidió a producir films de masa que abordaron con discreción la dolorosa cuestión de Vietnam. Así, en **Dog's Day Afternoon** (Tarde de Perros), Al Pacino y su compañero son excombatientes de Vietnam que caen en la delincuencia y aplican, para asaltar un banco, lo

(1) Exceptuamos de nuestro análisis a **The visitors (Los Visitantes)** *de Elia Kazan, disertación laboriosa sobre el remordimiento y la mala conciencia; y Cattonsville's Trial producido por Gregory Peck que contaba la historia de unos protestatarios juzgados por haber quemado, con napalm, su cartilla militar. Estas fueron las primerísimas ficciones norteamericanas sobre la guerra de Vietnam; habría que volverlas a ver situándolas en el contexto de la época.*



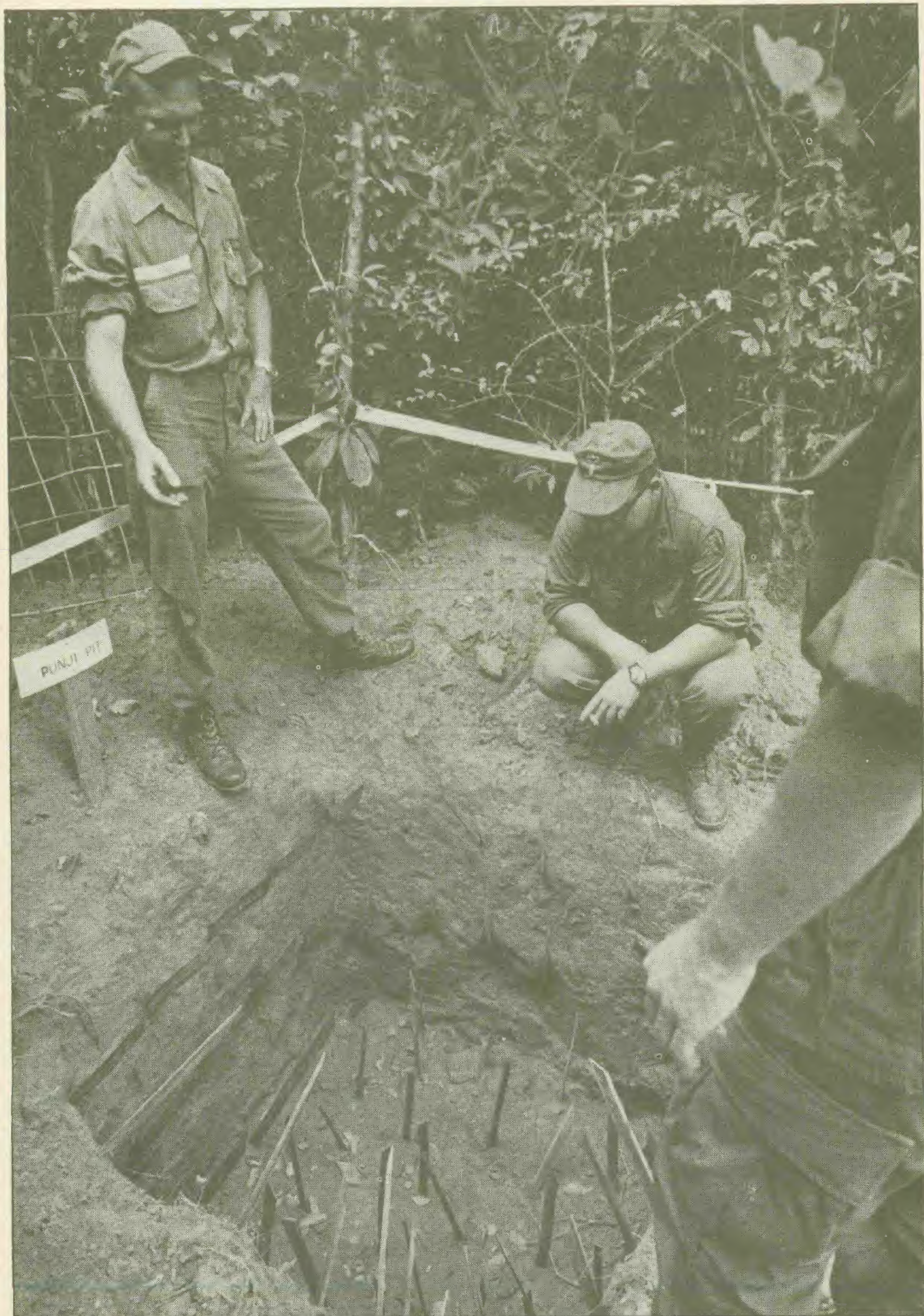
Escena de «LOS VISITANTES», de Elia Kazan.

que aprendieron en los comandos de la *jungla*. Nick Nolte, en **Who'll stop the Rain** (Mercenarios del infierno, 1977), de Karek Reisz, interpreta también a un retornado de Vietnam, antiguo hippie convertido a expensas suyas en traficante de drogas y completamente extraviado en un mundo del que ya no posee ninguna clave si no es la violencia; asimismo Travis, el chófer de taxi que interpreta Robert de Niro, en **Taxi Driver** (que también ganó Oscars) es un antiguo combatiente de Vietnam que padece, a consecuencia de sus heridas, un insomnio crónico; él tampoco sabe adaptarse a una ciudad hiperviolenta (Nueva York) si no es con las mismas armas y los mismos métodos superagresivos que le enseñaron en la guerra. Las tres películas se planteaban el problema de la difícil **reconversión** a la vida



Escena de «TAXI DRIVER», de Martin Scorsese (1975).

Un vietcóng abrasado por el napalm, durante la guerra del Vietnam.



Soldados norteamericanos en operaciones antiguerrilleras, durante la guerra del Vietnam.

civil, en tiempos de crisis, de hombres a los que durante años sólo se le había pedido matar sin reflexionar.

El año pasado, y ya mucho más directamente, Ted Post abordó el tema del conflicto vietnamita, en **Go Hell the Spartans**, a la manera de un Raoul Walsh, como un marco aventurero para héroes magníficos pero descarriados. El protagonista (Burt Lancaster) es un veterano de todas las guerras que critica las órdenes del oficial de carrera pero que sabe poner «al servicio de Occidente» todo su saber bélico; este film, el más clásicamente «de guerra», tiene la disculpa de situar la intriga en una etapa histórica más lejana: cuando los norteamericanos sólo constituían, en Indochina, un cuerpo expedicionario aliado al ejército colonial francés en la época precisamente de la guerra de Corea; guerra que dio lugar a tantas películas anti-amarillas. En ese sentido cabe afirmar que la guerra de Vietnam no ha suscitado (la excepción de **Boinas Verdes** lo confirma) un cine triunfalista, o tan siquiera militarista como lo hicieran, sobre todo, las guerras contra el Japón y Corea. Vietnam, al contrario, ha favorecido de cierta manera una reflexión sobre la torpeza de la guerra. Y esto **por primera vez.**

Coming Home (El regreso) es un poco el film oficial de esa mala conciencia norteamericana, realizado por aquellos mismos que se opusieron en sus tiempos a la guerra (recuérdese que el director, Hal Ashby, fue un militante pacifista, contemporáneo de la creación del movimiento hippie y que ya había tocado, de refilón, el problema del malestar ex-combatiente en **The Last Detail** (El último deber); en cuanto a Jane Fonda, siempre luchó contra la guerra —está casada con un líder pacifista—, viajó a Vietnam del Norte donde pudo conversar con Ho-Chi-Minh, hizo discursos por Radio Hanoi contra el ejército de su país y realizó dos documentales militantes en contra de esa guerra de extraordinario valor patético). Aunque **El regreso** está hecha con la mejor voluntad de mostrar los «desastres» (físicos y morales) de la guerra, se puede también considerar que su pacifismo tiene muy poco de político y mucho de afectivo; en efecto, el film establece que la guerra de Vietnam es injusta porque **hiere los cuerpos norteamericanos**, y la opulencia del país no justifica ese sacrificio que deviene absurdo. También mantiene una confusión entre la violencia de la guerra y las **carencias** de un



Escena de «BOINAS VERDES», con John Wayne como protagonista, película de Ray Kellog.



Pilotos norteamericanos capturados por el Vietcong.

hospital militar, pues cuando éstas son vencidas curiosamente, el mutilado cobra una autonomía y una vitalidad tales que la guerra se olvida y uno (pensando en **El cochecito**) casi le envidia. En este sentido, la película funciona como una magnífica **compensación simbólica** para todos los mutilados de guerra, los cuales comprobarán, si ven la película, que se puede haber perdido el uso de las piernas y a pesar de ello seducir a Jane Fonda; y no sólo seducirla sino hacerla gozar, lo que su marido (válido, oficial y patriotero) no puede realizar; que se puede también jugar al baloncesto, conducir coches de carreras, pasar por televisión, etc... Porque el verdadero sentido de la película no es de criticar la guerra de Vietnam sino de reafirmar una vez más (por eso le han dado dos Oscars), que la principal cualidad norteamericana es la **voluntad de vencer,** de vencer a su propio cuerpo si es preciso; y el marido **cobarde** que se tiró una bala en su pierna para salir de la guerra, ése es el personaje negativo de la ficción, el cornudo, el suicida, el traidor... En cuanto a la mujer, pocas veces habrá sido, como en ésta película, hasta tal punto, el estereotipo del «reposo del guerrero».

Ninguno de los films precedentes ha querido «explicar» la guerra como algo inevita-



Oficiales de los Estados Unidos preparando una operación militar sobre territorio del Vietcong.



Una muchacha vietnamita apuntando a un piloto norteamericano capturado cerca de Hanoi, durante la guerra del Vietnam.

ble, decidido por instancias demasiado lejanas, que la transforman en una **fatalidad política** que el ciudadano debe asumir con deportividad; porque hay que jugar el juego. Esta idea está llevada muy a fondo en **Deer Hunter (El cazador)**, donde Michaël Cimino presenta a un grupo de personajes que jamás cuestionan lo que hacen y que son incapaces de **verbalizar** una experiencia o un sentimiento; hay en ellos una simplicidad que raya en lo necio. Zombis políticos sobre los que cae la guerra con sus «horrores» y ellos reaccionan como «hombres» prisioneros de un machismo ancestral. La lección política del film es breve: el salvajismo de los comunistas justificó la entrada en guerra de los Estados Unidos; la corrupción y la villanía de los survietnamitas justificaron el repliegue norteamericano. Hagan lo que hagan los Estados Unidos tienen razón, Cimino lo demuestra; y Hollywood lo recompensa: seis Oscars.

La película más ambiciosa sobre este conflicto es la que no acaba de terminar Francis Ford Coppola: **Apocalypse Now**, para la cual ya lleva gastados veinticinco millones de dólares (la mayor suma jamás invertida en la producción de una película) y que pretende denunciar, desde un punto de vista **radical** «una guerra en la que la tecnología más sofisticada se enfrentaba contra simples campesinos; donde las cervezas heladas eran enviadas en convoyes de helicópteros protegidos, hasta el mismo frente; donde las chicas «conejitos» de **Play Boy** se exhibían en el centro de las batallas, y donde los fotógrafos y los operadores gritaban a los soldados para que no mirasen a las cámaras durante los combates».

En esta tragedia del Bien y del Mal, especie de ópera moral, Coppola (que ya tiene enlatadas 450 horas de proyección) quiere contar una historia escrita por John Milius adaptada de una novela de Joseph Conrad **(En el corazón de la Noche)**, y que cuenta como un capitán (Martín Sheen) contratado por la CIA en 1968 parte en busca de un coronel loco (Marlon Brando) para liquidarlo. Este vive en un templo budista en plena jungla y se distrae organizando, con sus hombres, batallas caprichosas contra cualquier enemigo sin importarle su pertenencia política. Este extraño coronel de la jungla se encuentra ayudado por una serie de subordinados desquiciados: un fotógrafo de prensa (Dennis Hopper) que sólo funciona con LSD, un oficial obsesionado (Robert Duvall) que mata a todo un pueblo para poder hacer surf en una playa en solitario, etc...

Los límites de esta película (que también ganará Oscars, si se termina un día) es que, como todas las demás, demostrará que sólo el cine norteamericano sabe hacer la crítica de la política norteamericana; «mi objetivo —ha declarado Coppola— es mítico, honrado, pro-humano, y por consiguiente **pro-norteamericano»**. Más claro... ■ **I. R.**



Soldado norteamericano en avanzadilla por territorio vietcong.

Franco Solinas y la trilogía del represor

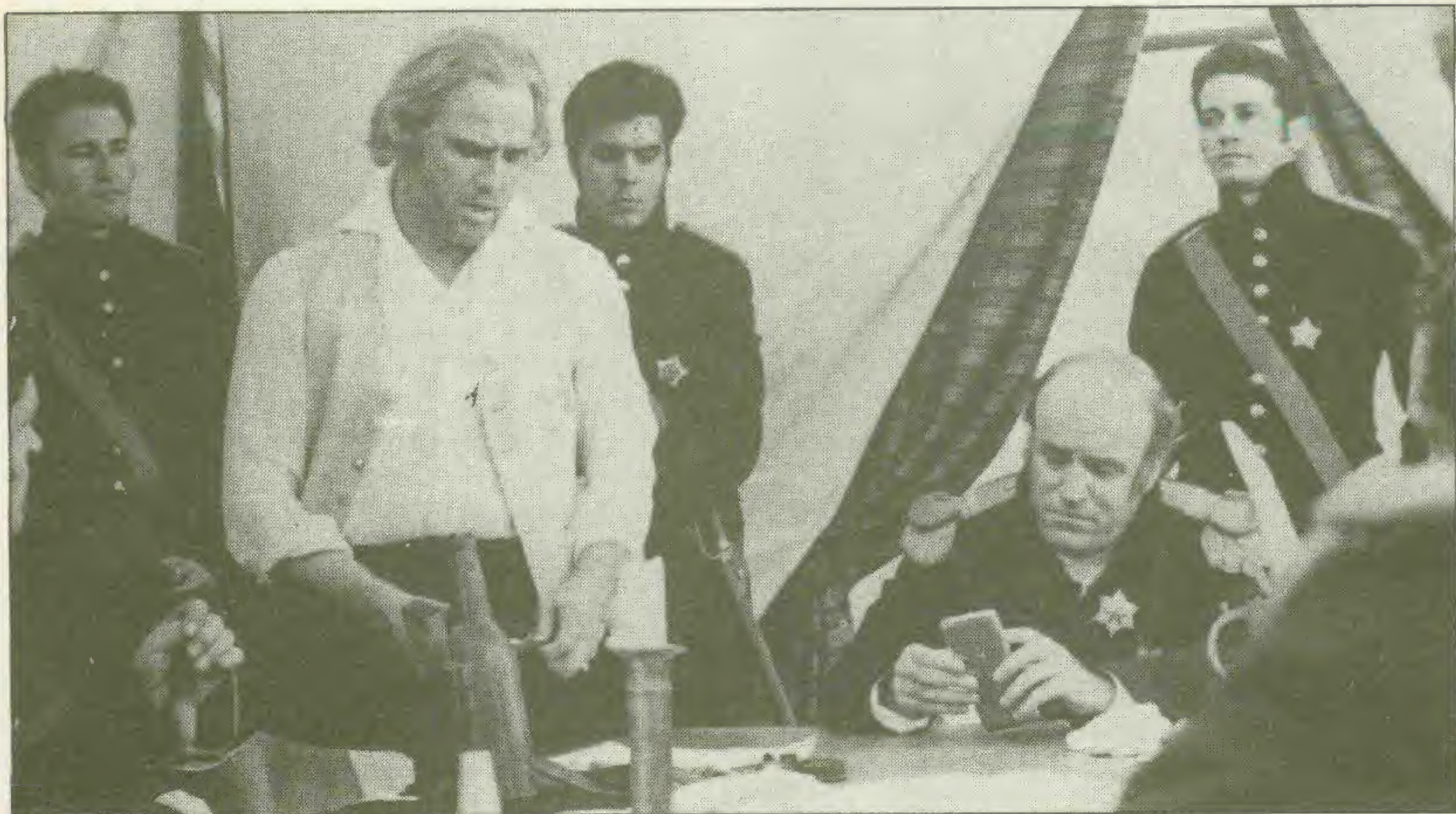
Alberto Santiago García Ferrer

«EL padrastro: un hombre encorvado, de piel amarillenta, nariz larga y mueca de odio en la boca. Torpe y agresivo». Así presentaba los caracteres de un personaje un libro, ya olvidado, de obras de teatro para niños. No había atenuante posible para la maldad del antagonista. Su fealdad era proporcional a la belleza del protagonista. Este había sido agraciado con la sabiduría; aquel castigado con la torpeza. Así, su destino, como el de tantos duendes y ogros, madrastras despiadadas o brujas de corazón helado, era el de ser burlado y arrojado a las tinieblas más profundas. El cine adoptó esta visión «lombrosiana» de la maldad. Sobre todo el cine norteamericano cuando abordaba temas donde el «malvado» era un nativo de algún país periférico. Si el rostro y las maneras poco decorosas lo definían visualmente, el toque preciso consistía en privarlo de la razón, de la lógica. La lógica interna del personaje era la maldad de la sinrazón.

Los antagonistas de Franco Solinas, guinista de esa trilogía de la lucha colonial: «La batalla de Argel», «Queimada», ambas dirigidas por Gill Pontecorvo y «Estado de Sitio» de



La batalla de Argel (1966)



Queimada (1970)

Costa Gavras discurren con una lógica despiadada.

En la dialéctica de la lucha colonial, el opresor y el oprimido inmovilizan la imagen de su oponente en una caricatura deforme. Doble función: la del entomólogo que paraliza la vida de la avispa para describir su morfología y clasificarla, sacrificando en la operación el movimiento inquietante del insecto, y la del político que necesita estereotipar a su adversario para combatirlo.

En el combate el opresor impone no sólo una imagen de sí mismo, sino que propone, también, una imagen del enemigo. Se trata de restarle fuerza, inculcarle la inferioridad y hacerle creer que la dependencia es fruto de su condición natural.

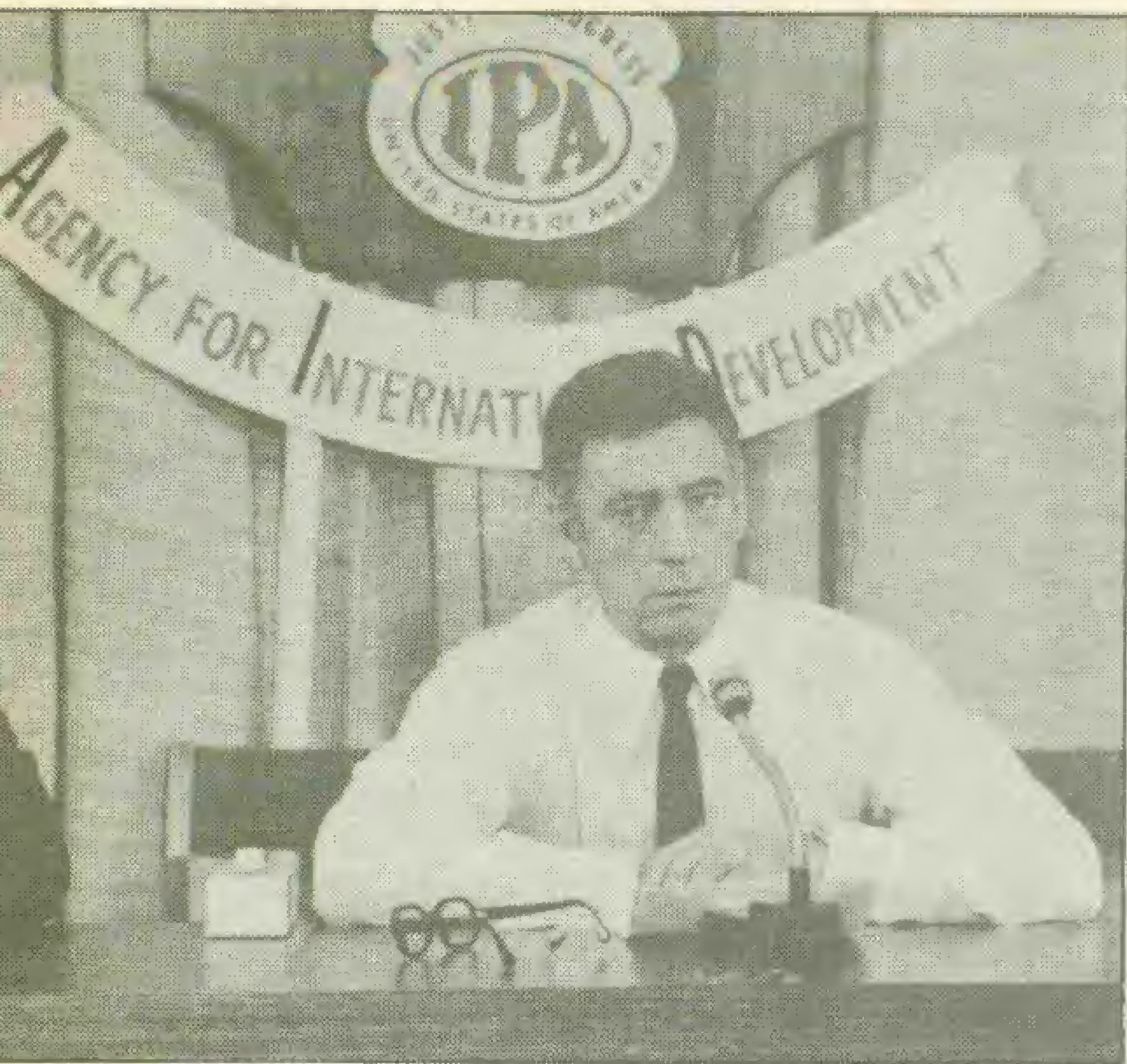
Si la necesidad de imponer esa imagen del colonizado es clave en la estructura ideológica de dominación, el estereotipo del opresor es importante para el oprimido.

El colono o represor de la trilogía de Solinas, es, sin embargo, claramente humano. El guionista nos propone una imagen distanciada. El antagonismo colectivo de pueblos que se organizan para la resistencia y la lucha, Solinas, opone una cuidada estructura humana que desdeña el estereotipo del «malvado». Morfológicamente carece del estigma del ogro o de la fealdad cenicienta del padrastro. Es un militar erguido y algo arrogante o un aventurero bebedor muy al estilo siglo XIX o un ejemplar padre de familia, correcto en sus modales y apariencias, que en la metrópolis sería uno de los tantos atareados ejecutivos que deslizan su vida sobre el plano inclinado de las acciones y valores ajenos. No son la excepción a la regla en la sociedad a la cual pertenecen: son la regla misma. Es el reparto de tareas en la sociedad imperial la que los cualifica y la eficacia la que los asimila.

El periodista que, indignado, requiere a Mathieu, en la conferencia de prensa sobre las posibles torturas aplicadas a los miembros del FLN argelino, intenta desempeñar con similar eficacia a la de Mathieu, su papel en la sociedad colonial. La existencia de ambos se presupone mutuamente. Lo que horroriza no es tanto la cualidad de la función, sino su cotidianeidad, su ejercitación racional. La perturbación física que sucede en el tiempo a la visión de un hecho violento es intensa pero relativamente corta. Para el espectador, en cambio, la planificación racional del dolor y el exterminio provoca miedo, un miedo que finca más en el campo de la razón, que en la improbable certeza física del dolor.

El antagonista es para Solinas un ser racional. El ogro, privado de su fealdad material, es también un ser lógico. Su «maldad» no existe como vocación estrictamente individual ni como predestinación. No hay condena moral para los «incontrolados». Hay enjuiciamiento a un sistema que necesita eficacia en el reparto de tareas y todo lo controla.

En la tarea que le ha tocado, el represor debe poseer la lógica más inflexible. Está en el terreno más sensible de su sociedad. Desde la



Estado de sitio (1972-1973)

colonia contempla la metrópolis. Sabe de sus necesidades. Ha sido entrenado para ver la realidad y doblegarla. Por eso, el coronel Mathieu contesta imperturbable, al periodista indignado, que no se trata de si se tortura o no se tortura; ésa no es la pregunta correcta: se trata de si Francia debe permanecer en Argelia o retirarse. En la dominación colonial no hay matices. Mathieu no se engaña como pueden hacerlo los que disfrutan, apacibles, del botín colonial. La raíz misma del hecho colonial es la violencia: la sujeción de la voluntad colectiva de un pueblo.

Walter, el delegado del imperio Británico en «Queimada», adoctrina a la incipiente burguesía local en el interior de un prostíbulo. Se trata de perfilar un nuevo orden. La esclavitud no es rentable, además de indecorosa. Ya no más mercado de esclavos. Cada uno debe tener la posibilidad de venderse a sí mismo. Y los poderosos de pagar por quien le sea útil y mientras lo sea. A los sublevados persuadirá de que no tienen salida, que su dependencia es de carácter natural y por lo tanto, regido por leyes que escapan a la voluntad de los hombres. A quienes han saltado de la más dura de las sumisiones a la cima de un poder posible, les mostrará su soledad como una fatalidad divina: «No hay médicos para los enfermos, ni maestros para los niños, ni mercaderes que vendan el azúcar, ni técnicos que dirijan los ingenios, ni diplomáticos que conquisten la buena voluntad del Imperio». Dosificará la persuasión con una mano y la muerte con la otra. Cuando el Imperio requiera nuevamente sus servicios, planificará el exterminio. Trasladará poblaciones que constituyan la retaguardia del ejército rebelde, arrasará, quemará. Será más tajante que terratenientes y empresarios. Más lúcido que el delegado comercial del Imperio: «Esta isla se llama Queimada porque los portugueses tuvieron que quemarla entera para acabar con la resistencia. Y la dominaron trescientos años. Si es necesario volveremos a quemarla para dominarla otros trescientos». Cuando José Dolores, el abanderado de los rebeldes es condenado a muerte, le ofrece la vida a cambio de su traición. Trata de que viva, aún a cambio de nada. Sabe que la destrucción más completa sólo puede hacerla la vida misma transformándolo en un paria. Su tarea exterminadora no puede extenderse más allá de la muerte. Allí comienza la leyenda. Walker, el opresor, no puede luchar contra fantasmas.

Philip Santore, el agente de la AID en «Estado de sitio», también conoce sus límites. No se engaña a cerca de su propia dimensión individual. Es un técnico preparado para detectar en los tableros la señal de peligro. Hay un punto desde donde no es posible volver. Catedrático del dolor ajeno, conocedor de la resistencia humana, sabe de los puntos límites. Capturado y sometido a interrogatorio, Santore, pide en el momento final de su encierro que le expliquen la situación que se vive en la calle. Un miembro del MLN se lo plantea brevemente. Y le pide que escriba al embajador norteamericano para que interceda, como última alternativa. Cuando termina de explicar, Santore toma la lapicera y el papel y dice: «Sí. Voy a escribir... Pero no al embajador. Sino a mi esposa». Mercader de vidas, sabe que la maquinaria no se para a contemplar a los caídos. Nadie es imprescindible. En el fondo ha cometido un error y lo está pagando. Su lógica ha funcionado, disciplinada, aún ante la certeza de su propia muerte.

El epílogo de «Estado de Sitio» inicia nuevamente el ciclo. No han terminado las lamentaciones oficiales por la muerte de Santore y el «engranaje» de repuesto ya está en su sitio.

No importa como lleguen: en avión o en barco. Uniformados o confundidos en el bullicio de los aeropuertos. Traen consigo los instrumentos de dolor. Sus generales condecorados. Sus noches de sirenas y de gritos. Los cadáveres amontonados en el fondo de una mina. La lógica aséptica del funcionario.

Para ellos y por ellos parece haber escrito estos versos Baudelaire:

«Te golpearé sin cólera
y sin odio, como un carnicero» ■

A. S. G. F.

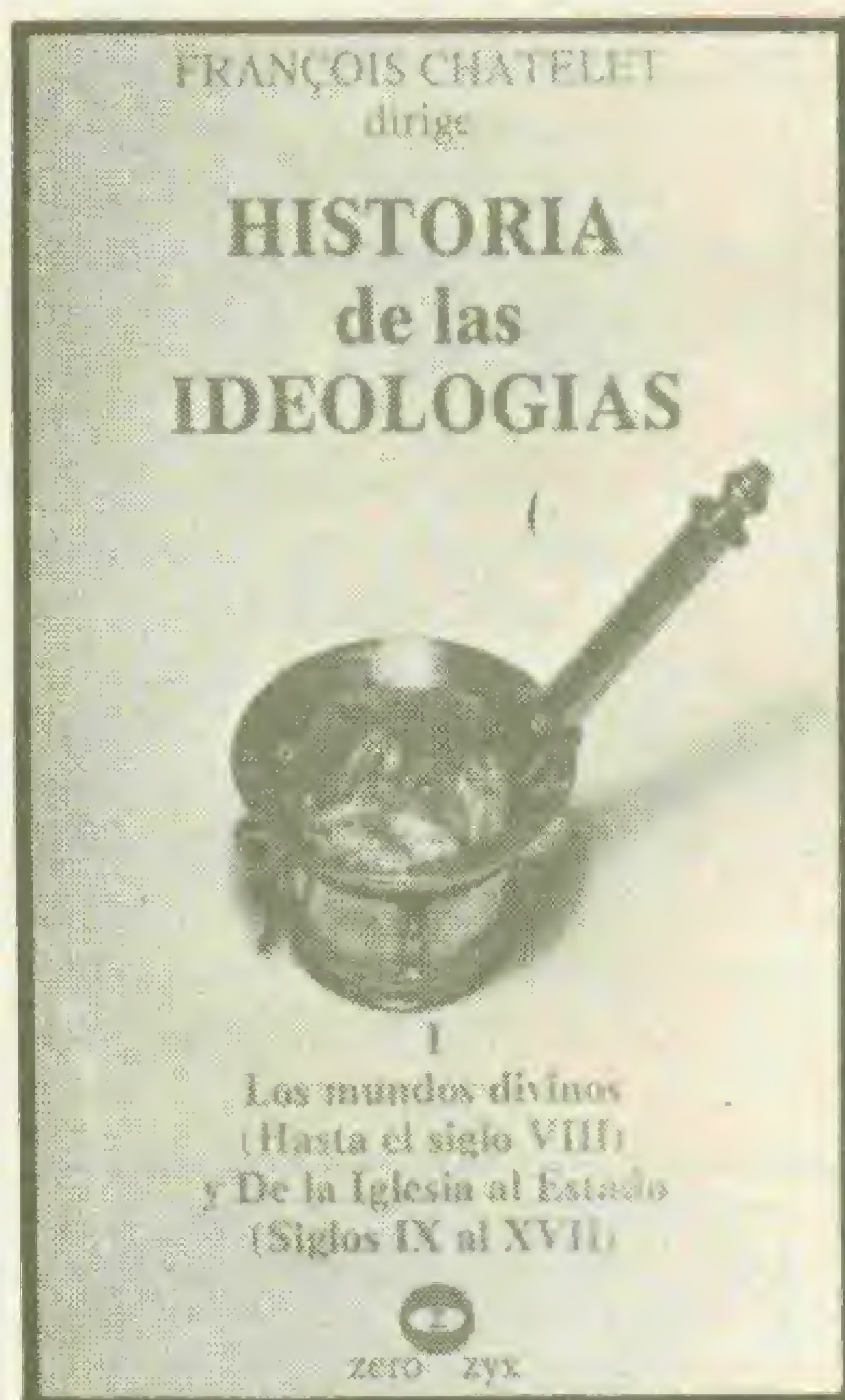
UNA GEOGRAFIA DE LAS VISIONES DEL MUNDO

Filosóficamente, Châtelet comienza siendo hegeliano para adherirse posteriormente al marxismo; en la actualidad, el conocido historiógrafo francés, comparte con otros autores un cuestionamiento profundo del hegelianismo y del marxismo. Dejó el PCF porque tal esquema de partido no aportaba una alternativa real a gran cantidad de los problemas que se viven en la sociedad actual. Y esto le llevó a plantearse la necesidad de una revisión radical de las tesis tradicionales sobre el marxismo y, más ampliamente, sobre la revolución. Actitud que comparten con él muchos intelectuales y militantes, y que Châtelet desarrolla en los terrenos históricos y filosófico, desde la perspectiva materialista del grupo de la Universidad de Vincennes.

Por un lado hace una crítica del hegelianismo por su carácter alienante de la fe absoluta en la razón y en la necesidad histórica. Y al marxismo por dar una interpretación unilateral de Marx.

Châtelet señala en estos momentos, como tarea fundamental de la filosofía, superar el concepto clásico de la razón, sin caer en el irracionalismo; así como la crítica de las instituciones y la opresión que les es inherente y que conforman el actual sistema estructural. Define el socialismo diciendo lo que no es: «... en primer lugar, una trasformación brutal de la sociedad, una revolución final que cambia todo, bruscamente. Esta manera de entenderlo es teológica, contestable y peligrosa. Nada llega de un sólo golpe. Es preciso abandonar la idea de una sociedad maravillosa y real. Es un sueño». Políticamente entendía —en una entrevista que le hicieron en febrero de 1978 en Le Matin— «que un gobierno de izquierda sólo puede poner en marcha un proceso de cambio, a través de medidas que afecten a la vida cotidiana en su funcionamiento».

François Châtelet es una figura importante en este momento de crisis, incluso de oscuridad en que se ve sumido el proceso evolutivo de los pueblos. Su labor se hace imprescindible. Ahora se ha publicado en España, editado por Zero-Zyx, la traducción de **L'Histoire des idéologies,** que es una obra magna del



pensamiento, llevada a cabo de manera colectiva por un grupo de especialistas en el tema, bajo la dirección de Châtelet. Obra nacida años después de su otro gran aporte, **L'Histoire de la philosophie.** «No es —dijo de la obra— ni un análisis de filiación, ni un análisis de las figuras del espíritu. Es un análisis de la manera en que las sociedades son aprehendidas por sí mismas, tendiendo a elaborar puntos de vista diferenciales respecto a lo que somos hoy... Hemos tenido una sorpresa. Al llegar los textos, sentimos que se producía una inflexión: cuando surgió la noción de poder central y la oficialización de la separación entre dominado y dominante, el término de ideología política abarca el de ideología como visión del mundo. Hemos descrito, al menos, un panorama de las ideologías como instrumento dominante del poder. El efecto que esperamos de ellos es el de obtener diferencias que permitan hacer una crítica del significado de las palabras hoy».

Los problemas que nacen en principio en una obra de este género van desde los que conciernen al método de llevarla a cabo hasta la selección de los hombres que verdaderamente sean representativos. Como la imposibilidad de cubrir todo el dominio, capítulos desiguales, a veces se hallan contradicciones entre los autores, etc. Pero la obra es nueva, muy útil y el proyecto en su conjunto, realmente importante y necesario.

No es una historia de las civilizaciones, al menos tal y como estamos acostumbrados a leerla, como se está acostumbrado a exponerla. No se recurre a un principio de explicación global que facilite el camino; se adopta una posición intelectual que domina sobre las ideologías sin sacrificar una sola.

Al leer esta obra es preciso entender por ideología la manera con la que los hombres están representados en el mundo, desde siempre, lo mismo que se trate del Cosmos, de Dios, del Estado, de la Sociedad, de la Ciencia y, hoy, de la Política. Châtelet concibe el término ideología el sistema más o menos coherente de imágenes, ideas, principios éticos, representaciones globales, y, también, gestos colectivos, rituales religiosos, relaciones de parentesco, técnicas de supervivencia (y de desarrollo), expresiones que ahora llamamos artísticas, discursos míticos o filosóficos, organización de los poderes, instituciones y enunciados y fuerzas que estos mismos ponen en juego». En definitiva, una visión o una concepción del mundo. Se describen las ideas en su propia acción. Se las sitúa al más elevado nivel de reflexión, sin caer en una falsa ciencia. Tampoco se trata de una mera

compilación de artículos, sino que cada uno tiene sentido *por sí mismo*, formando parte del todo. Châtelet precisa que «es una tentativa para reunir los movimientos de superficie que determinan la vida de las sociedades en las concepciones profundas que las constituyen y las animan. Es también nuestra historia...».

Un periodista francés ha dicho, con motivo de la aparición el año pasado de este conjunto de trabajos: «¿Homo sapiens? No nos hagamos muchas ilusiones. Homo ideologicus».

Se trata de un monumento dividido en tres partes que en España aparecen en dos tomos: La primera parte trata de los mundos divinos hasta el siglo VIII de nuestra era; la parte segunda evoca las posiciones de la Iglesia y del Estado del IX al siglo XVII; y la tercera parte, titulada «Saber y Poder del siglo XVIII al XX», nos introduce en los grandes debates de nuestro tiempo.

Se trata, en fin, de un estudio clave del mundo en sus distintos aspectos, partiendo de un concepto clave para los autores: el de Cosmovisión, o visión global que elude la compartimentación de las ciencias. Siendo también muy importante también el análisis que hacen de la sociedad a partir de su génesis. Este trabajo debería jugar un papel crucial, tanto por su visión nueva, como por la claridad de su presentación que convierte el tema es perfectamente accesible a toda suerte de lector.

Son ideas que, hablando con los responsables de la editorial Zyx, éstos comparten. Tanto respecto del concepto que este grupo de historiadores tienen de ideología, como del mundo y de la sociedad. Consideran fundamental esta guía-método para la recuperación del mundo clásico y la formación de la edad media. Se contesta así, sobre una base científica, una cuestión clave en las ciencias de la historia: ¿Historia lineal? ¿Historia progresiva? ¿Dando saltos? ¿Avanzando en línea ascendente?

Esta misma editorial coedita con Encuentro otra obra magna en seis volúmenes que merece especial atención en nuevo y más extenso comentario: Una **Historia económica y social del mundo;** nuevo trabajo colectivo en el mismo sentido del anterior, pero más ambicioso. ■ **VICTOR CLAUDIN.**

EDICION FACSIMIL DEL SUMARIO DE LA HISTORIA DE FERNANDEZ DE OVIEDO

Con motivo de la celebración del quinto centenario del nacimiento de Gonzalo Fernández de Oviedo, Espasa-Calpe ha publicado una edición facsímil del **Sumario** o avance de la gran **Historia general y natural de las Indias,** su obra más notable. La edición es de una tirada de tres mil ejemplares fuera de comercio que serán, sin duda, muy solicitadas por historiadores y bibliófilos y ha sido prologada por Juan Pérez de Tudela, autor del estudio sobre la vida y obra de Fernández de Oviedo, que sirve de introducción a la edición de su **Historia** por la B. A. E. en 1959.

Esta edición conmemorativa es un signo más del interés que encierra la figura de Oviedo; interés que ya se puso de manifiesto en los dos congresos celebrados el pasado año en Nicaragua y Madrid —este último bajo el lema «España y América en el siglo XIX»— y que corrobora el incremento que ha experimentado últimamente la bibliografía existente sobre él.


Oviedo dela natural hystoria delas Indias.
Con preuilegio dela S.C.C.M.
ESPASA-CALPE, S.A.
MADRID 1978

La **Historia** de Oviedo abarca el periodo comprendido entre la conquista y 1523, y constituye en su conjunto el resultado de un enorme esfuerzo proseguido a lo largo de más de treinta y cinco años. Oviedo la concibió y probablemente la comenzó en 1514, al regreso de su primer viaje a América, y en ella se propuso dar cuenta cabal de todo aquello que pudiera ilustrar el conocimiento europeo sobre el Nuevo Mundo en la doble vertiente de lo natural y de lo humano, tanto español como indígena.

Sobre ella señala Pérez de Tudela: «lejos de perder valor con la multiplicación de los textos y datos documentales hoy disponibles sobre la materia tratada por Oviedo, viene a quedar realzada por esa posibilidad de contraste. Y no sólo en cuanto a sus contenidos informativos, sino muy en especial, por lo que encierra de testimonio ideológico del más subido interés». También insiste el prologuista en el carácter evolutivo de las actitudes de Oviedo y sus avanzados criterios a la hora de valorar los hechos culturales del indio, así como la excepcional calidad de su tratamiento de lo natural para lo que utilizó el aparato metodológico y conceptual de máxima altura en su época.

El **Sumario** se imprimió por primera vez en 1526, en casa del maestro Ramón de Petras, de Toledo, por cuenta y riesgo del autor y de él existen cuatro ediciones: la de González Barcia (1799), la de la B. A. E. (1877), la de Alvarez López (1942) y la de J. Miranda (1950).

Además de por su obra, en la que figura, junto a la monumental **Historia,** una serie de manuscritos, traducciones, e incluso, una novela de Caballerías —el **Claribate**— de las más representativas del género, Fernández de Oviedo merece atención por su propia personalidad compleja y polifacética, y por su vida apasionante, típica del hombre del Renacimiento, en la que la cultura humanística concilia con la actividad desbordante en el campo de las armas, de las letras o de la política, y con espíritu abierto hacia los nuevos horizontes que se abren para la Humanidad.

Estudiante, soldado, viajero infatigable, funcionario de la Corona y, por fin, cronista, Oviedo es un hijo de su siglo y de una España que alcanza entonces, 1525-1526, el cénit de su

trayectoria, cuando más alto se eleva la conciencia del orgullo nacional.

Nacido en 1478, en Madrid, en el seno de una familia de origen asturiano, es educado en la casa de Alonso de Aragón, Duque de Villahermosa, antiguo discípulo de Pietro Martine D'Anghiera, apasionado por las Humanidades que lo introduce en el conocimiento de Ptolomeo, Aristóteles, Plinio, Cicerón, Ovidio, Vitruvio, San Agustín, Petrarca, etc.; conocimiento que ya se revela en su primera obra, **El libro de la Cámara Real del Príncipe Don Juan,** que escribe cuando es mozo de cámara del hijo de los Reyes Católicos.

Muerto Don Juan marcha a Italia con el Gran Capitán, de quien fue secretario. En 1502, vuelve a la patria y combate en el Rosellón, y, por fin, en 1513, viaja a América en la expedición de Pedrarias Dávila al Darién, como «veedor de la fundición del oro». A su regreso visita Flandes, otra vez Italia y en Barcelona tiene un encuentro con el padre Bartolomé de las Casas, con quien comparte su oposición a la conducta del gobierno español con respecto a los indígenas.

En 1520 es nombrado gobernador del Darién y tras un periodo de estancia en España ocupa el cargo de regidor perpetuo de la fortaleza de Santo Domingo, donde ya había sido alcalde y merecido el respeto de lo indígenas por el justo uso que hizo de su poder. Allí permanece hasta junio de 1556, año de su regreso definitivo a España, donde hace imprimir el vigésimo libro de su **Historia** —primero de la segunda parte— poco antes de su muerte a causa de las fiebres contraídas en las Indias, que tiene lugar en Valladolid, el año 1557.

Entre los manuscritos de Oviedo se puede citar: el **Catálogo Real de Castilla,** el **Libro primero del blasón,** o su **Libro de linajes y armas,** donde da cuenta de hechos e instituciones de la vieja España; **Batallas y Quincuagenas** de los «generosos e ilustres» personajes de su tiempo; **Respuesta** a la Epístola del almirante don Fadrique Enríquez y su **Relación** sobre la prisión del rey Francisco I de Francia. También tradujo del italiano el **Laberinto de amor,** de Boccaccio y las **Reglas de la vida espiritual y secreta teología,** de Domingo de Robertis. ■ **BEL CARRASCO.**

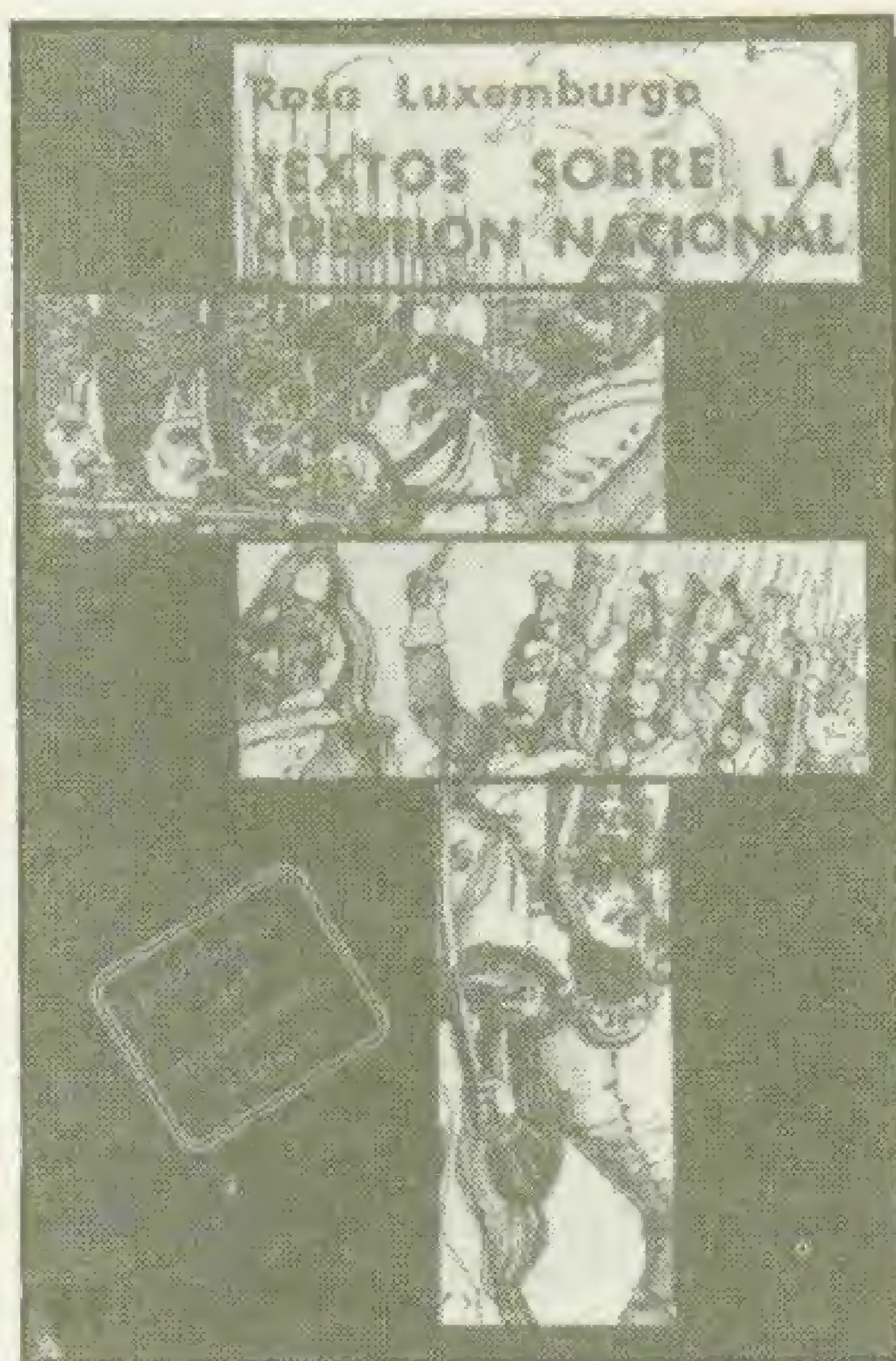
ROSA LUXEMBURGO Y LA CUESTION NACIONAL

La quiebra de ciertas concepciones tradicionales —tradicionales desde la revolución bolchevique— sobre los principios organizativos del movimiento obrero, así como sobre el contenido mismo de la democracia socialista, han puesto nuevamente de actualidad el nombre de Rosa Luxemburgo, asesinada hace ahora sesenta años, tras el fallido levantamiento spartakista.

Pero hay otro tema, quizás algo menos conocido, y, sin embargo, importante, en la obra teórica de la gran revolucionaria polaca. Tema que, en su momento, fue objeto de una viva polémica, en la que intervinieron desde Lenin hasta Kaustsky, y que cobra hoy también entre nosotros renovada vigencia. Me refiero a las nacionalidades.

Se ha acusado, desde algunos sectores, a Rosa Luxemburgo de no tener sensibilidad para la cuestión nacional. Nada más falso. Basta leer, por ejemplo, un párrafo como el siguiente, extraído de su prefacio a **La cuestión polaca y el movimiento socialista** (1): «El problema nacional no es ni puede ser algo extraño a la clase obrera (...). Es un hecho indiscutible, para honra de la humanidad de todos los tiempos, que ni la opresión más inhumana de los intereses **materiales** puede suscitar una rebelión tan fanática y tan ardiente, un odio tan grande, como el que engendra la opresión de la vida espiritual: la opresión religiosa y nacional».

(1) *Rosa Luxemburgo:* **Textos sobre la cuestión nacional.** *Compilación y notas de Manuel P. Izquierdo. Ediciones de la Torre. Madrid, 1977. La traducción es, más que pedestre, infecta. Rosa Luxemburgo y el lector se merecen mejor trato.*



Su reivindicación de la cuestión nacional no puede ser más clara. ¿Cómo se explica entonces el hecho de que la Luxemburgo se opusiera virulentamente, utilizando las páginas de la revista «Neue Zeit», que fundara su correligionario Kautsky, a la moción presentada, en el congreso de Londres de 1896, por el Partido Socialista Polaco a favor de una Polonia unida e independiente? Sencillamente, porque para ella la cuestión nacional sólo podía abordarse tácticamente, y siempre desde una perspectiva de clase. Nada, pues, de dejación. Sólo cuestión de prioridades.

Para la cofundadora, junto a Liebknecht y Mehring, de la Liga spartakista, el derecho a la autodeterminación de los pueblos, tomado como un valor absoluto, podía muy bien servir para ocultar los verdaderos conflictos de clase. Por ejemplo, en el caso concreto de Polonia, la idea nacional, lejos de tener un contenido progresista como lo tuvo en Italia o Alemania en su momento, encubría una ideología de la nobleza, de raíz feudal, lo que la convertía en históricamente reaccionaria.

Los interses de la burguesía polaca estaban, por el contrario, ligados a los del capitalismo ruso, del que aquélla dependía económicamente. Por eso, en opinión de Rosa Luxemburgo, el proletariado polaco debía unirse a los obreros rusos en una lucha común contra el zarismo, como tarea previa a cualquier reivindicación nacional, por saludable que fuera.

Fiel a lo que se ha calificado de «internacionalismo intransigente», la autora de **¿Reforma o revolución?** se opondría a la política seguida por Lenin sobre el derecho a la autodeterminación de los pueblos. Para ella, las naciones liberadas del yugo zarista, lejos de convertirse, como pensaba Lenin, en aliadas de los bolcheviques, acabarían dominadas por sus respectivas burguesías, uniéndose a los enemigos de la revo-

lución. En contra de la opinión de Lenin, había que defender la «integridad del Imperio ruso en cuanto territorio revolucionario», es decir, como campo de acción común del proletariado de las distintas naciones bajo el mismo yugo.

Por el contrario, con respecto al llamado «problema de Oriente», Rosa Luxemburgo va a defender justo lo contrario. Sin que, como señala Georges Haupt en un agudo ensayo sobre el tema (2), haya en su postura incoherencia alguna. Pues si en el último caso, es partidaria de la autodeterminación de los territoriso balcánicos bajo dominación otomana, es porque allí los movimientos nacionales contribuirían positivamente, en su opinión, al desarrollo del capitalismo y, como consecuencia, al del propio movimiento obrero, casi inexistente. Es decir, que en ellos anidaba el germen de una futura revolución socialista, imposible sin el surgimiento de ese proletariado.

En cualquiera de los casos, Lenin iba a defender, por el contrario, el derecho a la autodeterminación de los pueblos. Según el gran revolucinario bolchevique, el proletariado ruso debía luchar contra todo nacionalismo y, en primer término, «contra el nacionalismo ruso». Pues sólo se podían llegar a la invitable fusión de las naciones, que él veía como meta del proceso revolucionario socialista, «a través de un período transitorio de liberación de todas las naciones oprimidas», de igual manera que «la humanidad no puede conseguir la abolición de las clases sino mediante un período transitorio de dictadura de la clase oprimida».

También para Kautsky, Rosa Luxemburgo subestimaba excesivamente el sentimiento nacional. Para el teórico sacialdemócrata, la comunidad de lengua representaba «un vínculo más sólido que la comunidad de acción en las luchas políticas del movimiento obrero en un Estado». Claro que el propio Kautsky advertiría también en otra ocasión contra los excesos nacionalistas, que podían ser «un combate de retaguardia de una burguesía en declive».

La cuestión —apenas la hemos esbozado— es evidentemente compleja, y las opiniones sobre la importancia de los dos momentos: el nacional y el de clase, pueden variar en función de las circunstancias. El gran mérito de Rosa Luxemburgo, es el de haber sacado la cuestión nacional del cielo de las abstracciones y haberla inscrito en el desarrollo histórico real: haber demostrado, esto es, cómo la creación de Estados nacionales puede atomizar y neutralizar al movimiento obrero, en algunos casos, y cómo en otros, puede, por el contrario, acelerar su liberación. ■ **JOAQUIN RABAGO.**

(2) En el excelente número monográfico dedicado por Materiales a Rosa Luxemburgo (Extraordinario núm. 3).

EL DARWINISMO EN ESPAÑA

Diego Núñez continúa sus estudios sobre el pensamiento en el XIX español. Habrá que congratularse de ello. No es frecuente abordar estos temas desde la perspectiva socioeconómica y con la claridad y rigor que le son habituales. Ya lo observamos en su anterior obra **La mentalidad positiva en España, desarrollo y crisis.** Planteaba en ella la significación del pensamiento comtiano en España, partiendo de su recepción en el idealismo krausista y la utilización que, de este positivismo científico, hizo la burguesía de la restauración. Estudiaba igualmente el resurgir del kantismo y la presencia del evolucionismo en el pensamiento español decimonónico, así como el nacimiento de la sociología y sus principales direcciones. Proyecto ambicioso como puede observarse, pero perfectamente conseguido. Nos dio con él un apreciable panorama de las principales direcciones del pensamiento filosófico y científico del siglo XIX en España.

Hoy quiero hablar de su segundo libro: **El darwinismo en España.** Consiste en una antología de textos con un estudio preliminar que nos introduce de lleno en la problemática, que la recepción de la teoría de Darwin —tema conflictivo ya tratado en parte en el libro anterior— ocasionó en la polemista sociedad intelectual de nuestro fin de siglo.

Los textos vienen agrupados en cinco apartados muy inteligentemente dispuestos, que nos permiten aproximarnos a la realidad viva del momento que presentan. Vemos en breves, demasiados breves, fragmentos desfilar las principales posturas ante el hecho darwinista. Defensores: un Antonio Machado, un Peregrín Casanova. Contrarios: Cánovas del Castillo y el conocido Fray Ceferino, entre muchos otros, y las palabras conciliadoras y sabias, desde posturas liberales, de Manuel de la Revilla o Gumersindo de Azcárate o Sanz y Escartín. No podemos dejar de pensar ante estos nombres, en la famosa segunda polémica de la ciencia española. Siempre el mismo problema del ser español: novedad versus tradición. Razón y ciencia enfrentadas al saber teológico y metafísico que, las más de las veces, es sinrazón y ocurantismo ancestral.

El segundo apartado se refiere a tres acontecimientos polémicos, llamados así por el mismo autor. La presentación en Granada a cargo del catedrático Rafael García y Alvarez en el discurso de apertura del curso 72-73... y la inmediata condena por parte del catolicismo oficial. El arzobispo de la misma ciudad, doctor Bienvenido Monzón Martín y Puente, se apresura a declararlo herético con el asenso de «cinco teólogos sinodales de conocida ilustración». El texto, muy significativo, manifiesta que en el discurso mencionado «se contiene una reproducción de antiguos y modernos errores, condenados por la autoridad infalibre de la santa Iglesia católica, **quien únicamente se confió la misión de enseñar al hombre la verdad saludable, mostrándole su origen y su destino...»** (1).

Del mismo modo nos hace partícipes de las conclusiones del I Congreso Católico Español. Menos mal que en uno de los fragmentos recogidos se nos advierte que «en el Congreso Católico que se ha celebrado en nuestra patria, las cuestiones más urgentes no eran las científicas, sino las relativas a conclusiones prácticas de conducta de los católicos...» (2), porque si hubieran sido científicas habría que lamentarlo. Según Rodríguez Carracido, uno de los participantes, el cardenal Ceferino González condenaba «sin piedad todas las investigaciones paleontológicas referentes a la prehistoria y protohistoria...» (3). Este era el tono del citado Congreso, reforzado por la curiosa ideología de «la Unión Católica». «El resultado visto está. Ha quedado

(1) D. Núñez. **El darwinismo en España.** *Ed. Castalia. Madrid, 1977, p. 201. El subrayado es nuestro.*

(2) D. Núñez. **El darwinismo...**, *p. 221.*

(3) D. Núñez. **El darwinismo...**, *p. 223.*

sentado y probado que la Iglesia y los escritores católicos **tienen gran amplitud de miras y un criterio de tolerancia y de libertad científica...,** siempre que el dogma y la fe y la verdad cristiana no padezca el más mínimo detrimento» (4). Naturalmente, para la «Unión Católica» y su portavoz Alejandro Pidal, Menéndez y Pelayo era un progresista. Así andaba nuestra intelectualidad católica hace menos de un siglo, pero no es esto lo peor, sino que ahora casi piensa lo mismo.

Termina el segundo apartado con un conjunto de textos dedicados al I Centenario del nacimiento de Charles Darwin, en el homenaje que le hizo la Gacultad de Medicina de Valencia. Nombres tan próximos como un Juan Bartual, Peregrín Casanova, el entonces rector de la Universidad de Salamanca, Miguel de Unamuno, Gil y Morte, reconfortan un tanto el ánimo del atribulado lector. Sobre la actitud de los intelectuales y científicos valencianos hemos de volver más adelante.

Termina la antología con tres apartados no menos interesantes y sugerentes, que no describimos por no pecar de reiterativos, remitiendo al interesado a la propia lectura. Sus títulos: «Darwinismo social», «Darwinismo y socialismo» y, finalmente, «La muerte de Darwin en la prensa». Respecto a las relaciones entre Darwin y Marx sugiero la lectura del artículo del mismo autor en la revista TIEMPO DE HISTORIA número 43, donde destaca la negativa de Darwin a mantener una relación más estrecha con Marx, solicitada por este último. El «peligroso» Darwin teme que se le relacione con el «temible» socialista. ¿No tenía conciencia de las implicaciones de su obra? Su actitud personal, ¿no era coherente con su pensamiento científico? En todo caso, ¿era tan «peligroso» como la retrógrada sociedad española nos hace ver? Las lamentaciones del «novator» Juan de Cabviada a fines del siglo XVII toman nueva vida dos siglos después. Y duele España aún a finales del siglo XX.

Pero vayamos con el autor al «Estudio preliminar». Desde las primeras líneas nos sitúa en el ámbito mental de la segunda mitad del siglo XIX. La herencia de la Ilustración —fe en el progreso—, completada con la teoría del desarrollo histórico, desde el idealismo hegeliano. «El concepto de temporalidad acaba penetrando, en suma, la cultura europea». Desarrollo, devenir, proceso, evolución, que, por su parte, desde la vertiente materialista, también recogerá Marx. Pero que en otro sentido, venía como anillo al dedo del burgués, que está necesitando hacer su revolución, que está queriendo cambiar el inamovible mundo del antiguo régimen.

Sin embargo, lo que aporta Darwin tiene un matiz específico. Es la base científica, y no sólo desde las ciencias de la naturaleza —la física—, es una ciencia nueva la que apoya las teorías transformistas —la biología— «el impacto biológico invade todos los órdenes del arte y del pensamiento, así como la conducta moral y política» (5). «El darwinismo social y la concepción evolucionista del mundo irrumpe con fuerza como la expresión ideológica y filosófica más característica de la mentalidad liberal» (6).

El estudio es denso y no será posible hacer referencia aquí a todas sus implicaciones, pues lo que plantea Diego Núñez es nada más ni nada menos que tres concepciones del mundo que se debaten y pugnan con motivo de la contienda darwinista. La mentalidad teocrática, tradicional, en su tenaz rechazo.

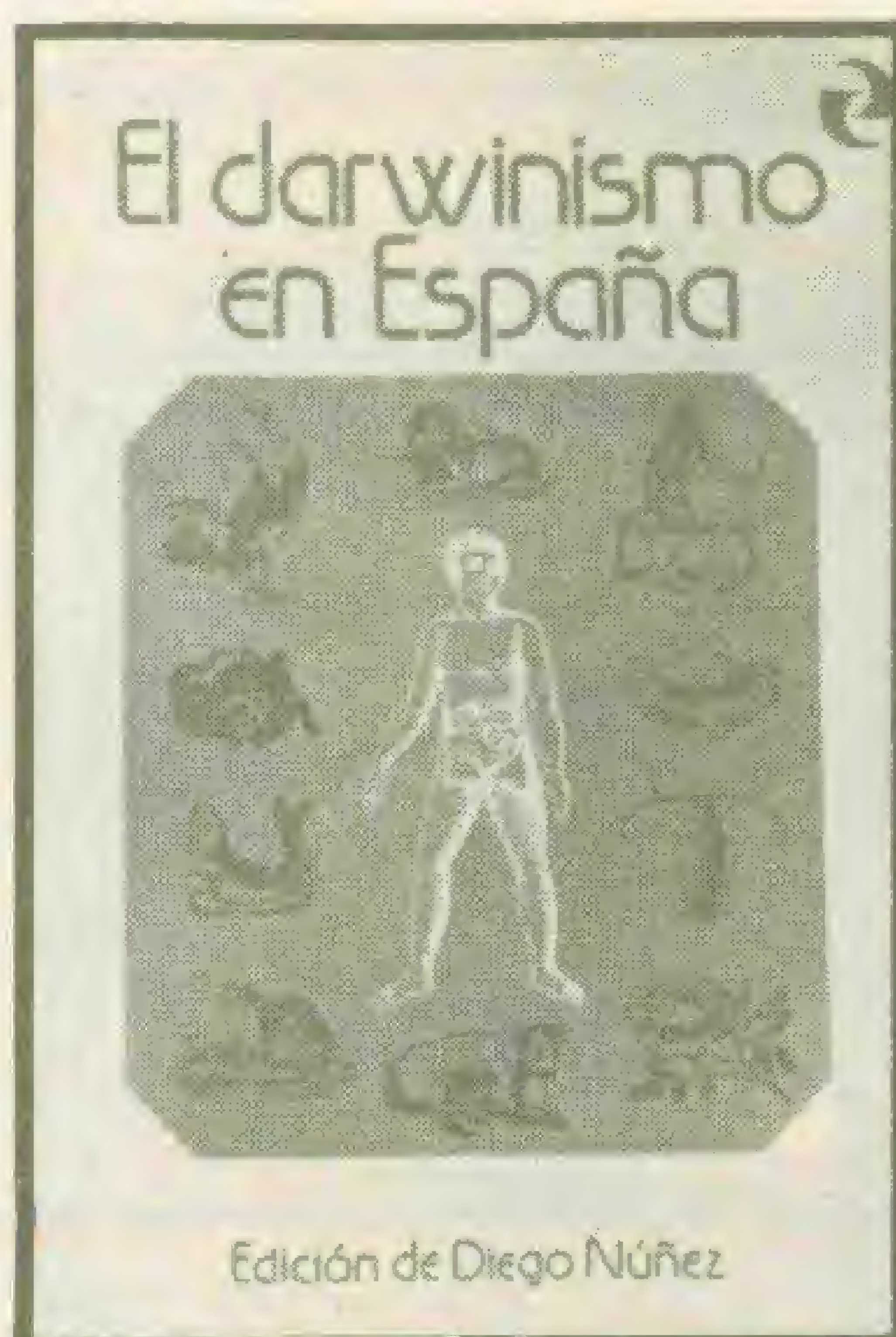
La utilización que se hace del darwinismo por parte de la nueva sociedad liberal.

La crítica socialista a este uso burgués de la teoría nueva.

Con ello, pasa a describir las coordenadas ideológicas y socioeconómicas españolas en el momento del impacto del evolucionismo. El retraso de la revolución burguesa, la no-industrialización, el correlativo atraso de las ciencias experimentales, el trágico desdoble de la sociedad española, la ausencia de un catolicismo liberal, la falta de tolerancia.

«La polémica darwinista va a desempeñar, en suma, el papel de expresivo catalizador de la polarización ideológica de la conciencia nacional. A través de ella podemos detectar fielmente, tanto el nivel de atraso y endeblez gnoseológica de nuestra cultura como el grado de escisión social en que se encontraba el país» (7).

Sin embargo, una minoría de científicos entró muy pronto en contacto con «El origen de las especies». Era lógico que el estudio de Darwin repercutiese en primer lugar en los físicos y biólogos, quienes por su proximidad científica habíanse enfrentado ya a aquellos últimos problemas. También es comprensible que, en general, en estos sectores fuese el darwinismo no sólo recibido, sino aplaudido, puesto que proporcionaba si no solución definitiva, un buen avance explicativo. Los real y sinceramente interesados en el saber se congratulaban con las nuevas ideas, las estudiaban y proponían a los demás. No obstante, su progreso encontrará pronto dificultades e impugnaciones, sobre todo por parte de los sectores filosófico-tomistas y clericales, no científicos, aunque también en éstos. Nombres, instituciones y publicaciones van unidas a estos avatares. Podemos destacar en este punto la actitud favorable de la editorial Sempere, más tarde Prometeo, de Valencia, así como la de Peregrín Casanova, catedrático de Anatomía de la Facultad de Medicina, y con él, toda la Facultad. También el homenaje tributado a Darwin en 1909 por la Academia Médico Escolar en la conmemoración del centenario de su nacimiento. Y el que la sección de Ciencias Físicas y Naturales del Ateneo fuera escenario, a partir de febrero de 1878, de un amplio debate sobre un «Examen del darwinismo». La Valencia liberal y republicana se manifestaba a favor de las nuevas ideas y la controversia tuvo amplia repercusión en la prensa. El Ateneo de Madrid, Barcelona, Gra-



(4) D. Núñez. **El darwinismo...**, *p. 239. El subrayado es nuestro.*

(5) D. Núñez. **El darwinismo...**, *p. 9.*
(6) D. Núñez. **El darwinismo...**, *p. 10.*

(7) D. Núñez. **El darwinismo...**, *p. 24.*

nada, Santiago serán escenarios de controvertidas discusiones sobre la cuestión, con radicales tomas de postura. Hay que tener en cuenta lo que repetidas veces nos advierte Diego Núñez: «Al margen de su específico status científico, el darwinismo llegará con frecuencia a convertirse en un símbolo más de la escisión ideológica del país». Sus implicaciones filosóficas e ideológicas ocupan el último apartado del estudio con numerosas e interesantes notas, como en el resto, que le convierten en un instrumento muy apreciable para profundizar el tema. Acabamos con una observación suya: «Si durante la República nos vamos a encontrar con más de un liberal que... tendrá a gala pasearse con **El origen de las especies** bajo el brazo... unos años más tarde, en plena guerra civil, no faltarán... quienes pasen más de un susto a causa de sus conocidas simpatías darwinianas tras la guerra... habrá que esperar a los años 60 para encontrar de nuevo ediciones castellanas de las obras de Darwin» (8).

Completa el libro una bibliografía y cronología del darwinismo en España (1859-1900) y un índice de autores y materias.

En suma, una valiosa aportación, tanto en el campo de la historia general como en el de la ciencia y el pensamiento. ■ **MARIA FERNANDA MANCEBO.**

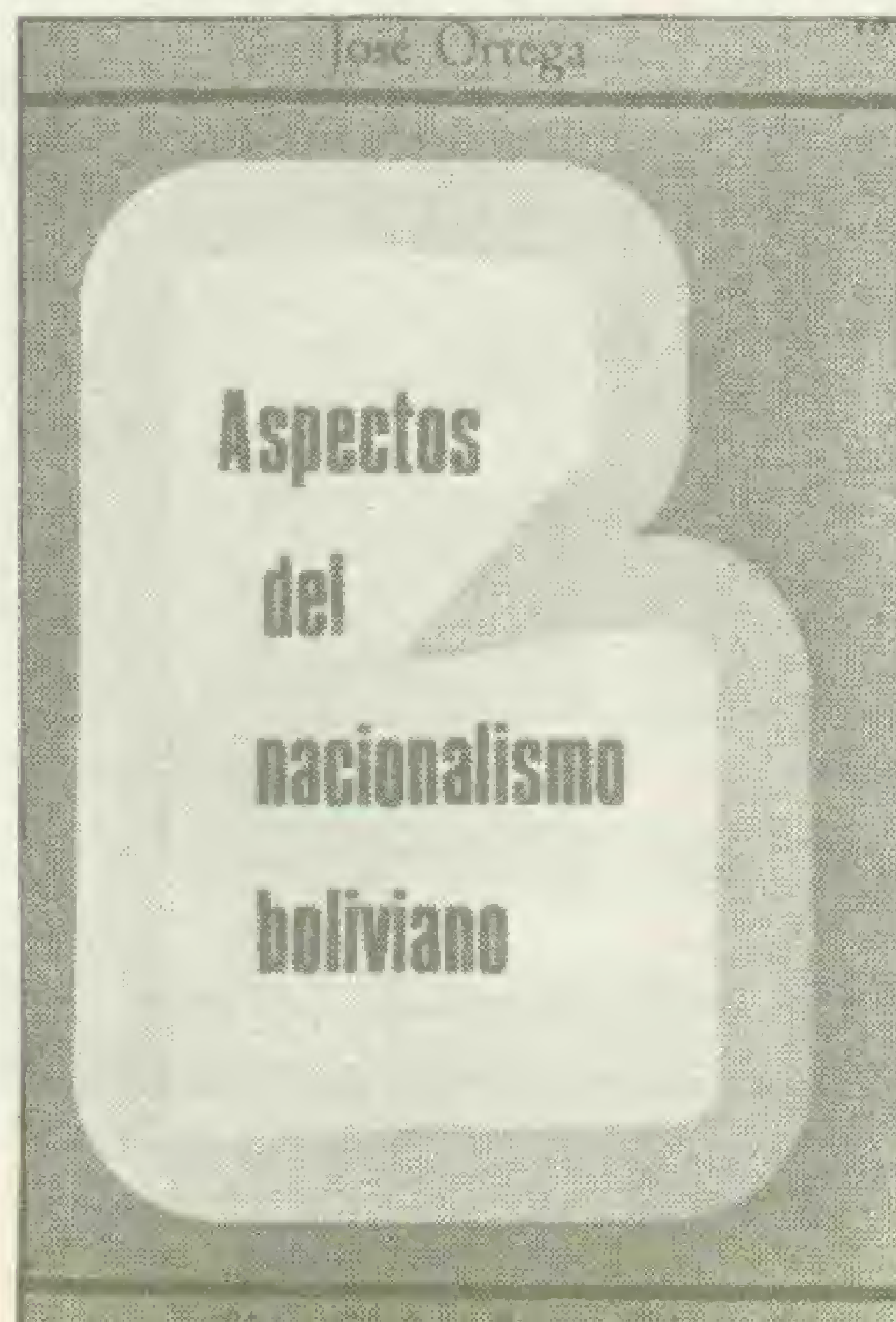
---

(8) D. Núñez. **El darwinismo...**, *p. 43.*

BOLIVIA: DEL NACIONALISMO A LA POLITICA DEL GOLPE

La exaltación del nacionalismo en la campaña electoral boliviana de 1978 y ciertas declaraciones atribuyendo al subdesarrollo el origen de los problemas del país, confieren actualidad al libro que aquí comentamos (1). En el volumen se recogen distintos trabajos, y, debe anotarse, que aunque no siempre resulta acertado reunir artículos escritos inicialmente para diversas publicaciones, la obra mantiene unidad, precisamente, por tratarse de una serie de textos cuyo núcleo temático es el fenómeno —históricamente aleccionante— del nacionalismo boliviano. El autor agrupa, en los tres primeros capítulos, otros tantos ensayos dirigidos a propiciar un esclarecimiento del origen y evolución de los esfuerzos destinados a forjar una conciencia de identidad nacional. Una valoración de las figuras consulares en esta etapa significativa pasa por el estudio de las ideas y la acción de Sergio Almaraz Paz, de relevante papel en los sectores marxistas de la nación andina.

La consolidación de la idea de nacionalidad ha encontrado en Bolivia, como en otros países de Hispanoamérica, oposiciones de variado signo que se correspondieron con diversos aspectos del proceso histórico de su comunidad. En el caso boliviano, los factores más adversos han sido el cercenamiento de su territorio por países limítrofes y la postergación de las aspiraciones de amplios sectores de la población por la existencia de intereses económicos y políticos que, generalmente, actuaron en sentido contrario a la integración nacional. Muchos son los países de América del Sur que comenzaron a transitar los senderos de la afirmación nacional en la década de los ochenta del siglo pasado. Esta labor, formulada como tarea consciente por los sectores ilustrados de las clases dirigentes, surge en fechas considerablemente tardías lo que se ha explicado, en muchos casos, señalando la existencia de elementos de inestabilidad, como las facciones caudillescas que lograron dislocar con repetida eficacia los mecanismos de poder y decisión que establecían los gobiernos. El problema de Bolivia, con todo, se encuentra revestido de facetas muy peculiares.



Una oligarquía que controlaba las decisiones políticas, desatendía todos aquellos problemas que afectaban al país a largo plazo, pero en los que no se ponían en juego sus intereses personales. Es así que se fueron produciendo sucesivas amputaciones territoriales, y la salida al mar, asunto vital y fuente de graves conflistos en la política exterior del país, llegó a convertirse en una esperanza cada vez más tenue. Nada de esto era resultante de la acción de una sola fuerza. Junto a la oligarquía local actuaban los intereses de las compañías extranjeras y, entre todos, aceleraron la marginación del indio y tornaron más dura su explotación.

El autor repasa, sucintamente, los antecedentes del nacionalismo boliviano, desde las teorías importadas de Europa por los sectores ilustrados atentos a las doctrinas más recibidas en el viejo continente, hasta aproximarnos al planteo de diversas tesis en las que pensadores hispanoamericanos desarrollaban sus ideas creyendo encontrar el fundamento de una nacionalidad en la raza, el clima, el factor geográfico, los valores típicos del altiplano, etc. Una explicación del momento en que —según José Ortega— hace su aparición en escena el «legítimo nacionalismo boliviano» exige la consideración de los antecedentes históricos, intereses económicos y complicaciones fronterizas que conllevan a la Guerra del Chaco, hasta llegar a la revolución de 1952: «La frustración, el desengaño y el deseo de crear una nueva Bolivia llevó a la joven oficialidad de la guerra, la pequeña burguesía y la minoría intelectual a formar un frente contra los viejos oficiales responsables de la derrota del Chaco, así como a la revalorización de las ideas e instituciones que habían resultado inoperantes durante la crisis de la guerra, la cual unió de una forma vaga e idealista a estos grupos bajo doctrinas socialistas e izquierdistas —iniciadas en la preguerra por Tristán Marof— en una aspiración nacionalista, que habría de culminar con la revolución de 1952».

Esta revolución estaba integrada por grupos de disímil consideración política, unificados bajo una enseña: la del nacionalismo. Contó con la participación de mineros, campesinos, proletariado urbano y pequeña bur-

(1) José Ortega, **Aspectos del nacimiento boliviano.** *Madrid, Ediciones José Porrúa Turanzas.*

guesía, así como con el apoyo de intelectuales. Paz Estensoro pudo propiciar entonces la formación del M. N. R. Una serie de medidas económicas y sociales: universalización del derecho al voto, redistribución de tierras, nacionalización de minas, incentivación de la faz educativa, fueron los pasos inmediatos del gobierno revolucionario. Los períodos de Paz Estensoro (1952-1956) y de Hernán Siles (1956-1960) lograron, afirma nuestro autor, mantener cierto equilibrio político en el interior del Movimiento, pero no sin inclinarse paulatinamente hacia la derecha como consecuencia, fundamentalmente, de su apoyo a la constante progresión de las inversiones norteamericanas en la economía del país. Esta tendencia condujo a medidas represivas contra la izquierda —especialmente dirigidas hacia el sector minero, cuyo sindicato estaba liderado por Juan Lechín— y, en consecuencia, a la búsqueda de respaldo en el ejército. El proceso se vio acelerado por la caída de los precios del estaño, uno de los pilares en la colocación de materia prima boliviana, y desencadenó la crisis final del movimiento encabezado por Paz Estensoro. Los continuos llamados a la intervención de las Fuerzas Armadas posibilitaron el protagonismo de Barrientos en 1964, encabezando un golpe militar que significó —señala Ortega— una «verdadera contrarrevolución» y, en consecuencia, el punto de retroceso para los objetivos nacionalistas perseguidos por las administraciones anteriores.
La muerte de Barrientos Ortuño, en 1969, lleva a la cúspide del gobierno al general Ovando Candia, ex colaborador del primero y personaje que había permanecido en un discreto segundo plano durante tres presidencias: Paz Estensoro, Barrientos y Siles. Ovando oscilará entre la represión interna y la nacionalización de empresas (como en el caso de la iniciada a los bienes de la Gulf Oil) y será, finalmente, destituido por un nuevo golpe militar, que lleva al poder al general Juan J. Torres, como resultado del propunciamiento de Miraflores. Se abre, en este momento, un período de matices populistas, con un ensayo de aglutinar las fuerzas populares y el ejército en una causa común —según declara su conductor en discursos oficiales— para acabar con la dependencia del pueblo boliviano. Los posibles resultados de este intento se vieron pronto retaceados, ya que las fuerzas conservadoras, alarmadas, gestaron un nuevo y sangriento levantamiento militar, que, el 21 de agosto de 1971, culminó en la caída de Torres y el ascenso del coronel Hugo Bánzer a la presidencia de Bolivia.
Los dos capítulos finales nos introducen en el seguimiento de las huellas dejadas por el nacionalismo en la novela y el ensayo bolivianos. Se trata de un tema rico en sugerencias y de escasa difusión, excepto para los especialistas, que se nos ofrece aquí en toda su complejidad cultural y sociológica, contribuyendo a incrementar la importancia del aporte que configura este volumen. Una obra que, aunque no exenta del tono polémico que encierra toda toma de posición política, coadyuva a la mejor interpretación del momento histórico, abriendo camino a una nueva crisis, que vive Bolivia en la actualidad.
■ **NELSON MARTINEZ DIAZ.**

«DIALOGOS CONMIGO MISMO»

El embajador e ilustre jurista Antonio Garrigues y Díaz-Cañabate creo es un caso algo especial en el mundo político español: fue director general de los Registros y Notario del Ministerio de Justicia del Gobierno Provisional de la II República; embajador de Franco en Estados Unidos y el Vaticano; y Ministro de Justicia en el primer gabinete de la Monarquía actual. No obstante, nadie le ha recriminado su pasado republicano ni su colaboración franquista. Esto en sí es un tanto a su favor y nos muestra el espíritu liberal y demócrata de sus ideales puestos al servicio de su país.
Garrigues acaba de publicar un libro (Editorial Planeta. Barcelona, 1978, 217 págs.) que es una breve narración autobiográfica en la que nos hace un balance de su vida, sus ideas y creencias, y nos da algunas revelaciones sobre su actuación como embajador y como ministro del primer gobierno de la Monarquía; equivoca a su familia, su vocación por la abogacía, el primer cargo público que desempeña durante la República, con retratos y recuerdos como los de García Lorca, Sánchez Mejías, Bergamín, José Antonio, Pablo VI, Fraga, Areilza, Suárez, Arias Navarro, John F. Kennedy, el matrimonio Onassis y el propio rey Juan Carlos.



Asimismo, nos presenta algunos pasajes sobre la guerra civil española y su colaboración con la Falange clandestina y su conocimiento en Madrid de Jor Kennedy, hermano del que fue presidente norteamericano.
«Diálogos conmigo mismo» es, en resumen, un desfile de personajes y de situaciones conocidas y vividas por el autor, quien al propio tiempo nos descubre a través de estos diálogos íntimos los repliegues de su personalidad. Pero, al terminar su lectura quedamos algo defraudados, ya que por su personalidad, sus conocimientos y cargos ocupados en la vida pública española, se esperaba algo más consistente e interesante. La aportación a la historia de nuestro país de este texto es más bien escasa y casi sin ningún interés. Garrigues todavía nos debe unas auténticas memorias, que a no dudar estará preparando. Estamos seguros que por su incidencia en la política de nuestro país durante cerca de cincuenta años, existen muchos pasajes de indudable interés que el ilustre jurista no nos ha querido narrar en estas doscientas páginas escasas del libro citado.
Garrigues es consciente —y así lo ha declarado— que un hombre que ha desempeñado cargos públicos tiene la obligación de dar cuenta de sí mismo y de su obra, y dar cuenta es aceptar una responsabilidad. Hay que responder de aquello que no es propio; una función pública se debe hacer para otros, no para uno mismo, y hay que comparecer ante aquellos a quienes se ha servido. Y el resultado final de este texto no responde a lo que se esperaba de la figura de Antonio Garrigues y Díaz-Cañabate. No dudamos que pronto va a responder a esta exigencia moral y, a la vez, histórica. ■ **JOSEP CARLES CLEMENTE.**

NUMEROS PUBLICADOS DE TIEMPO de HISTORIA

N.º	Mes y año	TEMA	Autor
1	Dic.-74 (Año I)	OCTUBRE 1934: LA REVOLUCION DE ASTURIAS	David Ruiz
2*	En.-75 (Año I)	MASONERIA ESPAÑOLA: MITO O REALIDAD	José A. Ferrer
3*	Fe.-75 (Año I)	REPUBLICANOS ESPAÑOLES EN LA LIBERACION DE PARIS	Eduardo Pons Prades
4*	Mar.-75 (Año I)	DE LA DICTADURA A LA REPUBLICA	Eduardo de Guzmán
5*	Ab.-75 (Año I)	PABLO IGLESIAS	Enrique Tierno Galván
6*	May.-75 (Año I)	SIGNIFICACION DEL 1.º DE MAYO	Eduardo de Guzmán
		HISTORIA DE LAS ACTITUDES POLITICAS EN ESPAÑA	A. Garrigues Walker
7*	Jun.-75 (Año I)	LA SEMANA TRAGICA DE BARCELONA	Guillem-Jordi Graells
8*	Jul.-75 (Año I)	1929-30: ESTUDIANTES Y PROFESORES FRENTE A LA DICTADURA	Francisco Caudet
9*	Ag.-75 (Año I)	1869-1946: LARGO CABALLERO	Rafael Alberti
10*	Se-75 (Año I)	CADIZ, 1812: EL PRINCIPIO DE LA VIDA PARLAMENTARIA ESPAÑOLA	Eduardo de Guzmán
11*	Oc.-75 (Año I)	MASONERIA ESPAÑOLA: SIGLOS XIX y XX	José A. Ferrer Benimeli
12	No.-75 (Año I)	LA AVENTURA DEL EXILIO: ESPAÑOLES EN LA PRISION DE EYSSES	Alberto Fernández
13	Di.-75 (Año II)	INDALECIO PRIETO: ENTRE LA REPUBLICA Y EL SOCIALISMO	María Ruipérez
14	En.-76 (Año II)	LA ERA DE FRANCO	Ramón Tamames
		LA RESISTIBLE ASCENSION DE ARTURO UI	Bertolt Brecht
15	Fe.-76 (Año II)	LAS CRISIS DEL COMUNISMO	Fernando Claudín
		¿POR QUE CORRES, ULISES?	Antonio Gala
16	Mar.-76 (Año II)	LA EDUCACION NACIONAL-CATOLICA EN NUESTRA POSGUERRA	Enrique Miret Magdalena
17	Ab.-76 (Año II)	VICTORIA KENT: UNA EXPERIENCIA PENITENCIARIA	
		TIERRA DE ESPAÑA	Ernest Hemingway y Jori Ivens
18	May.-76 (Año II)	1917-1920: UNA CRISIS INSTITUCIONAL	Manuel Tuñón de Lara
19	Jun.-76 (Año II)	NOTAS HISTORICAS SOBRE LA U.G.T.	Miguel Angel Molinero
20	Jul.-76 (Año II)	LAS ORGANIZACIONES OBRERAS EN EL 18 DE JULIO	Fernando Claudín
21	Ag.-76 (Año II)	ESPAÑA, DEL PASADO AL FUTURO	Watson, Malefakis, Marichal y Lowenstein
22	Se.-76 (Año II)	LA ULTIMA SESION DE CORTES DE LA REPUBLICA	Dolores Ibarruri
23	Oc.-76 (Año II)	AZAÑA: «ESPAÑA HA DEJADO DE SER CATOLICA»	José Manuel Gutiérrez Inclán
24	No.-76 (Año II)	DURRUTI: UN REVOLUCIONARIO NATO	Ignacio G. Iglesias
25	Di.-76 (Año III)	LA LARGA MARCHA DE LA REVOLUCION CUBANA	Teófilo Ruiz
26	En.-77 (Año III)	LA AMNISTIA EN ESPAÑA	Enrique Linde Paniagua
27	Fe.-77 (Año III)	LA MUJER BAJO EL FRANQUISMO	Geraldine M. Scanlon
		—INDICE NUMEROS 1 AL 25—	
28	Mar.-77 (Año III)	LAS IDEOLOGIAS FRANQUISTAS	Sergio Vilar
29	Ab.-77 (Año III)	GUERNICA	Gérard Brey, Indalecio Prieto
30	May.-77 (Año III)	HISTORIA DEL P.C.E.	Pilar González Guzmán
31	Jun.-77 (Año III)	FEDERICA MONTSENY: UNA ENTREVISTA CON LA HISTORIA	Colectivo «Febrero»
32	Jul.-77 Año III)	LA REPUBLICA EN EL EXILIO (1939-1977)	José A. Ferrer
33	Ag.-77 (Año III)	LA FUNDACION DE LA F.A.I.	Antonio Elorza
34	Se.-77 (Año III)	LA GUERRILLA ANTIFRANQUISTA	Vidal, Martín, Sáiz Viadero, Rodríguez
35	Oc.-77 (Año III)	CATALUÑA: UNA NACION FORJADA POR LA HISTORIA	Pierre Vilar
		LA REVOLUCION DE OCTUBRE	E. Pons Prades, María Ruipérez
36	No.-77 (Año III)	EL «CHE» GUEVARA	Teófilo Ruiz Fernández
37	Di.-77 (Año IV)	LISTER: LA DEFENSA DE MADRID	
		EL «TESTAMENTO» DE JOSE ANTONIO	José M. Gutiérrez Inclán
38	En.-78 (Año IV)	LA MUJER EN EL NACIONALISMO VASCO	Antonio Elorza
		ROMANCERO DE LA GUERRA CIVIL	José Monleón
39	Fe.-78 (Año IV)	LOS CARLISTAS EN LA GUERRA DE ESPAÑA	Josep Carles Clemente
		ULTIMA ENTREVISTA CON FAL CONDE	J. C. C.
40	Mar.-78 (Año IV)	STALIN Y SUS FANTASMAS	Eduardo Haro Tecglen
41	Ab.-78 (Año IV)	LA CEDA Y LA II REPUBLICA	José R. Montero
		EDWARD MALEFAKIS	María Ruipérez
42	May.-78 (Año IV)	EL MAYO FRANCES	José M.ª Solé Mariño
		TRES MARTIRES	Cipriano Rivas Cherif
43	Jun.-78 (Año IV)	GOYA	José M.ª Moreno Galván
		JORGE ELIECER GAITAN	Ricardo Dessau
44	Jul.-78 (Año IV)	LENIN, PASO A PASO	Ricardo Muñoz Suay
		ARTOLA	María Ruipérez
45	Ag.-78 (Año IV)	DEL CUARTEL DE LA MONTAÑA AL QUINTO REGIMIENTO	Manuel Carnero
		GABRIEL JACKSON	María Ruipérez

* Agotados.

Si desea algún número atrasado de TIEMPO DE HISTORIA puede solicitárnoslo utilizando el cupón que se publica en la página anterior.

EN ESTE NUMERO DE **TIEMPO DE HISTORIA**

José Miguel Naveros

Las pinturas de Altamira

“¡Mira, Toros!”